

LAS MEMORIAS DE SHERLOCK HOLMES

de Arthur Conan Doyle



Publicado por [Libros Gratis Online](#).
Visita el sitio para [Descarga libros electrónicos gratuitos de literatura clásica](#), libros y novelas.

Esta obra está licenciada bajo una
[Licencia Creative Commons Atribución No Comercial 3.0 Estados Unidos](#).

[Las Memorias de Sherlock Holmes de Arthur Conan Doyle](#)

ÍNDICE DE RELATOS

<u>Estrella de plata</u>	<u>2</u>
<u>La caja de cartón</u>	<u>23</u>
<u>El rostro amarillo</u>	<u>38</u>
<u>El oficinista del corredor de bolsa</u>	<u>53</u>
<u>La corbeta "Gloria Scott"</u>	<u>68</u>
<u>El ritual de los Musgrave</u>	<u>83</u>
<u>Los hacendados de Reigate</u>	<u>98</u>
<u>La aventura del jorobado</u>	<u>114</u>
<u>El paciente interno</u>	<u>130</u>
<u>El intérprete griego</u>	<u>145</u>
<u>El tratado naval</u>	<u>161</u>
<u>El problema final</u>	<u>188</u>

ESTRELLA DE PLATA

—Me temo, Watson, que tendré que irme —dijo Holmes, mientras nos sentábamos juntos a desayunar una mañana.

—¿Irte? ¿Adónde?

—A Dartmoor; a King's Pyland.

No me sorprendió. De hecho, mi única sorpresa era que no se hubiera involucrado ya en este caso extraordinario, que era el único tema de conversación en toda Inglaterra. Durante un día entero, mi compañero había deambulado por la habitación con la barbilla apoyada en el pecho y el ceño fruncido, cargando y recargando su pipa con el tabaco negro más fuerte, y absolutamente sordo a cualquiera de mis preguntas o comentarios. Ediciones frescas de cada periódico habían sido enviadas por nuestro agente de noticias, solo para ser hojadas y arrojadas a un rincón. Sin embargo, a pesar de su silencio, sabía perfectamente en qué estaba cavilando. Solo había un problema ante el público que podía desafiar sus poderes de análisis, y ese era la singular desaparición del favorito para la Copa Wessex, y el trágico asesinato de su entrenador. Por lo tanto, cuando de repente anunció su intención de dirigirse al lugar del drama, era solo lo que había esperado y deseado.

—Me alegraría mucho bajar contigo si no estorbo —dije.

—Mi querido Watson, me harías un gran favor acompañándome. Y creo que tu tiempo no será malgastado, porque hay aspectos del caso que prometen hacerlo absolutamente único. Creo que tenemos justo tiempo para coger

nuestro tren en Paddington, y profundizaré en el asunto durante el viaje. Te agradecería que trajeras contigo tus excelentes prismáticos.

Y así fue que una hora más tarde me encontraba en el rincón de un vagón de primera clase en ruta hacia Exeter, mientras Sherlock Holmes, con su rostro agudo y ansioso enmarcado por su gorra de viaje con orejeras, se sumergía rápidamente en el montón de periódicos frescos que había adquirido en Paddington. Habíamos dejado Reading muy atrás antes de que metiera el último de ellos bajo el asiento y me ofreciera su estuche de cigarros.

—Vamos bien —dijo, mirando por la ventana y echando un vistazo a su reloj—. Nuestra velocidad actual es de cincuenta y tres millas y media por hora.

—No he observado los postes de cuarto de milla —dije.

—Ni yo. Pero los postes del telégrafo en esta línea están a sesenta yardas de distancia, y el cálculo es simple. Supongo que has investigado este asunto del asesinato de John Straker y la desaparición de Silver Blaze.

—He visto lo que dicen el Telegraph y el Chronicle.

—Es uno de esos casos en los que el arte del razonador debe usarse más para el análisis de detalles que para la adquisición de nuevas evidencias. La tragedia ha sido tan insólita, tan completa y de tanta importancia personal para tanta gente, que sufrimos de una plétora de conjeturas, hipótesis y suposiciones. La dificultad es separar el marco de hechos—hechos absolutamente innegables—de los adornos de teóricos y reporteros. Luego, habiendo establecido nuestra base sólida, es nuestro deber ver qué inferencias se pueden sacar y cuáles son los puntos especiales sobre los que gira todo el misterio. El martes por la noche recibí telegramas del coronel Ross, el dueño del caballo, y del inspector Gregory, quien está a cargo del caso, invitándome a colaborar.

—¡Martes por la noche! —exclamé—. Y esta es la mañana del jueves. ¿Por qué no bajaste ayer?

—Porque cometí un error, mi querido Watson, lo cual, me temo, es una ocurrencia más común de lo que pensaría cualquiera que solo me conociera a través de tus memorias. La verdad es que no podía creer posible que el caballo más notable de Inglaterra pudiera permanecer oculto por mucho tiempo, especialmente en un lugar tan escasamente habitado como el norte

de Dartmoor. De hora en hora ayer esperé escuchar que lo habían encontrado, y que su secuestrador era el asesino de John Straker. Sin embargo, cuando llegó otra mañana y descubrí que más allá del arresto del joven Fitzroy Simpson no se había hecho nada, sentí que era hora de actuar. No obstante, de alguna manera siento que ayer no se ha desperdiciado.

—¿Entonces has formado una teoría?

—Al menos he captado los hechos esenciales del caso. Te los enumeraré, porque nada aclara tanto un caso como exponerlo a otra persona, y difícilmente puedo esperar tu cooperación si no te muestro la posición desde la que partimos.

Me recliné contra los cojines, fumando mi cigarro, mientras Holmes, inclinado hacia adelante, con su largo y delgado dedo índice marcando los puntos en la palma de su mano izquierda, me daba un resumen de los eventos que habían llevado a nuestro viaje.

—Silver Blaze —dijo— es de la línea Somomy, y tiene un historial tan brillante como su famoso antepasado. Ahora tiene cinco años, y ha traído sucesivamente cada uno de los premios del turf al coronel Ross, su afortunado dueño. Hasta el momento de la catástrofe, era el primer favorito para la Copa Wessex, con una apuesta de tres a uno a su favor. Siempre ha sido un gran favorito del público de las carreras, y nunca los ha decepcionado, por lo que incluso con esas probabilidades se han apostado sumas enormes sobre él. Es obvio, por lo tanto, que había muchas personas con el más fuerte interés en evitar que Silver Blaze estuviera allí en el momento de la carrera el próximo martes.

—El hecho fue, por supuesto, apreciado en King's Pyland, donde se encuentra el establo de entrenamiento del coronel. Se tomaron todas las precauciones para proteger al favorito. El entrenador, John Straker, es un jockey retirado que montó con los colores del coronel Ross antes de volverse demasiado pesado para la balanza. Ha servido al coronel durante cinco años como jockey y durante siete como entrenador, y siempre se ha mostrado como un servidor celoso y honesto. Bajo su mando estaban tres muchachos; ya que el establecimiento era pequeño, con solo cuatro caballos en total. Uno de estos muchachos se quedaba cada noche en el establo, mientras los otros dormían en el desván. Los tres tenían excelentes referencias. John Straker, que está casado, vivía en una pequeña villa a unos doscientos me-

tros de los establos. No tiene hijos, tiene una sola sirvienta y vive cómodamente. El campo alrededor es muy solitario, pero a media milla al norte hay un pequeño grupo de villas que han sido construidas por un contratista de Tavistock para el uso de inválidos y otros que deseen disfrutar del aire puro de Dartmoor. Tavistock se encuentra a dos millas al oeste, mientras que al otro lado del páramo, también a unas dos millas de distancia, está el mayor establecimiento de entrenamiento de Mapleton, que pertenece a Lord Backwater y es gestionado por Silas Brown. En cualquier otra dirección, el páramo es un completo desierto, habitado solo por algunos gitanos errantes. Esa era la situación general el lunes por la noche cuando ocurrió la catástrofe.

—Esa noche, los caballos habían sido ejercitados y abrevados como de costumbre, y los establos se cerraron a las nueve en punto. Dos de los muchachos subieron a la casa del entrenador, donde cenaron en la cocina, mientras que el tercero, Ned Hunter, permaneció de guardia. A pocos minutos después de las nueve, la sirvienta, Edith Baxter, llevó su cena a los establos, que consistía en un plato de cordero al curry. No llevaba líquido, ya que había un grifo de agua en los establos, y era la regla que el muchacho de guardia no bebiera otra cosa. La sirvienta llevaba una linterna, ya que estaba muy oscuro y el camino atravesaba el páramo abierto.

—Edith Baxter estaba a treinta metros de los establos cuando un hombre apareció de la oscuridad y le pidió que se detuviera. Al entrar en el círculo de luz amarilla proyectada por la linterna, vio que era una persona de porte caballeroso, vestido con un traje gris de tweed, con una gorra de tela. Llevaba polainas y un bastón pesado con una perilla. Lo que más le impresionó fue la extrema palidez de su rostro y su nerviosismo. Pensó que su edad sería más de treinta que menos.

—¿Puede decirme dónde estoy? —preguntó—. Casi había decidido dormir en el páramo cuando vi la luz de su linterna.

—Está cerca de los establos de entrenamiento de King's Pyland —dijo ella.

—¡Oh, qué suerte! —exclamó—. Entiendo que un mozo duerme allí solo cada noche. Quizás esa sea su cena la que lleva. Ahora estoy seguro de que no le importaría ganar el precio de un vestido nuevo, ¿verdad? —Sacó un trozo de papel blanco doblado del bolsillo de su chaleco—. Asegúrese de

que el muchacho reciba esto esta noche, y tendrá el vestido más bonito que el dinero pueda comprar.

—Ella se asustó por la seriedad de su tono y corrió más allá de él hacia la ventana por donde solía pasar las comidas. Ya estaba abierta, y Hunter estaba sentado en la pequeña mesa dentro. Ella había comenzado a contarle lo que había sucedido cuando el extraño se acercó de nuevo.

—Buenas noches —dijo, mirando por la ventana—. Quería hablar contigo. La chica ha jurado que mientras hablaba notó la esquina del pequeño paquete de papel sobresaliendo de su mano cerrada.

—¿Qué asuntos tiene aquí? —preguntó el muchacho.

—Es un asunto que puede llenarte los bolsillos —dijo el otro—. Tienes dos caballos para la Copa Wessex, Silver Blaze y Bayard. Dame la información correcta y no saldrás perdiendo. ¿Es cierto que con las pesas Bayard podría darle a Silver Blaze cien yardas en cinco furlongs, y que el establo ha apostado por él?

—¡Así que eres uno de esos malditos espías! —gritó el muchacho—. Te mostraré cómo los tratamos en King's Pyland. —Saltó y corrió al establo para soltar al perro. La chica huyó a la casa, pero mientras corría miró atrás y vio que el extraño se inclinaba por la ventana. Un minuto después, sin embargo, cuando Hunter salió corriendo con el perro, él había desaparecido, y aunque corrió alrededor de los edificios, no encontró rastro de él.

—Un momento —dije—. ¿El mozo de establo, cuando salió corriendo con el perro, dejó la puerta sin cerrar tras de sí?

—¡Excelente, Watson, excelente! —murmuró mi compañero—. La importancia del punto me golpeó tan fuertemente que envié un telegrama especial a Dartmoor ayer para aclarar el asunto. El muchacho cerró la puerta antes de salir. La ventana, debo añadir, no era lo suficientemente grande para que un hombre pudiera pasar por ella.

—Hunter esperó hasta que regresaron sus compañeros, cuando envió un mensaje al entrenador y le contó lo que había sucedido. Straker se emocionó al escuchar el relato, aunque no parece haber comprendido su verdadera importancia. Sin embargo, lo dejó vagamente inquieto, y la señora Straker, al despertar a la una de la mañana, descubrió que él se estaba vistiéndolo. En respuesta a sus preguntas, dijo que no podía dormir debido a su ansiedad

por los caballos, y que tenía la intención de caminar hasta los establos para ver que todo estuviera bien. Ella le rogó que se quedara en casa, ya que podía oír la lluvia golpeando contra la ventana, pero a pesar de sus súplicas, él se puso su gran impermeable y salió de la casa.

—La señora Straker despertó a las siete de la mañana y descubrió que su esposo aún no había regresado. Se vistió apresuradamente, llamó a la sirvienta y se dirigió a los establos. La puerta estaba abierta; dentro, acurrucado en una silla, Hunter estaba en un estado de estupor absoluto, el establo del favorito estaba vacío y no había señales de su entrenador.

—Los dos muchachos que dormían en el desván sobre la sala de arneses fueron rápidamente despertados. No habían oído nada durante la noche, ya que ambos son dormilones. Hunter estaba obviamente bajo la influencia de una droga poderosa, y como no se podía obtener sentido de él, lo dejaron dormir mientras los dos muchachos y las dos mujeres salieron en busca de los ausentes. Aún tenían esperanzas de que el entrenador, por alguna razón, hubiera sacado al caballo para un ejercicio temprano, pero al ascender la colina cerca de la casa, desde donde se veían todos los páramos vecinos, no solo no pudieron ver señales del favorito desaparecido, sino que percibieron algo que les advirtió que estaban ante una tragedia.

—A unos cuatrocientos metros de los establos, el abrigo de John Straker estaba colgando de un arbusto de aulaga. Inmediatamente más allá había una depresión en forma de cuenco en el páramo, y en el fondo de esto se encontró el cuerpo del entrenador desafortunado. Su cabeza había sido destrozada por un golpe salvaje de algún arma pesada, y estaba herido en el muslo, donde había un corte largo y limpio, evidentemente infligido por algún instrumento muy afilado. Sin embargo, estaba claro que Straker se había defendido vigorosamente de sus atacantes, ya que en su mano derecha sostenía un pequeño cuchillo, que estaba manchado de sangre hasta el mango, mientras que en su izquierda tenía un pañuelo de seda rojo y negro, que fue reconocido por la sirvienta como usado la noche anterior por el extraño que había visitado los establos. Hunter, al recuperarse de su estupor, también estaba completamente seguro de la propiedad del pañuelo. Estaba igualmente seguro de que el mismo extraño había, mientras estaba en la ventana, drogado su cordero al curry, y así privó a los establos de su vigilante. En cuanto al caballo desaparecido, había pruebas abundantes en el barro que yacía en el fondo del hueco fatal de que había estado allí en el

momento de la pelea. Pero desde esa mañana ha desaparecido, y aunque se ha ofrecido una gran recompensa, y todos los gitanos de Dartmoor están en alerta, no se ha recibido ninguna noticia de él. Finalmente, un análisis ha demostrado que los restos de su cena dejados por el mozo de establo contienen una cantidad apreciable de opio en polvo, mientras que las personas en la casa comieron el mismo plato la misma noche sin ningún efecto.

—Esos son los principales hechos del caso, despojados de toda suposición, y presentados tan desnudos como sea posible. Ahora recapitularé lo que la policía ha hecho al respecto.

—El inspector Gregory, a quien se ha encomendado el caso, es un oficial extremadamente competente. Si tuviera imaginación, podría llegar a grandes alturas en su profesión. A su llegada, encontró y arrestó rápidamente al hombre sobre el cual recaía naturalmente la sospecha. No hubo mucha dificultad en encontrarlo, ya que habitaba una de esas villas que mencioné. Su nombre, al parecer, era Fitzroy Simpson. Era un hombre de excelente cuna y educación, que había malgastado una fortuna en el turf, y que vivía ahora haciendo un poco de apuestas discretas y elegantes en los clubes deportivos de Londres. Un examen de su libro de apuestas muestra que se habían registrado apuestas por un monto de cinco mil libras contra el favorito. Al ser arrestado, voluntariamente declaró que había venido a Dartmoor con la esperanza de obtener alguna información sobre los caballos de King's Pyland, y también sobre Desborough, el segundo favorito, que estaba a cargo de Silas Brown en los establos de Mapleton. No intentó negar que había actuado como se describió la noche anterior, pero declaró que no tenía intenciones siniestras, y que simplemente deseaba obtener información de primera mano. Al ser confrontado con su pañuelo, se puso muy pálido y fue completamente incapaz de explicar su presencia en la mano del hombre asesinado. Su ropa mojada mostró que había estado afuera en la tormenta de la noche anterior, y su bastón, que era un Penang-lawyer con peso de plomo, era exactamente el tipo de arma que podría, con repetidos golpes, haber infligido las terribles lesiones que sufrió el entrenador. Por otro lado, no había ninguna herida en su persona, mientras que el estado del cuchillo de Straker mostraría que al menos uno de sus atacantes debe llevar su marca. Ahí lo tienes todo en resumen, Watson, y si puedes darme alguna luz, te estaré infinitamente agradecido.

Había escuchado con el mayor interés la exposición que Holmes, con su característica claridad, me había presentado. Aunque la mayoría de los hechos me eran familiares, no había apreciado suficientemente su importancia relativa, ni su conexión entre sí.

—¿No es posible —sugerí— que la herida incisa en Straker haya sido causada por su propio cuchillo en las convulsivas luchas que siguen a una lesión cerebral?

—Es más que posible; es probable —dijo Holmes—. En ese caso, uno de los principales puntos a favor del acusado desaparece.

—Y sin embargo —dije—, aún no entiendo cuál puede ser la teoría de la policía.

—Me temo que cualquier teoría que presentemos tiene graves objeciones —respondió mi compañero—. La policía imagina, supongo, que este Fitzroy Simpson, habiendo drogado al muchacho, y habiendo obtenido de alguna manera una llave duplicada, abrió la puerta del establo y sacó al caballo, con la intención, aparentemente, de secuestrarlo por completo. Su brida falta, por lo que Simpson debió ponerla. Luego, habiendo dejado la puerta abierta tras de sí, estaba llevando al caballo por el páramo cuando fue encontrado o alcanzado por el entrenador. Naturalmente, se produjo una pelea. Simpson destrozó el cerebro del entrenador con su pesado bastón sin recibir ninguna herida del pequeño cuchillo que Straker usó en defensa propia, y luego el ladrón o condujo el caballo a algún escondite secreto, o el caballo pudo haber huido durante la pelea, y ahora deambula por el páramo. Ese es el caso según la policía, y aunque improbable, todas las demás explicaciones son aún más improbables. Sin embargo, pronto pondré a prueba el asunto cuando esté en el lugar, y hasta entonces no veo cómo podemos avanzar más allá de nuestra posición actual.

Era de noche cuando llegamos a la pequeña ciudad de Tavistock, que se encuentra, como el centro de un escudo, en medio del enorme círculo de Dartmoor. Dos caballeros nos esperaban en la estación: uno era un hombre alto, rubio, con cabello y barba leoninos, y ojos azul claro curiosamente penetrantes; el otro, una persona pequeña, alerta, muy ordenada y pulcra, con un chaqué y polainas, con pequeñas patillas bien cuidadas y un monóculo. El último era el coronel Ross, el conocido deportista; el otro, el inspector

Gregory, un hombre que estaba haciendo rápidamente su nombre en el servicio de detectives inglés.

—Estoy encantado de que haya venido, señor Holmes —dijo el coronel—. El inspector aquí ha hecho todo lo que podría sugerirse, pero deseo no dejar piedra sin mover en mi esfuerzo por vengar al pobre Straker y recuperar mi caballo.

—¿Ha habido algún desarrollo nuevo? —preguntó Holmes.

—Lamento decir que hemos hecho muy pocos progresos —dijo el inspector—. Tenemos un coche afuera, y como sin duda le gustaría ver el lugar antes de que oscurezca, podríamos hablar mientras conducimos.

Un minuto más tarde, todos estábamos sentados en un cómodo landó, y atravesábamos la pintoresca ciudad antigua de Devonshire. El inspector Gregory estaba absorto en su caso, y vertía un torrente de comentarios, mientras Holmes lanzaba una pregunta o una interjección ocasional. El coronel Ross se recostó con los brazos cruzados y el sombrero inclinado sobre sus ojos, mientras yo escuchaba con interés el diálogo de los dos detectives. Gregory estaba formulando su teoría, que era casi exactamente lo que Holmes había predicho en el tren.

—La red está bastante apretada alrededor de Fitzroy Simpson —comentó—, y creo que él es nuestro hombre. Al mismo tiempo, reconozco que la evidencia es puramente circunstancial, y que algún nuevo desarrollo puede desbaratarla.

—¿Qué pasa con el cuchillo de Straker?

—Hemos llegado a la conclusión de que se hirió en su caída.

—Mi amigo el doctor Watson me hizo esa sugerencia mientras veníamos. Si es así, iría en contra de este hombre Simpson.

—Indudablemente. No tiene cuchillo ni señal de herida. La evidencia en su contra es ciertamente muy fuerte. Tenía un gran interés en la desaparición del favorito. Está bajo sospecha de haber envenenado al mozo de establo, sin duda estuvo afuera en la tormenta, estaba armado con un bastón pesado y su pañuelo fue encontrado en la mano del hombre asesinado. Realmente creo que tenemos suficiente para presentar ante un jurado.

Holmes sacudió la cabeza.

—Un abogado astuto destrozaría todo eso —dijo—. ¿Por qué habría de sacar al caballo del establo? Si quisiera dañarlo, ¿por qué no hacerlo allí? ¿Se ha encontrado una llave duplicada en su posesión? ¿Qué químico le vendió el opio en polvo? Sobre todo, ¿dónde podría esconder un caballo, y un caballo como este, siendo un extraño en el distrito? ¿Cuál es su propia explicación sobre el papel que quería que la sirvienta le diera al mozo de establo?

—Dice que era un billete de diez libras. Se encontró uno en su cartera. Pero tus otras dificultades no son tan formidables como parecen. No es un extraño en el distrito. Ha estado dos veces alojado en Tavistock en verano. El opio probablemente fue traído de Londres. La llave, después de haber servido a su propósito, sería arrojada lejos. El caballo puede estar en el fondo de uno de los pozos o antiguas minas del páramo.

—¿Qué dice sobre el pañuelo?

—Reconoce que es suyo, y declara que lo había perdido. Pero se ha introducido un nuevo elemento en el caso que puede explicar por qué estaba llevando el caballo fuera del establo.

Holmes aguzó los oídos.

—Hemos encontrado rastros que muestran que un grupo de gitanos acampó el lunes por la noche a menos de una milla del lugar donde ocurrió el asesinato. El martes se habían ido. Ahora, presumiendo que había algún entendimiento entre Simpson y estos gitanos, ¿no podría haber estado llevando el caballo hacia ellos cuando fue alcanzado, y no podrían tenerlo ahora?

—Es ciertamente posible.

—El páramo está siendo peinado en busca de estos gitanos. También he examinado todos los establos y cobertizos de Tavistock y en un radio de diez millas.

—Hay otro establo de entrenamiento muy cerca, según entiendo.

—Sí, y ese es un factor que ciertamente no debemos descuidar. Como Desborough, su caballo, era el segundo en las apuestas, tenían un interés en la desaparición del favorito. Silas Brown, el entrenador, es conocido por haber hecho grandes apuestas sobre el evento, y no era amigo del pobre Stra-

ker. Sin embargo, hemos examinado los establos y no hay nada que lo conecte con el asunto.

—¿Y nada que conecte a este hombre Simpson con los intereses de los establos de Mapleton?

—Nada en absoluto.

Holmes se recostó en el carruaje, y la conversación cesó. Unos minutos más tarde, nuestro conductor se detuvo frente a una pequeña villa de ladrillo rojo con aleros salientes que se encontraba junto al camino. A cierta distancia, a través de un prado, se encontraba un largo edificio de tejas grises. En todas las demás direcciones, las suaves curvas del páramo, de color bronce por los helechos marchitos, se extendían hasta el horizonte, roto solo por las agujas de Tavistock, y por un grupo de casas al oeste que marcaba los establos de Mapleton. Todos bajamos, con la excepción de Holmes, quien continuó reclinado con los ojos fijos en el cielo frente a él, completamente absorto en sus propios pensamientos. Solo cuando toqué su brazo se despertó con un sobresalto violento y salió del carruaje.

—Perdón —dijo, volviéndose hacia el coronel Ross, que lo miraba con cierta sorpresa—. Estaba soñando despierto. Había un destello en sus ojos y una excitación contenida en su manera que me convencieron, acostumbrado como estaba a sus modos, de que tenía una pista, aunque no podía imaginar dónde la había encontrado.

—Quizás prefiera ir directamente al lugar del crimen, señor Holmes —dijo Gregory.

—Creo que preferiría quedarme aquí un poco y abordar algunas cuestiones de detalle. Straker fue traído aquí, supongo.

—Sí; está arriba. El juicio es mañana.

—Ha estado a su servicio durante varios años, coronel Ross.

—Siempre lo he encontrado un excelente sirviente.

—Supongo que hizo un inventario de lo que tenía en sus bolsillos en el momento de su muerte, inspector.

—Tengo los objetos en la sala de estar, si le gustaría verlos.

—Me encantaría. Todos entramos en la sala del frente y nos sentamos alrededor de la mesa central mientras el inspector abría una caja de hojalata cuadrada y colocaba un pequeño montón de cosas frente a nosotros. Había una caja de fósforos, dos pulgadas de vela de sebo, una pipa de raíz de brezo A D P, una bolsa de piel de foca con media onza de Cavendish de corte largo, un reloj de plata con una cadena de oro, cinco soberanos en oro, un estuche de lápiz de aluminio, algunos papeles y un cuchillo con mango de marfil con una hoja muy delicada e inflexible marcada Weiss & Co., Londres.

—Este es un cuchillo muy singular —dijo Holmes, levantándolo y examinándolo minuciosamente—. Supongo, al ver manchas de sangre en él, que es el que se encontró en la mano del hombre muerto. Watson, este cuchillo seguramente es de tu especialidad.

—Es lo que llamamos un cuchillo de cataratas —dije.

—Lo sospechaba. Una hoja muy delicada diseñada para un trabajo muy delicado. Una cosa extraña para que un hombre la lleve en una expedición ruda, especialmente porque no se cerraría en su bolsillo.

—La punta estaba protegida por un disco de corcho que encontramos junto a su cuerpo —dijo el inspector—. Su esposa nos dice que el cuchillo había estado en la mesa de tocador, y que él lo había recogido al salir de la habitación. Era un arma pobre, pero tal vez la mejor que pudo encontrar en el momento.

—Muy posible. ¿Qué hay de estos papeles?

—Tres de ellos son cuentas pagadas de comerciantes de heno. Uno es una carta de instrucciones del coronel Ross. Este otro es una cuenta de una modista por treinta y siete libras quince hecha por Madame Lesurier, de Bond Street, para William Derbyshire. La señora Straker nos dice que Derbyshire era un amigo de su esposo y que ocasionalmente sus cartas se dirigían aquí.

—Madame Derbyshire tenía gustos algo caros —comentó Holmes, echando un vistazo a la cuenta—. Veintidós guineas es bastante caro para un solo traje. Sin embargo, parece que no hay nada más que aprender, y ahora podemos ir al lugar del crimen.

Al salir de la sala, una mujer que había estado esperando en el pasillo dio un paso adelante y puso su mano en la manga del inspector. Su rostro estaba demacrado y delgado, y ansioso, marcado con la huella de un horror reciente.

—¿Los ha encontrado? ¿Los ha encontrado? —jadeó.

—No, señora Straker.

Pero el señor Holmes ha venido de Londres para ayudarnos, y haremos todo lo posible.

—Seguramente lo conocí en Plymouth en una fiesta en el jardín hace algún tiempo, señora Straker —dijo Holmes.

—No, señor; está equivocado.

—¡Caramba! Juraría que sí. Llevaba un traje de seda color paloma con adornos de plumas de avestruz.

—Nunca tuve tal vestido, señor —respondió la dama.

—Ah, eso lo deja claro —dijo Holmes. Y con una disculpa, siguió al inspector afuera. Un corto paseo por el páramo nos llevó al hueco donde se había encontrado el cuerpo. Al borde del mismo estaba el arbusto de aulaga sobre el cual se había colgado el abrigo.

—No hubo viento esa noche, ¿verdad? —dijo Holmes.

—Ninguno; pero llovió muy fuerte.

—En ese caso, el abrigo no fue arrastrado contra el arbusto, sino colocado allí.

—Sí, fue puesto sobre el arbusto.

—Me llena de interés. Percibo que el suelo ha sido pisoteado bastante. Sin duda muchos pies han estado aquí desde el lunes por la noche.

—Se ha colocado un trozo de estera aquí al lado, y todos hemos estado sobre eso.

—Excelente.

—En esta bolsa tengo una de las botas que llevaba Straker, uno de los zapatos de Fitzroy Simpson, y una herradura de Silver Blaze.

—Mi querido inspector, ¡te superas a ti mismo! —Holmes tomó la bolsa, y descendiendo al hueco, empujó la estera a una posición más central. Luego, estirándose sobre su rostro y apoyando su barbilla en sus manos, hizo un estudio minucioso del barro pisoteado frente a él.

—¡Hola! —dijo de repente—. ¿Qué es esto?

Era una cerilla de cera medio quemada, tan cubierta de barro que al principio parecía una pequeña astilla de madera.

—No puedo pensar cómo la pasé por alto —dijo el inspector, con una expresión de molestia.

—Estaba invisible, enterrada en el barro. Solo la vi porque la estaba buscando.

—¿Qué? ¿Esperaba encontrarla?

—Pensé que no era improbable.

Sacó las botas de la bolsa y comparó las impresiones de cada una de ellas con las marcas en el suelo. Luego subió al borde del hueco y se arrastró entre los helechos y arbustos.

—Me temo que no hay más huellas —dijo el inspector—. He examinado el suelo muy cuidadosamente durante cien yardas en cada dirección.

—¡De veras! —dijo Holmes, levantándose—. No tendría la impertinencia de hacerlo de nuevo después de lo que dices. Pero me gustaría dar un pequeño paseo por el páramo antes de que oscurezca, para conocer el terreno para mañana, y creo que me llevaré esta herradura en el bolsillo por suerte.

El coronel Ross, que había mostrado algunos signos de impaciencia ante el método tranquilo y sistemático de trabajo de mi compañero, miró su reloj.

—Desearía que volviera conmigo, inspector —dijo—. Hay varios puntos sobre los que quisiera su consejo, y especialmente en cuanto a si no debemos al público retirar el nombre de nuestro caballo de las inscripciones para la Copa.

—Ciertamente no —exclamó Holmes, con decisión—. Dejaría que el nombre se mantuviera.

El coronel inclinó la cabeza.

—Me alegra mucho haber tenido su opinión, señor —dijo—. Nos encontrará en la casa del pobre Straker cuando haya terminado su paseo, y podremos conducir juntos a Tavistock.

Regresó con el inspector, mientras Holmes y yo caminábamos lentamente por el páramo. El sol comenzaba a ponerse detrás de los establos de Mapleton, y la larga llanura inclinada frente a nosotros se teñía de oro, profundizando en ricos tonos marrones rojizos donde los helechos y zarzas marchitos captaban la luz de la tarde. Pero las glorias del paisaje se desperdiciaban en mi compañero, que estaba sumido en sus más profundos pensamientos.

—Es así, Watson —dijo al fin—. Podemos dejar por ahora la cuestión de quién mató a John Straker, y concentrarnos en averiguar qué ha sido del caballo. Ahora, suponiendo que se escapó durante o después de la tragedia, ¿adónde podría haber ido? El caballo es una criatura muy gregaria. Si se le deja solo, sus instintos habrían sido o volver a King's Pyland o ir a Mapleton. ¿Por qué iba a correr salvaje por el páramo? Seguramente lo habrían visto ya. ¿Y por qué iban a secuestrarlo los gitanos? Estas personas siempre desaparecen cuando oyen problemas, ya que no desean ser molestadas por la policía. No podrían esperar vender tal caballo. Correrían un gran riesgo y no ganarían nada al llevárselo. Seguramente eso está claro.

—¿Dónde está, entonces?

—Ya he dicho que debe haber ido a King's Pyland o a Mapleton. No está en King's Pyland. Por lo tanto, está en Mapleton. Tomemos eso como una hipótesis de trabajo y veamos a dónde nos lleva. Esta parte del páramo, como comentó el inspector, es muy dura y seca. Pero desciende hacia Mapleton, y puedes ver desde aquí que hay un largo hueco allá, que debe haber estado muy mojado el lunes por la noche. Si nuestra suposición es correcta, entonces el caballo debe haber cruzado eso, y ahí es donde deberíamos buscar sus huellas.

Habíamos estado caminando rápidamente durante esta conversación, y unos minutos más nos llevaron al hueco en cuestión. A pedido de Holmes, caminé por la orilla a la derecha, y él a la izquierda, pero no había dado cincuenta pasos antes de oírle dar un grito, y verlo agitando su mano hacia mí. La huella de un caballo estaba claramente delineada en la tierra blanda fren-

te a él, y la herradura que sacó de su bolsillo encajaba exactamente en la impresión.

—Ve el valor de la imaginación —dijo Holmes—. Es la única cualidad que le falta a Gregory. Imaginamos lo que podría haber pasado, actuamos sobre la suposición, y nos encontramos justificados. Continuemos.

Cruzamos el fondo pantanoso y pasamos por un cuarto de milla de césped seco y duro. Nuevamente el suelo descendía, y nuevamente encontramos las huellas. Luego las perdimos por media milla, pero solo para volver a encontrarlas cerca de Mapleton. Fue Holmes quien las vio primero, y se quedó señalando con una expresión de triunfo en su rostro. La huella de un hombre era visible junto a la del caballo.

—El caballo estaba solo antes —grité.

—Exactamente. Estaba solo antes. ¡Hola, qué es esto!

El doble rastro giraba bruscamente y tomaba la dirección de King's Pyland. Holmes silbó, y ambos seguimos tras él. Sus ojos estaban en el rastro, pero yo miré un poco hacia un lado, y vi con sorpresa las mismas huellas regresando en la dirección opuesta.

—Una para ti, Watson —dijo Holmes, cuando se lo señalé—. Nos has ahorrado una larga caminata, que nos habría llevado de regreso sobre nuestras propias huellas. Sigamos el rastro de regreso.

No tuvimos que ir lejos. Terminaba en el pavimento de asfalto que llevaba a las puertas de los establos de Mapleton. Al acercarnos, un mozo salió corriendo de ellos.

—No queremos vagabundos por aquí —dijo.

—Solo quería hacer una pregunta —dijo Holmes, con su dedo y pulgar en el bolsillo de su chaleco—. ¿Sería demasiado temprano para ver a su maestro, el señor Silas Brown, si viniera a las cinco de la mañana?

—¡Dios lo bendiga, señor, si alguien está despierto, él lo estará, porque siempre es el primero en moverse. Pero aquí está, señor, para responder sus preguntas por sí mismo. No, señor, no, es tanto como mi trabajo vale dejar que me vea tocar su dinero. Después, si quiere.

Mientras Sherlock Holmes guardaba el medio penique que había sacado de su bolsillo, un hombre de aspecto feroz y mayor salió de la puerta con un látigo de caza balanceándose en su mano.

—¿Qué es esto, Dawson? —gritó—. ¡Nada de chismes! ¡A tu trabajo! Y tú, ¿qué demonios quieres aquí?

—Diez minutos de charla contigo, buen señor —dijo Holmes con la voz más dulce.

—No tengo tiempo para hablar con cada vagabundo. No queremos extraños aquí. Lárgate, o podrías encontrar un perro a tus talones.

Holmes se inclinó y susurró algo al oído del entrenador. Este se estremeció violentamente y enrojeció hasta las sienes.

—¡Es una mentira! —gritó—, ¡una maldita mentira!

—Muy bien. ¿Discutimos esto aquí en público o lo hablamos en tu sala?

—Oh, entra si quieres.

Holmes sonrió.

—No te llevaré más de unos minutos, Watson —dijo—. Ahora, señor Brown, estoy a su disposición.

Pasaron veinte minutos, y los rojos se habían desvanecido en grises antes de que Holmes y el entrenador reaparecieran. Nunca he visto un cambio tan grande como el que se había producido en Silas Brown en ese corto tiempo. Su rostro estaba pálido como la ceniza, gotas de sudor brillaban en su frente, y sus manos temblaban hasta que el látigo de caza se agitaba como una rama en el viento. Su manera de bravucón y prepotente también había desaparecido, y se arrastraba junto a mi compañero como un perro con su amo.

—Sus instrucciones serán cumplidas. Todo se hará —dijo.

—No debe haber ningún error —dijo Holmes, mirándolo alrededor. El otro se estremeció al leer la amenaza en sus ojos.

—Oh no, no habrá ningún error. Estará allí. ¿Debería cambiarlo primero o no?

Holmes pensó un poco y luego estalló en risas.

—No, no lo hagas; te escribiré sobre eso. Nada de trucos, ahora, o...

—Oh, puede confiar en mí, puede confiar en mí.

—Sí, creo que puedo. Bueno, oírás de mí mañana. —Se volvió sobre sus talones, desatendiendo la mano temblorosa que el otro le extendía, y nos dirigimos a King's Pyland.

—Un compuesto más perfecto de bravucón, cobarde y rastrero que el señor Silas Brown rara vez he encontrado —comentó Holmes mientras caminábamos juntos.

—¿Tiene el caballo, entonces?

—Intentó intimidarme, pero le describí tan exactamente sus acciones de esa mañana que está convencido de que lo estaba observando. Por supuesto, observaste los dedos particularmente cuadrados en las impresiones, y que sus propias botas coincidían exactamente con ellos. De nuevo, por supuesto, ningún subordinado se habría atrevido a hacer tal cosa. Le describí cómo, según su costumbre, fue el primero en levantarse, vio un caballo extraño vagando por el páramo. Cómo salió a él, y su asombro al reconocer, por la frente blanca que le ha dado al favorito su nombre, que la casualidad había puesto en su poder el único caballo que podría vencer al que él había apostado su dinero. Luego le describí cómo su primer impulso fue llevarlo de regreso a King's Pyland, y cómo el diablo le mostró cómo podría esconder el caballo hasta que pasara la carrera, y cómo lo llevó de regreso y lo escondió en Mapleton. Cuando le conté cada detalle, se rindió y solo pensó en salvar su propia piel.

—¿Pero no se registraron sus establos?

—Oh, un viejo estafador de caballos como él tiene muchos trucos.

—¿Pero no tienes miedo de dejar el caballo en su poder ahora, ya que tiene todo el interés en dañarlo?

—Mi querido amigo, lo protegeré como la niña de sus ojos. Sabe que su única esperanza de misericordia es producirlo a salvo.

—El coronel Ross no me impresionó como un hombre que mostraría mucha misericordia en cualquier caso.

—El asunto no depende del coronel Ross. Sigo mis propios métodos, y digo tanto o tan poco como elijo. Esa es la ventaja de ser no oficial. No sé si lo notaste, Watson, pero el modo del coronel ha sido un poco arrogante con-

migo. Ahora me inclino a tener un poco de diversión a su costa. No le digas nada sobre el caballo.

—Por supuesto que no sin tu permiso.

—Y por supuesto esto es solo un punto menor comparado con la cuestión de quién mató a John Straker.

—¿Y te dedicarás a eso?

—Al contrario, ambos regresamos a Londres en el tren nocturno.

Me quedé atónito con las palabras de mi amigo. Solo habíamos estado unas pocas horas en Devonshire, y que renunciara a una investigación que había comenzado tan brillantemente era completamente incomprensible para mí. No pude sacarle una palabra más hasta que regresamos a la casa del entrenador. El coronel y el inspector nos estaban esperando en el salón.

—Mi amigo y yo regresamos a la ciudad en el expreso nocturno —dijo Holmes—. Hemos tenido un encantador respiro de su hermoso aire de Dartmoor.

El inspector abrió los ojos, y el labio del coronel se curvó en una mueca.

—Así que desespera de arrestar al asesino del pobre Straker —dijo él.

Holmes se encogió de hombros.

—Ciertamente hay grandes dificultades en el camino —dijo—. Sin embargo, tengo todas las esperanzas de que su caballo compita el martes, y le ruego que tenga a su jockey preparado. ¿Podría pedir una fotografía del señor John Straker?

El inspector sacó una de un sobre y se la entregó.

—Mi querido Gregory, anticipas todas mis necesidades. Si me permite esperar aquí un instante, tengo una pregunta que me gustaría hacerle a la criada.

—Debo decir que estoy bastante decepcionado con nuestro consultor de Londres —dijo el coronel Ross, francamente, mientras mi amigo salía de la habitación—. No veo que hayamos avanzado desde que llegó.

—Al menos tiene su garantía de que su caballo correrá —dije.

—Sí, tengo su garantía —dijo el coronel, encogiéndose de hombros—. Preferiría tener el caballo.

Estaba a punto de hacer algún comentario en defensa de mi amigo cuando él volvió a entrar en la habitación.

—Ahora, caballeros —dijo—, estoy listo para ir a Tavistock.

Cuando subimos al carruaje, uno de los mozos de establo nos sostuvo la puerta. A Holmes pareció ocurrírsele una idea repentina, pues se inclinó y tocó al mozo en la manga.

—Tienen algunas ovejas en el prado —dijo—. ¿Quién se encarga de ellas?

—Yo, señor.

—¿Ha notado algo extraño en ellas últimamente?

—Bueno, señor, nada de mucha importancia; pero tres de ellas se han quedado cojas, señor.

Pude ver que Holmes estaba extremadamente complacido, pues se rió entre dientes y se frotó las manos.

—Un disparo lejano, Watson; un disparo muy lejano —dijo, pellizcándome el brazo—. Gregory, permíteme recomendarte que prestes atención a esta singular epidemia entre las ovejas. ¡Adelante, cochero!

El coronel Ross aún tenía una expresión que mostraba la pobre opinión que había formado de la habilidad de mi compañero, pero vi en la cara del inspector que su atención había sido agudamente despertada.

—¿Considera eso importante? —preguntó.

—Excesivamente.

—¿Hay algún punto al que desee que preste mi atención?

—Al curioso incidente del perro durante la noche.

—El perro no hizo nada durante la noche.

—Ese fue el curioso incidente —comentó Sherlock Holmes.

Cuatro días después, Holmes y yo estábamos nuevamente en el tren, rumbo a Winchester para ver la carrera de la Copa Wessex. El coronel Ross nos

encontró por cita previa fuera de la estación, y nos llevó en su carruaje hasta el hipódromo más allá de la ciudad. Su rostro estaba grave y su manera era extremadamente fría.

—No he visto nada de mi caballo —dijo.

—Supongo que lo reconocerá cuando lo vea —preguntó Holmes.

El coronel se enojó mucho.

—He estado en el turf durante veinte años, y nunca antes me habían hecho una pregunta como esa —dijo—. Un niño reconocería a Silver Blaze, con su frente blanca y su pata delantera moteada.

—¿Cómo van las apuestas?

—Bueno, esa es la parte curiosa. Podías obtener quince a uno ayer, pero el precio ha ido bajando y bajando, hasta que apenas puedes obtener tres a uno ahora.

—¡Hum! —dijo Holmes—. Alguien sabe algo, eso está claro.

Cuando el carruaje se detuvo en el recinto cerca de la tribuna, eché un vistazo a la tarjeta para ver las inscripciones.

Placa Wessex [se leía] 50 sovs cada uno h ft con 1000 sovs añadidos para caballos de cuatro y cinco años. Segundo, £300. Tercero, £200. Nuevo recorrido (una milla y cinco furlongs).

- El Negro de Mr. Heath Newton. Gorro rojo. Chaqueta canela.

- Pugilist del coronel Wardlaw. Gorro rosa. Chaqueta azul y negra.

- Desborough de Lord Backwater. Gorro y mangas amarillas.

- Silver Blaze del coronel Ross. Gorro negro. Chaqueta roja.

- Iris del duque de Balmoral. Rayas amarillas y negras.

- Rasper de Lord Singleford. Gorro púrpura. Mangas negras.

—Retiramos a nuestro otro caballo, y pusimos todas las esperanzas en su palabra —dijo el coronel—. ¿Qué es eso? ¿Silver Blaze favorito?

—¡Cinco a cuatro contra Silver Blaze! —rugió la multitud.

— ¡Cinco a cuatro contra Silver Blaze! ¡Cinco a quince contra Desborough! ¡Cinco a cuatro en el campo!

— Ahí están los números — grité —. Están los seis ahí.

— ¿Los seis ahí? Entonces mi caballo está corriendo — gritó el coronel con gran agitación —. Pero no lo veo. Mis colores no han pasado.

— Solo cinco han pasado. Debe ser él.

Mientras hablaba, un poderoso caballo bayo salió del recinto de pesaje y pasó al galope junto a nosotros, llevando en su lomo los conocidos colores negro y rojo del coronel.

— Ese no es mi caballo — gritó el dueño —. Esa bestia no tiene un solo pelo blanco en su cuerpo. ¿Qué es esto que ha hecho, señor Holmes?

— Bueno, bueno, veamos cómo le va — dijo mi amigo, imperturbable. Durante unos minutos observó a través de mis prismáticos. — ¡Magnífico! ¡Un excelente comienzo! — exclamó de repente —. ¡Ahí vienen, rodeando la curva!

Desde nuestro carruaje teníamos una vista magnífica mientras subían por la recta. Los seis caballos estaban tan juntos que se podría haber cubierto con una alfombra, pero a mitad de camino, el amarillo del establo de Mapleton se mostraba al frente. Sin embargo, antes de que llegaran a nosotros, el impulso de Desborough se agotó, y el caballo del coronel, avanzando con fuerza, cruzó la meta con una ventaja de seis largos sobre su rival, mientras que Iris, del duque de Balmoral, llegaba en un mal tercer lugar.

— Es mi carrera, de todos modos — jadeó el coronel, pasándose la mano por los ojos —. Confieso que no puedo entender nada. ¿No cree que ha mantenido su misterio el tiempo suficiente, señor Holmes?

— Ciertamente, coronel, sabrá todo. Vamos a dar una vuelta y ver el caballo juntos. Aquí está — continuó, mientras nos dirigíamos al recinto de pesaje, donde solo los dueños y sus amigos tienen acceso —. Solo tiene que lavar su cara y su pata con alcohol, y verá que es el mismo viejo Silver Blaze de siempre.

— ¡Me deja sin aliento!

—Lo encontré en manos de un estafador, y me tomé la libertad de hacerlo correr tal como fue enviado.

—Mi querido señor, ha hecho maravillas. El caballo se ve muy bien y en forma. Nunca ha corrido mejor en su vida. Le debo mil disculpas por haber dudado de su habilidad. Me ha prestado un gran servicio al recuperar mi caballo. Me haría un mayor servicio aún si pudiera atrapar al asesino de John Straker.

—Ya lo he hecho —dijo Holmes tranquilamente.

El coronel y yo lo miramos asombrados.

—¡Lo ha atrapado! ¿Dónde está entonces?

—Aquí.

—¿Aquí? ¿Dónde?

—En mi compañía en este momento.

El coronel se sonrojó de enojo.

—Reconozco que le estoy en deuda, señor Holmes —dijo—, pero debo considerar lo que acaba de decir como una broma muy pesada o un insulto.

Sherlock Holmes se rió.

—Le aseguro que no lo he asociado con el crimen, coronel —dijo—. El verdadero asesino está justo detrás de usted. —Pasó al lado y puso su mano sobre el lustroso cuello del pura sangre.

—¡El caballo! —exclamamos el coronel y yo.

—Sí, el caballo. Y puede atenuar su culpa si digo que lo hizo en defensa propia, y que John Straker era un hombre completamente indigno de su confianza. Pero ahí suena la campana, y como tengo una pequeña apuesta en la próxima carrera, dejaré una explicación detallada para un momento más oportuno.

Teníamos la esquina de un vagón Pullman para nosotros solos esa noche mientras regresábamos a Londres, y me imagino que el viaje fue corto tanto para el coronel Ross como para mí, mientras escuchábamos la narración de nuestro compañero sobre los eventos que ocurrieron en los establos de en-

trenamiento de Dartmoor la noche del lunes, y los medios por los cuales los había desenredado.

—Confieso —dijo— que cualquier teoría que hubiera formado a partir de los informes de los periódicos era completamente errónea. Y sin embargo, había indicios allí, si no hubieran sido oscurecidos por otros detalles que ocultaban su verdadero significado. Fui a Devonshire con la convicción de que Fitzroy Simpson era el verdadero culpable, aunque, por supuesto, vi que la evidencia en su contra no era de ningún modo concluyente. Fue mientras estaba en el carruaje, justo cuando llegamos a la casa del entrenador, que se me ocurrió la enorme importancia del cordero al curry. Recordará que estaba distraído, y permanecí sentado después de que todos ustedes habían descendido. Me maravillaba en mi mente cómo podía haber pasado por alto una pista tan obvia.

—Confieso —dijo el coronel— que incluso ahora no veo cómo nos ayuda.

—Fue el primer eslabón en mi cadena de razonamiento. El opio en polvo no es en absoluto insípido. El sabor no es desagradable, pero es perceptible. Si se mezclara con cualquier plato ordinario, el comensal lo detectaría sin duda, y probablemente no comería más. Un curry era exactamente el medio que disfarzaría este sabor. De ninguna manera posible este extraño, Fitzroy Simpson, podría haber causado que se sirviera curry en la familia del entrenador esa noche, y es seguramente demasiado monstruoso suponer que llegó con opio en polvo justo la noche en que se sirvió un plato que disfarzaría el sabor. Eso es impensable. Por lo tanto, Simpson queda eliminado del caso, y nuestra atención se centra en Straker y su esposa, las únicas dos personas que podrían haber elegido cordero al curry para la cena de esa noche. El opio se añadió después de que el plato se apartó para el mozo de establo, ya que los demás tomaron lo mismo para la cena sin ningún efecto. ¿Cuál de ellos, entonces, tuvo acceso a ese plato sin que la sirvienta los viera?

—Antes de decidir esa cuestión, comprendí la importancia del silencio del perro, porque una inferencia verdadera sugiere invariablemente otras. El incidente Simpson me había mostrado que se mantenía un perro en los establos, y sin embargo, aunque alguien había estado allí y había sacado un caballo, no ladró lo suficiente como para despertar a los dos muchachos en el

desván. Obviamente, el visitante de medianoche era alguien a quien el perro conocía bien.

— Ya estaba convencido, o casi convencido, de que John Straker había bajado a los establos en la oscuridad de la noche y había sacado a Silver Blaze. ¿Con qué propósito? Obviamente, con un propósito deshonesto, o ¿por qué iba a drogar a su propio mozo de establo? Y sin embargo, no sabía por qué. Ha habido casos en los que entrenadores se han asegurado grandes sumas de dinero apostando contra sus propios caballos, a través de agentes, y luego impidiendo que ganen mediante fraude. A veces es un jockey que tira de las riendas. A veces es un medio más seguro y sutil. ¿Qué era aquí? Esperaba que el contenido de sus bolsillos me ayudara a formarme una conclusión.

— Y lo hicieron. No puedes haber olvidado el singular cuchillo que se encontró en la mano del hombre muerto, un cuchillo que ciertamente ningún hombre sensato elegiría como arma. Era, como nos dijo el doctor Watson, un tipo de cuchillo que se usa para las operaciones más delicadas conocidas en cirugía. Y iba a ser usado para una operación delicada esa noche. Debes saber, con tu amplia experiencia en asuntos de turf, coronel Ross, que es posible hacer una pequeña incisión en los tendones del corvejón de un caballo, y hacerlo subcutáneamente, de manera que no quede absolutamente ningún rastro. Un caballo así tratado desarrollaría una ligera cojera, que se atribuiría a una tensión en el ejercicio o a un toque de reumatismo, pero nunca a un juego sucio.

— ¡Villano! ¡Canalla! —gritó el coronel.

— Aquí tenemos la explicación de por qué John Straker deseaba sacar al caballo al páramo. Una criatura tan vivaz ciertamente habría despertado al más profundo de los durmientes cuando sintiera el pinchazo del cuchillo. Era absolutamente necesario hacerlo al aire libre.

— ¡He sido ciego! —gritó el coronel—. Por supuesto, por eso necesitaba la vela, y encendió el fósforo.

— Sin duda. Pero al examinar sus pertenencias, tuve la suerte de descubrir no solo el método del crimen, sino incluso sus motivos. Como hombre de mundo, coronel, sabe que los hombres no llevan consigo las facturas de otras personas en sus bolsillos. La mayoría de nosotros tenemos bastante

con resolver nuestras propias cuentas. Concluí de inmediato que Straker llevaba una doble vida, y mantenía un segundo hogar. La naturaleza de la factura mostraba que había una dama en el caso, y una con gustos caros. Por generoso que sea con sus sirvientes, no se puede esperar que puedan comprar vestidos de paseo de veinte guineas para sus damas. Cuestioné a la señora Straker sobre el vestido sin que ella lo supiera, y habiéndome asegurado de que nunca llegó a sus manos, tomé nota de la dirección de la modista, y sentí que al llamar allí con la fotografía de Straker podría deshacerme fácilmente del mítico Derbyshire.

—A partir de ese momento todo fue claro. Straker había sacado al caballo a un hueco donde su luz sería invisible. Simpson, en su huida, había dejado caer su pañuelo, y Straker lo había recogido, tal vez con la idea de que podría usarlo para asegurar la pata del caballo. Una vez en el hueco, se había puesto detrás del caballo y había encendido una luz; pero la criatura, asustada por el resplandor repentino, y con el extraño instinto de los animales de sentir que se intentaba alguna maldad, había lanzado una patada, y la herradura de acero había golpeado a Straker en plena frente. Ya se había quitado el abrigo, a pesar de la lluvia, para realizar su delicada tarea, y así, al caer, su cuchillo le hizo un corte en el muslo. ¿Lo he dejado claro?

—¡Maravilloso! —exclamó el coronel—. ¡Maravilloso! ¡Podría haber estado allí!

—Mi disparo final fue, lo confieso, un disparo muy largo. Me pareció que un hombre tan astuto como Straker no emprendería esta delicada tarea de cortar tendones sin un poco de práctica. ¿En qué podría practicar? Mis ojos se posaron en las ovejas, y hice una pregunta que, para mi sorpresa, demostró que mi suposición era correcta.

—Cuando volví a Londres, visité a la modista, quien reconoció a Straker como un excelente cliente con el nombre de Derbyshire, quien tenía una esposa muy elegante, con una fuerte inclinación por los vestidos caros. No tengo duda de que esta mujer lo había sumido en deudas, y así lo llevó a este miserable complot.

—Ha explicado todo menos una cosa —exclamó el coronel—.

—¿Dónde estaba el caballo?

—Ah, huyó, y fue cuidado por uno de sus vecinos. Debemos tener una amnistía en esa dirección, creo. Esta es Clapham Junction, si no me equivoco, y estaremos en Victoria en menos de diez minutos. Si le apetece fumar un cigarro en nuestras habitaciones, coronel, estaré encantado de darle cualquier otro detalle que pueda interesarle.

LA CAJA DE CARTÓN

Al escoger algunos casos típicos que ilustran las notables facultades mentales de mi amigo Sherlock Holmes, he procurado, en la medida de lo posible, seleccionar aquellos que presentaban el mínimo sensacionalismo, a la vez que ofrecían un campo justo para sus talentos. No obstante, es lamentable que resulte imposible separar del todo lo sensacional de lo criminal, y un cronista se halla en el dilema de que debe sacrificar detalles esenciales para su relato, dando así una falsa impresión del problema, o bien utilizar hechos que el azar, y no la elección, le ha proporcionado. Con este breve preámbulo pasaré a mis notas sobre lo que resultó ser una cadena de acontecimientos extraña, aunque particularmente terrible.

Era un día abrasador de agosto. Baker Street se asemejaba a un horno, y el resplandor de la luz del sol sobre la fachada amarilla de la casa al otro lado de la calle era doloroso para la vista. Era difícil creer que aquellas fueran las mismas paredes que se alzaban tan sombrías entre las nieblas del invierno. Nuestras persianas estaban a medio bajar, y Holmes yacía encorvado en el sofá, leyendo y releiendo una carta que había recibido por la posta matutina. En cuanto a mí, mi servicio en la India me había enseñado a soportar mejor el calor que el frío, y un termómetro marcando 90 no suponía para mí ninguna dificultad. Pero el periódico de la mañana resultaba poco interesante. El Parlamento se había levantado. Todo el mundo había salido de la ciudad, y yo anhelaba los claros del New Forest o las gravas de Southsea. Una cuenta bancaria deprimida me había obligado a posponer mis vacaciones, y en cuanto a mi compañero, ni el campo ni el mar le resultaban en absoluto atractivos. Él amaba yacer en el mismísimo centro de cinco mi-

llones de personas, con sus filamentos extendiéndose entre ellas, siempre alerta a cada rumor o sospecha de crimen sin resolver. La apreciación de la naturaleza no hallaba sitio entre sus múltiples dones, y su única distracción era desviar su mente del delincuente de la ciudad para rastrear a su hermano del campo.

Al notar que Holmes estaba demasiado absorto para conversar, descarté el insulso periódico y, recostado en mi silla, caí en profunda reflexión. De repente, la voz de mi compañero irrumpió en mis pensamientos.

—Tienes razón, Watson —dijo—. Parece un modo completamente absurdo de resolver una disputa.

—¡Absurdo! —exclamé— y, de pronto, dándome cuenta de cómo había expresado el pensamiento más íntimo de mi alma, me enderecé en la silla y lo miré asombrado.

—¿Qué significa esto, Holmes? —exclamé—. Esto supera todo lo que podría haber imaginado.

Él rió con ganas ante mi perplejidad.

—Recuerdas —dijo— que hace poco, cuando te leí el pasaje de uno de los relatos de Poe en el que un razonador perspicaz deduce los pensamientos no expresados de su interlocutor, te inclinaste a tratar el asunto como una mera exhibición de fuerza del autor. Al comentar que yo solía hacer lo mismo, expresaste incredulidad.

—¡Oh, no!

—Quizá no con tus palabras, querido Watson, pero ciertamente con tus cejas. Así que, cuando te vi dejar el periódico a un lado y sumirte en un tren de pensamiento, me alegró tener la oportunidad de leerlo y, finalmente, intervenir en él, para demostrar que estaba en sintonía contigo.

Pero yo aún no estaba satisfecho.

—En el ejemplo que me leíste —dije—, el razonador extraía sus conclusiones de las acciones del hombre que observaba. Si mal no recuerdo, tropezó con un montón de piedras, miró hacia las estrellas, y así sucesivamente. Pero yo me he sentado tranquilamente en mi silla; ¿qué indicios pude haberle dado?

—Te haces un flaco favor. A la humanidad se le han dado los rasgos como el medio para expresar sus emociones, y los tuyos son fieles servidores.

—¿Insinúas, entonces, que dedujiste mi tren de pensamientos a partir de mis rasgos?

—De tus rasgos, y especialmente de tus ojos. ¿Acaso no puedes recordar cómo comenzó tu ensoñación?

—No, no lo recuerdo.

—Entonces te lo contaré. Tras desechar el periódico, acción que llamó mi atención, permaneciste medio minuto con la mirada vacía. Luego tus ojos se fijaron en tu recién enmarcado retrato del general Gordon, y noté en el cambio de tu rostro que se había iniciado un hilo de pensamiento. Pero no llegó muy lejos. Tus ojos se deslizaron hacia el retrato sin marco de Henry Ward Beecher que se encontraba sobre tus libros. Entonces levantaste la vista hacia la pared, y por supuesto tu intención era obvia. Pensabas que, si el retrato se enmarcara, cubriría ese espacio desnudo y armonizaría con la imagen de Gordon allá.

—¡Me has seguido a la perfección! —exclamé.

—Hasta aquí difícilmente me habría equivocado. Pero luego tus pensamientos volvieron a Beecher, y miraste fijamente, como si estudiaras el carácter en sus rasgos. Después tus ojos dejaron de entrecerrarse, pero continuaste mirando de reojo, con el rostro pensativo. Recordabas los episodios de la carrera de Beecher. Yo sabía muy bien que no podías hacerlo sin pensar en la misión que emprendió en favor del Norte durante la Guerra Civil, pues recuerdo que expresaste una apasionada indignación por la forma en que fue recibido por los más turbulentos de nuestra gente. Sentías tan intensamente eso, que sabía que no podías pensar en Beecher sin evocar también aquello. Un instante después, al ver que tus ojos se alejaban del retrato, sospeché que tu mente había virado hacia la Guerra Civil, y al observar que tus labios se apretaron, tus ojos brillaron y tus manos se cerraron, estuve seguro de que pensabas en la gallardía mostrada por ambos bandos en aquella lucha desesperada. Pero luego, de nuevo, tu rostro se entristeció; negaste con la cabeza. Meditabas sobre la tristeza, el horror y el inútil despilfarro de la vida. Tu mano se desplazó hacia una antigua herida, y una sonrisa temblo-

rosa se dibujó en tus labios, lo que me indicó que el ridículo de este método para resolver disputas internacionales se había infiltrado en tu mente. En ese momento coincidí contigo en que era absurdo, y me alegró constatar que todas mis deducciones habían sido correctas.

—¡Exactamente! —dije yo—. Y ahora que lo has explicado, confieso que estoy tan asombrado como antes.

—Fue algo superficial, querido Watson, te lo aseguro. No habría interrumpido tu atención si no hubieras mostrado cierta incredulidad el otro día. Pero tengo en mis manos un pequeño problema que puede resultar más difícil de solucionar que mi pequeño ensayo de lectura de pensamientos. ¿Viste en el periódico un breve párrafo que hace referencia al extraordinario contenido de un paquete enviado por la posta a la señorita Cushing, de Cross Street, Croydon?

—No, no vi nada.

—¡Ah! Debiste pasártelo por alto. Pásamelo. Aquí está, bajo la columna financiera. ¿Serías tan amable de leerlo en voz alta?

Recogí el periódico que él me había lanzado de nuevo y leí el párrafo señalado. Estaba encabezado: “Un Paquete Macabro.”

—La señorita Susan Cushing, residente en Cross Street, Croydon, ha sido víctima de lo que debe considerarse una broma práctica particularmente repugnante, salvo que a la misma se adjunte algún significado más siniestro. A las dos de la tarde de ayer, el cartero entregó un pequeño paquete, envuelto en papel marrón. En su interior había una caja de cartón llena de sal gruesa. Al vaciarla, la señorita Cushing se horrorizó al descubrir dos orejas humanas, aparentemente recién cortadas. La caja había sido enviada por correo paquetero desde Belfast la mañana anterior. No se ha podido identificar al remitente, y el asunto resulta aún más enigmático dado que la señorita Cushing, una dama soltera de cincuenta años, ha llevado una vida sumamente reservada, con tan pocos conocidos o correspondientes que es algo insólito que reciba algo por la posta. Sin embargo, hace algunos años, cuando residía en Penge, alquiló habitaciones de su casa a tres jóvenes estudiantes de medicina, a quienes se vio obligada a desalojar debido a sus ruidosos e irregulares hábitos. La policía opina que este ultraje pudo haber sido perpetrado contra la señorita Cushing por esos jóvenes, quienes le tenían algún

rencor y esperaban asustarla enviándole estos restos propios de las salas de disección. A esta teoría se le suma el hecho de que uno de esos estudiantes procedía del norte de Irlanda y, según la creencia de la señorita Cushing, de Belfast. Mientras tanto, el caso está siendo investigado activamente, teniendo a cargo del asunto al señor Lestrade, uno de nuestros oficiales detectives más ágiles.

—Eso es lo que dice el Daily Chronicle —comentó Holmes mientras yo terminaba de leer—. Ahora, en cuanto a nuestro amigo Lestrade, recibí una nota suya esta mañana en la que decía: “Creo que este caso está muy en tu línea. Tenemos toda esperanza de esclarecer el asunto, pero encontramos cierta dificultad para que algo funcione. Por supuesto, hemos mandado un telegrama a la oficina de correos de Belfast, pero se entregaron numerosos paquetes ese día y no tienen forma de identificar este en particular, ni de recordar al remitente. La caja es de un medio libra, de tabaco honeydew, y no nos aporta nada. La teoría del estudiante de medicina sigue siendo la más factible, pero si tienes unas horas libres, me encantaría que vinieras aquí. Estaré en casa o en la comisaría todo el día.” —¿Qué dices, Watson? ¿Soportarás el calor y correrás conmigo hasta Croydon con la esperanza de conseguir un caso para tus anales?

—Estaba deseando hacer algo.

—Entonces lo tendrás. Llama a los botines y dile al chófer que pida un taxi. Regreso en un momento, después de cambiarme la bata y rellenar mi caja de puros.

Mientras viajábamos en tren, comenzó a caer una llovizna y el calor resultaba mucho menos opresivo en Croydon que en la ciudad. Holmes había enviado un telegrama, por lo que Lestrade, tan enjuto, elegante y parecido a una comadreja como siempre, nos esperaba en la estación. Una caminata de cinco minutos nos condujo hasta Cross Street, donde residía la señorita Cushing.

Era una calle muy larga de casas de ladrillo de dos pisos, ordenadas y recatadas, con escaleras de piedra blanqueada y pequeños grupos de mujeres con delantal charlando en las puertas. A mitad de camino, Lestrade se detuvo y tocó una puerta, que fue abierta por una pequeña criada. La señorita Cushing se encontraba sentada en la sala principal, en la que nos introdujeron. Era una mujer de rostro sereno, con grandes y amables ojos, y el cabe-

llo canoso cayendo en suaves rizos sobre sus sienes a cada lado. Tenía un antimacassar trabajado sobre el regazo y un cesto de sedas coloreadas sobre un taburete a su lado.

—Están en el cobertizo, esas cosas espantosas —dijo ella cuando entró Lestrade—. Ojalá pudieran llevarlos para siempre.

—Así lo haré, señorita Cushing. Los guardé aquí únicamente hasta que mi amigo, el señor Holmes, los viera en su presencia.

—¿Por qué, en mi presencia, señor?

—Por si él quisiera hacer alguna pregunta.

—¿De qué me servirían preguntas, si te digo que no sé nada al respecto?

—Exactamente, señora —dijo Holmes, con su voz tranquilizadora—. No tengo duda de que ya has sufrido lo suficiente con este asunto.

—En efecto, señor. Soy una mujer tranquila y llevo una vida retirada. Es algo nuevo para mí ver mi nombre en los periódicos y encontrar a la policía en mi casa. No quiero esos trastos aquí, señor Lestrade. Si los quiere ver, tendrá que ir al cobertizo.

Se trataba de una pequeña caseta en el angosto jardín que corría detrás de la casa. Lestrade entró y sacó una caja de cartón amarilla, acompañada de un trozo de papel marrón y un cordel. Al final del camino había un banco y todos nos sentamos mientras Holmes examinaba, uno a uno, los objetos que Lestrade le había entregado.

—El cordel resulta sumamente interesante —comentó, sosteniéndolo a contraluz y oliéndolo—. ¿Qué opinas de este cordel, Lestrade?

—Está impregnado de alquitrán.

—Exacto. Se trata de un trozo de sogá alquitranada. Además, seguramente habrás notado que la señorita Cushing ha cortado la cuerda con unas tijeras, como se evidencia por el doble deshilachado en cada extremo. Esto es importante.

—No veo la importancia —dijo Lestrade.

—La importancia reside en que el nudo permanece intacto, y que este nudo tiene un carácter peculiar.

—Está atado con mucha pulcritud. Ya lo había notado —comentó Lestrade con complacencia.

—Bueno, eso es lo del cordel —dijo Holmes, sonriendo—, ahora veamos el envoltorio de la caja. Papel marrón, con un marcado olor a café. ¿No lo habías notado? No creo que haya lugar a dudas. La dirección está impresa con caracteres algo desaliñados: “Miss S. Cushing, Cross Street, Croydon”. Hecho con una pluma de trazo grueso, probablemente una J, y con una tinta bastante inferior. La palabra Croydon originalmente se escribió con una “i”, que fue cambiada por una “y”. El paquete fue enviado entonces por un hombre —la tipografía es marcadamente masculina—, de educación limitada y ajeno al conocimiento de Croydon. ¡Hasta aquí, todo correcto! La caja es de un amarillo característico, de media libra de tabaco honeydew, sin rasgo distintivo salvo dos marcas de huellas dactilares en la esquina inferior izquierda. Está llena de sal gruesa de la calidad que se utiliza para conservar cueros y para otros fines comerciales más toscos. Y en su interior se hallan estos singulares contenidos.

Mientras hablaba, sacó las dos orejas, y apoyando una tabla sobre su rodilla, las examinó minuciosamente, mientras Lestrade y yo, inclinados a cada lado, alternábamos la mirada entre esos espantosos restos y el rostro atento y expectante de nuestro compañero. Finalmente, volvió a colocarlas en la caja y se sentó un rato en profunda meditación.

—Habéis notado, por supuesto —dijo al fin—, que las orejas no son un par.

—Sí, lo he notado. Pero si se tratara de la broma práctica de unos estudiantes de las salas de disección, les sería tan fácil enviar dos orejas dispares como un par.

—Exacto. Pero esto no es una broma.

—¿Estás seguro?

—La presunción se inclina en contra. Los cadáveres de las salas de disección se inyectan con un fluido conservante. Estas orejas no muestran señales de ello. Además, son frescas. Han sido cortadas con un instrumento romo, lo que difícilmente ocurriría si lo hubiera hecho un estudiante. Asimismo, los preservativos que un médico sugeriría serían carból o alcohol

rectificado, y ciertamente no sal gruesa. Repito: aquí no hay una broma práctica, sino que estamos investigando un crimen serio.

Una vaga emoción recorrió mi ser al escuchar las palabras de mi compañero y ver la gravedad severa que endurecía sus rasgos. Ese brutal preludio parecía arrojar en el fondo alguna extraña e inexplicable sombra de horror. Lestrade, sin embargo, negó con la cabeza como quien está apenas convencido.

—Sin duda hay objeciones a la teoría de la broma —dijo—, pero existen razones mucho más contundentes en contra de la otra. Sabemos que esta mujer ha llevado una vida muy tranquila y respetable en Penge y aquí durante los últimos veinte años. Apenas se ha ausentado de su casa ni un solo día en ese tiempo. ¿Por qué, entonces, enviaría un criminal a una mujer como ella las pruebas de su culpa, especialmente si, a menos que sea una actriz consumada, entiende tan poco del asunto como nosotros?

—Ese es el problema que debemos resolver —respondió Holmes—, y en lo que a mí respecta, lo abordaré partiendo de la presunción de que mi razonamiento es correcto y que se ha cometido un doble asesinato. Una de estas orejas es de mujer, pequeña, finamente formada y perforada para un pendiente. La otra es de hombre, bronceada, descolorida y también perforada para pendiente. Presumiblemente, estas dos personas están muertas, o de lo contrario habríamos conocido su historia hasta ahora. Hoy es viernes. El paquete fue enviado el jueves por la mañana. La tragedia, pues, ocurrió el miércoles o martes, o antes. Si estas dos personas fueron asesinadas, ¿quién más que su asesino enviaría a la señorita Cushing esta señal de su obra? Podemos asumir que el remitente del paquete es el hombre que buscamos. Pero debe tener una razón contundente para enviarle este paquete a la señorita Cushing. ¿Qué motivo? Debe haber sido para decirle que el hecho se ha consumado; o para causarle dolor, quizás. Pero en ese caso, ella sabría quién es. ¿Lo sabe? Lo dudo. Si lo supiera, ¿por qué llamaría a la policía? Habría enterrado las orejas, y nadie se habría enterado. Eso habría hecho si quisiera proteger al criminal. Pero si no quiere protegerlo, daría su nombre. Hay en este asunto un enredo que debe desentrañarse.

Había estado hablando en voz alta y acelerada, mirando fijamente por encima de la valla del jardín, pero ahora se levantó enérgicamente y se encaminó hacia la casa.

—Tengo algunas preguntas para hacerle a la señorita Cushing —dijo.

—En ese caso, puedo dejaros aquí —comentó Lestrade—, pues tengo otro pequeño asunto entre manos. Creo que ya no tengo nada más que aprender de la señorita Cushing. Me veréis en la comisaría.

—Pasaremos a saludarle de camino al tren —respondió Holmes.

Un momento después, él y yo regresamos a la sala, donde la impasible dama seguía tranquilamente trabajando en su antimacassar. Al vernos, lo dejó sobre su regazo y nos miró con sus sinceros y penetrantes ojos azules.

—Estoy convencida, señor —dijo—, de que este asunto es un error y que el paquete jamás fue destinado a mí. Se lo he dicho en varias ocasiones al caballero de Scotland Yard, pero él simplemente se ríe de mí. No tengo enemigos en el mundo, hasta donde yo sé, ¿por qué, entonces, alguien me haría tal jugarreta?

—Estoy llegando a la misma conclusión, señorita Cushing —dijo Holmes, sentándose a su lado—. Creo que es más que probable... —hizo una pausa, y yo me sorprendí al ver que observaba fijamente el perfil de la dama con singular intensidad. Por un instante se le leían en el rostro sorpresa y satisfacción, aunque cuando ella miró a su alrededor para averiguar el motivo de su silencio, se volvió tan recatado como siempre. Yo también estudié con atención su cabello llano y canoso, su elegante gorra, sus pequeños pendientes dorados, sus rasgos plácidos; pero no pude ver nada que explicara la evidente excitación de mi compañero.

—Había una o dos preguntas—

—¡Ya estoy harta de preguntas! —exclamó la señorita Cushing, impaciente.

—Tienes dos hermanas, creo.

—¿Cómo lo sabes?

—Observé, en cuanto entré en la sala, que tienes un retrato grupal de tres damas sobre la repisa de la chimenea, de las cuales una eres tú indudablemente, mientras que las otras se parecen tanto a ti que no cabe duda de su parentesco.

—Así es. Esas son mis hermanas, Sarah y Mary.

—Y aquí, a mi lado, hay otro retrato, tomado en Liverpool, de tu hermana menor, en compañía de un hombre que parece ser mayordomo por su uniforme. Noto que en ese entonces era soltera.

—Observas muy bien.

—Es mi oficio.

—Bueno, tienes razón. Pero ella se casó con el señor Browner unos días después. Él estaba en la línea suramericana cuando se tomó esa foto, pero la amaba tanto que no soportaba dejarla sola tanto tiempo, y se embarcó en los barcos de Liverpool y Londres.

—¿Ah, el Conquistador, quizá?

—No, el May Day, según lo último que oí. Jim bajó a verme una vez. Eso fue antes de que rompiera el compromiso; pero después, siempre que tocaba tierra, bebía, y un poco de licor lo volvía completamente desquiciado. ¡Ah! Fue un mal día para él desde que volvió a alzar un vaso. Primero me abandonó, luego discutió con Sarah, y ahora que Mary ha dejado de escribir, no sabemos bien cómo van las cosas entre ellos.

Se notaba que la señorita Cushing había tocado un tema que le afectaba profundamente. Como suele ocurrir en personas solitarias, era tímida al principio, pero terminaba por volverse extremadamente comunicativa. Nos contó muchos detalles sobre su cuñado, el mayordomo, y luego, desviándose hacia el tema de sus antiguos inquilinos, los estudiantes de medicina, nos ofreció un largo relato de sus fechorías, mencionando sus nombres y los de sus hospitales. Holmes escuchaba atentamente todo, lanzando alguna pregunta de vez en cuando.

—Acerca de tu segunda hermana, Sarah —comentó—. Me sorprende que, siendo ambas damas solteras, no vivan juntas.

—¡Ah! Si supieras el carácter de Sarah, ya no te sorprenderías. Lo intenté cuando vine a Croydon y convivimos hasta hace unos dos meses, cuando tuvimos que separarnos. No quiero decir nada malo de mi propia hermana, pero siempre fue entrometida y difícil de complacer, esa era Sarah.

—Dices que discutía con tus familiares de Liverpool.

—Sí, y en su momento fueron muy unidas. Hasta se mudó allá para estar cerca de ellos. Y ahora ya ni una palabra dura tiene para Jim Browner. Du-

rante los últimos seis meses que estuvo aquí, no dejaba de hablar de su manera de beber y sus modos. Sospecho que la pilló entrometiéndose y le dio una buena reprimenda, y eso fue el comienzo.

—Gracias, señorita Cushing —dijo Holmes, levantándose e inclinándose—. Tu hermana Sarah vive, creo que dijiste, en New Street, Wallington. Adiós, y lamento mucho que hayas tenido que ser perturbada por un caso en el que, según dices, no tienes nada que ver.

Justo en ese momento pasó un taxi y Holmes lo hizo señas.

—¿Cuánto hasta Wallington? —preguntó.

—Aproximadamente dos millas, señor.

—Muy bien. Sube, Watson. Hay que aprovechar el momento. Por sencillo que parezca el caso, han aparecido uno o dos detalles muy instructivos. Solo para en un telegrama, por favor, avisa al taxista al pasar por una oficina de telégrafos.

Holmes envió un breve telegrama y, durante el resto del trayecto, se recostó en el taxi con su sombrero ladeado sobre la nariz para protegerse del sol. Nuestro conductor se detuvo frente a una casa no muy diferente de aquella de la que acabábamos de salir. Mi compañero le indicó que esperase y, con la mano sobre el llamador, se abrió la puerta, revelando a un joven serio vestido de negro, con un sombrero muy reluciente.

—¿Está la señorita Cushing en casa? —preguntó Holmes.

—La señorita Sarah Cushing está gravemente enferma —respondió el joven—. Desde ayer padece síntomas cerebrales de gran severidad. Como su consejero médico, no puedo asumir la responsabilidad de permitir que alguien la vea. Le recomendaría que regresara en diez días.

Se puso los guantes, cerró la puerta y se marchó por la calle.

—Bueno, si no podemos, no podemos —comentó Holmes, con tono alegre.

—Quizá ella no pudo, o no quiso contarte mucho.

—No deseaba que me dijera nada. Solo quería verla. Sin embargo, creo haber obtenido todo lo que necesito. Llevadnos a un hotel decente, taxi,

donde podamos almorzar, y después iremos a ver a nuestro amigo Lestrade en la comisaría.

Durante una agradable comida juntos, Holmes habló únicamente de violines, narrando con gran entusiasmo cómo había adquirido su propio Stradivarius, que valía al menos quinientas guineas, en una joyería judía de Tottenham Court Road por cincuenta y cinco chelines. Esto lo llevó a hablar de Paganini, y pasamos una hora entera con una botella de claret, mientras me contaba anécdota tras anécdota de aquel hombre extraordinario. La tarde ya avanzaba y el intenso calor se había suavizado en un brillo tenue antes de que nos encontráramos en la comisaría. Lestrade nos esperaba en la puerta.

—Un telegrama para usted, señor Holmes —dijo él.

—¡Ja! ¡Es la respuesta! —exclamó, abriéndolo apresuradamente, echando un vistazo y arrugándolo en el bolsillo—. Todo en orden, dice.

—¿Has descubierto algo?

—¡He descubierto todo!

—¿¡Qué!?! —Lestrade lo miró asombrado—. Estás bromeando.

—Jamás he sido tan serio en mi vida. Se ha cometido un crimen escandaloso, y creo haber desvelado cada uno de sus detalles.

—¿Y el criminal?

Holmes garabateó unas palabras en el reverso de una de sus tarjetas de visita y se la lanzó a Lestrade.

—Ese es el nombre —dijo—. No podrás efectuar un arresto hasta mañana por la noche, como muy pronto. Preferiría que mi nombre no se mencionara en absoluto en relación con el caso, ya que opto por asociarme únicamente con aquellos crímenes que presentan alguna dificultad en su resolución. Vamos, Watson.

Salimos juntos hacia la comisaría, dejando a Lestrade aún mirando extasiado la tarjeta que Holmes le había lanzado.

—El caso —dijo Sherlock Holmes, mientras fumábamos nuestros cigarrillos esa noche en nuestras habitaciones de Baker Street— es uno en el que, como en las investigaciones que has relatado bajo los nombres de “Estudio en Escarlata” y “El Signo de los Cuatro”, nos hemos visto obligados a razo-

nar de los efectos a las causas. He escrito a Lestrade pidiéndole que nos aporte los detalles que aún faltan y que solo obtendrá una vez que haya capturado a su hombre. Se le puede confiar, pues, aunque carezca absolutamente de razón, es tan tenaz como un bulldog cuando entiende lo que ha de hacer, y, de hecho, es precisamente esa tenacidad la que lo ha llevado a la cima de Scotland Yard.

—¿Tu caso aún no está completo, entonces? —pregunté.

—En lo esencial, sí lo está. Sabemos quién es el autor de tan repugnante hecho, aunque aún se nos escapa el de una de las víctimas. Por supuesto, ya has sacado tus propias conclusiones.

—¿Presumes que este tal Jim Browner, el mayordomo de un barco de Liverpool, es el hombre que sospechas?

—¡Oh! Es más que una sospecha.

—Y, sin embargo, no veo nada salvo indicios muy vagos.

—Al contrario, para mí nada podría ser más claro. Permíteme repasar los puntos principales. Abordamos el caso, recordarás, con la mente absolutamente despejada, lo cual siempre es una ventaja. No habíamos formado ninguna teoría. Estábamos allí simplemente para observar y deducir a partir de nuestras observaciones. ¿Qué fue lo primero que vimos? Una dama muy tranquila y respetable, que parecía completamente ajena a cualquier secreto, y un retrato que me indicó que tenía dos hermanas menores. Se me iluminó de inmediato la idea de que la caja quizá hubiera sido destinada a una de ellas. Dejé de lado esa idea, ya que podría ser comprobada o refutada con el tiempo. Luego fuimos al jardín, como recordarás, y allí vimos el contenido singular de la pequeña caja amarilla.

—El cordel era del tipo que utilizan los fabricantes de velas a bordo, y enseguida se percibió un aroma a mar en nuestra investigación. Cuando noté que el nudo era el popular entre los marineros, que el paquete había sido enviado desde un puerto y que la oreja masculina estaba perforada para un pendiente, me convencí por completo de que todos los protagonistas de la tragedia pertenecían a nuestras clases marítimas.

—Al examinar la dirección del paquete, noté que estaba dirigido a la señorita S. Cushing. Ahora, la hermana mayor sería, por supuesto, la señorita Cushing, y aunque su inicial es “S”, podría pertenecer a otra de ellas. En ese

caso, tendríamos que reiniciar la investigación desde cero. Así que entré en la casa con la intención de aclarar ese punto. Estaba a punto de asegurarle a la señorita Cushing que estaba convencido de que se había cometido un error, cuando, recordarás, me detuve repentinamente. La verdad es que acababa de ver algo que me llenó de asombro y, al mismo tiempo, redujo enormemente el campo de nuestra investigación.

—Como hombre de medicina, ya sabes, Watson, que ninguna parte del cuerpo varía tanto como la oreja humana. Cada oreja es, por regla general, bastante distintiva y difiere de todas las demás. En el *Anthropological Journal* del año pasado encontrarás dos breves monografías mías sobre el tema. Así que examiné las orejas de la caja con ojos expertos y anoté cuidadosamente sus peculiaridades anatómicas. Imagínate mi sorpresa, pues, al ver en la señorita Cushing que su oreja coincidía exactamente con la oreja femenina que acababa de inspeccionar. El hecho estaba totalmente fuera de toda coincidencia. Presentaba el mismo acortamiento del pabellón, la misma amplia curvatura del lóbulo superior, la misma convolución del cartílago interno. En lo esencial, era la misma oreja.

—Por supuesto, comprendí enseguida la enorme importancia de la observación. Era evidente que la víctima era un pariente sanguíneo, y probablemente muy cercano. Empecé a hablarle sobre su familia, y recordarás que en seguida nos dio detalles de gran valor.

—En primer lugar, su hermana se llamaba Sarah, y su dirección había sido, hasta hace poco, la misma, de modo que resultaba obvio cómo se había producido el error y a quién se destinaba el paquete. Luego oímos hablar de ese mayordomo, casado con la tercera hermana, y supimos que en su momento había sido tan íntimo con la señorita Sarah que ella había llegado incluso a mudarse a Liverpool para estar cerca de los Browner, pero una disputa posterior los separó. Esa pelea había cortado toda comunicación durante algunos meses, de modo que si Browner hubiera tenido ocasión de enviar un paquete a la señorita Sarah, sin duda lo habría hecho a su antigua dirección.

—Y, en ese momento, las cosas empezaban a encajar de forma maravillosa. Habíamos oído hablar de la existencia de ese mayordomo, un hombre impulsivo y de fuertes pasiones —recordarás que arrojó lo que debió haber sido una litera superior, para estar más cerca de su esposa—, sujeto además

a episodios de fuerte embriaguez. Teníamos razones para creer que su esposa había sido asesinada, y que, al mismo tiempo, otro hombre —presumiblemente un marinero— había sido asesinado. Los celos, por supuesto, surgían de inmediato como motivo del crimen. ¿Y por qué se enviarían esas pruebas del hecho a la señorita Sarah Cushing? Probablemente porque, durante su residencia en Liverpool, tuvo algo que ver en la consecución de los acontecimientos que desembocaron en la tragedia. Observa que esta línea de barcos hace escala en Belfast, Dublín y Waterford; de modo que, presumiendo que Browner cometió el crimen y se embarcó enseguida en su transatlántico, el May Day, Belfast sería el primer puerto desde el que podría enviar su terrible paquete.

—En ese punto, una segunda solución era obviamente posible, y aunque me pareció sumamente improbable, estaba decidido a dilucidar la cuestión antes de avanzar más. Un amante frustrado podría haber matado al señor y a la señora Browner, y la oreja masculina podría pertenecer al marido. Había muchas serias objeciones a esta teoría, pero era concebible. Así que mandé un telegrama a mi amigo Algar, de la fuerza de Liverpool, pidiéndole que averiguara si la señora Browner estaba en casa y si Browner había partido en el May Day. Luego fuimos a Wallington a visitar a la señorita Sarah.

—Tenía curiosidad, en primer lugar, por ver cuánto se reproducía el rasgo de la oreja familiar en ella. Después, claro, ella podría aportarnos información muy importante, aunque no estaba seguro de que lo hiciera. Seguramente ya había oído hablar del asunto el día anterior, ya que todo Croydon vibraba con él, y solo ella podía haber comprendido a quién se destinaba el paquete. Si hubiera querido ayudar a la justicia, probablemente ya se habría puesto en contacto con la policía. Sin embargo, era nuestro deber verla, así que fuimos. Descubrimos que la noticia de la llegada del paquete —para la fecha de su enfermedad— le había causado un efecto tal que le provocó fiebre cerebral. Quedaba más claro que nunca que comprendía plenamente su significado, pero igualmente evidente era que tendríamos que esperar un tiempo para contar con cualquier ayuda de su parte.

—No obstante, en realidad, éramos independientes de su colaboración. Nuestras respuestas nos aguardaban en la comisaría, donde había indicado a Algar que las enviara. Nada podía ser más concluyente. La casa de la señora Browner había estado cerrada durante más de tres días, y los vecinos opinaban que se había marchado al sur para ver a sus parientes. Se había consta-

tado en las oficinas de envíos que Browner había partido a bordo del May Day, y calculo que ella debe llegar al Támesis mañana por la noche. Cuando él llegue, será interceptado por el obstinado, aunque resuelto, Lestrade, y no tengo duda de que obtendremos todos los detalles.

Sherlock Holmes no se vio defraudado por sus expectativas. Dos días después recibió un voluminoso sobre, que contenía una breve nota del detective y un documento mecanografiado de varias hojas de papel foolscap.

—Lestrade lo tiene todo claro —comentó Holmes, alzando la vista hacia mí—. Quizás te interese escuchar lo que dice.

—Muy estimado señor Holmes: En conformidad con el plan que habíamos ideado para comprobar nuestras teorías —“el ‘nosotros’ me parece bastante elegante, Watson, ¿no crees?”—, ayer a las 6 p.m. me dirigí al Albert Dock y embarqué en el s.s. May Day, perteneciente a la Liverpool, Dublin and London Steam Packet Company. Al indagar, descubrí que había a bordo un mayordomo de nombre James Browner, y que se había comportado de forma tan extraordinaria durante la travesía que el capitán se vio obligado a relevarle de sus funciones. Al descender a su litera, lo encontré sentado sobre un baúl, con la cabeza apoyada en sus manos, meciéndose de un lado a otro. Es un hombre corpulento, de rostro afeitado y muy moreno— algo parecido a Aldridge, quien nos ayudó en el asunto de la lavandería falsa. Saltó en cuanto oyó mi petición, y tuve que poner el silbato en mis labios para llamar a un par de policías fluviales que estaban a la vuelta de la esquina, pero parecía no tener remedio y extendió sus manos con la calma suficiente para que lo esposaran. Lo llevamos a las celdas, junto con su caja, pues pensamos que podía haber algo incriminatorio en ella; pero, salvo un gran cuchillo afilado, como suelen tener los marineros, no hallamos nada de valor. Sin embargo, comprobamos que ya no necesitaríamos más pruebas, porque al ser presentado ante el inspector en la comisaría, solicitó hacer una declaración, la cual fue, por supuesto, transcrita en el momento por nuestro taquígrafo. Se hicieron tres copias mecanografiadas, de una de las cuales adjunto la presente. El asunto demuestra, tal como siempre lo creí, ser sumamente simple, pero te estoy obligado a agradecer por ayudarme en la investigación. Con mis mejores saludos, Sinceramente, G. Lestrade.

—¡Hum! La investigación resultó ser realmente muy simple —comentó Holmes—; pero no creo que a él se le haya ocurrido así en un principio. De

todos modos, veamos qué tiene que decir Jim Browner por sí mismo. Esta es su declaración, tal como la formuló ante el inspector Montgomery en la comisaría de Shadwell, y tiene la ventaja de ser textual.

—¿Tengo algo que decir? Sí, tengo mucho que decir. Debo sincerarme por completo. Pueden colgarme o dejarme, no me importa un comino. Les aseguro que no he cerrado un ojo desde que lo hice, y no creo que lo vuelva a hacer hasta dejar de estar despierto. A veces es su rostro, pero la mayoría de las veces es el de ella. Nunca estoy sin uno u otro ante mí. Él luce ceñudo y tenebroso, pero ella tiene en su faz un cierto aire de sorpresa. Sí, el corderito blanco, bien podría sorprenderse al leer la muerte en un rostro que, en su día, rara vez reflejó otra cosa que amor.

—Pero fue culpa de Sarah, y que la maldición de un hombre deshecho eche la peste en ella y haga que la sangre se pudra en sus venas. No es que quiera absolverme. Sé que volví a beber como la bestia que soy. Pero ella me habría perdonado; se habría aferrado a mí como una soga a un bloque si esa mujer nunca hubiera cruzado nuestra puerta. Porque Sarah Cushing me amó—esa es la raíz del asunto—me amó, hasta que todo su amor se transformó en odio venenoso cuando se dio cuenta de que yo valoraba más la huella de la pisada de mi esposa en el barro que su cuerpo y alma enteros.

—Eran tres hermanas en total. La mayor era una buena mujer, la segunda, un demonio, y la tercera, un ángel. Sarah tenía treinta y tres años y Mary veintinueve cuando me casé. Éramos tan felices como el día es largo cuando formamos nuestro hogar juntos, y en todo Liverpool no había mujer mejor que mi Mary. Y luego invitamos a Sarah a quedarse durante una semana, y la semana se alargó hasta un mes, y una cosa llevó a la otra, hasta que ella se volvió parte de nosotros.

—En ese entonces yo tenía alta categoría, y estábamos ahorrando algo de dinero, y todo era tan brillante como un dólar nuevo. Dios mío, ¿quién habría imaginado que acabaría así? ¿Quién lo habría soñado?

—Acostumbraba a estar en casa los fines de semana con frecuencia, y a veces, si el barco se demoraba por carga, podía quedarme una semana entera, y de ese modo veía bastante a mi cuñada, Sarah. Era una mujer alta, elegante, vivaz y fiera, con una manera altiva de llevar la cabeza y un destello en los ojos como chispas al chocar dos pedernales. Pero cuando estaba la pequeña Mary, jamás pensé en ella, y lo juro por la misericordia de Dios.

—A veces me parecía que le gustaba quedarse a solas conmigo o tentar que saliéramos a pasear juntos, pero yo nunca le di importancia. Pero una tarde se me abrieron los ojos. Había bajado del barco y encontré a mi esposa fuera, pero a Sarah en casa. —¿Dónde está Mary? —pregunté. — Oh, se fue a pagar unas cuentas —respondió ella. —¿No puedes estar contento cinco minutos sin Mary, Jim? —le dije—. —Está bien, querida —respondí, extendiendo mi mano de forma amable—, pero ella la tomó con ambas y de inmediato sintieron un ardor febril. Miré en sus ojos y lo leí todo allí. No fue necesaria que ella hablara, ni tampoco para mí. Fruncí el ceño y aparté mi mano. Luego, se quedó a mi lado en silencio un momento, y después levantó la mano y me dio una palmada en el hombro. —¡Tranquilo, viejo Jim! —dijo, y con una risa burlona salió corriendo de la habitación.

—Desde ese momento Sarah me aborreció con todo su ser, y es una mujer capaz de odiar con vehemencia. Fui un tonto al dejarla seguir actuando de esa manera—un tonto embobado—, pero nunca dije una palabra a Mary, porque sabía que la entristecería. Las cosas continuaron prácticamente como antes, pero con el tiempo empecé a notar un cambio en la propia Mary. Siempre había sido tan confiada e inocente, pero ahora se volvió extraña y sospechosa, queriendo saber a dónde había ido, qué hacía, de quién provenían mis cartas, qué tenía en los bolsillos, y mil tonterías más. Día a día se tornaba más rara e irritable, y discutíamos sin motivo alguno. Todo me tenía perplejo. Sarah me evitaba ahora, pero ella y Mary eran inseparables. Ahora entiendo que ella tramaba, maquinaba y envenenaba la mente de mi esposa contra mí, pero yo era tan ciego como un insecto que no lo podía comprender en ese momento. Luego rompí mi lazo azul y volví a beber, pero creo que no lo habría hecho si Mary hubiera permanecido como siempre. Tenía razones para sentirse decepcionada de mí, y la brecha entre nosotros se ensanchaba cada vez más. Y entonces apareció ese tal Alec Fairbairn, y las cosas se pusieron mil veces más oscuras.

—Primero fue a ver a Sarah en mi casa, pero pronto empezó a vernos a los dos, pues era un hombre encantador, que hacía amistades donde quiera que iba. Era un tipo apuesto y arrogante, astuto y rizado, que había recorrido la mitad del mundo, y podía hablar de lo que había visto. Era buena compañía, no lo negaré, y poseía maneras sorprendentemente educadas para ser marinero, de modo que creo que debió haber existido un tiempo en el

que supo más de lo que se sabe en la proa que en el castillo de popa. Durante un mes entraba y salía de mi casa, y ni se me ocurrió que su conducta suave y engañosa pudiera acarrear daño. Y entonces, por fin, algo me hizo sospechar, y a partir de ese día mi paz se esfumó para siempre.

—Fue algo pequeño, también. Entré en la sala de estar sin previo aviso, y al abrir la puerta vi en el rostro de mi esposa una luz de bienvenida. Pero al notar quién era, se desvaneció y se volvió con una expresión de decepción. Eso fue suficiente para mí. No había nadie más, salvo Alec Fairbairn, cuyo paso ella podría haber confundido con el mío. Si lo hubiera visto, lo habría matado, porque siempre he sido como un loco cuando pierdo el control. Mary vio en mis ojos el brillo del diablo, y corrió hacia mí con las manos en mi manga. —¡No, Jim, no! —exclamó ella. —¿Dónde está Sarah? —pregunté. —En la cocina —respondió. —Sarah —dije al entrar—, este hombre Fairbairn no volverá a cruzar mi puerta. —¿Por qué no? —preguntó ella. —Porque lo ordeno. —¡Oh! —exclamó—, si mis amigos no son lo suficientemente buenos para esta casa, entonces yo no lo soy. —Puedes hacer lo que quieras —dije—, pero si Fairbairn vuelve a asomar la cara, te enviaré una de sus orejas como recuerdo. Ella se asustó por mi semblante, creo, pues no respondió palabra, y esa misma noche abandonó mi casa.

—No sé ya si fue pura maldad de su parte o si pensó que podía volverme en contra de mi esposa incitándola a portarse mal. En fin, se mudó a una casa a tan solo dos calles de aquí y alquiló habitaciones a marineros. Fairbairn solía quedarse allí, y Mary iba a tomar el té con su hermana y él. No sé cuántas veces lo hizo, pero un día la seguí, y cuando entré por la puerta, Fairbairn se escapó por la pared trasera del jardín, como el cobarde mofeta que es. Le juré a mi esposa que lo mataría si la volvía a ver con él, y la conduje de vuelta a casa, sollozando y temblando, tan pálida como un papel. Ya no quedaba ni rastro de amor entre nosotros. Pude ver que ella me odiaba y me temía, y cuando ese pensamiento me llevó a beber, ella también me despreciaba.

—Sarah descubrió que no podía ganarse la vida en Liverpool, así que regresó, según entiendo, a vivir con su hermana en Croydon, y en casa las cosas siguieron más o menos igual. Y luego llegó la última semana, con toda la miseria y la ruina.

—Fue de esta manera. Habíamos partido en el May Day para un crucero de siete días, pero se soltó un tonel y se descontroló uno de nuestros platos, de modo que tuvimos que regresar al puerto por doce horas. Dejé el barco y volví a casa, pensando en la sorpresa que le causaría a mi esposa verme tan pronto. Esa idea me rondaba la cabeza cuando doblé la calle, y en ese instante pasó un taxi, y allí estaba ella, sentada al lado de Fairbairn, charlando y riendo, sin darle un pensamiento a mí, que la observaba desde la acera.

—Te aseguro, y te doy mi palabra, que desde ese momento ya no fui dueño de mí mismo, y todo parece un vago sueño al recordarlo. Había estado bebiendo intensamente últimamente, y ambas cosas combinadas nublaron mi mente. Ahora siento en mi cabeza algo pulsante, como el golpe de un martillo de muelle, pero esa mañana parecía que tenía todo el estruendo y zumbido de las Cataratas del Niágara en mis oídos.

—Entonces me largué a toda prisa, persiguiendo el taxi. Tenía un pesado bastón de roble en la mano, y te aseguro que vi rojo desde el principio; pero mientras corría me hice astuto y me quedé atrás para observarlos sin ser visto. Se bajaron pronto en la estación de tren. Había una buena multitud alrededor de la taquilla, así que logré acercarme sin ser visto. Compraron billetes para New Brighton. Yo también lo hice, pero logré subir en tres vagones detrás de ellos. Cuando llegamos, caminaron por el Paseo, y yo no estuve a más de cien yardas de ellos. Al fin los vi contratar un bote y zarpar hacia el río, pues hacía mucho calor y, sin duda, pensaron que en el agua estarían más frescos.

—Fue como si hubieran caído en mis manos. Había una especie de bruma, y no se veía más allá de unos pocos cientos de yardas. Contraté un bote para mí, y los seguí. Apenas podía distinguir la silueta de su embarcación, pero iban casi tan rápido como yo, y debían haber estado a una milla de la orilla antes de que los alcanzara. La bruma era como un telón a nuestro alrededor, y éramos tres en medio de ella. ¡Dios mío, jamás olvidaré sus rostros cuando vieron quién se acercaba en el bote! Ella gritó. Él maldijo como un lunático y me golpeó con el remo, pues debió haber vislumbrado la muerte en mi mirada. Logré pasar junto a él y le di un tajo con mi bastón, aplastando su cabeza como si fuera un huevo. Quizá habría perdonado a ella, pese a mi furia, pero ella le echó los brazos alrededor, gritándole y llamándolo “Alec”. Volví a golpear, y ella quedó tendida a su lado. En ese instante fui como una bestia salvaje que ha probado la sangre. Si Sarah hubiera estado

allí, por Dios, se habría unido a la venganza. Saqué mi cuchillo y... ¡bien, eso es suficiente! He dicho lo necesario. Sentí una especie de salvaje regocijo al imaginar cómo se sentiría Sarah al ver las señales de lo que su intrusión había provocado. Luego até los cuerpos en el bote, introduje una tabla y me quedé hasta que se hundieron. Sabía muy bien que el dueño pensaría que habían perdido el rumbo en la bruma y se habían dejado llevar por el mar. Me limpié, volví a tierra firme y me reincorporé al barco sin que nadie sospechara lo ocurrido. Esa noche preparé el paquete para Sarah Cushing, y al día siguiente lo envié desde Belfast.

—Ahí tienes la verdad completa —concluyó Browner.

—¿Qué significa, entonces, todo esto, Watson? —preguntó Holmes solemnemente, dejando el papel a un lado—. ¿Qué propósito tiene este círculo de miseria, violencia y miedo? Debe tener algún fin, o de lo contrario nuestro universo estaría gobernado por el azar, lo cual es impensable. ¿Pero qué fin? Es el gran problema perenne al que la razón humana está tan lejos de dar respuesta como siempre.

EL ROSTRO AMARILLO

[Al publicar estos breves relatos basados en los numerosos casos en los que los singulares dones de mi compañero nos han convertido en oyentes y, eventualmente, en actores de algún extraño drama, es natural que me detenga más en sus éxitos que en sus fracasos. Y esto no tanto por su reputación —pues, en verdad, era cuando estaba al límite de su ingenio que su energía y versatilidad eran más admirables— sino porque donde él fallaba sucedía con demasiada frecuencia que nadie más tenía éxito, y la historia quedaba para siempre sin conclusión. Sin embargo, de vez en cuando, ocurría que incluso cuando se equivocaba, la verdad todavía se descubría. He anotado unos seis casos de este tipo, la Aventura del Ritual de Musgrave y el que estoy a punto de relatar son los dos que presentan los aspectos más interesantes.]

Sherlock Holmes era un hombre que rara vez hacía ejercicio por el mero hecho de hacerlo. Pocos hombres eran capaces de mayor esfuerzo muscular, y sin duda era uno de los mejores boxeadores de su peso que jamás he visto; pero consideraba el esfuerzo físico sin propósito como una pérdida de energía, y rara vez se movía a menos que hubiera algún objetivo profesional que servir. Entonces era absolutamente incansable e infatigable. Que se mantuviera en forma en tales circunstancias es notable, pero su dieta era usualmente de lo más frugal, y sus hábitos eran simples hasta el borde de la austeridad. Aparte del uso ocasional de la cocaína, no tenía vicios, y solo recurría a la droga como una protesta contra la monotonía de la existencia cuando los casos escaseaban y los periódicos eran poco interesantes.

Un día, a principios de la primavera, se había relajado tanto como para ir a dar un paseo conmigo por el parque, donde los primeros brotes de verde comenzaban a aparecer en los olmos, y las pegajosas yemas de los castaños estaban empezando a abrirse en sus hojas de cinco lóbulos. Durante dos horas deambulamos juntos, en silencio la mayor parte del tiempo, como corresponde a dos hombres que se conocen íntimamente. Eran casi las cinco cuando volvimos a Baker Street una vez más.

—Perdón, señor —dijo nuestro chico de los recados al abrir la puerta—. Ha estado aquí un caballero preguntando por usted, señor.

Holmes me lanzó una mirada de reproche.

—¡Vaya por las caminatas vespertinas! —dijo—. ¿Se ha ido ya ese caballero?

—Sí, señor.

—¿No le invitaste a pasar?

—Sí, señor; entró.

—¿Cuánto tiempo esperó?

—Media hora, señor. Era un caballero muy inquieto, señor, caminando y pisoteando todo el tiempo que estuvo aquí. Estaba esperando fuera de la puerta, señor, y podía oírlo. Finalmente salió al pasillo, y gritó: '¿Es que ese hombre nunca va a venir?' Esas fueron sus mismas palabras, señor. 'Solo tendrá que esperar un poco más,' le dije. 'Entonces esperaré al aire libre, porque me siento medio asfixiado,' dijo. 'Volveré pronto.' Y con eso se levantó y salió, y todo lo que pude decir no lo detuvo.

—Bueno, bueno, hiciste lo mejor que pudiste —dijo Holmes, mientras entrábamos en nuestra habitación—. Sin embargo, es muy molesto, Watson. Necesitaba urgentemente un caso, y esto parece, por la impaciencia del hombre, como si fuera importante. ¡Vaya! Esa no es tu pipa en la mesa. Debe haberla dejado aquí. Una bonita pipa de brezo con una boquilla larga de lo que los tabaqueros llaman ámbar. Me pregunto cuántas boquillas de ámbar real hay en Londres. Algunas personas piensan que una mosca en el ámbar es un signo. Bueno, debe haber estado muy perturbado para dejar una pipa que evidentemente valora mucho.

—¿Cómo sabes que la valora mucho? —pregunté.

—Bueno, calcularía el costo original de la pipa en siete chelines y seis peniques. Ahora, ves, ha sido reparada dos veces, una en el tallo de madera y otra en el ámbar. Cada una de estas reparaciones, hechas, como observas, con bandas de plata, deben haber costado más de lo que valía la pipa originalmente. El hombre debe valorar mucho la pipa cuando prefiere arreglarla en lugar de comprar una nueva con el mismo dinero.

—¿Algo más? —pregunté, ya que Holmes estaba girando la pipa en su mano y mirándola con su peculiar manera pensativa.

La sostuvo y la golpeó con su largo y delgado dedo índice, como lo haría un profesor que da una conferencia sobre un hueso.

—Las pipas son ocasionalmente de extraordinario interés —dijo.

—Nada tiene más individualidad, salvo quizás los relojes y los cordones de los zapatos. Sin embargo, las indicaciones aquí no son muy marcadas ni muy importantes. El dueño es obviamente un hombre musculoso, zurdo, con una excelente dentadura, descuidado en sus hábitos y sin necesidad de practicar la economía.

Mi amigo soltó la información de manera muy despreocupada, pero vi que me echó un vistazo para ver si había seguido su razonamiento.

—¿Crees que un hombre debe estar bien si fuma una pipa de siete chelines? —dije.

—Esto es mezcla Grosvenor a ocho peniques la onza —respondió Holmes, golpeando un poco en su palma—. Como podría obtener un excelente tabaco por la mitad del precio, no tiene necesidad de practicar la economía.

—¿Y los otros puntos?

—Ha tenido la costumbre de encender su pipa en lámparas y chorros de gas. Puedes ver que está bastante quemada por un lado. Por supuesto, una cerilla no podría haber hecho eso. ¿Por qué iba un hombre a sostener una cerilla en el costado de su pipa? Pero no puedes encenderla en una lámpara sin quemar el cuenco. Y está todo en el lado derecho de la pipa. De eso deduzco que es un hombre zurdo. Sostén tu propia pipa en la lámpara y verás cómo naturalmente, siendo diestro, sostienes el lado izquierdo en la llama. Podrías hacerlo una vez de la otra manera, pero no constantemente. Esta siempre se ha sostenido así. Luego ha mordido el ámbar. Se necesita un tipo

musculoso, enérgico, y con una buena dentadura para hacer eso. Pero si no me equivoco, lo oigo subir las escaleras, así que tendremos algo más interesante que su pipa para estudiar.

Un instante después, nuestra puerta se abrió y un hombre alto y joven entró en la habitación. Estaba bien, pero discretamente vestido con un traje gris oscuro, y llevaba un sombrero marrón en la mano. Yo le habría calculado unos treinta años, aunque en realidad tenía algunos años más.

—Le pido disculpas —dijo, algo avergonzado—; supongo que debería haber llamado. Sí, claro que debería haber llamado. La verdad es que estoy un poco alterado, y deben atribuirlo todo a eso. —Se pasó la mano por la frente como un hombre que está medio aturdido, y luego se dejó caer en una silla más que sentarse.

—Veo que no ha dormido en una o dos noches —dijo Holmes, con su manera fácil y cordial—. Eso afecta más a los nervios de un hombre que el trabajo, e incluso más que el placer. ¿Puedo preguntar en qué puedo ayudarle?

—Quería su consejo, señor. No sé qué hacer, y toda mi vida parece haberse desmoronado.

—¿Desea contratarme como detective consultor?

—No solo eso. Quiero su opinión como hombre sensato, como hombre de mundo. Quiero saber qué debo hacer a continuación. Espero a Dios que pueda decírmelo.

Hablaba en pequeños estallidos agudos y entrecortados, y me pareció que hablar en absoluto le resultaba muy doloroso, y que su voluntad, en todo momento, estaba superando sus inclinaciones.

—Es algo muy delicado —dijo—. No le gusta a uno hablar de sus asuntos domésticos con extraños. Parece terrible discutir la conducta de la propia esposa con dos hombres a los que nunca he visto antes. Es horrible tener que hacerlo. Pero he llegado al límite de mi paciencia y necesito consejo.

—Mi querido señor Grant Munro... —comenzó Holmes.

Nuestro visitante saltó de su silla.

—¿Qué? —exclamó—. ¿Conoce mi nombre?

—Si desea conservar su incógnito —dijo Holmes, sonriendo—, le sugeriría que deje de escribir su nombre en el forro de su sombrero, o que gire la corona hacia la persona a la que está hablando. Estaba a punto de decir que mi amigo y yo hemos escuchado muchos secretos extraños en esta habitación, y que hemos tenido la buena fortuna de traer paz a muchas almas perturbadas. Confío en que podamos hacer lo mismo por usted. ¿Podría rogarle, ya que el tiempo puede ser importante, que me proporcione los hechos de su caso sin más demora?

Nuestro visitante volvió a pasarse la mano por la frente, como si le resultara sumamente difícil. Por cada gesto y expresión, pude ver que era un hombre reservado, autocontrolado, con un toque de orgullo en su naturaleza, más propenso a ocultar sus heridas que a exponerlas. Entonces, de repente, con un gesto feroz de su mano cerrada, como quien arroja la reserva al viento, comenzó.

—Los hechos son estos, señor Holmes —dijo—. Soy un hombre casado, y lo he sido durante tres años. Durante ese tiempo, mi esposa y yo nos hemos amado tan profundamente y hemos vivido tan felices como cualquier pareja que haya existido. No hemos tenido una diferencia, ni una sola, en pensamiento, palabra o acción. Y ahora, desde el pasado lunes, ha surgido repentinamente una barrera entre nosotros, y descubro que hay algo en su vida y en sus pensamientos de lo que sé tan poco como si fuera la mujer que pasa junto a mí en la calle. Estamos distanciados, y quiero saber por qué.

—Hay una cosa que quiero dejar clara antes de continuar, señor Holmes. Effie me ama. No debe haber ningún error al respecto. Me ama con todo su corazón y su alma, y nunca más que ahora. Lo sé. Lo siento. No quiero discutir sobre eso. Un hombre puede saber fácilmente cuándo una mujer lo ama. Pero hay este secreto entre nosotros, y nunca seremos los mismos hasta que se aclare.

—Por favor, permítame conocer los hechos, señor Munro —dijo Holmes, con cierta impaciencia.

—Le contaré lo que sé sobre la historia de Effie. Era viuda cuando la conocí por primera vez, aunque bastante joven, solo veinticinco años. Su nombre entonces era señora Hebron. Se fue a América cuando era joven y vivió en la ciudad de Atlanta, donde se casó con este Hebron, que era un abogado con una buena práctica. Tuvieron un hijo, pero la fiebre amarilla se

desató con fuerza en el lugar, y tanto el marido como el hijo murieron a causa de ella. He visto su certificado de defunción. Esto la disgustó de América, y regresó a vivir con una tía soltera en Pinner, en Middlesex. Puedo mencionar que su esposo la había dejado bien acomodada, y que tenía un capital de unas cuatro mil quinientas libras, que había sido tan bien invertido por él que rendía un promedio del siete por ciento. Solo llevaba seis meses en Pinner cuando la conocí; nos enamoramos y nos casamos unas semanas después.

—Soy comerciante de lúpulo, y como tengo un ingreso de setecientas u ochocientas libras, nos encontramos bien acomodados y tomamos una bonita villa de ochenta libras al año en Norbury. Nuestro pequeño lugar era muy campestre, considerando que está tan cerca de la ciudad. Teníamos una posada y dos casas un poco más arriba, y una sola cabaña al otro lado del campo que nos enfrentaba, y excepto esas no había casas hasta llegar a mitad de camino a la estación. Mi negocio me llevaba a la ciudad en ciertas temporadas, pero en verano tenía menos que hacer, y entonces, en nuestra casa de campo, mi esposa y yo éramos tan felices como se podía desear. Le digo que nunca hubo una sombra entre nosotros hasta que comenzó este maldito asunto.

—Hay una cosa que debería decirle antes de continuar. Cuando nos casamos, mi esposa me traspasó todas sus propiedades, algo en contra de mi voluntad, porque veía lo incómodo que sería si mis asuntos comerciales fueran mal. Sin embargo, ella insistió en hacerlo, y se hizo. Bueno, hace unas seis semanas vino a verme.

—'Jack,' dijo, 'cuando tomaste mi dinero dijiste que si alguna vez necesitaba algo, debía pedirártelo.'



«“LAS TUBERÍAS TIENEN A VECES UN INTERÉS EXTRAORDINARIO”, DIJO».

—'Claro,' dije yo. 'Es todo tuyo.'

—'Bueno,' dijo ella, 'quiero cien libras.'

Me quedé un poco asombrado por esto, ya que había imaginado que simplemente se trataba de un vestido nuevo o algo por el estilo que ella quería.

—'¿Para qué demonios?' pregunté.

—'Oh,' dijo ella, en su manera juguetona, 'dijiste que solo eras mi banquero, y los banqueros nunca hacen preguntas, ya sabes.'

—'Si realmente lo dices en serio, por supuesto que tendrás el dinero,' dije yo.

—'Oh, sí, lo digo en serio.'

—'¿Y no me dirás para qué lo quieres?'

—'Algún día, tal vez, pero no ahora, Jack.'

Así que tuve que conformarme con eso, aunque era la primera vez que había habido algún secreto entre nosotros. Le di un cheque y nunca más pensé en el asunto. Puede que no tenga nada que ver con lo que vino después, pero pensé que era justo mencionarlo.

Bueno, te dije hace un momento que hay una cabaña no muy lejos de nuestra casa. Hay solo un campo entre nosotros, pero para llegar a ella tienes que ir por la carretera y luego girar por un sendero. Justo más allá hay un bonito bosquecillo de pinos escoceses, y solía gustarme mucho pasear por allí, porque los árboles siempre son una especie de vecinos amistosos. La cabaña había estado vacía durante estos ocho meses, y era una pena, porque era un lugar bonito de dos pisos, con un porche de estilo antiguo y madereselva alrededor. Me he parado muchas veces y he pensado en lo que sería una acogedora pequeña vivienda.

Bueno, el lunes pasado por la noche estaba dando un paseo por allí, cuando vi una furgoneta vacía subiendo por el sendero, y vi un montón de alfombras y cosas tiradas sobre el césped al lado del porche. Estaba claro que la cabaña finalmente había sido alquilada. Pasé por allí y luego me detuve, como podría hacer un hombre ocioso, eché un vistazo y me pregunté qué tipo de personas eran las que habían venido a vivir tan cerca de nosotros. Y mientras miraba, de repente me di cuenta de que una cara me estaba observando desde una de las ventanas superiores.

No sé qué tenía esa cara, señor Holmes, pero me pareció que me enviaba un escalofrío por la espalda. Estaba un poco lejos, por lo que no pude distinguir los rasgos, pero había algo antinatural e inhumano en la cara. Esa fue la impresión que tuve, y me moví rápidamente hacia adelante para obtener una vista más cercana de la persona que me estaba observando. Pero cuando lo hice, la cara desapareció de repente, tan de repente que parecía haber sido arrancada hacia la oscuridad de la habitación. Me quedé allí durante cinco minutos pensando en el asunto y tratando de analizar mis impre-

siones. No pude decir si la cara era de un hombre o una mujer. Estaba demasiado lejos para eso. Pero su color fue lo que más me impresionó. Era de un blanco tiza lívido, y con algo rígido y fijo que era espantosamente antinatural. Estaba tan perturbado que decidí ver un poco más a los nuevos ocupantes de la cabaña. Me acerqué y llamé a la puerta, que fue abierta instantáneamente por una mujer alta, delgada, con una cara dura y desagradable.

—'¿Qué desea?' preguntó, con un acento del norte.

—'Soy su vecino de allá,' dije, señalando hacia mi casa. 'Veo que acaban de mudarse, así que pensé que si podía ser de alguna ayuda en cualquier cosa—'

—'Sí, ya le pediremos cuando necesitemos algo,' dijo ella, y cerró la puerta en mi cara. Molesto por la grosera respuesta, di la vuelta y caminé de regreso a casa. Toda la noche, aunque traté de pensar en otras cosas, mi mente seguía volviendo a la aparición en la ventana y la rudeza de la mujer. Decidí no decir nada sobre lo primero a mi esposa, porque ella es una mujer nerviosa y muy sensible, y no quería que compartiera la desagradable impresión que había causado en mí. Sin embargo, le comenté antes de quedarme dormido que la cabaña ahora estaba ocupada, a lo que ella no respondió.

Generalmente, soy un dormilón extremadamente profundo. Ha sido una broma constante en la familia que nada podría despertarme durante la noche. Y, sin embargo, de alguna manera, esa noche en particular, ya fuera por la ligera excitación producida por mi pequeña aventura o no, no lo sé, pero dormí mucho más ligero de lo habitual. Medio en mis sueños, era vagamente consciente de que algo estaba sucediendo en la habitación, y gradualmente me di cuenta de que mi esposa se había vestido y estaba poniéndose su manto y su sombrero. Mis labios se entreabrieron para murmurar algunas palabras adormecidas de sorpresa o reproche ante esta preparación intempestiva, cuando de repente mis ojos entreabiertos se posaron en su rostro, iluminado por la luz de la vela, y el asombro me dejó mudo. Llevaba una expresión que nunca había visto antes, una que habría pensado que era incapaz de asumir. Estaba mortalmente pálida y respirando rápido, mirando furtivamente hacia la cama mientras se abrochaba el manto, para ver si me había despertado. Luego, pensando que todavía estaba dormido, salió sigilosamente de la habitación, y un instante después oí un crujido agudo que solo podía provenir de las bisagras de la puerta principal. Me senté en la cama y

golpeé mis nudillos contra la barandilla para asegurarme de que realmente estaba despierto. Luego saqué mi reloj de debajo de la almohada. Eran las tres de la mañana. ¿Qué podía estar haciendo mi esposa en la carretera rural a las tres de la mañana?

Me senté durante unos veinte minutos dándole vueltas al asunto en mi mente y tratando de encontrar alguna posible explicación. Cuanto más pensaba, más extraordinario e inexplicable me parecía. Todavía estaba desconcertado cuando oí que la puerta se cerraba suavemente de nuevo y sus pasos subían las escaleras.

—¿Dónde diablos has estado, Effie?' pregunté cuando ella entró.

Ella dio un violento respingo y una especie de grito ahogado cuando habló, y ese grito y respingo me preocuparon más que todo lo demás, porque había algo indescriptiblemente culpable en ellos. Mi esposa siempre había sido una mujer de naturaleza franca y abierta, y me dio un escalofrío verla escabullirse en su propia habitación, gritando y encogiéndose cuando su propio esposo le hablaba.

—¡Estás despierto, Jack!' exclamó, con una risa nerviosa. 'Vaya, pensé que nada podría despertarte.'

—¿Dónde has estado?' pregunté, más severamente.

—'No me sorprende que estés sorprendido,' dijo ella, y pude ver que sus dedos temblaban mientras desabrochaba los cierres de su manto. 'Vaya, no recuerdo haber hecho algo así en mi vida. La verdad es que sentía como si me estuviera asfixiando, y tenía un deseo absoluto de tomar un poco de aire fresco. Realmente creo que me habría desmayado si no hubiera salido. Me quedé en la puerta unos minutos, y ahora ya estoy bien.'

Todo el tiempo que me estaba contando esta historia, nunca una sola vez miró en mi dirección, y su voz era completamente diferente de sus tonos habituales. Era evidente para mí que estaba diciendo lo que era falso. No respondí, sino que giré mi rostro hacia la pared, con el corazón dolido, y mi mente llena de mil dudas y sospechas venenosas. ¿Qué era lo que mi esposa me estaba ocultando? ¿Dónde había estado durante esa extraña expedición? Sentí que no tendría paz hasta saberlo, y, sin embargo, me resistía a preguntarle de nuevo después de que una vez me había dicho algo falso. El resto

de la noche me revolví y me volteé, formulando teoría tras teoría, cada una más improbable que la anterior.

Debería haber ido a la ciudad ese día, pero estaba demasiado perturbado en mi mente como para poder prestar atención a los asuntos comerciales. Mi esposa parecía estar tan alterada como yo, y pude ver por las pequeñas miradas inquisitivas que me lanzaba que entendía que no creía en su declaración y que no sabía qué hacer. Apenas intercambiamos una palabra durante el desayuno, y, inmediatamente después, salí a dar un paseo, para poder pensar en el asunto con el aire fresco de la mañana.

Fui hasta el Crystal Palace, pasé una hora en los jardines y regresé a Norbury a la una en punto. Sucedió que mi camino me llevó junto a la cabaña, y me detuve un instante para mirar las ventanas y ver si podía echar un vistazo a la extraña cara que me había mirado el día anterior. Mientras estaba allí, imagínese mi sorpresa, señor Holmes, cuando de repente se abrió la puerta y mi esposa salió.

Me quedé mudo de asombro al verla; pero mis emociones no eran nada comparadas con las que se mostraron en su rostro cuando nuestras miradas se encontraron. Parecía por un instante querer retroceder dentro de la casa de nuevo; y luego, viendo cuán inútil sería todo disimulo, avanzó, con una cara muy blanca y ojos asustados que desmentían la sonrisa en sus labios.

—'Ah, Jack,' dijo, 'acabo de entrar a ver si puedo ser de alguna ayuda para nuestros nuevos vecinos. ¿Por qué me miras así, Jack? ¿No estás enojado conmigo?'

—'Así que,' dije, 'aquí es a donde fuiste durante la noche.'

—'¿Qué quieres decir?' exclamó.

—'Viniste aquí. Estoy seguro de ello. ¿Quiénes son estas personas, para que los visites a una hora así?'

—'No he estado aquí antes.'

—'¿Cómo puedes decirme lo que sabes que es falso?' exclamé. 'Tu voz cambia al hablar. ¿Cuándo he tenido yo un secreto para ti? Entraré en esa cabaña y llegaré al fondo del asunto.'

—'No, no, Jack, por el amor de Dios!' exclamó ella, con una emoción incontrolable. Luego, cuando me acerqué a la puerta, me agarró la manga y

me tiró hacia atrás con una fuerza convulsiva.

—'Te ruego que no hagas esto, Jack,' exclamó ella. 'Juro que te lo contaré todo algún día, pero nada más que miseria puede venir de esto si entras en esa cabaña.' Luego, cuando intenté soltarme, se aferró a mí en un frenesí de súplicas.

—'Confía en mí, Jack!' exclamó ella. 'Confía en mí solo esta vez. Nunca tendrás motivos para lamentarlo. Sabes que no tendría un secreto para ti si no fuera por tu propio bien. Nuestras vidas enteras están en juego en esto. Si vienes a casa conmigo, todo estará bien. Si fuerzas tu entrada en esa cabaña, todo habrá terminado entre nosotros.'

Había tal sinceridad, tal desesperación, en su manera que sus palabras me detuvieron, y me quedé irresoluto ante la puerta.

—'Te confiaré en una condición, y solo en una condición,' dije al fin. 'Es que este misterio llegue a su fin a partir de ahora. Tienes libertad para conservar tu secreto, pero debes prometerme que no habrá más visitas nocturnas, ni más acciones que se mantengan fuera de mi conocimiento. Estoy dispuesto a olvidar lo pasado si prometes que no habrá más en el futuro.'

—'Estaba segura de que confiarías en mí,' exclamó ella, con un gran suspiro de alivio. 'Será tal como deseas. Vamos, oh, vamos a la casa.'

Todavía tirando de mi manga, me llevó lejos de la cabaña. Mientras nos alejábamos, miré hacia atrás, y allí estaba esa cara amarilla lívida observándonos desde la ventana superior. ¿Qué vínculo podría haber entre esa criatura y mi esposa? ¿O cómo podría estar conectada la mujer ruda y tosca que había visto el día anterior con ella? Era un extraño enigma, y, sin embargo, sabía que mi mente nunca podría estar en paz hasta que lo hubiera resuelto.

Durante dos días después de esto me quedé en casa, y mi esposa pareció cumplir lealmente nuestro acuerdo, ya que, por lo que sé, nunca salió de la casa. Sin embargo, el tercer día tuve pruebas más que suficientes de que su solemne promesa no era suficiente para retenerla de esta influencia secreta que la alejaba de su esposo y de su deber.

Ese día había ido a la ciudad, pero regresé en el tren de las 2:40 en lugar del de las 3:36, que es mi tren habitual. Cuando entré en la casa, la criada corrió al vestíbulo con una expresión asustada.

—'¿Dónde está su señora?' pregunté.

—'Creo que ha salido a dar un paseo,' respondió.

Mi mente se llenó instantáneamente de sospechas. Corrí escaleras arriba para asegurarme de que no estaba en la casa. Mientras lo hacía, sucedió que miré por una de las ventanas superiores, y vi a la criada con la que acababa de hablar corriendo a través del campo en dirección a la cabaña. Entonces, por supuesto, vi exactamente lo que significaba todo. Mi esposa había ido allí y había pedido a la sirvienta que la llamara si yo regresaba. Ardiente de ira, corrí y me apresuré a cruzar, decidido a terminar con el asunto de una vez por todas. Vi a mi esposa y a la sirvienta apresurándose por el sendero, pero no me detuve a hablar con ellas. En la cabaña estaba el secreto que estaba proyectando una sombra sobre mi vida. Juré que, pasara lo que pasara, ya no sería más un secreto. Ni siquiera llamé cuando llegué, sino que giré el picaporte y me precipité al pasillo.

Todo estaba quieto y silencioso en la planta baja. En la cocina, una tetera cantaba sobre el fuego, y un gran gato negro yacía enrollado en la cesta; pero no había señales de la mujer a la que había visto antes. Corrí a la otra habitación, pero estaba igualmente desierta. Luego corrí escaleras arriba, solo para encontrar dos habitaciones más vacías y desiertas en la parte superior. No había nadie en toda la casa. Los muebles y las imágenes eran de lo más común y vulgar, excepto en la única habitación en cuya ventana había visto la extraña cara. Esa era cómoda y elegante, y todas mis sospechas se elevaron en una feroz llama amarga cuando vi que en la repisa de la chimenea había una copia de una fotografía de cuerpo entero de mi esposa, que había sido tomada a mi solicitud hace solo tres meses.

"Me quedé el tiempo suficiente para asegurarme de que la casa estaba absolutamente vacía. Luego la dejé, sintiendo un peso en el corazón como nunca antes había sentido. Mi esposa salió al vestíbulo cuando entré en mi casa; pero estaba demasiado herido y enfadado para hablar con ella, y empujándola a un lado, me dirigí a mi estudio. Sin embargo, ella me siguió antes de que pudiera cerrar la puerta.

—Siento haber roto mi promesa, Jack —dijo ella—; pero si conocieras todas las circunstancias, estoy segura de que me perdonarías.

—Entonces dime todo —dije yo.

—No puedo, Jack, no puedo —exclamó ella.

—Hasta que me digas quién ha estado viviendo en esa cabaña y a quién le has dado esa fotografía, nunca podrá haber confianza entre nosotros —dije yo, y apartándome de ella, salí de la casa. Eso fue ayer, señor Holmes, y no la he visto desde entonces, ni sé nada más sobre este extraño asunto. Es la primera sombra que ha surgido entre nosotros, y me ha sacudido tanto que no sé qué hacer para lo mejor. De repente, esta mañana, se me ocurrió que usted era el hombre para aconsejarme, así que he venido apresuradamente a verle y me pongo incondicionalmente en sus manos. Si hay algún punto que no he dejado claro, por favor, pregúnteme sobre ello. Pero, sobre todo, dígame rápidamente qué debo hacer, porque esta miseria es más de lo que puedo soportar."

Holmes y yo habíamos escuchado con el mayor interés esta extraordinaria declaración, que había sido entregada en la forma entrecortada y quebrada de un hombre que está bajo la influencia de emociones extremas. Mi compañero se sentó en silencio durante un tiempo, con la barbilla apoyada en la mano, perdido en pensamientos.

—Dígame —dijo al fin—, ¿podría jurar que era el rostro de un hombre el que vio en la ventana?

—Cada vez que lo vi estaba a cierta distancia, por lo que me es imposible decirlo.

—Sin embargo, parece haberle causado una impresión desagradable.

—Parecía tener un color antinatural y una extraña rigidez en los rasgos. Cuando me acerqué, desapareció bruscamente.

—¿Hace cuánto tiempo que su esposa le pidió cien libras?

—Casi dos meses.

—¿Alguna vez ha visto una fotografía de su primer marido?

—No; hubo un gran incendio en Atlanta poco después de su muerte, y todos sus papeles se destruyeron.

—Y, sin embargo, tenía un certificado de defunción. Usted dice que lo vio.

—Sí; consiguió un duplicado después del incendio.

—¿Alguna vez conoció a alguien que la conociera en América?

—No.

—¿Alguna vez habló ella de regresar a ese lugar?

—No.

—¿O recibió cartas de allí?

—No.

—Gracias. Me gustaría reflexionar un poco sobre el asunto ahora. Si la cabaña está ahora permanentemente desocupada, podemos tener algunas dificultades. Si, por otro lado, como creo que es más probable, los ocupantes fueron advertidos de su llegada y se fueron antes de que usted entrara ayer, entonces pueden estar de vuelta ahora, y podremos resolverlo todo fácilmente. Permítame aconsejarle, entonces, que regrese a Norbury y examine nuevamente las ventanas de la cabaña. Si tiene razones para creer que está habitada, no intente entrar a la fuerza, sino envíe un telegrama a mi amigo y a mí. Estaremos con usted dentro de una hora de recibirlo, y pronto llegaremos al fondo del asunto.

—¿Y si aún está vacía?

—En ese caso, iré mañana y hablaré con usted sobre ello. Adiós; y, sobre todo, no se angustie hasta que sepa que realmente tiene motivos para ello.

—Me temo que esto es un mal asunto, Watson —dijo mi compañero, al regresar después de acompañar al señor Grant Munro hasta la puerta—. ¿Qué opinas de esto?

—Tenía un tono desagradable —respondí.

—Sí. Hay chantaje en esto, o me equivoco mucho.

—¿Y quién es el chantajista?

—Bueno, debe ser la criatura que vive en la única habitación cómoda del lugar y tiene su fotografía sobre la chimenea. Te digo, Watson, hay algo muy atractivo en ese rostro lívido en la ventana, y no me habría perdido este caso por nada del mundo.

—¿Tienes una teoría?

—Sí, una provisional. Pero me sorprendería si no resultara ser correcta. El primer marido de esta mujer está en esa cabaña.

—¿Por qué lo crees?

—¿De qué otra manera podemos explicar su frenética ansiedad de que su segundo marido no entre en ella? Los hechos, tal como los interpreto, son algo así: esta mujer se casó en América. Su marido desarrolló algunas cualidades detestables; o digamos que contrajo alguna enfermedad repugnante y se convirtió en un leproso o un imbécil. Ella huye de él al fin, regresa a Inglaterra, cambia su nombre y comienza su vida, como cree, de nuevo. Ha estado casada tres años y cree que su posición es completamente segura, habiendo mostrado a su esposo el certificado de defunción de algún hombre cuyo nombre ha asumido, cuando de repente su primer marido descubre su paradero; o, podemos suponer, alguna mujer sin escrúpulos que se ha unido al inválido. Escriben a la esposa y amenazan con venir y exponerla. Ella pide cien libras y trata de comprarlos. Vienen a pesar de ello, y cuando el marido menciona casualmente a la esposa que hay nuevos inquilinos en la cabaña, de alguna manera sabe que son sus perseguidores. Espera hasta que su marido se duerme, y luego se apresura a tratar de persuadirlos para que la dejen en paz. No teniendo éxito, vuelve a intentarlo a la mañana siguiente, y su marido la encuentra, como nos ha contado, al salir de la cabaña. Ella le promete entonces no volver allí, pero dos días después la esperanza de deshacerse de esos vecinos horribles es demasiado fuerte para ella, y hace otro intento, llevando consigo la fotografía que probablemente le habían exigido. En medio de esta entrevista, la criada corre a decir que el amo ha regresado a casa, momento en el cual la esposa, sabiendo que él vendrá directamente a la cabaña, apresura a los ocupantes a salir por la puerta trasera, probablemente hacia el bosquecillo de pinos mencionado cerca. De esta manera, él encontró el lugar desierto. Sin embargo, me sorprendería mucho que todavía lo esté cuando lo reconozca esta noche. ¿Qué opinas de mi teoría?

—Todo es conjetura.

—Pero al menos cubre todos los hechos. Cuando nuevos hechos lleguen a nuestro conocimiento que no puedan ser abarcados por ella, será el momento de reconsiderarla. No podemos hacer nada más hasta que recibamos un mensaje de nuestro amigo en Norbury.

Pero no tuvimos que esperar mucho tiempo para eso. Llegó justo cuando habíamos terminado nuestro té. "La cabaña todavía está habitada", decía. "He vuelto a ver la cara en la ventana. Recibiré el tren de las siete y no tomaré ninguna medida hasta que ustedes lleguen."

Él estaba esperando en la plataforma cuando salimos, y pudimos ver a la luz de las lámparas de la estación que estaba muy pálido y temblando de agitación.

—Todavía están allí, señor Holmes —dijo, apretando fuertemente la manga de mi amigo—. Vi luces en la cabaña cuando bajé. Lo resolveremos ahora de una vez por todas.

—¿Cuál es su plan, entonces? —preguntó Holmes, mientras caminábamos por el oscuro camino bordeado de árboles.

—Voy a entrar a la fuerza y ver por mí mismo quién está en la casa. Deseo que ambos estén allí como testigos.

—¿Está completamente decidido a hacer esto, a pesar de la advertencia de su esposa de que es mejor no resolver el misterio?

—Sí, estoy decidido.

—Bueno, creo que tiene razón. Cualquier verdad es mejor que una duda indefinida. Será mejor que vayamos de inmediato. Por supuesto, legalmente, estamos poniéndonos completamente en lo incorrecto; pero creo que vale la pena.

Era una noche muy oscura, y una fina lluvia comenzó a caer cuando nos desviábamos del camino principal hacia un sendero estrecho, profundamente surcado, con setos a ambos lados. Sin embargo, el señor Grant Munro avanzó con impaciencia, y nosotros tropezamos detrás de él lo mejor que pudimos.

—Allí están las luces de mi casa —murmuró, señalando un destello entre los árboles—. Y aquí está la cabaña a la que voy a entrar.

Giramos una esquina en el sendero mientras hablaba, y allí estaba el edificio justo al lado de nosotros. Una barra amarilla que caía sobre el primer plano negro mostraba que la puerta no estaba completamente cerrada, y una ventana en el piso superior estaba brillantemente iluminada. Mientras mirábamos, vimos una sombra oscura moviéndose a través de la persiana.

—¡Ahí está esa criatura! —gritó Grant Munro—. Ustedes mismos pueden ver que hay alguien allí. Ahora síganme, y pronto lo sabremos todo.

Nos acercamos a la puerta; pero de repente una mujer apareció en la sombra y se paró en el camino de luz dorada de la lámpara. No pude ver su rostro en la oscuridad, pero extendió los brazos en actitud de súplica.

—¡Por el amor de Dios, no, Jack! —gritó—. Tenía un presentimiento de que vendrías esta noche. Piensa mejor en esto, querido. Confía en mí de nuevo, y nunca tendrás motivos para lamentarlo.

—Te he confiado demasiado tiempo, Effie —gritó él, con severidad—. ¡Déjame pasar! Mis amigos y yo vamos a resolver este asunto de una vez por todas. —La empujó a un lado, y nosotros lo seguimos de cerca. Al abrir la puerta, una anciana salió corriendo frente a él e intentó bloquear su paso, pero él la empujó hacia atrás, y un instante después estábamos todos en las escaleras. Grant Munro se precipitó hacia la habitación iluminada en la parte superior, y nosotros entramos detrás de él.

Era una habitación acogedora y bien amueblada, con dos velas encendidas sobre la mesa y dos sobre la repisa de la chimenea. En la esquina, inclinada sobre un escritorio, estaba lo que parecía ser una niña pequeña. Su rostro estaba vuelto cuando entramos, pero pudimos ver que vestía un vestido rojo y que llevaba guantes largos y blancos. Cuando se volvió hacia nosotros, solté un grito de sorpresa y horror. El rostro que nos mostró era de un tono lívido extraño, y los rasgos estaban completamente desprovistos de cualquier expresión. Un instante después, el misterio se explicó. Holmes, con una risa, pasó su mano detrás de la oreja de la niña, una máscara se despegó de su rostro, y allí estaba una pequeña niña negra como el carbón, con todos sus dientes blancos brillando en diversión ante nuestras caras asombradas. Me eché a reír, compartiendo su alegría; pero Grant Munro se quedó mirando, con la mano apretando su garganta.

—¡Dios mío! —gritó—. ¿Cuál puede ser el significado de esto?

—Te diré el significado de esto —exclamó la dama, entrando en la habitación con una cara orgullosa y decidida—. Me has obligado, contra mi propio juicio, a contártelo, y ahora ambos debemos hacer lo mejor que podamos. Mi marido murió en Atlanta. Mi hija sobrevivió.

—¿Tu hija?

Sacó un gran relicario de plata de su pecho.

—Nunca has visto esto abierto.

—Pensé que no se podía abrir.

Tocó un resorte, y el frente se abrió. Había un retrato dentro de un hombre sorprendentemente guapo y de aspecto inteligente, pero con signos inconfundibles en sus rasgos de su ascendencia africana.

—Ese es John Hebron, de Atlanta —dijo la dama—, y un hombre más noble nunca ha pisado la tierra. Me aparté de mi raza para casarme con él, pero nunca, mientras vivió, me arrepentí ni por un instante. Fue nuestra desgracia que nuestra única hija se pareciera más a su gente que a la mía. A menudo sucede en estos matrimonios, y la pequeña Lucy es mucho más oscura de lo que fue su padre. Pero oscura o clara, es mi querida niña, y el amor de su madre. —La pequeña criatura corrió al oír esas palabras y se acurrucó contra el vestido de la dama—. Cuando la dejé en América —continuó—, fue solo porque su salud era débil, y el cambio podría haberle hecho daño. Fue puesta al cuidado de una fiel mujer escocesa que una vez había sido nuestra sirvienta. Nunca por un instante soñé con renegar de ella como mi hija. Pero cuando el destino te puso en mi camino, Jack, y aprendí a amarte, temí decirte acerca de mi hija. Que Dios me perdone, temí que te perdería, y no tuve el valor de contártelo. Tuve que elegir entre ustedes dos, y en mi debilidad me aparté de mi propia niña. Durante tres años he mantenido su existencia en secreto para ti, pero escuché noticias de la niñera, y sabía que todo estaba bien con ella. Sin embargo, al fin, surgió un deseo abrumador de ver a la niña una vez más. Luché contra él, pero en vano. Aunque sabía el peligro, decidí traer a la niña, aunque fuera solo por unas semanas. Envié cien libras a la niñera y le di instrucciones sobre esta cabaña, para que viniera como vecina, sin que yo pareciera estar en modo alguno relacionada con ella. Llevé mis precauciones tan lejos como para ordenarle que mantuviera a la niña en la casa durante el día, y que cubriera su pequeño rostro y manos para que incluso aquellos que pudieran verla en la ventana no chismorrearan sobre la presencia de una niña negra en el vecindario. Si hubiera sido menos cautelosa, podría haber sido más sabia, pero estaba medio loca de miedo de que descubrieras la verdad.

—Fuiste tú quien primero me dijo que la cabaña estaba ocupada. Debería haber esperado hasta la mañana, pero no podía dormir de la emoción, así

que finalmente salí a hurtadillas, sabiendo lo difícil que es despertarte. Pero me viste salir, y ese fue el comienzo de mis problemas. Al día siguiente, tenías mi secreto a tu merced, pero noble y generosamente te abstuviste de aprovecharte de ello. Tres días después, sin embargo, la niñera y la niña apenas escaparon por la puerta trasera cuando tú entraste por la delantera. Y ahora, esta noche, por fin lo sabes todo, y te pregunto qué será de nosotras, de mi hija y de mí. —Juntó las manos y esperó una respuesta.

Pasaron diez largos minutos antes de que Grant Munro rompiera el silencio, y cuando su respuesta llegó, fue una de las que me gusta recordar. Levantó a la pequeña niña, la besó, y luego, todavía llevándola, extendió su otra mano a su esposa y se dirigió hacia la puerta.

—Podremos hablarlo más cómodamente en casa —dijo—. No soy un hombre muy bueno, Effie, pero creo que soy mejor de lo que me has dado crédito.

Holmes y yo los seguimos por el sendero, y mi amigo me tiró de la manga al salir.

—Creo —dijo— que seremos de más utilidad en Londres que en Norbury.

No dijo una palabra más sobre el caso hasta tarde esa noche, cuando se retiraba a su habitación con su vela encendida.

—Watson —dijo—, si alguna vez te parece que me estoy volviendo un poco demasiado confiado en mis habilidades, o prestando menos atención a un caso de la que merece, ten la amabilidad de susurrar 'Norbury' en mi oído, y te estaré infinitamente agradecido.

EL OFICINISTA DEL CORREDOR DE BOLSA

POCO DESPUÉS de mi matrimonio, compré una consulta en el distrito de Paddington. El viejo Sr. Farquhar, de quien la compré, había tenido en su momento una excelente práctica general; pero su edad, y una afección del tipo del baile de San Vito de la que sufría, la habían reducido mucho. El público, de manera natural, sigue el principio de que quien quiera curar a otros debe estar sano, y desconfía de los poderes curativos de quien su propio caso está más allá del alcance de sus medicamentos. Así, a medida que mi predecesor se debilitaba, su práctica declinaba, hasta que cuando se la compré, había bajado de mil doscientas a poco más de trescientas libras al año. Sin embargo, tenía confianza en mi juventud y energía, y estaba convencido de que en muy pocos años el negocio volvería a ser tan próspero como antes.

Durante tres meses después de hacerme cargo de la práctica, estuve muy ocupado, y vi poco a mi amigo Sherlock Holmes, ya que estaba demasiado ocupado para visitar Baker Street, y él rara vez iba a algún lugar excepto por asuntos profesionales. Me sorprendí, por lo tanto, cuando una mañana de junio, mientras leía el *British Medical Journal* después del desayuno, escuché un timbre en la puerta, seguido de los tonos altos y algo estridentes de la voz de mi viejo compañero.

—¡Ah, mi querido Watson! —dijo, entrando en la habitación con paso firme—. ¡Estoy muy contento de verte! Espero que la señora Watson se

haya recuperado completamente de todas las pequeñas excitaciones relacionadas con nuestra aventura del Signo de los Cuatro.

—Gracias, estamos ambos muy bien —dije, estrechándole cálidamente la mano.

—Y espero, además —continuó, sentándose en la mecedora—, que las preocupaciones de la práctica médica no hayan eliminado por completo el interés que solías tener en nuestros pequeños problemas deductivos.

—Al contrario —respondí—, fue solo anoche que estaba revisando mis viejas notas y clasificando algunos de nuestros resultados pasados.

—Confío en que no consideres tu colección cerrada.

—En absoluto. No desearía nada mejor que tener más de esas experiencias.

—¿Hoy, por ejemplo?

—Sí, hoy, si quieres.

—¿Y tan lejos como Birmingham?

—Ciertamente, si lo deseas.

—¿Y la práctica?

—Mi vecino la atiende cuando yo no estoy. Él siempre está dispuesto a devolver el favor.

—¡Ah! Nada podría ser mejor —dijo Holmes, recostándose en su silla y mirándome atentamente desde debajo de sus párpados medio cerrados—. Veo que has estado enfermo últimamente. Los resfriados de verano siempre son un poco molestos.

—Estuve confinado en casa por un resfriado fuerte durante tres días la semana pasada. Sin embargo, pensé que ya me había recuperado por completo.

—Y así es. Te ves notablemente robusto.

—¿Cómo supiste entonces que estuve enfermo?

—Mi querido amigo, conoces mis métodos.

—¿Lo dedujiste, entonces?

—Ciertamente.

—¿Y de qué?

—De tus zapatillas.

Miré hacia las nuevas zapatillas de charol que llevaba puestas. —¿Cómo demonios...? —empecé, pero Holmes respondió a mi pregunta antes de que la hiciera.

—Tus zapatillas son nuevas —dijo—. No puedes haberlas tenido más de unas pocas semanas. Las suelas que me estás mostrando en este momento están ligeramente chamuscadas. Por un momento pensé que podrían haberse mojado y quemado al secarse. Pero cerca del empuje hay una pequeña oblea circular de papel con los jeroglíficos del vendedor. La humedad, por supuesto, la habría quitado. Así que has estado sentado con los pies estirados hacia el fuego, lo cual un hombre no haría, ni siquiera en un junio tan húmedo como este, si estuviera en plena salud.

Como todo el razonamiento de Holmes, la cosa parecía de una simplicidad total cuando se explicaba. Leyó el pensamiento en mis facciones y su sonrisa tuvo un toque de amargura.

—Me temo que me descubro bastante cuando explico —dijo—. Los resultados sin causas son mucho más impresionantes. ¿Estás listo para ir a Birmingham, entonces?

—Ciertamente. ¿Cuál es el caso?

—Lo escucharás todo en el tren. Mi cliente está afuera en un coche de cuatro ruedas. ¿Puedes venir de inmediato?

—En un instante. Escribí una nota a mi vecino, subí corriendo a explicar el asunto a mi esposa y me uní a Holmes en la puerta.

—Tu vecino es médico —dijo, asintiendo hacia la placa de bronce.

—Sí; compró una práctica como yo.

—¿Una bien establecida?

—Igual que la mía. Ambas han estado desde que se construyeron las casas.

—¡Ah! Entonces conseguiste la mejor de las dos.

—Creo que sí. Pero ¿cómo lo sabes?

—Por los escalones, muchacho. Los tuyos están gastados tres pulgadas más que los suyos. Pero este caballero en el taxi es mi cliente, el Sr. Hall Pycroft. Permíteme presentártelo. ¡Dale prisa a tu caballo, cochero, porque tenemos justo el tiempo suficiente para tomar nuestro tren!

El hombre al que me encontré frente era un joven bien constituido, de tez fresca, con un rostro franco y honesto y un ligero y crujiente bigote amarillo. Llevaba un sombrero de copa muy brillante y un traje sobrio de color negro, lo que le hacía parecer lo que era: un joven elegante de la ciudad, de la clase a la que se ha etiquetado como cockneys, pero que nos da nuestros regimientos voluntarios de élite y que produce más atletas y deportistas excelentes que cualquier otro grupo de hombres en estas islas. Su rostro redondo y sonrosado estaba naturalmente lleno de alegría, pero las comisuras de su boca me parecían tiradas hacia abajo en una angustia medio cómica. Sin embargo, no fue hasta que todos estuvimos en un vagón de primera clase y bien encaminados en nuestro viaje a Birmingham que pude enterarme de cuál era el problema que lo había llevado a buscar a Sherlock Holmes.

—Aquí tenemos un viaje directo de setenta minutos —observó Holmes—. Quiero que le cuentes a mi amigo tu experiencia tan interesante exactamente como me la has contado a mí, o con más detalle si es posible. Me será útil escuchar la sucesión de eventos nuevamente. Es un caso, Watson, que puede resultar tener algo en él, o puede resultar no tener nada, pero que, al menos, presenta esos aspectos inusuales y extraños que te son tan queridos como a mí. Ahora, Sr. Pycroft, no lo interrumpiré de nuevo.

Nuestro joven compañero me miró con un destello en los ojos.

—Lo peor de la historia —dijo— es que me muestro como un tonto redomado. Por supuesto, puede que todo salga bien, y no veo que podría haber hecho de otra manera; pero si he perdido mi empleo y no consigo nada a cambio, sentiré lo idiota que he sido. No soy muy bueno contando una historia, Dr. Watson, pero esto es lo que me pasó:

—Solía tener un puesto en Coxon & Woodhouse's, de Draper's Gardens, pero se vieron atrapados a principios de la primavera por el préstamo venezolano, como sin duda recordará, y tuvieron un desagradable tropiezo. Estuve con ellos cinco años, y el viejo Coxon me dio una recomendación es-

pléndida cuando ocurrió la quiebra, pero, por supuesto, todos los empleados fuimos despedidos, los veintisiete de nosotros. Probé aquí y allá, pero había muchos otros muchachos en la misma situación que yo, y fue un fracaso total durante mucho tiempo. Había estado ganando tres libras a la semana en Coxon's, y había ahorrado unas setenta de ellas, pero pronto me las gasté todas. Estaba casi en el límite y apenas podía encontrar el dinero para contestar a los anuncios o para comprar los sobres donde ponerlos. Había desgastado mis botas subiendo escaleras de oficinas, y parecía estar tan lejos de conseguir un empleo como siempre.

—Finalmente vi una vacante en Mawson & Williams's, la gran firma de corredores de bolsa en Lombard Street. Supongo que la E. C. no es mucho de tu interés, pero puedo decirte que esta es probablemente la casa más rica de Londres. El anuncio debía ser respondido solo por carta. Envié mi recomendación y mi solicitud, pero sin la menor esperanza de conseguirlo. Volvió una respuesta por correo, diciendo que si me presentaba el próximo lunes podría asumir mis nuevas funciones de inmediato, siempre que mi apariencia fuera satisfactoria. Nadie sabe cómo se manejan estas cosas. Algunos dicen que el gerente simplemente mete la mano en el montón y toma el primero que encuentra. De cualquier manera, fue mi oportunidad en ese momento, y nunca había deseado sentirme más feliz. El salario era una libra a la semana más, y las tareas eran casi las mismas que en Coxon's.

—Y ahora llego a la parte extraña del asunto. Estaba en una pensión por Hampstead, en el 17 de Potter's Terrace. Bueno, estaba sentado fumando esa misma noche después de que me prometieron el puesto, cuando subió mi casera con una tarjeta que decía 'Arthur Pinner, Agente Financiero'. Nunca había oído el nombre antes y no podía imaginarme qué quería conmigo; pero, por supuesto, le pedí que lo hiciera pasar. Entró un hombre de estatura media, de cabello oscuro, ojos oscuros, barba negra, con un toque judío en la nariz. Tenía una manera enérgica y hablaba con rapidez, como un hombre que conoce el valor del tiempo.

—¿El señor Hall Pycroft? —dijo.

—Sí, señor —respondí, empujando una silla hacia él.

—¿Recientemente empleado en Coxon & Woodhouse?

—Sí, señor.

—Y ahora en el personal de Mawson's.

—Exacto.

—Bien —dijo—, el hecho es que he oído algunas historias realmente extraordinarias sobre su habilidad financiera. ¿Recuerda a Parker, quien solía ser gerente de Coxon? Nunca deja de hablar de usted.

Por supuesto, me complació escuchar esto. Siempre había sido bastante agudo en la oficina, pero nunca había soñado que se hablaba de mí en la ciudad de esa manera.

—¿Tiene buena memoria? —preguntó.

—Bastante aceptable —respondí, modestamente.

—¿Se ha mantenido al tanto del mercado mientras estuvo sin trabajo? —preguntó.

—Sí. Leo la lista de la bolsa de valores todas las mañanas.

—¡Eso demuestra verdadera dedicación! —exclamó—. ¡Esa es la forma de prosperar! No le importará que lo ponga a prueba, ¿verdad? Veamos. ¿Cómo están las Ayrshires?

—Ciento seis y un cuarto a ciento cinco y siete octavos.

—¿Y las consolidadas de Nueva Zelanda?

—Ciento cuatro.

—¿Y las British Broken Hills?

—Siete a siete y medio.

—¡Maravilloso! —gritó, levantando las manos—. Esto encaja perfectamente con todo lo que había oído. ¡Muchacho, muchacho, eres demasiado bueno para ser un simple empleado en Mawson's!

Esta exclamación me sorprendió bastante, como puedes imaginar. — Bueno —dije—, otras personas no piensan tanto de mí como usted, señor Pinner. Me costó bastante conseguir este puesto, y estoy muy contento de tenerlo.

—Bah, hombre; deberías aspirar a más. No estás en tu verdadero ámbito. Ahora, te diré cómo están las cosas conmigo. Lo que tengo que ofrecerte es

poco comparado con tu habilidad, pero en comparación con Mawson's, es como la luz y la oscuridad. Veamos. ¿Cuándo vas a Mawson's?

—El lunes.

—¡Ja, ja! Apostaría algo a que no vas allí en absoluto.

—¿No ir a Mawson's?

—No, señor. Para ese día serás el gerente de negocios de la Franco-Midland Hardware Company, Limited, con ciento treinta y cuatro sucursales en las ciudades y pueblos de Francia, sin contar una en Bruselas y otra en San Remo.

Esto me dejó sin aliento. —Nunca había oído hablar de ella —dije.

—Es muy probable que no. Se ha mantenido en silencio, ya que el capital fue suscrito de forma privada, y es algo demasiado bueno para compartirlo con el público. Mi hermano, Harry Pinner, es el promotor y se une a la junta después de la asignación como director gerente. Sabía que yo estaba en la movida aquí y me pidió que buscara a un buen hombre barato. Un joven emprendedor con mucha energía. Parker habló de ti, y eso me trajo aquí esta noche. Solo podemos ofrecerte un miserable salario inicial de quinientas libras.

—¡Quinientas libras al año! —grité.

—Solo eso al principio; pero tendrás una comisión superior del uno por ciento sobre todo el negocio realizado por tus agentes, y puedes tomar mi palabra de que esto será más que tu salario.

—Pero no sé nada sobre ferretería.

—Bah, muchacho; sabes de números.

Mi cabeza zumbaba, y apenas podía mantenerme quieto en mi silla. Pero de repente, una pequeña duda me invadió.

—Debo ser franco contigo —dije—. Mawson solo me da doscientas, pero Mawson es seguro. Ahora, realmente, sé tan poco sobre tu compañía que...

—¡Ah, inteligente, inteligente! —gritó, en una especie de éxtasis de deleite—. Eres el hombre perfecto para nosotros. No te dejas convencer fácilmente, y tienes toda la razón. Ahora, aquí tienes una nota de cien libras, y

si crees que podemos hacer negocios, puedes guardarla en tu bolsillo como un adelanto de tu salario.

—Eso es muy generoso —dije—. ¿Cuándo debo asumir mis nuevas responsabilidades?

—Esté en Birmingham mañana a la una —dijo—. Tengo una nota en mi bolsillo aquí que llevarás a mi hermano. Lo encontrarás en el 126b de Corporation Street, donde están situadas las oficinas temporales de la compañía. Por supuesto, él debe confirmar tu contratación, pero entre nosotros estará todo bien.

—Realmente, no sé cómo expresar mi gratitud, señor Pinner —dije.

—En absoluto, muchacho. Solo has obtenido lo que mereces. Hay una o dos pequeñas cosas, meras formalidades, que debo arreglar contigo. Tienes un papel a tu lado. Por favor, escribe en él "Estoy perfectamente dispuesto a actuar como gerente de negocios de la Franco-Midland Hardware Company, Limited, con un salario mínimo de £500."

Hice lo que me pidió, y él guardó el papel en su bolsillo.

—Hay otro detalle —dijo—. ¿Qué piensas hacer con Mawson's?

Había olvidado por completo Mawson's en mi alegría. —Escribiré y renunciaré —dije.

—Precisamente lo que no quiero que hagas. Tuve una discusión por ti con el gerente de Mawson's. Subí a preguntarle por ti, y fue muy ofensivo; me acusó de convencerte para que abandonaras el servicio de la empresa y ese tipo de cosas. Al final, perdí la paciencia. "Si quieres buenos hombres, deberías pagarles un buen precio", le dije.

—Preferiría tener nuestro pequeño precio que el grande de ustedes —dijo él.

—Te apuesto un billete de cinco —dije— a que cuando tenga mi oferta, no volverás a saber de él.

—¡Hecho! —dijo—. Lo sacamos de la calle, y no nos dejará tan fácilmente. Esas fueron sus mismas palabras.

—¡El sinvergüenza impertinente! —grité—. Nunca lo he visto en mi vida. ¿Por qué debería considerarlo de alguna manera? No escribiré si prefieres

que no lo haga.

—¡Bien! Esa es una promesa —dijo, levantándose de su silla—. Bueno, estoy encantado de haber conseguido un hombre tan bueno para mi hermano. Aquí tienes tu adelanto de cien libras y aquí está la carta. Toma nota de la dirección, 126b Corporation Street, y recuerda que tu cita es mañana a la una. ¡Buenas noches; y que tengas toda la fortuna que mereces!

Eso es casi todo lo que pasó entre nosotros, según recuerdo. Puedes imaginar, Dr. Watson, lo contento que estaba con un golpe de suerte tan extraordinario. Me quedé despierto hasta la mitad de la noche abrazándome de la alegría, y al día siguiente me fui a Birmingham en un tren que me llevaría con tiempo suficiente para mi cita. Llevé mis cosas a un hotel en New Street, y luego me dirigí a la dirección que me habían dado.

Era un cuarto de hora antes de mi hora, pero pensé que eso no haría diferencia. El 126b era un pasaje entre dos grandes tiendas, que conducía a una escalera de piedra en espiral, de la cual había muchos pisos, alquilados como oficinas para empresas o profesionales. Los nombres de los ocupantes estaban pintados en la parte inferior de la pared, pero no había ningún nombre como la Franco-Midland Hardware Company, Limited. Me quedé unos minutos con el corazón en los pies, preguntándome si todo era una elaborada broma o no, cuando se me acercó un hombre y me dirigió la palabra. Era muy parecido al tipo que había visto la noche anterior, la misma figura y voz, pero estaba afeitado y su cabello era más claro.

—¿Es usted el señor Hall Pycroft? —preguntó.

—Sí —dije.

—¡Ah! Lo estaba esperando, pero está un poco antes de su tiempo. Recibí una nota de mi hermano esta mañana en la que cantaba sus alabanzas muy alto.

—Estaba buscando las oficinas cuando llegó.

—No hemos puesto nuestro nombre todavía, ya que solo aseguramos estos locales temporales la semana pasada. Suba conmigo, y hablaremos del asunto.

Lo seguí hasta la cima de una escalera muy alta, y allí, justo bajo las tejas, había un par de habitaciones pequeñas y polvorientas, sin alfombra ni

cortinas, a las que me llevó. Había pensado en una gran oficina con mesas relucientes y filas de empleados, como estaba acostumbrado, y me atrevo a decir que miré bastante fijamente las dos sillas y una pequeña mesa de madera, que, junto con un libro de cuentas y una papelería, componían todo el mobiliario.

—No se desanime, señor Pycroft —dijo mi nuevo conocido, al ver la longitud de mi cara—. Roma no se construyó en un día, y tenemos mucho dinero a nuestras espaldas, aunque aún no hacemos mucho alarde en las oficinas. Por favor, siéntese, y déjeme su carta.

Se la di, y la leyó con mucho cuidado.

—Parece que ha causado una gran impresión en mi hermano Arthur —dijo—; y sé que es un buen juez. Él jura por Londres, ¿sabe? Y yo por Birmingham; pero esta vez seguiré su consejo. Considérese definitivamente contratado.

—¿Cuáles son mis deberes? —pregunté.

—Eventualmente, dirigirá el gran depósito en París, que inundará las tiendas de ciento treinta y cuatro agentes en Francia con vajilla inglesa. La compra se completará en una semana, y mientras tanto, permanecerá en Birmingham y se hará útil.

—¿Cómo?

Como respuesta, sacó un gran libro rojo de un cajón.

—Este es un directorio de París —dijo—, con los oficios después de los nombres de las personas. Quiero que se lo lleve a casa y marque todos los vendedores de ferretería, con sus direcciones. Sería de gran ayuda para mí tenerlos.

—¿No hay listas clasificadas? —sugerí.

—No confiables. Su sistema es diferente al nuestro. Persevere, y déjeme las listas para el lunes a las doce. Buenos días, señor Pycroft. Si sigue mostrando celo e inteligencia, encontrará a la compañía un buen empleador.

Regresé al hotel con el gran libro bajo el brazo y con sentimientos muy contradictorios en mi pecho. Por un lado, estaba definitivamente contratado y tenía cien libras en el bolsillo; por otro, el aspecto de las oficinas, la au-

sencia de nombre en la pared y otros puntos que llamarían la atención de un hombre de negocios me dejaron una mala impresión sobre la posición de mis empleadores. Sin embargo, pasara lo que pasara, tenía mi dinero, así que me dediqué a mi tarea. Todo el domingo estuve trabajando duro, y aún para el lunes solo había llegado a la letra H. Fui a ver a mi empleador, lo encontré en la misma habitación desmantelada y me dijo que siguiera hasta el miércoles y luego volviera. El miércoles aún no había terminado, así que seguí trabajando hasta el viernes, es decir, ayer. Luego se lo llevé al señor Harry Pinner.

—Muchas gracias —dijo—; temo que subestimé la dificultad de la tarea. Esta lista será de gran ayuda para mí.

—Tomó tiempo —dijo.

—Y ahora —dijo—, quiero que haga una lista de las tiendas de muebles, ya que todas venden vajilla.

—Muy bien.

—Y puede venir mañana por la noche, a las siete, y decirme cómo va progresando. No se sobrecargue de trabajo. Un par de horas en el Music Hall de Day por la noche no le harían daño después de sus labores. Se rió al hablar, y vi con un escalofrío que su segundo diente del lado izquierdo estaba muy mal empastado con oro.

Sherlock Holmes se frotó las manos con deleite, y yo miré con asombro a nuestro cliente.

—Puede que se sorprenda, Dr. Watson; pero es así —dijo—: Cuando estaba hablando con el otro tipo en Londres, en el momento en que se rió de que no iba a Mawson's, noté que su diente estaba empastado de esta manera idéntica. El destello del oro en cada caso llamó mi atención, ¿sabe? Cuando combiné eso con la voz y la figura siendo la misma, y solo esas cosas cambiadas que podrían alterarse con una navaja o una peluca, no pude dudar de que era el mismo hombre. Por supuesto, uno espera que los hermanos se parezcan, pero no que tengan el mismo diente empastado de la misma manera. Me hizo una reverencia y me encontré en la calle, sin saber si estaba de pie o de cabeza. Volví a mi hotel, metí la cabeza en un lavabo con agua fría e intenté pensar en ello. ¿Por qué me había enviado de Londres a Birmingham? ¿Por qué había llegado antes que yo? ¿Y por qué había escrito una

carta de sí mismo a sí mismo? Todo era demasiado para mí, y no podía encontrarle sentido. Y luego, de repente, se me ocurrió que lo que era oscuro para mí podría ser muy claro para el señor Sherlock Holmes. Tuve tiempo justo para tomar el tren nocturno a la ciudad y verlo esta mañana, y traerlos a ambos de vuelta conmigo a Birmingham.

Hubo una pausa después de que el empleado de bolsa concluyó su sorprendente experiencia. Luego, Sherlock Holmes me miró, recostado en los cojines con una cara complacida y a la vez crítica, como un conocedor que acaba de tomar su primer sorbo de un vino de cosecha.

—Bastante interesante, Watson, ¿no? —dijo—. Hay puntos en esto que me complacen. Creo que estarás de acuerdo conmigo en que una entrevista con el señor Arthur Harry Pinner en las oficinas temporales de la Franco-Midland Hardware Company, Limited, sería una experiencia bastante interesante para ambos.

—Pero, ¿cómo podemos hacerlo? —pregunté.

—Oh, muy fácilmente —dijo Hall Pycroft, alegremente—. Son dos amigos míos que buscan trabajo, y qué podría ser más natural que llevarlos a ambos ante el director gerente.

—Por supuesto —dijo Holmes—. Me gustaría echar un vistazo al caballero y ver si puedo descifrar su pequeño juego. ¿Qué cualidades tienes, amigo mío, que harían que tus servicios fueran tan valiosos? ¿O es posible que...? —Empezó a morderse las uñas y a mirar fijamente por la ventana, y apenas logramos sacarle otra palabra hasta que estuvimos en New Street.

A las siete de esa tarde, los tres caminábamos por Corporation Street hacia las oficinas de la compañía.

—No sirve de nada llegar antes de la hora —dijo nuestro cliente—. Él solo viene a verme, aparentemente, porque el lugar está desierto hasta la hora que indica.

—Eso es sugestivo —observó Holmes.

—¡Por Júpiter, te lo dije! —exclamó el empleado—. Ahí va, caminando delante de nosotros.

Señaló a un hombre pequeño, moreno y bien vestido que se apresuraba al otro lado de la calle. Mientras lo observábamos, miró a un chico que gritaba

la última edición del periódico vespertino, y corriendo entre los coches y autobuses, compró uno. Luego, agarrándolo con la mano, desapareció por una puerta.

—¡Allí va! —gritó Hall Pycroft—. Esas son las oficinas de la compañía en las que ha entrado. Vengan conmigo, y lo arreglaré lo más fácilmente posible.

Siguiendo su guía, subimos cinco pisos, hasta encontrarnos fuera de una puerta medio abierta, en la que nuestro cliente golpeó. Una voz desde dentro nos invitó a entrar, y entramos en una habitación desnuda y sin amueblar, tal como había descrito Hall Pycroft. En la única mesa estaba sentado el hombre que habíamos visto en la calle, con su periódico vespertino desplegado frente a él, y cuando nos miró, me pareció que nunca había visto un rostro con tantas marcas de pesar, y de algo más allá del pesar: un horror que pocos hombres experimentan en su vida. Su frente brillaba con sudor, sus mejillas eran de un blanco apagado, como el vientre de un pez, y sus ojos estaban desorbitados y salvajes. Miró a su empleado como si no lo reconociera, y pude ver por la sorpresa en el rostro de nuestro guía que esta no era la apariencia usual de su empleador.

—¡Parece enfermo, señor Pinner! —exclamó.

—Sí, no me siento muy bien —respondió el otro, haciendo evidentes esfuerzos por controlarse y lamiéndose los labios secos antes de hablar—. ¿Quiénes son estos caballeros que ha traído con usted?

—Uno es el señor Harris, de Bermondsey, y el otro es el señor Price, de esta ciudad —dijo nuestro empleado, con fluidez—. Son amigos míos y caballeros con experiencia, pero han estado sin trabajo por algún tiempo y esperaban que quizá pudiera encontrarles un puesto en la empresa.

—¡Muy posiblemente! ¡Muy posiblemente! —exclamó el señor Pinner con una sonrisa espantosa—. Sí, no tengo duda de que podremos hacer algo por ustedes. ¿Cuál es su especialidad, señor Harris?

—Soy contador —dijo Holmes.

—Ah sí, necesitaremos algo así. ¿Y usted, señor Price?

—Soy empleado —dijo.

—Espero sinceramente que la empresa pueda acomodarlos. Les informaré tan pronto como lleguemos a una conclusión. Y ahora les ruego que se vayan. ¡Por el amor de Dios, déjenme solo!

Estas últimas palabras salieron disparadas de él, como si la contención que evidentemente se estaba imponiendo de repente y totalmente se hubiera roto. Holmes y yo nos miramos, y Hall Pycroft dio un paso hacia la mesa.

—Olvida, señor Pinner, que estoy aquí por una cita para recibir algunas instrucciones de usted —dijo.

—Ciertamente, señor Pycroft, ciertamente —respondió el otro en un tono más calmado—. Puede esperar aquí un momento; y no hay razón para que sus amigos no esperen con usted. Estaré completamente a su servicio en tres minutos, si me permiten abusar de su paciencia tanto. Se levantó con un aire muy cortés y, haciendo una reverencia, pasó por una puerta al fondo de la habitación, que cerró tras él.

—¿Y ahora qué? —susurró Holmes—. ¿Nos está dando esquinazo?

—Imposible —respondió Pycroft.

—¿Por qué?

—Esa puerta lleva a una habitación interior.

—¿No hay salida?

—Ninguna.

—¿Está amueblada?

—Estaba vacía ayer.

—Entonces, ¿qué demonios está haciendo? Hay algo que no entiendo en su comportamiento. Si alguna vez un hombre estaba tres partes loco de terror, ese hombre es Pinner. ¿Qué puede haberlo puesto tan nervioso?

—Sospecha que somos detectives —sugerí.

—Eso es —gritó Pycroft.

Holmes negó con la cabeza. —No palideció. Estaba pálido cuando entras —dijo—. Es muy posible que...

Sus palabras fueron interrumpidas por un agudo golpe desde la dirección de la puerta interior.

—¿Por qué demonios está golpeando su propia puerta? —gritó el empleado.

De nuevo y mucho más fuerte llegó el golpe. Todos miramos expectantes a la puerta cerrada. Al mirar a Holmes, vi su rostro ponerse rígido, y se inclinó hacia adelante con intensa emoción. Luego, de repente, vino un bajo gorgoteo, y un golpeteo rápido en la madera. Holmes se lanzó frenéticamente a través de la habitación y empujó la puerta. Estaba cerrada por dentro. Siguiendo su ejemplo, nos abalanzamos sobre ella con todo nuestro peso. Una bisagra se rompió, luego la otra, y la puerta cayó con un estrépito. Al cruzarla, nos encontramos en la habitación interior. Estaba vacía.

Pero solo fue un momento en que nos sentimos desorientados. En una esquina, la más cercana a la habitación que habíamos dejado, había una segunda puerta. Holmes se abalanzó sobre ella y la abrió. Un abrigo y un chaleco yacían en el suelo, y de un gancho detrás de la puerta, con sus propios tirantes alrededor del cuello, colgaba el director gerente de la Franco-Midland Hardware Company. Sus rodillas estaban dobladas, su cabeza colgaba en un ángulo terrible con su cuerpo, y el repiqueteo de sus talones contra la puerta hacía el ruido que había interrumpido nuestra conversación. En un instante, lo agarré por la cintura y lo sostuve mientras Holmes y Pycroft desataban las bandas elásticas que habían desaparecido entre los pliegues lívidos de la piel. Luego lo llevamos a la otra habitación, donde yacía con el rostro color arcilla, inflando sus labios morados con cada respiración, un espantoso remanente de lo que había sido cinco minutos antes.

—¿Qué piensas de él, Watson? —preguntó Holmes.

Me incliné sobre él y lo examiné. Su pulso era débil e intermitente, pero su respiración se hizo más profunda, y hubo un leve temblor de sus párpados, que mostró una delgada línea blanca del globo ocular debajo.

—Ha estado al borde de la muerte —dije—, pero vivirá. Solo es cuestión de tiempo ahora —dije, mientras me alejaba de él.

Holmes se quedó junto a la mesa, con las manos en los bolsillos de su pantalón y la barbilla sobre el pecho.

—Supongo que ahora deberíamos llamar a la policía —dijo—. Y sin embargo, confieso que me gustaría darles un caso completo cuando lleguen.

—Es un bendito misterio para mí —gritó Pycroft, rascándose la cabeza—. Lo que sea que quisieran traerme aquí y luego...

—¡Bah! Todo eso está claro —dijo Holmes con impaciencia—. Es este último movimiento repentino.

—¿Entiendes el resto, entonces?

—Creo que es bastante obvio. ¿Qué dices, Watson?

Me encogí de hombros. —Debo confesar que estoy fuera de mi alcance —dije.

—Oh, seguramente, si consideras los eventos al principio, solo pueden apuntar a una conclusión.

—¿Qué haces de ellos?

—Bueno, todo depende de dos puntos. El primero es hacer que Pycroft escriba una declaración por la cual entraba al servicio de esta compañía absurda. ¿No ves lo muy sugerente que es eso?

—Me temo que no veo el punto.

—Bueno, ¿por qué querían que lo hiciera? No como un asunto de negocios, ya que estos arreglos suelen ser verbales, y no había ninguna razón comercial para que esto fuera una excepción. ¿No ves, mi joven amigo, que estaban muy ansiosos por obtener una muestra de tu caligrafía, y no tenían otra forma de hacerlo?

—¿Y por qué?

—Exactamente. ¿Por qué? Cuando respondamos eso, habremos avanzado en nuestro pequeño problema. ¿Por qué? Solo puede haber una razón adecuada. Alguien quería aprender a imitar tu escritura, y tuvo que obtener una muestra primero. Y ahora, si pasamos al segundo punto, encontramos que cada uno arroja luz sobre el otro. Ese punto es la solicitud de Pinner de que no renunciaras a tu puesto, sino que dejaras al gerente de este importante negocio en la plena expectativa de que un señor Hall Pycroft, a quien nunca había visto, iba a entrar en la oficina el lunes por la mañana.

—¡Dios mío! —gritó nuestro cliente— ¡Qué tonto he sido!

—Ahora ves el punto sobre la caligrafía. Supongamos que alguien se presentara en tu lugar y escribiera de una manera completamente diferente a la que habías aplicado para la vacante, por supuesto, el juego habría terminado. Pero en el intervalo, el pícaro había aprendido a imitarte, y su posición era, por lo tanto, segura, ya que supongo que nadie en la oficina había visto tu rostro.

—Ni una sola alma —gimió Hall Pycroft.

—Muy bien. Por supuesto, era de suma importancia evitar que reconsideraras tu decisión, y también evitar que tuvieras contacto con alguien que pudiera decirte que tu doble estaba trabajando en la oficina de Mawson. Por lo tanto, te dieron un generoso adelanto de tu salario, y te llevaron a los Midlands, donde te dieron suficiente trabajo para evitar que fueras a Londres, donde podrías haber arruinado su pequeño juego. Eso es todo claro.

—¿Pero por qué este hombre fingiría ser su propio hermano?

—Bueno, eso también es bastante claro. Evidentemente, solo hay dos en esto. El otro está suplantándote en la oficina. Este actuó como tu reclutador, y luego descubrió que no podía encontrarte un empleador sin admitir a una tercera persona en su trama. Eso era lo que menos quería hacer. Cambió su apariencia tanto como pudo, y confió en que el parecido, que no podías dejar de notar, se atribuiría a una semejanza familiar. Pero por el feliz azar del empaste dorado, tus sospechas probablemente nunca se habrían despertado.

Hall Pycroft agitó los puños en el aire. —¡Dios mío! —gritó—. ¡Mientras me han engañado de esta manera, qué ha estado haciendo ese otro Hall Pycroft en Mawson's? ¿Qué debemos hacer, señor Holmes? Dígame qué hacer.

—Debemos enviar un telegrama a Mawson's.

—Cierran a las doce los sábados.

—No importa. Puede que haya algún portero o asistente...

—Ah sí, mantienen una guardia permanente allí debido al valor de los valores que poseen. Recuerdo haberlo oído en la ciudad.

—Muy bien; les enviaremos un telegrama y veremos si todo está bien, y si un empleado con tu nombre está trabajando allí. Eso está claro; pero lo que no está tan claro es por qué al vernos uno de los pícaros se salió de la habitación y se ahorcó.

—¡El periódico! —croó una voz detrás de nosotros. El hombre estaba sentado, pálido y espectral, con la razón regresando a sus ojos, y sus manos frotando nerviosamente la amplia banda roja que aún rodeaba su cuello.

—¡El periódico! ¡Por supuesto! —gritó Holmes, en un paroxismo de emoción—. ¡Idiota que fui! Pensé tanto en nuestra visita que el periódico nunca cruzó mi mente por un instante. Por supuesto, el secreto debe estar allí. Lo extendió sobre la mesa, y un grito de triunfo brotó de sus labios. —Mira esto, Watson —gritó—. Es un periódico de Londres, una edición temprana del Evening Standard. Aquí está lo que buscamos. Mira los titulares: "Crimen en la ciudad. Asesinato en Mawson & Williams. Gigantesco intento de robo. Captura del criminal." Aquí, Watson, todos estamos igualmente ansiosos por escucharlo, así que por favor léelo en voz alta para nosotros.

Parecía, por su posición en el periódico, ser el único evento importante en la ciudad, y la cuenta de ello decía así:

“Un intento desesperado de robo, que culminó en la muerte de un hombre y la captura del criminal, ocurrió esta tarde en la ciudad. Desde hace algún tiempo, Mawson & Williams, la famosa casa financiera, ha sido la guardiana de valores que en conjunto suman considerablemente más de un millón de libras esterlinas. Tan consciente estaba el gerente de la responsabilidad que recaía sobre él debido a los grandes intereses en juego que se emplearon cajas fuertes de la construcción más moderna, y se dejó un vigilante armado día y noche en el edificio. Parece que la semana pasada se contrató a un nuevo empleado llamado Hall Pycroft. Esta persona no era otra que Beddington, el famoso falsificador y ladrón, quien, junto con su hermano, había salido recientemente de una condena de cinco años de trabajos forzados. Por algún medio, que aún no está claro, logró obtener, bajo un nombre falso, este puesto oficial en la oficina, que utilizó para obtener moldes de varias cerraduras y un conocimiento completo de la ubicación del cuarto fuerte y las cajas de seguridad.”

"Es costumbre en Mawson que los empleados se vayan al mediodía del sábado. El sargento Tuson, de la Policía de la Ciudad, se sorprendió un poco al ver a un caballero con una bolsa de viaje bajar los escalones a la una y veinte. Sus sospechas se despertaron, por lo que el sargento siguió al hombre, y con la ayuda del agente Pollock logró, después de una resistencia desesperada, arrestarlo. Fue evidente de inmediato que se había cometido

un robo audaz y gigantesco. Casi cien mil libras en bonos ferroviarios americanos, junto con una gran cantidad de acciones de minas y otras compañías, se descubrieron en la bolsa. Al examinar las instalaciones, el cuerpo del desafortunado vigilante se encontró doblado y metido en la más grande de las cajas de seguridad, donde no habría sido descubierto hasta la mañana del lunes de no ser por la rápida acción del sargento Tuson. El cráneo del hombre había sido destrozado por un golpe de un atizador dado por detrás. No cabía duda de que Beddington había obtenido acceso fingiendo que había dejado algo atrás, y tras asesinar al vigilante, rápidamente saqueó la gran caja fuerte y se marchó con su botín. Su hermano, que generalmente trabaja con él, no ha aparecido en este trabajo hasta donde se puede determinar en este momento, aunque la policía está haciendo enérgicas averiguaciones sobre su paradero."

—Bueno, podemos ahorrar un poco de trabajo a la policía en esa dirección —dijo Holmes, mirando a la figura demacrada acurrucada junto a la ventana—. La naturaleza humana es una mezcla extraña, Watson. Ves que incluso un villano y asesino puede inspirar tal afecto que su hermano recurrir al suicidio al saber que su cuello está en juego. Sin embargo, no tenemos opción en cuanto a nuestra acción. El doctor y yo nos quedaremos de guardia, señor Pycroft, si tiene la amabilidad de salir a buscar a la policía.

LA CORBETA "GLORIA SCOTT"

“Tengo unos papeles aquí”, dijo mi amigo Sherlock Holmes, mientras nos sentábamos una noche de invierno a cada lado del fuego, “que creo, Watson, que te valdrá la pena ojear. Estos son los documentos del extraordinario caso de la Gloria Scott, y éste es el mensaje que dejó al Juez de Paz Trevor paralizado de horror al leerlo.”

Había sacado de un cajón un pequeño cilindro ennegrecido, y, deshaciendo la cinta, me entregó una breve nota garabateada en medio folio de papel gris pizarra.

“El suministro de caza para Londres está subiendo constantemente”, decía. “Se cree que al encargado principal, Hudson, se le ha ordenado recibir todos los pedidos de papel trampa para moscas y de conservación de la vida de tu gallo-faisán.”

Al levantar la vista tras leer este enigmático mensaje, vi a Holmes soltar una risa contenida al observar la expresión de asombro en mi rostro.

—Te veo un poco desconcertado —dijo.

—No logro entender cómo un mensaje así puede inspirar horror. Me parece más grotesco que otra cosa.

—Muy probablemente. Sin embargo, el hecho es que el lector, que era un robusto y apuesto anciano, se desplomó de un golpe, como si le hubieran dado con la culata de una pistola.

—Has despertado mi curiosidad —dije—. Pero, ¿por qué dijiste hace un momento que había razones muy particulares por las que debía estudiar este

caso?

—Porque fue el primero en el que estuve involucrado.

Había intentado en muchas ocasiones extraer de mi compañero aquello que primero inclinó su mente hacia la investigación criminal, pero nunca lo había pillado en un humor tan comunicativo. Ahora se inclinó hacia adelante en ese sillón y dispuso los documentos sobre sus rodillas. Luego encendió su pipa y se sentó un rato fumando y pasándolos una y otra vez por las manos.

—¿Nunca te hablé de Víctor Trevor? —preguntó—. Fue el único amigo que hice durante los dos años que estuve en el colegio. Yo nunca fui un tipo muy sociable, Watson, siempre algo aficionado a deambular en mis habitaciones y a idear mis propios métodos de pensamiento, por lo que casi no me relacioné con los muchachos de mi edad. La esgrima y el boxeo no me llamaban para nada la atención atlética, y además mi línea de estudios era muy distinta a la de los demás, de modo que no teníamos nada en común. Trevor fue el único hombre que conocí, y eso solo por el accidente de que su bulldog terrier se adhiriera a mi tobillo una mañana mientras me dirigía a la capilla.

—Fue una forma prosaica de entablar amistad, pero resultó eficaz. Estuve mal por diez días, pero Trevor solía venir a preguntar por mí. Al principio era solo un minuterio saludo, pero pronto sus visitas se alargaron, y antes de acabar el curso nos hicimos muy buenos amigos. Era un tipo vigoroso, de sangre caliente, lleno de energía, todo lo opuesto a mí en muchos aspectos, pero compartíamos algunos intereses, y fue un vínculo de unión el descubrir que él estaba tan desamparado como yo. Finalmente, me invitó a su casa paterna en Donnithorpe, en Norfolk, y acepté su hospitalidad por un mes de las largas vacaciones.

—El viejo Trevor era evidentemente un hombre de cierta fortuna y consideración, un J.P. y terrateniente. Donnithorpe es un pequeño caserío al norte de Langmere, en el país de los Broads. La casa era un edificio de ladrillo de corte antiguo, amplio, con vigas de roble, y una bonita avenida flanqueada de cal que conducía hasta ella. Había una excelente caza de patos silvestres en los pantanos, una pesca sorprendentemente buena, una pequeña pero selecta biblioteca, que según me contó, había sido heredada de un antiguo

ocupante, y un cocinero bastante competente, de modo que era un sitio en el que se podía pasar un mes agradable, para un hombre exigente.

—Trevor senior era viudo, y mi amigo, su único hijo.

—Se había tenido una hija, oí decir, pero había muerto de difteria durante una visita a Birmingham. El padre me interesaba sobremanera. Era un hombre de escasa cultura, pero con una considerable fuerza ruda, tanto física como mental. Apenas conocía de libros, pero había viajado mucho, visto gran parte del mundo. Y recordaba todo lo aprendido. En persona era un hombre fornido y macizo, con una cresta de pelo canoso, un rostro moreno y curtido por el tiempo, y unos ojos azules tan penetrantes que rayaban en la ferocidad. Sin embargo, gozaba de fama por su bondad y caridad en el campo, y se le reconocía por la clemencia de sus sentencias desde el estrado.

—Una tarde, poco después de mi llegada, estábamos sentados con una copa de oporto tras la cena, cuando el joven Trevor empezó a hablar de esos hábitos de observación e inferencia que ya había configurado en un sistema, aunque aún no había comprendido el papel que iban a jugar en mi vida. El anciano evidentemente pensó que su hijo exageraba al describir uno o dos trucos triviales que yo había realizado.

—“Anda, señor Holmes —dijo riendo con buena voluntad—, soy un excelente sujeto, si de mí puedes deducir algo.”

—“Temo que no hay mucho —respondí—; podría sugerir que has andado temeroso de algún ataque personal en el último año.”

La risa se desvaneció de sus labios, y me miró con gran sorpresa.

—“Bueno, es verdad,” dijo, “¿sabes, Víctor —dirigiéndose a su hijo—, cuando desmantelamos aquella banda de furtivos juraron apuñalarnos, y el señor Edward Holly fue incluso agredido. Desde entonces siempre he estado en alerta, aunque no tengo idea de cómo lo supiste.”

—“Tienes un bastón muy elegante —respondí—. Por la inscripción noté que no lo tenías más de un año. Pero te has tomado la molestia de perforar la cabeza y verter plomo fundido en el agujero para convertirlo en un arma formidable. Argumenté que no tomarías tales precauciones a no ser que tuvieras algún peligro que temer.”

—“¿Algo más?” preguntó sonriendo.

—“Boxeaste bastante en tu juventud.”

—“Bien visto. ¿Cómo lo supiste? ¿Acaso se te ha desviado un poco la nariz?”

—“No —dije—. Son tus orejas. Tienen ese aplanamiento y engrosamiento característico del hombre que boxea.”

—“¿Algo más?”

—“Te has ganado mucho excavando por culpa de tus callosidades.”

—“Todo mi dinero lo hice en los campos del oro.”

—“Has estado en Nueva Zelanda.”

—“Exacto.”

—“Has visitado Japón.”

—“Completamente cierto.”

—“Y has estado muy íntimamente ligado a alguien cuyas iniciales eran J. A., a quien luego te mostraste ansioso por olvidar por completo.”

El señor Trevor se levantó lentamente, fijó sus grandes ojos azules en mí con una mirada extrañamente salvaje, y luego se desplomó, con la cara entre las cáscaras de nuez que decoraban el mantel, en un desmayo repentino.

Podéis imaginar, Watson, lo impactados que quedamos tanto su hijo como yo. Sin embargo, el ataque no duró mucho, pues al desabrocharle el cuello y esparcir el agua de uno de los vasos sobre su cara, soltó unos jadeos y se incorporó.

—“Ah, muchachos —dijo forzando una sonrisa—, espero no haberles asustado. Por más fuerte que parezca, hay un punto débil en mi corazón, y no se necesita mucho para derribarme. No sé cómo lo haces, señor Holmes, pero me parece que todos los detectives, tanto de hechos como de fantasía, serían niños a tus manos. Esa es tu vocación, señor, y puedes confiar en la palabra de un hombre que ha visto algo del mundo.”

Y esa recomendación, con la exagerada estima de mi habilidad con la que la precedió, fue, si me creéis, Watson, la primera vez que sentí que se podía hacer de esta profesión algo más que un mero pasatiempo. En ese momento,

sin embargo, estaba demasiado preocupado por la repentina enfermedad de mi anfitrión como para pensar en otra cosa.

—“Espero no haber dicho nada que te cause pena, ¿verdad?” —pregunté.

—“Bueno, ciertamente has tocado un punto delicado. ¿Puedo preguntarte cómo sabes y cuánto sabes?” Ahora habló en tono medio en broma, pero aún se asomaba un destello de terror en lo profundo de sus ojos.

—“Es algo de lo más simple —dije—. Cuando descubriste tu brazo para sacar ese pez al bote vi que en el codo había tatuadas las siglas J. A. Las letras seguían legibles, pero era muy claro por su aspecto borroso y por la mancha en la piel circundante que se había intentado borrarlas. Quedó patente, pues, que aquellas iniciales te eran muy familiares, y que después habías querido olvidarlas.”

—“¿Qué ojo tienes!” exclamó, soltando un suspiro de alivio. “Es tal y como dices. Pero no hablemos de ello. De todos los fantasmas, los de nuestros viejos amores son los peores. Ven a la sala de billar y toma un cigarro tranquilo.”

Desde aquel día, a pesar de su cordialidad, siempre se notó en el modo de actuar del señor Trevor cierta sospecha hacia mí. Incluso su hijo lo comentó.

—“Le has dado tal vuelta al gobernador,” dijo, “que ya nunca sabrá bien qué es lo que sabes y qué no.”

No quiso mostrarlo, estoy seguro, pero era tan patente en su mente que se notaba en cada acción. Finalmente, llegué a estar tan convencido de que le causaba molestia que decidí acortar mi visita. Sin embargo, ese mismo día, antes de marcharme, ocurrió un suceso que resultó ser importante más adelante.

Estábamos sentados en el césped, en sillas de jardín, los tres, tomando el sol y admirando la vista de los Broads, cuando una criada salió a decirnos que había un hombre en la puerta que quería ver al señor Trevor.

—“¿Cómo se llama?” preguntó mi anfitrión.

—“No quiso darme su nombre.”

—“¿Qué quiere, entonces?”

—“Dice que lo conoce y que solo desea unos instantes de conversación.”

—“Háblelo por aquí.” Al instante apareció un pequeño tipo encorvado, con un aspecto arrugado y un andar tambaleante. Vestía una chaqueta abierta, con una mancha de alquitrán en la manga, una camisa a cuadros en rojo y negro, pantalones de peto y unas botas pesadas muy desgastadas. Su cara era delgada, morena y astuta, con una sonrisa perpetua que dejaba ver una hilera irregular de dientes amarillos, y sus manos arrugadas estaban medio cerradas, de un modo característico de los marineros. Al cruzar el césped de forma encorvada oí al señor Trevor emitir un ruido parecido a un hipo en la garganta, y saltando de su silla, corrió hacia la casa. Volvió en un instante, y al pasar junto a mí desprendía un fuerte hedor a brandy.

—“Bueno, hombre —dijo—, ¿en qué puedo servirte?”

El marinero se quedó mirándolo con los ojos achinados y con la misma sonrisa de labios sueltos en el rostro.

—“¿No me conoce?” preguntó.

—“¡Vaya, caramba, debe ser Hudson!” dijo el señor Trevor con tono sorprendido.

—“Es Hudson, señor. ¡Hace más de treinta años que no le veía! Aquí está usted en su casa, y yo sigo sacando mi carne salada del tonel de arnés.”

—“¡Ay, ya verás que yo no he olvidado los viejos tiempos!” exclamó el señor Trevor, y, acercándose al marinero, dijo algo en voz baja. —“Vete a la cocina” —continuó en voz alta—, “y allí encontrarás comida y bebida. No tengo duda de que te conseguiré un puesto.”

—“Gracias, señor” dijo el marinero, apartándose un mechón de la frente. “Vengo de un viaje de dos años en un tráiler de ocho nudos, con escasa tripulación, y necesito un descanso. Pensé en conseguirlo o con el señor Beddoes o con usted.”

—“¡Ah!” exclamó Trevor. “¿Sabe usted dónde está el señor Beddoes?”

—“Dios le bendiga, señor, sé dónde están todos mis viejos amigos”, dijo el tipo con una sonrisa siniestra, y se desplomó tras la criada rumbo a la cocina. El señor Trevor murmuró algo acerca de haber sido compañero de barco del hombre cuando se dirigía de regreso a las minas, y luego, dejándonos en el césped, entró en la casa. Una hora más tarde, al entrar, lo encontramos

desplomado, completamente ebrio, sobre el sofá del comedor. Todo el incidente dejó en mí una impresión muy desagradable, y al día siguiente no me dolió dejar atrás Donnithorpe, pues sentí que mi presencia era causa de vergüenza para mi amigo.

Todo esto ocurrió durante el primer mes de las largas vacaciones. Subí a mis aposentos en Londres, donde pasé siete semanas realizando algunos experimentos de química orgánica. Un día, sin embargo, cuando el otoño estaba avanzado y las vacaciones a punto de concluir, recibí un telegrama de mi amigo suplicándome que regresara a Donnithorpe, y diciendo que necesitaba enormemente mi consejo y asistencia. Por supuesto, lo dejé todo y volví hacia el Norte una vez más.

Me encontré en la estación con el coche de perro, y a simple vista noté que los dos últimos meses le habían sido muy duros. Había adelgazado, estaba preocupado, y había perdido el carácter ruidoso y jovial por el que se le conocía.

—“El gobernador está muriendo”, fueron las primeras palabras que dijo.

—“¡Imposible!” exclamé. “¿Qué ocurre?”

—“Apoplejía. Shock nervioso. Ha estado al borde todo el día. Dudo que lo encontremos con vida.”

Como podéis imaginar, Watson, me horrorizó esta noticia inesperada.

—“¿Qué lo ha provocado?” pregunté.

—“Ah, ahí radica el asunto. Súbete al coche y lo discutimos mientras conducimos. ¿Recuerdas al tipo que vino la noche anterior, justo antes de que te marcharas?”

—“Perfectamente.”

—“¿Sabes quién fue al que dejamos entrar en la casa ese día?”

—“No tengo la menor idea.”

—“Fue el mismísimo diablo, Holmes”, exclamó.

Lo miré atónito.

—“Sí, fue el mismísimo diablo. Desde entonces no hemos tenido ni una hora de paz. El gobernador no ha vuelto a levantar la cabeza desde aquella

tarde, y ahora la vida se le ha escapado y el corazón se le ha roto, todo por culpa de ese maldito Hudson.”

—“¿Qué poder tenía, entonces?”

—“Ah, eso es lo que daría por saber. El bondadoso, caritativo, buen viejo gobernador... ¡Cómo pudo caer en las garras de un rufián así! Pero me alegro de que hayas venido, Holmes. Confío plenamente en tu juicio y discreción, y sé que me aconsejarás lo mejor.”

Avanzábamos a toda prisa por la lisa carretera rural, con el extenso paisaje de los Broads brillando con la luz roja del sol poniente. Desde un bosquecillo a nuestra izquierda ya distinguía las altas chimeneas y el asta de bandera que señalaban la residencia del terrateniente.

—“Mi padre hizo de jardinero al tipo” dijo mi compañero, “y luego, al no contentarse con ello, lo ascendieron a mayordomo. La casa parecía estar a su merced, y él andaba por ahí haciendo lo que le daba la gana. Las criadas se quejaban de sus hábitos de borrachera y de su lenguaje soez. El viejo les subió el sueldo a todas para compensarles la molestia. El hombre se llevaba el bote y la mejor pistola de mi padre para darse sus jueguitos de tiro. Y todo eso con una cara tan insolente, burlona y altanera que yo lo habría derribado veinte veces si hubiese sido de mi edad. Te digo, Holmes, que tuve que contenerme a pulso todo este tiempo; y ahora me pregunto si, de haberme soltado un poco más, habría sido un hombre más sabio.”

—“Pues, las cosas fueron de mal en peor con nosotros, y ese maldito Hudson se volvió cada vez más entrometido, hasta que, un día, al responder con insolencia a mi padre en mi presencia, lo agarré por los hombros y lo eché de la habitación. Se alejó arrastrando la cara, con dos ojos venenosos que amenazaban más de lo que su lengua podía, yo no sé, soltar. No sé qué ocurrió entre el pobre viejo y él después de eso, pero al día siguiente mi padre se me acercó y me preguntó si me importaría disculparme con Hudson. Me negué, como podéis imaginar, y le pregunté a mi padre cómo podía permitir a un desgraciado tomar semejante libertad con él y su casa.”

—“Ah, muchacho —dijo él—, hablar está bien, pero no sabes en qué situación me encuentro. Pero lo sabrás, Víctor. Me aseguraré de que sepas, pase lo que pase. No creerías el daño que ha hecho tu pobre padre, ¿verdad, chaval?”

Se emocionó sobremanera y se encerró en el estudio durante todo el día, donde pude ver por la ventana que escribía con afán.

—“Esa tarde llegó lo que me pareció un gran alivio, pues Hudson nos dijo que se iba a marchar. Entró al comedor mientras estábamos sentados después de cenar y anunció su decisión con la voz espesa de un medio borracho.”

—“Ya he tenido suficiente de Norfolk”, dijo. ‘Me bajaré hasta ver al señor Beddoes en Hampshire. Seguro que él estará tan contento de verme como ustedes, me atrevo a decir.’”

—“Espero, Hudson, que no te vayas con rencor” —dijo mi padre con una cortesía que hizo hervir mi sangre.”

—“Aún no he tenido mi ‘disculpa’ —respondió él malhumorado, echando un vistazo en mi dirección.”

—“Víctor, tendrás que reconocer que has tratado a este buen hombre de forma bastante brusca” —dijo el viejo, dirigiéndose a mí.”

—“Al contrario, creo que ambos hemos mostrado una paciencia extraordinaria con él” —contesté.”

—“¡Ah, sí, sí, verdad, eh!” —gruñó—. ‘¡Muy bien, colega! ¡Ya veremos!’”

Salió encorvado de la habitación, y media hora después abandonó la casa, dejando a mi padre en un estado de nerviosismo lamentable. Noche tras noche lo oí pasearse por su habitación, y justo cuando parecía recobrar la confianza, el golpe final llegó.

—“¿Y cómo?” pregunté ansiosamente.

—“De la manera más extraordinaria. Ayer por la tarde llegó una carta para mi padre, con el matasellos de Fordingbridge. Al leerla, mi padre se tapó la cabeza con ambas manos y empezó a dar vueltas por la habitación como un hombre que ha perdido el juicio. Cuando finalmente logré sentarlo en el sofá, vi que su boca y sus párpados estaban contraídos hacia un lado, y comprendí que había sufrido un derrame. El doctor Fordham acudió enseguida. Lo pusimos en cama; pero la parálisis se ha extendido, no ha mostrado señales de recobrar la conciencia, y creo que difícilmente lo encontraremos con vida.”

—“¡Me horroriza, Trevor!” exclamé. “¿Qué podría haber en esa carta para causar semejante efecto?”

—“Nada. Ahí reside la parte inexplicable de todo. El mensaje era absurdo y trivial. ¡Ay, Dios mío, es justamente lo que temía!”

Mientras hablaba, llegamos a la curva de la avenida, y a la luz menguante vi que todas las persianas de la casa estaban corridas. Al acercarnos a la puerta, el rostro de mi amigo se convulsionó de dolor, y un caballero de traje negro salió de ella.

—“¿Cuándo ocurrió, doctor?” preguntó Trevor.

—“Casi inmediatamente después de que te marcharas.”

—“¿Recobró la conciencia?”

—“Por un instante, antes del final.”

—“¿Algún mensaje para mí?”

—“Solo que los papeles estaban en el cajón trasero del gabinete japonés.”

Mi amigo subió con el doctor a la cámara de la muerte, mientras yo me quedé en el estudio, dándole vueltas a todo el asunto, sintiéndome tan sombrío como nunca en mi vida. ¿Cuál fue el pasado de este Trevor, boxeador, viajero y buscador de oro, y cómo se puso en manos de ese marinero de rostro corrosivo? Además, ¿por qué se desmayaba al oír alusión a las iniciales medio borradas en su brazo y moría de susto al recibir una carta de Fordingbridge? Entonces recordé que Fordingbridge está en Hampshire, y que ese tal señor Beddoes, a quien el marinero había ido a visitar y presumiblemente extorsionar, también se mencionó como residente de Hampshire. La carta, pues, podría provenir de Hudson, el marinero, diciendo que había revelado el secreto culpable, o bien de Beddoes, advirtiéndolo a un viejo cómplice que se avecinaba una traición. Hasta aquí parecía claro. Pero, ¿cómo podía ser que esa carta resultara trivial y grotesca, como la describía el hijo? Debe haberla leído mal. Si es así, ha de tratarse de uno de esos ingeniosos códigos secretos que significan una cosa mientras aparentan significar otra. Debo ver esa carta. Si en ella hubiera un significado oculto, estoy seguro de que lo extraería. Durante una hora estuve meditando en la penumbra sobre ella, hasta que por fin una criada llorosa trajo una lámpara, y, justo detrás de

ella, apareció mi amigo Trevor, pálido pero sereno, con esos mismos papeles que ahora reposan sobre mi rodilla, aferrados a sus manos. Se sentó frente a mí, acercó la lámpara al borde de la mesa y me entregó una breve nota garabateada, como veis, en una sola hoja de papel gris. “El suministro de caza para Londres está subiendo constantemente”, decía. “Se cree que al encargado principal, Hudson, se le ha ordenado recibir todos los pedidos de papel trampa para moscas y de conservación de la vida de tu gallo-faisán.”

Seguro que mi rostro se mostró tan desconcertado como el tuyo cuando por primera vez leí ese mensaje. Entonces lo releí con sumo cuidado. Evidentemente era, como había pensado, y debía haber un significado secreto enterrado en esa extraña combinación de palabras. ¿O podría ser que hubiera un significado preestablecido a frases como “papel trampa para moscas” y “gallo-faisán”? Tal significado sería arbitrario y no se podría deducir de ningún modo. Y, sin embargo, me rehusaba a creer que fuera así, y la presencia de la palabra Hudson parecía indicar que el asunto del mensaje era, como yo había adivinado, y que provenía de Beddoes y no del marinero. Lo intenté al revés, pero la combinación “vida faisán gallo” no era alentadora. Luego probé con palabras alternas, pero ni “el de para” ni “suministro caza Londres” prometían arrojar luz sobre el asunto.

Y, en un instante, la clave del enigma estuvo en mis manos, y vi que cada tercera palabra, empezando por la primera, daría un mensaje que bien podría haber sumido al viejo Trevor en la desesperación.

Era corto y conciso, la advertencia, tal como se la leí a mi compañero ahora:

“El juego se acabó. Hudson lo ha dicho todo. ¡Corre por tu vida!”

Víctor Trevor hundió la cara entre las manos temblorosas.

—“Supongo que debe ser eso. Esto es peor que la muerte, pues significa también desgracia. Pero, ¿qué significan ‘encargados’ y ‘gallo-faisán’?”

—“No significan nada en el mensaje, pero podrían significar mucho para nosotros si nouviésemos otro modo de descubrir al remitente. Ve que ha empezado escribiendo ‘El... juego... se’, y así sucesivamente. Luego, para cumplir con el cifrado preestablecido, tuvo que rellenar con dos palabras cualesquiera en cada hueco. Naturalmente usaría las primeras palabras que se le ocurrieran, y si tantas de ellas tienen relación con el deporte, puedes

estar bastante seguro de que es o un apasionado tirador o un aficionado a la cría. ¿Sabes algo de ese Beddoes?”

—“Ahora que lo mencionas —dijo él—, recuerdo que mi pobre padre solía tener una invitación de él para ir a cazar en sus reservas cada otoño.”

—“Entonces, sin duda, es de él de quien procede la nota”, dije. “Solo nos queda averiguar cuál era ese secreto que el marinero Hudson parece tener sobre estos dos hombres tan ricos y respetados.”

—“¡Ay, Holmes, temo que se trata de uno de pecado y vergüenza!” exclamó mi amigo. “Pero de ti no tendré secretos. Aquí tienes la declaración que mi padre redactó cuando supo que el peligro procedente de Hudson era inminente. La encontré en el gabinete japonés, como él le dijo al doctor. Tómala y léemela, que yo no tengo la fuerza ni el valor para hacerlo yo mismo.”

Estos son, Watson, los mismos papeles que me entregó, y se los leeré como los leí aquella noche en el viejo estudio. Están rubricados en el exterior, como veis: “Algunos detalles del viaje del bergantín Gloria Scott, desde su salida de Falmouth el 8 de octubre de 1855, hasta su destrucción en N. Lat. 15° 20', W. Long. 25° 14', el 6 de noviembre.” Está en forma de carta y se lee así:

“Querido, querido hijo: Ahora que la inminente deshonra empieza a oscurecer los últimos años de mi vida, puedo escribir con toda verdad y honradez que no es el terror de la ley, ni la pérdida de mi posición en el condado, ni mi caída a los ojos de quienes me han conocido, lo que me hiere el corazón; sino la idea de que llegues a avergonzarte de mí —tú que me amas y que espero jamás hayas tenido motivo de hacerme otro juicio que el de respetarme. Mas si cayere el golpe que siempre pende sobre mí, desearía que leyeras esto, para que sepas por mí mismo hasta qué punto he sido culpable. En cambio, si todo transcurre bien (¡que Dios Todopoderoso lo quiera!), y por alguna casualidad este papel se encontrase aún sin destruir y llegase a tus manos, te conjuro, por todo lo que consideras sagrado, por la memoria de tu querida madre y por el amor que nos unió, a arrojarlo al fuego y a no volver a pensar en él jamás.

“Si, entonces, tus ojos continúan leyendo estas líneas, sabré que ya me habrán descubierto y sacado de mi hogar, o, como es más probable, porque

bien sabes que mi corazón es débil, por yacer con mi lengua sellada para siempre en la muerte. En cualquier caso, ha pasado el tiempo de la represión, y cada palabra que te digo es la pura verdad, y lo juro con la esperanza de obtener clemencia.

“Mi nombre, querido muchacho, no es Trevor. Yo fui James Armitage en mi juventud, y ahora entenderás el sobresalto que me dio, hace unas semanas, que tu amigo de la universidad se dirigiera a mí con palabras que parecían insinuar que había descubierto mi secreto. Como Armitage fue con quien entré en una casa bancaria en Londres, y como Armitage fui condenado por infringir las leyes de mi país y sentenciado a la transportación. No me juzgues severamente, chiquillo. Fue una deuda de honor, por así llamarla, que tuve que pagar, y usé dinero que no me pertenecía, con la certeza de poder reponerlo antes de que hubiera posibilidad de que se notase la falta. Pero la peor de las desgracias me siguió. El dinero que había calculado jamás llegó, y un prematuro examen de cuentas descubrió mi déficit. El asunto pudo haberse tratado con indulgencia, pero las leyes se aplicaban con mayor severidad hace treinta años que en la actualidad, y en mi vigésimo tercer cumpleaños me vi encadenado como delincuente junto a otros treinta y siete convictos en los entrecubiertas del bergantín Gloria Scott, con destino a Australia.

“Era el año ‘55, cuando la Guerra de Crimea estaba en su apogeo, y los viejos barcos de convictos se usaban ampliamente como transportes en el Mar Negro. El gobierno se vio, por tanto, obligado a utilizar naves más pequeñas y menos adecuadas para enviar a sus prisioneros. La Gloria Scott había estado en el comercio del té chino, pero era una nave anticuada, de proa pesada y de gran eslora, y los nuevos clipper la habían dejado obsoleta. Era un barco de quinientos toneladas; y, además de sus treinta y ocho reclusos, llevaba veintiséis tripulantes, dieciocho soldados, un capitán, tres oficiales, un doctor, un capellán y cuatro vigilantes. Éramos, en total, casi cien almas cuando zarpamos de Falmouth.

“Los tabiques entre las celdas de los convictos, en lugar de ser de grueso roble, como es habitual en los barcos de convictos, eran bastante delgados y frágiles. El hombre que estaba junto a mí, en la parte de popa, fue uno que me llamó especialmente la atención cuando nos llevaron al muelle. Era un joven de rostro claro y sin vello, de nariz larga y delgada, y con unas mandíbulas que parecían de cascanueces. Llevaba la cabeza muy erguida, anda-

ba con un porte altivo, y, sobre todo, era notable por su extraordinaria estatura. No creo que ninguno de nosotros alcanzara su hombro, y estoy seguro de que medía, al menos, seis pies y medio. Era extraño, entre tantos rostros tristes y fatigados, ver uno lleno de energía y determinación. Me alegré entonces de descubrir que era mi vecino, y me alegré aún más cuando, en plena noche, oí un susurro cerca de mi oído y vi que había logrado cortar una abertura en la tabla que nos separaba.

—“¡Hola, amigo!” dijo él. “¿Cómo te llamas y para qué estás aquí?”

Yo le respondí, y a mi vez le pregunté con quién hablaba.

—“Soy Jack Prendergast”, dijo, “¡y por Dios! Aprenderás a bendecir mi nombre antes de que termines conmigo.”

Recordé haber oído hablar de su caso, pues había causado una inmensa sensación en todo el país algo antes de mi propia detención. Era un hombre de buena familia y gran capacidad, pero de vicios incurables, que mediante un ingenioso sistema de fraude había obtenido enormes sumas de dinero de los principales comerciantes de Londres.

—“¡Ja, ja! ¿Recuerdas mi caso?” dijo él con orgullo.

—“Muy bien, en efecto.”

—“¿Entonces acaso recuerdas algo extraño al respecto?”

—“¿Qué fue eso, entonces?”

—“¿Acaso no tuve casi un cuarto de millón?”

—“Así se decía.”

—“¿Pero nada se recuperó, verdad?”

—“No.”

—“Pues, ¿dónde crees que está el remanente?” preguntó.

—“No tengo idea”, contesté.

—“¡Justo entre mi dedo y mi pulgar! ¡Por Dios! Tengo más libras a mi nombre que pelos en tu cabeza. Y si tienes dinero, hijo, y sabes manejarlo y gastarlo, puedes lograr cualquier cosa. Ahora, no te imaginas que un hombre capaz de cualquier cosa se va a desgastar sentado en la asquerosa bodega de un viejo cascarón de costa china, repleto de ratas y escarabajos. No,

señor, ese hombre se cuidará a sí mismo y cuidará a sus amigos. ¡Puedes apostar!”

—Esa era su forma de hablar, y al principio pensé que no significaba nada; pero después de un rato, cuando me examinó y me hizo jurar solemnemente de todas las maneras, me dejó entender que en verdad había un complot para apoderarse de la nave. Una docena de los prisioneros lo habían tramado antes de abordar; Prendergast era el líder, y su dinero era la fuerza motriz.

—“Yo tenía un socio —dijo él—, un hombre de verdad, tan fiel como una barraca a un tonel. ¡Tiene sus dotes, sí, y adivina dónde está en este momento? ¡Pues es el capellán de este barco, nada menos! Subió a bordo con un abrigo negro, con sus papeles en regla, y con dinero suficiente en su arca para comprarlo desde la quilla hasta el mástil mayor. La tripulación es suya, cuerpo y alma. Podría comprarlos a un precio increíble con un descuento en efectivo, y lo hizo incluso antes de que ellos se incorporaran. Tiene a dos de los vigilantes y a Mereer, el segundo oficial, y se llevaría al propio capitán, si lo considerase valioso.”

—“¿Y qué haremos, entonces?” pregunté.

—“¿Qué crees tú?” dijo él. “Le haremos teñir los abrigos de algunos de esos soldados de un rojo más vivo que nunca el sastre.”

—“Pero están armados”, dije.

—“Y nosotros también lo estaremos, chico. Tenemos un par de pistolas para cada uno de nosotros, y si no podemos apoderarnos de este barco, con la tripulación de nuestra parte, es hora de que todos seamos enviados a un internado de señoritas jóvenes. Habla esta noche con tu vecino de la izquierda y averigua si se le puede confiar.”

Lo hice, y descubrí que mi otro vecino era un joven en circunstancias similares a las mías, cuyo delito había sido la falsificación. Se llamaba Evans, pero luego cambió de nombre, al igual que yo, y hoy es un hombre rico y próspero en el sur de Inglaterra. Se mostró dispuesto a unirse a la conspiración, siendo el único medio para salvarnos, y antes de cruzar la Bahía solo quedaban dos prisioneros ajenos al secreto. Uno de ellos era de mente débil, y no nos atrevimos a confiar en él; el otro sufría de ictericia y no podía ser de utilidad.

Desde el principio, realmente no había nada que impidiese que tomáramos posesión del barco. La tripulación era un grupo de rufianes, seleccionados especialmente para el trabajo. El falso capellán entraba a nuestras celdas para exhortarnos, llevando una bolsa negra, que se suponía estaba llena de panfletos, y venía tan a menudo que al tercer día cada uno tuvimos, escondidos al pie de nuestras camas, una lima, un par de pistolas, una libra de pólvora y veinte perdigones. Dos de los vigilantes eran agentes de Prendergast, y el segundo oficial era su mano derecha. El capitán, los dos oficiales, dos vigilantes, el teniente Martin, sus dieciocho soldados y el doctor eran todo lo que teníamos en contra. Sin embargo, seguros como estábamos, decidimos no escatimar en precauciones, y planear nuestro ataque repentino por la noche. Llegó, no obstante, más rápido de lo que esperábamos, y de esta manera:

Una tarde, aproximadamente la tercera semana después de zarpar, el doctor bajó a ver a uno de los prisioneros que estaba enfermo, y al poner su mano en el fondo de su litera, palpó la silueta de unas pistolas. Si hubiera guardado silencio, quizás habría arruinado todo, pero era un chico nervioso, así que dio un grito de sorpresa y palideció tanto que el hombre supo enseguida lo que pasaba y lo sujetó. Lo amordazaron antes de que pudiera dar la alarma y lo ataron a la cama. Había desbloqueado la puerta que conducía a la cubierta, y entramos a toda prisa. Los dos centinelas fueron abatidos, y también un cabo que salió corriendo a ver qué ocurría. Había otros dos soldados en la puerta del salón de estado, y sus mosquetes parecían no estar cargados, pues nunca dispararon contra nosotros; fueron abatidos mientras trataban de fijar sus bayonetas. Luego nos precipitábamos a la cabina del capitán, pero al empujar la puerta se produjo una explosión interna, y allí yacía él con su cerebro salpicado sobre la carta del Atlántico que estaba clavada en la mesa, mientras el capellán se situaba, con una pistola humeante en la mano al codo. Los dos oficiales habían sido apresados por la tripulación, y parecía que todo el asunto estaba resuelto.

El salón de estado fue el siguiente a la cabina, y nos amontonamos allí y caímos sobre los sofás, hablando todos juntos, ya que estábamos completamente embriagados de la sensación de haber recuperado la libertad. Había casilleros por doquier, y Wilson, el falso capellán, derribó uno de ellos y sacó una docena de jerez oscuro. Destapamos las botellas, vertimos el licor en vasos, y estábamos justo echándonoselos, cuando, de repente y sin aviso, se

oyó el estruendo de mosquetes en nuestros oídos, y el salón se llenó de humo hasta que no se podía ver la otra orilla de la mesa. Cuando se despejó, el lugar estaba hecho un caos. Wilson y otros ocho se retorcían unos sobre otros en el suelo, y la sangre y el jerez oscuro sobre aquella mesa me enferman ahora al recordarlo. Estábamos tan espantados con la escena que creo que habríamos abandonado la empresa si no hubiera sido por Prendergast. Él bramó como un toro y se lanzó hacia la puerta con todos los que aún quedaban con vida a sus espaldas. Corrimos afuera, y allí, en la popa, estaban el teniente y diez de sus hombres. Las claraboyas oscilantes sobre la mesa del salón se habían dejado entreabiertas, y habían disparado contra nosotros por una rendija. Les alcanzamos antes de que pudieran recargar, y se defendieron como hombres; pero teníamos la ventaja, y en cinco minutos todo había terminado. ¡Dios mío! ¡Jamás se vio un matadero como el de aquel barco! Prendergast era como un demonio furioso, y recogía a los soldados como si fueran niños, lanzándolos por la borda, vivos o muertos. Hubo un sargento que fue terriblemente herido y, sin embargo, siguió nadando durante un tiempo sorprendente, hasta que alguien, por compasión, le hizo explotar el cerebro. Cuando la lucha acabó, no quedó de nuestros enemigos nadie, salvo únicamente los vigilantes, los oficiales y el doctor.

—“Sobre ellos surgió la gran disputa. Hubo muchos de nosotros que, aunque felices de haber recuperado la libertad, no queríamos tener la sangre de la muerte en nuestras almas. Era una cosa derribar a los soldados con sus mosquetes en mano, y otra diferente ver cómo mataban a la gente a sangre fría. Ocho de nosotros, cinco convictos y tres marineros, dijimos que no lo permitiríamos. Pero Prendergast y sus secuaces no se dejaban mover. Nuestra única esperanza de salvación residía en hacer el asunto de manera limpia —dijo—, y no dejar a nadie con lengua capaz de acusarnos en un juicio. Casi acabamos compartiendo el mismo destino que los prisioneros, pero finalmente dijo que, si lo deseábamos, podríamos coger un bote e irnos. Salтамos ante la oferta, pues ya estábamos hartos de aquellas sedientas matanzas, y vimos que habría más antes de que terminara. Nos dieron un traje de marinero a cada uno, un barril de agua, dos toneles, uno de madera ajada y otro de galletas, y una brújula. Prendergast nos arrojó sobre una carta náutica, nos dijo que éramos marineros naufragados cuyo barco había naufragado en Lat. 15 grados y Long. 25 grados oeste, y luego cortó la vela y nos dejó ir.”

—“Y ahora, llego a la parte más sorprendente de mi relato, querido hijo. Los marineros habían llevado el bauprés hacia atrás durante la marea, pero al separarnos de ellos lo volvieron a colocar recto, y como soplabla una brisa leve del norte y del este, el bergantín empezó a alejarse lentamente de nosotros. Nuestro bote se mecían sobre las largas y lisas olas, y Evans y yo, siendo los más educados del grupo, estábamos sentados en las lonas, calculando nuestra posición y planeando a qué costa dirigirnos. Era una cuestión interesante, ya que las islas de Cabo Verde estaban a unos quinientos millas al norte y la costa africana a unos setecientos al este. En conjunto, como el viento venía del norte, pensamos que Sierra Leona podría ser lo mejor, y giramos en esa dirección, siendo el bergantín en ese momento casi de proa a estribor. De repente, al mirarlo, vimos que una densa nube negra de humo se elevaba de él, colgando como un árbol monstruoso en el horizonte. Unos segundos después, un estruendo como el trueno estalló en nuestros oídos, y cuando el humo se disipó, no quedó rastro alguno de la Gloria Scott. En un instante, giramos la proa del bote de nuevo y tiramos con todas nuestras fuerzas hacia el lugar donde la bruma aún marcaba, sobre el agua, la escena de aquella catástrofe.

—“Nos llevó una larga hora llegar hasta allí, y al principio temimos haber llegado demasiado tarde para salvar a alguien. Un bote hecho jirones y varias cajas y fragmentos de botavara subiendo y bajando en las olas nos mostraron dónde había naufragado la nave; pero no había señales de vida, y estábamos a punto de desistir en la desesperación cuando oímos un grito de auxilio y vimos, a cierta distancia, un trozo de escombros con un hombre tendido sobre él. Al sacarlo al bote, resultó ser un joven marinero llamado Hudson, tan quemado y exhausto que no pudo explicarnos lo sucedido hasta la mañana siguiente.

—“Parecía que, después de habernos marchado, Prendergast y su banda habían procedido a ejecutar a los cinco prisioneros restantes. Los dos vigilantes fueron fusilados y arrojados por la borda, y lo mismo ocurrió con el tercer oficial. Prendergast descendió a los entrecubiertas y, con sus propias manos, degolló al infortunado cirujano. Solo quedó el primer oficial, un hombre audaz y activo. Cuando vio al convicto acercarse con el cuchillo ensangrentado en la mano, se zafó de sus ataduras, de las cuales, de alguna manera, había logrado aflojarlas, y, corriendo por la cubierta, se zambulló en la bodega de popa. Una docena de convictos, que bajaron con sus pisto-

las en busca de él, lo encontraron con una cajita de fósforos en la mano, sentado junto a un barril de pólvora —uno de los cien que había a bordo—, y jurando que volaría a todos si le molestaban de alguna forma. Un instante después, ocurrió la explosión, aunque Hudson creyó que fue causada por la bala desviada de uno de los convictos, y no por el fósforo del primer oficial. Sea cual fuere la causa, supuso el fin de la Gloria Scott y de la chusma que la había tomado por mando.

—“Así, en pocas palabras, querido hijo, es la historia de ese terrible negocio en el que me vi envuelto. Al día siguiente fuimos recogidos por la goleta Hotspur, con rumbo a Australia, cuyo capitán no tuvo dificultad en creer que éramos los sobrevivientes de un barco de pasajeros naufragado. El transportista Gloria Scott fue declarado por la Armada como perdido en el mar, y nunca se supo nada de su verdadero destino. Tras un viaje excelente, la Hotspur nos desembarcó en Sídney, donde Evans y yo cambiamos de nombre y nos dirigimos a las minas, donde, entre las multitudes que se congregaban de todas las naciones, no tuvimos dificultad en perder nuestras antiguas identidades. El resto no hace falta que lo relate. Prosperamos, viajamos, regresamos a Inglaterra como ricos coloniales y compramos fincas. Durante más de veinte años llevamos vidas pacíficas y útiles, y pensamos que nuestro pasado había quedado enterrado para siempre. Imagina, entonces, mis sentimientos cuando en el marinero que vino a vernos reconocí de inmediato al hombre que había sido recogido del naufragio. De alguna manera me había rastreado, y se había propuesto vivir a expensas de nuestros temores. Ahora comprenderás cómo fue que luché por mantener la paz con él, y en cierta medida simpatizarás conmigo ante los temores que me invaden, ahora que ha pasado de mí a su otra víctima, portando amenazas en la lengua.”

Debajo, con una letra tan temblorosa que apenas se distinguía, estaba escrito: “Beddoes escribe en clave para decir que H. lo ha dicho todo. ¡Dulce Señor, ten piedad de nuestras almas!”

Ese fue el relato que le leí aquella noche al joven Trevor, y creo, Watson, que dadas las circunstancias fue muy dramático. El buen hombre quedó destrozado, y se marchó a la plantación de té en Terai, donde oigo que le va bien. En cuanto al marinero y a Beddoes, ninguno se supo volver a ver después del día en que se escribió la carta de advertencia. Ambos desaparecieron por completo. No se interpuso ninguna denuncia ante la policía, de

modo que Beddoes confundió una amenaza con una acción. Se vio a Hudson merodeando, y la policía creyó que había eliminado a Beddoes y huido. Por mi parte, creo que la verdad fue exactamente la opuesta. Me parece muy probable que Beddoes, llevado al extremo de la desesperación y creyéndose ya traicionado, se vengara de Hudson y huyera del país con todo el dinero que pudiera conseguir.

Esos son los hechos del caso, doctor, y si le son de alguna utilidad para su colección, estoy seguro de que le servirán de todo corazón.”

EL RITUAL DE LOS MUSGRAVE

Una anomalía que a menudo me sorprendía en el carácter de mi amigo Sherlock Holmes era que, aunque en sus métodos de pensamiento era el más ordenado y metódico de los hombres, y aunque también afectaba una cierta pulcritud tranquila en su vestir, no dejaba de ser en sus hábitos personales uno de los hombres más desordenados que jamás hayan llevado a un compañero de piso a la desesperación. No es que yo sea en lo más mínimo convencional en ese aspecto. El trabajo rudo y tumultuoso en Afganistán, sumado a un bohemio natural de disposición, me ha hecho un poco más laxo de lo que corresponde a un médico. Pero para mí hay un límite, y cuando encuentro a un hombre que guarda sus cigarros en el cubo de carbón, su tabaco en la punta de una zapatilla persa, y su correspondencia sin contestar atravesada por un cuchillo en el centro mismo de su repisa de madera, entonces empiezo a darme aires virtuosos. Siempre he sostenido, además, que la práctica de tiro debe ser claramente una actividad al aire libre; y cuando Holmes, en uno de sus extraños humores, se sentaba en un sillón con su gatillo sensible y un centenar de cartuchos Boxer, y procedía a adornar la pared opuesta con un V. R. patriótico hecho en marcas de bala, sentía firmemente que ni la atmósfera ni la apariencia de nuestra habitación mejoraban con ello.

Nuestros cuartos siempre estaban llenos de productos químicos y de reliquias criminales que tenían la costumbre de aparecer en lugares improbables, y de surgir en la mantquera o en lugares aún menos deseables. Pero sus papeles eran mi gran cruz. Tenía un horror a destruir documentos, especialmente aquellos que estaban relacionados con sus casos pasados, y sin

embargo, solo una vez cada año o dos reunía la energía para archivarlos y organizarlos; porque, como he mencionado en alguna parte de estos incoherentes memorias, los estallidos de energía apasionada cuando realizaba las hazañas notables con las que su nombre está asociado eran seguidos por reacciones de letargo durante las cuales se quedaba con su violín y sus libros, apenas moviéndose de la sofá a la mesa. Así, mes tras mes, sus papeles se acumulaban, hasta que cada rincón de la habitación estaba lleno de paquetes de manuscritos que no debían ser quemados bajo ningún concepto, y que no podían ser guardados salvo por su propietario. Una noche de invierno, mientras estábamos sentados juntos junto al fuego, me atreví a sugerirle que, ya que había terminado de pegar extractos en su libro de notas, podría emplear las próximas dos horas en hacer nuestra habitación un poco más habitable. No podía negar la justicia de mi solicitud, así que con una cara bastante afligida se fue a su dormitorio, del cual regresó al cabo de un momento arrastrando una gran caja de lata detrás de él. La colocó en el centro de la habitación y, sentándose en un taburete frente a ella, levantó la tapa. Pude ver que ya estaba llena en un tercio de paquetes de papel atados con cinta roja en paquetes separados.

—Aquí hay casos suficientes, Watson —dijo, mirándome con ojos traviesos—. Creo que si supieras todo lo que tengo en esta caja, me pedirías que sacara algunos en lugar de poner otros.

—¿Estos son los registros de tu trabajo temprano, entonces? —pregunté—. A menudo he deseado tener notas de esos casos.

—Sí, muchacho, todos estos se hicieron prematuramente antes de que mi biógrafo viniera a glorificarme. —Levantó paquete tras paquete de una manera tierna y cariñosa—. No todos son éxitos, Watson —dijo—. Pero hay algunos bonitos pequeños problemas entre ellos. Aquí está el registro de los asesinatos de Tarleton, y el caso de Vamberry, el comerciante de vinos, y la aventura de la anciana rusa, y el singular asunto de la muleta de aluminio, así como un relato completo de Ricoletti el del pie torcido, y su abominable esposa. Y aquí... ah, ahora, esto sí que es algo un poco más exquisito.

Metió su brazo hasta el fondo del baúl, y sacó una pequeña caja de madera con una tapa deslizante, como las que se usan para guardar juguetes de niños. De su interior sacó un pedazo de papel arrugado, una llave de bronce

antigua, una clavija de madera con una bola de cuerda atada a ella, y tres viejos discos de metal oxidados.

—Bueno, muchacho, ¿qué opinas de este lote? —preguntó, sonriendo ante mi expresión.

—Es una colección curiosa.

—Muy curiosa, y la historia que la rodea te parecerá aún más curiosa.

—¿Estas reliquias tienen una historia entonces?

—Tanto que son historia.

—¿Qué quieres decir con eso?

Sherlock Holmes los recogió uno por uno, y los colocó a lo largo del borde de la mesa. Luego se volvió a sentar en su silla y los miró con un destello de satisfacción en sus ojos.

—Estos —dijo— son todo lo que me queda para recordarme de la aventura del Ritual Musgrave.

Le había oído mencionar el caso más de una vez, aunque nunca había podido reunir los detalles. —Me encantaría —dije— que me dieras un relato de ello.

—¿Y dejar el desorden como está? —exclamó, traviesamente—. Tu orden no soportará mucha tensión después de todo, Watson. Pero me alegraría que agregues este caso a tus anales, porque hay puntos en él que lo hacen bastante único en los registros criminales de este o, creo, de cualquier otro país. Una colección de mis logros triviales ciertamente estaría incompleta sin un relato de este asunto tan singular.

—Quizás recuerdes cómo el asunto de Gloria Scott y mi conversación con el hombre infeliz cuyo destino te conté, primero dirigieron mi atención hacia la profesión que se ha convertido en el trabajo de mi vida. Me ves ahora cuando mi nombre se ha conocido de un lado a otro, y cuando soy generalmente reconocido tanto por el público como por la fuerza oficial como una corte final de apelación en casos dudosos. Incluso cuando me conociste por primera vez, en la época del asunto que has conmemorado en 'Estudio en Escarlata', ya había establecido una conexión considerable, aunque no muy lucrativa. Difícilmente puedes darte cuenta de lo difícil que me resultó

al principio, y de cuánto tiempo tuve que esperar antes de lograr algún progreso.

—Cuando vine por primera vez a Londres tenía habitaciones en la calle Montague, justo a la vuelta de la esquina del Museo Británico, y allí esperé, llenando mi tiempo libre excesivo estudiando todas las ramas de la ciencia que pudieran hacerme más eficiente. De vez en cuando llegaban casos a mi camino, principalmente por la presentación de antiguos compañeros de estudios, ya que durante mis últimos años en la Universidad hubo mucho de qué hablar allí sobre mí y mis métodos. El tercero de estos casos fue el del Ritual Musgrave, y es al interés que despertó esa singular cadena de eventos, y a las grandes cuestiones que resultaron estar en juego, que atribuyo mi primer paso hacia la posición que ahora ocupo.

—Reginald Musgrave había estado en el mismo colegio que yo, y tenía un ligero conocimiento de él. No era generalmente popular entre los estudiantes, aunque siempre me pareció que lo que se consideraba orgullo era realmente un intento de cubrir una extrema timidez natural. En apariencia era un hombre de tipo extremadamente aristocrático, delgado, de nariz alta y ojos grandes, con modales lánguidos y a la vez corteses. Era, de hecho, un vástago de una de las familias más antiguas del reino, aunque su rama era una secundaria que se había separado de los Musgrave del norte en algún momento del siglo XVI, y se había establecido en el oeste de Sussex, donde la Casa Solariega de Hurlstone es quizás el edificio habitado más antiguo del condado. Algo de su lugar de nacimiento parecía adherirse al hombre, y nunca miraba su rostro pálido y agudo o la pose de su cabeza sin asociarlo con arcos grises y ventanas enrejadas y todos los restos venerables de una fortaleza feudal. Una o dos veces entablamos conversación, y puedo recordar que más de una vez expresó un vivo interés en mis métodos de observación e inferencia.

—Durante cuatro años no supe nada de él hasta que una mañana entró en mi habitación en la calle Montague. Había cambiado poco, estaba vestido como un joven de moda—siempre fue un poco dandi—y conservaba los mismos modales tranquilos y suaves que lo distinguían antes.

—¿Cómo te ha ido, Musgrave? —pregunté, después de que nos dimos un cordial apretón de manos.

—Probablemente oíste sobre la muerte de mi pobre padre —dijo él—; fue llevado hace unos dos años. Desde entonces, por supuesto, he tenido que administrar las propiedades de Hurlstone, y como soy miembro de mi distrito también, mi vida ha sido ocupada. Pero entiendo, Holmes, que estás poniendo en práctica esos poderes con los que solías asombrarnos.

—Sí —dije—, he empezado a vivir de mi ingenio.

—Me alegra oírlo, porque tu consejo en este momento sería sumamente valioso para mí. Hemos tenido algunos eventos

muy extraños en Hurlstone, y la policía no ha podido arrojar luz sobre el asunto. Es realmente el negocio más extraordinario e inexplicable.

—Puedes imaginar con qué ansias lo escuché, Watson, porque la oportunidad por la que había estado ansiando durante todos esos meses de inacción parecía haber llegado a mi alcance. En el fondo de mi corazón creía que podía tener éxito donde otros habían fallado, y ahora tenía la oportunidad de probarme a mí mismo.

—Por favor, déjame tener los detalles —exclamé.

—Reginald Musgrave se sentó frente a mí y encendió el cigarrillo que le había ofrecido.

—Debes saber —dijo— que aunque soy soltero, tengo que mantener un considerable personal de servicio en Hurlstone, porque es un lugar antiguo y desordenado, y requiere mucho cuidado. También mantengo la caza, y en los meses de faisanes suelo tener una fiesta en casa, por lo que no sería conveniente tener poco personal. En total hay ocho sirvientes, el cocinero, el mayordomo, dos lacayos y un muchacho. El jardín y los establos, por supuesto, tienen un personal separado.

—De estos sirvientes, el que llevaba más tiempo en nuestro servicio era Brunton, el mayordomo. Era un joven maestro de escuela sin empleo cuando fue contratado por mi padre, pero era un hombre de gran energía y carácter, y pronto se volvió invaluable en la casa. Era un hombre bien formado, guapo, con una frente espléndida, y aunque ha estado con nosotros durante veinte años, no puede tener más de cuarenta ahora. Con sus ventajas personales y sus extraordinarios talentos—pues puede hablar varios idiomas y tocar casi todos los instrumentos musicales—es sorprendente que haya estado satisfecho tanto tiempo en una posición así, pero supongo que estaba có-

modo y carecía de energía para hacer algún cambio. El mayordomo de Hurlstone siempre es recordado por todos los que nos visitan.

—Pero este parangón tiene un defecto. Es un poco Don Juan, y puedes imaginar que para un hombre como él no es un papel muy difícil de desempeñar en un tranquilo distrito rural. Cuando estaba casado todo estaba bien, pero desde que es viudo no hemos tenido más que problemas con él. Hace unos meses esperábamos que se asentara de nuevo porque se comprometió con Rachel Howells, nuestra segunda doncella; pero desde entonces la ha dejado y ha tomado a Janet Tregellis, la hija del jefe guardabosques. Rachel —que es una muy buena chica, pero de temperamento galés excitable— tuvo un agudo ataque de fiebre cerebral, y ahora va por la casa—o lo hacía hasta ayer—como una sombra de su antiguo yo con ojos negros. Ese fue nuestro primer drama en Hurlstone; pero un segundo vino a sacarlo de nuestras mentes, y fue precedido por la deshonra y el despido del mayordomo Brunton.

—Así fue como ocurrió. He dicho que el hombre era inteligente, y esta misma inteligencia ha causado su ruina, porque parece haber llevado a una insaciable curiosidad por cosas que no le concernían en lo más mínimo. No tenía idea de hasta dónde esto lo llevaría, hasta que el más mínimo accidente me abrió los ojos.

—He dicho que la casa es desordenada. Un día de la semana pasada—para ser más exacto, la noche del jueves—descubrí que no podía dormir, habiendo tomado tontamente una taza de café fuerte después de la cena. Después de luchar contra ello hasta las dos de la mañana, sentí que era completamente inútil, así que me levanté y encendí la vela con la intención de continuar una novela que estaba leyendo. Sin embargo, el libro había sido dejado en la sala de billar, así que me puse la bata y me dirigí a buscarlo.

—Para llegar a la sala de billar tenía que bajar un tramo de escaleras y luego cruzar la cabecera de un pasillo que conducía a la biblioteca y la sala de armas. Puedes imaginar mi sorpresa cuando, al mirar por este corredor, vi un resplandor de luz proveniente de la puerta abierta de la biblioteca. Yo mismo había apagado la lámpara y cerrado la puerta antes de ir a la cama. Naturalmente, mi primer pensamiento fue de ladrones. Los corredores de Hurlstone están decorados en gran parte con trofeos de armas antiguas. De

uno de ellos tomó un hacha de guerra, y luego, dejando mi vela detrás de mí, me acerqué de puntillas por el pasillo y miré por la puerta abierta.

—Brunton, el mayordomo, estaba en la biblioteca. Estaba sentado, completamente vestido, en un sillón, con una hoja de papel que parecía un mapa sobre su rodilla, y su frente hundida sobre su mano en profunda reflexión. Me quedé mudo de asombro, observándolo desde la oscuridad. Una pequeña vela en el borde de la mesa emitía una luz débil que era suficiente para mostrarme que estaba completamente vestido. De repente, mientras miraba, se levantó de su silla, y caminando hacia un escritorio al lado, lo abrió y sacó uno de los cajones. De allí sacó un papel, y volviendo a su asiento lo extendió junto a la vela en el borde de la mesa, y comenzó a estudiarlo con atención minuciosa. Mi indignación ante este tranquilo examen de nuestros documentos familiares me superó tanto que di un paso adelante, y Brunton, alzando la vista, me vio de pie en la puerta. Saltó a sus pies, su rostro se volvió lívido de miedo, y metió en su pecho el papel parecido a un mapa que había estado estudiando originalmente.

—¡Así! —dije yo—. Así es como pagas la confianza que hemos depositado en ti. Dejarás mi servicio mañana.

—Él se inclinó con la mirada de un hombre completamente derrotado, y pasó junto a mí sin decir una palabra. La vela aún estaba sobre la mesa, y a su luz miré para ver qué papel era el que Brunton había sacado del escritorio. Para mi sorpresa, no era nada de importancia, sino simplemente una copia de las preguntas y respuestas en la singular antigua ceremonia llamada el Ritual Musgrave. Es una especie de ceremonia peculiar de nuestra familia, que cada Musgrave ha pasado durante siglos al llegar a la mayoría de edad, una cosa de interés privado, y quizás de algún pequeño interés para el arqueólogo, como nuestros propios blasones y cargos, pero sin utilidad práctica alguna.

—Será mejor que volvamos al papel después —dije.

—Si crees que es realmente necesario —respondió él, con cierta vacilación—. Sin embargo, para continuar mi declaración: volví a cerrar el escritorio, usando la llave que Brunton había dejado, y estaba a punto de irme cuando me sorprendió encontrar que el mayordomo había regresado, y estaba de pie frente a mí.

—Señor Musgrave, señor —exclamó, con una voz ronca por la emoción—, no puedo soportar la desgracia, señor. Siempre he sido orgulloso por encima de mi posición en la vida, y la desgracia me mataría. Mi sangre estará en su cabeza, señor, de verdad estará, si me lleva a la desesperación. Si no puede mantenerme después de lo que ha pasado, entonces, por Dios, déjeme darle aviso y marcharme en un mes, como si fuera por mi propia voluntad. Podría soportar eso, señor Musgrave, pero no ser echado ante toda la gente que conozco tan bien.

—No mereces mucha consideración, Brunton —le respondí—. Tu conducta ha sido infame. Sin embargo, como has estado mucho tiempo en la familia, no deseo traerte desgracia pública. Sin embargo, un mes es demasiado tiempo. Márchate en una semana, y da la razón que quieras para irte.

—¿Solo una semana, señor? —exclamó, con voz desesperada—. Una quincena, al menos una quincena.

—Una semana —repetí—, y considérate muy bien tratado.

—Se alejó arrastrando los pies, con la cara hundida en el pecho, como un hombre quebrado, mientras apagaba la luz y volvía a mi habitación.

—Durante dos días después de esto, Brunton fue muy diligente en la atención a sus deberes. No hice alusión a lo que había pasado, y esperé con cierta curiosidad para ver cómo cubriría su desgracia. Sin embargo, en la tercera mañana no apareció, como era su costumbre, después del desayuno para recibir mis instrucciones para el día. Al salir del comedor me encontré con Rachel Howells, la doncella. Te he dicho que ella había recuperado recientemente de una enfermedad, y se veía tan terriblemente pálida y demacrada que la reprendí por estar trabajando.

—Deberías estar en la cama —le dije—. Vuelve a tus deberes cuando estés más fuerte.

—Ella me miró con una expresión tan extraña que comencé a sospechar que su cerebro estaba afectado.

—Soy lo suficientemente fuerte, señor Musgrave —dijo ella.

—Veremos lo que dice el médico —le respondí—. Debes dejar de trabajar ahora, y cuando bajes solo di que quiero ver a Brunton.

—El mayordomo se ha ido —dijo ella.

—¿Se ha ido? ¿Adónde?

—Se ha ido. Nadie lo ha visto. No está en su habitación. ¡Oh, sí, se ha ido, se ha ido! —Se apoyó contra la pared con gritos de risa tras risa, mientras yo, horrorizado por este repentino ataque histérico, corrí hacia la campana para pedir ayuda. La llevaron a su habitación, aún gritando y sollozando, mientras yo hacía averiguaciones sobre Brunton. No cabía duda de que había desaparecido. Su cama no había sido usada, no lo había visto nadie desde que se retiró a su habitación la noche anterior, y sin embargo era difícil ver cómo pudo haber salido de la casa, ya que tanto las ventanas como las puertas estaban cerradas por la mañana. Su ropa, su reloj, e incluso su dinero estaban en su habitación, pero el traje negro que solía usar faltaba. Sus zapatillas también habían desaparecido, pero sus botas quedaron atrás. Entonces, ¿adónde pudo haber ido el mayordomo Brunton en la noche, y qué pudo haber sido de él?

—Por supuesto, buscamos en la casa de arriba a abajo, pero no había rastro de él. Es, como he dicho, un laberinto de una casa vieja, especialmente el ala original, que ahora está prácticamente deshabitada; pero revisamos cada habitación y sótano sin descubrir el menor signo del hombre desaparecido. Me parecía increíble que se hubiera ido dejando todas sus pertenencias atrás, y sin embargo, ¿dónde podía estar? Llamé a la policía local, pero sin éxito. Había llovido la noche anterior y examinamos el césped y los senderos alrededor de la casa, pero en vano. Las cosas estaban en este estado cuando un nuevo desarrollo nos hizo desviar nuestra atención del misterio original.

—Durante dos días, Rachel Howells había estado tan enferma, a veces delirante, a veces histérica, que se había contratado a una enfermera para que la cuidara por la noche. En la tercera noche después de la desaparición de Brunton, la enfermera, al encontrar a su paciente durmiendo bien, se quedó dormida en el sillón, y despertó por la mañana temprano para encontrar la cama vacía, la ventana abierta, y sin rastro de la enferma. Me despertaron de inmediato, y con los dos lacayos, partí de inmediato en busca de la chica desaparecida. No fue difícil saber en qué dirección había tomado, ya que, partiendo desde debajo de su ventana, pudimos seguir fácilmente sus huellas a través del césped hasta el borde del lago, donde desaparecían cerca del sendero de grava que sale de los terrenos. El lago allí tiene una pro-

fundidad de ocho pies, y puedes imaginar nuestros sentimientos cuando vimos que el rastro de la pobre chica demente terminaba en su borde.

—Por supuesto, trajimos los dragones de inmediato, y nos pusimos a trabajar para recuperar los restos, pero no pudimos encontrar ningún rastro del cuerpo. Por otro lado, sacamos a la superficie un objeto de lo más inesperado. Era una bolsa de lino que contenía dentro de ella una masa de metal viejo oxidado y descolorido y varios pedazos de piedra o vidrio de color opaco. Este extraño hallazgo fue todo lo que pudimos obtener del lago, y, aunque ayer hicimos todas las búsquedas e investigaciones posibles, no sabemos nada del destino de Rachel Howells ni de Richard Brunton. La policía del condado está completamente perpleja, y he venido a verte como último recurso.

—Puedes imaginar, Watson, con qué ansiedad escuché esta extraordinaria secuencia de eventos, y traté de unirlos y encontrar algún hilo común en el que pudieran colgar todas. El mayordomo había desaparecido. La doncella había desaparecido. La doncella había amado al mayordomo, pero después había tenido motivos para odiarlo. Ella era de sangre galesa, fogosa y apasionada. Se había excitado terriblemente inmediatamente después de su desaparición. Había arrojado al lago una bolsa que contenía algunos contenidos curiosos. Todos estos eran factores que debían tenerse en cuenta, y sin embargo, ninguno de ellos llegaba al corazón del asunto. ¿Cuál era el punto de partida de esta cadena de eventos? Allí yacía el final de esta línea enmarañada.

—Debo ver ese papel, Musgrave —dije—, que este mayordomo tuyo consideró que valía la pena consultar, incluso a riesgo de perder su lugar.

—Es un asunto bastante absurdo, este ritual nuestro —respondió él—. Pero al menos tiene la gracia salvadora de la antigüedad para excusarlo. Tengo una copia de las preguntas y respuestas aquí si quieres echarles un vistazo.

Me entregó el mismo papel que tengo aquí, Watson, y este es el extraño catecismo al que cada Musgrave tenía que someterse cuando llegaba a la mayoría de edad. Te leeré las preguntas y respuestas tal como están.

—¿De quién era?

—De quien se ha ido.

—¿Quién lo tendrá?

—El que vendrá.

—¿Dónde estaba el sol?

—Sobre el roble.

—¿Dónde estaba la sombra?

—Bajo el olmo.

—¿Cómo fue medido?

—Norte por diez y por diez, este por cinco y por cinco, sur por dos y por dos, oeste por uno y por uno, y así debajo.

—¿Qué daremos por ello?

—Todo lo que es nuestro.

—¿Por qué deberíamos darlo?

—Por el bien de la confianza.

—El original no tiene fecha, pero está escrito en la ortografía de mediados del siglo XVII —observó Musgrave—. Sin embargo, me temo que no puede ser de mucha ayuda para ti en resolver este misterio.

—Al menos —dije— nos da otro misterio, y uno que es aún más interesante que el primero. Puede ser que la solución de uno pueda resultar ser la solución del otro. Disculpa, Musgrave, si digo que tu mayordomo me parece haber sido un hombre muy inteligente, y haber tenido una visión más clara que diez generaciones de sus amos.

—No te sigo —dijo Musgrave—. El papel me parece de ninguna importancia práctica.

—Pero para mí me parece inmensamente práctico, y me imagino que Brunton tenía la misma opinión. Probablemente lo había visto antes de esa noche en que lo atrapaste.

—Es muy posible. No nos tomamos la molestia de esconderlo.

—Simplemente deseaba, imagino, refrescar su memoria en esa última ocasión. Según entiendo, tenía una especie de mapa o gráfico que estaba

comparando con el manuscrito, y que metió en su bolsillo cuando apareciste.

—Eso es cierto. Pero ¿qué podría tener que ver con esta antigua costumbre familiar nuestra, y qué significa esta jerigonza?

—No creo que tengamos mucha dificultad en determinar eso —dije—; con tu permiso, tomaremos el primer tren a Sussex y profundizaremos un poco más en el asunto sobre el terreno.

Esa misma tarde nos encontrábamos ambos en Hurlstone. Posiblemente has visto imágenes y leído descripciones del famoso edificio antiguo, así que limitaré mi relato a decir que está construido en forma de L, siendo el brazo largo la parte más moderna, y el corto el núcleo antiguo, del cual se había desarrollado la otra. Sobre la puerta baja, con dintel pesado, en el centro de esta parte antigua, está cincelada la fecha, 1607, pero los expertos coinciden en que las vigas y la mampostería son realmente mucho más antiguas que esto. Las paredes enormemente gruesas y las pequeñas ventanas de esta parte habían llevado a la familia en el siglo pasado a construir el ala nueva, y la antigua ahora se utilizaba como almacén y bodega, cuando se usaba. Un espléndido parque con árboles viejos y magníficos rodea la casa, y el lago, al que se refirió mi cliente, se encuentra cerca de la avenida, a unos doscientos metros del edificio.

Ya estaba firmemente convencido, Watson, de que no había tres misterios separados aquí, sino solo uno, y que si podía interpretar correctamente el Ritual Musgrave tendría en mis manos la pista que me llevaría a la verdad sobre tanto el mayordomo Brunton como la doncella Howells. A eso entonces dirigí todas mis energías. ¿Por qué este sirviente estaría tan ansioso por dominar esta antigua fórmula? Evidentemente porque vio algo en ella que había escapado a todas esas generaciones de terratenientes, y de lo cual esperaba algún beneficio personal. ¿Qué era entonces, y cómo había afectado su destino?

Me parecía perfectamente obvio, al leer el ritual, que las medidas debían referirse a algún lugar al que aludía el resto del documento, y que si pudiáramos encontrar ese lugar, estaríamos en buen camino para descubrir cuál era el secreto que los viejos Musgraves habían considerado necesario embalsamar de manera tan curiosa. Nos dieron dos guías para empezar, un roble y

un olmo. En cuanto al roble, no había duda alguna. Justo en frente de la casa, en el lado izquierdo del camino, se erguía un patriarca entre los robles, uno de los árboles más magníficos que he visto.

—Ese estaba allí cuando se redactó tu ritual —dije, mientras pasábamos por allí.

—Estaba allí en la conquista normanda, probablemente —respondió—. Tiene un perímetro de veintitrés pies.

—¿Tienes algún olmo viejo? —pregunté.

—Había uno muy viejo allí, pero fue alcanzado por un rayo hace diez años, y cortamos el tocón.

—¿Puedes ver dónde solía estar?

—Oh, sí.

—¿No hay otros olmos?

—No antiguos, pero hay muchos hayas.

—Me gustaría ver dónde creció.

Habíamos llegado en un cochecito de caballos, y mi cliente me llevó de inmediato, sin entrar en la casa, a la cicatriz en el césped donde había estado el olmo. Estaba casi a medio camino entre el roble y la casa. Mi investigación parecía estar progresando.

—Supongo que es imposible averiguar cuán alto era el olmo —dije.

—Puedo decírtelo de inmediato. Tenía sesenta y cuatro pies.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté, sorprendido.

—Cuando mi viejo tutor solía darme un ejercicio de trigonometría, siempre tomaba la forma de medir alturas. Cuando era un muchacho trabajé cada árbol y edificio en la finca.

Esto fue un golpe de suerte inesperado. Mis datos llegaban más rápido de lo que podría haber esperado razonablemente.

—Dime —pregunté—, ¿tu mayordomo te hizo alguna vez una pregunta así?

Reginald Musgrave me miró asombrado. —Ahora que lo mencionas —respondió—, Brunton me preguntó sobre la altura del árbol hace unos meses, en relación con algún pequeño argumento con el mozo de cuadra.

Estas eran excelentes noticias, Watson, ya que me mostraban que estaba en el camino correcto. Miré el sol. Estaba bajo en el cielo, y calculé que en menos de una hora estaría justo por encima de las ramas más altas del viejo roble. Entonces se cumpliría una condición mencionada en el Ritual. Y la sombra del olmo debía significar el extremo más lejano de la sombra, de lo contrario, el tronco habría sido elegido como guía. Entonces, tenía que encontrar dónde caería el extremo más alejado de la sombra cuando el sol estuviera justo por encima del roble.

—Eso debió ser difícil, Holmes, cuando el olmo ya no estaba allí.

—Bueno, al menos sabía que si Brunton pudo hacerlo, yo también podría. Además, no había ninguna dificultad real. Fui con Musgrave a su estudio y me tallé esta clavija, a la que até esta larga cuerda con un nudo en cada yarda. Luego tomé dos tramos de una caña de pescar, que medían justo seis pies, y volví con mi cliente al lugar donde había estado el olmo. El sol apenas rozaba la cima del roble. Coloqué la caña de pie, marqué la dirección de la sombra y la medí. Tenía nueve pies de largo.

—Por supuesto, el cálculo ahora era simple. Si una caña de seis pies proyectaba una sombra de nueve, un árbol de sesenta y cuatro pies proyectaría una de noventa y seis, y la línea de una sería, por supuesto, la línea de la otra. Medí la distancia, lo que me llevó casi hasta la pared de la casa, e inserté una clavija en el lugar. Puedes imaginar mi júbilo, Watson, cuando a dos pulgadas de mi clavija vi una depresión cónica en el suelo. Sabía que era la marca hecha por Brunton en sus mediciones, y que todavía estaba siguiendo su rastro.

—Desde este punto de partida procedí a dar pasos, habiendo tomado primero los puntos cardinales con mi brújula de bolsillo. Diez pasos con cada pie me llevaron paralelamente a la pared de la casa, y nuevamente marqué mi lugar con una clavija. Luego caminé cuidadosamente cinco pasos hacia el este y dos hacia el sur. Me llevó justo al umbral de la vieja puerta. Dos pasos hacia el oeste significaban ahora que debía avanzar dos pasos por el pasillo pavimentado con piedra, y este era el lugar indicado por el Ritual.

—Nunca he sentido un escalofrío de decepción tan frío, Watson. Por un momento me pareció que debía haber algún error fundamental en mis cálculos. El sol poniente brillaba de lleno sobre el piso del pasillo, y pude ver que las viejas piedras grises, desgastadas por los pies, con las que estaba pavimentado, estaban firmemente cementadas y ciertamente no habían sido movidas en muchos años. Brunton no había trabajado aquí. Golpeé el piso, pero sonaba igual en todas partes, y no había señales de ninguna grieta o fisura. Pero, afortunadamente, Musgrave, que había comenzado a comprender el significado de mis procedimientos, y que ahora estaba tan emocionado como yo, sacó su manuscrito para comprobar mi cálculo.

—¡Y debajo! —exclamó—. Has omitido el "y debajo".

—Pensé que significaba que debíamos cavar, pero ahora, por supuesto, vi de inmediato que estaba equivocado. —¿Hay una bodega debajo de esto? —exclamé.

—Sí, y tan antigua como la casa. Por aquí, por esta puerta.

—Bajamos una escalera de piedra en espiral, y mi compañero, encendiendo un fósforo, prendió una gran linterna que estaba sobre un barril en la esquina. En un instante, fue evidente que finalmente habíamos llegado al lugar correcto, y que no habíamos sido las únicas personas en visitar el lugar recientemente.

—Se había utilizado para el almacenamiento de leña, pero los troncos, que evidentemente habían estado esparcidos por el piso, ahora estaban apilados a los lados, dejando un espacio claro en el medio. En este espacio yacía una gran y pesada losa con un anillo de hierro oxidado en el centro al que estaba atado un grueso pañuelo de pastor a cuadros.

—¡Por Jove! —exclamó mi cliente—. Ese es el pañuelo de Brunton. Lo he visto en él, y podría jurar sobre él. ¿Qué ha estado haciendo el villano aquí?

—A mi sugerencia, se convocó a un par de policías del condado para que estuvieran presentes, y luego intenté levantar la losa tirando del pañuelo. Solo pude moverla ligeramente, y fue con la ayuda de uno de los agentes que finalmente logré moverla a un lado. Un agujero negro se abrió debajo, al cual todos nos asomamos, mientras Musgrave, arrodillado a un lado, bajaba la linterna.

—Una pequeña cámara de unos siete pies de profundidad y cuatro pies cuadrados se abrió ante nosotros. A un lado de esta había una caja de madera reforzada con bronce, cuya tapa estaba articulada hacia arriba, con esta curiosa llave antigua sobresaliendo de la cerradura. Estaba cubierta por una gruesa capa de polvo, y la humedad y los gusanos habían corroído la madera, de modo que un cultivo de hongos lívidos crecía en su interior. Varios discos de metal, aparentemente monedas antiguas, como las que tengo aquí, estaban esparcidos por el fondo de la caja, pero no contenía nada más.

—En ese momento, sin embargo, no teníamos pensamiento para el viejo cofre, ya que nuestros ojos estaban clavados en lo que se agachaba junto a él. Era la figura de un hombre, vestido con un traje negro, que estaba en cuclillas con la frente apoyada en el borde de la caja y los dos brazos extendidos a cada lado de ella. La postura había llevado toda la sangre estancada a la cara, y nadie podría haber reconocido ese rostro distorsionado de color hígado; pero su altura, su vestimenta y su cabello fueron suficientes para mostrar a mi cliente, cuando levantamos el cuerpo, que era en verdad su mayordomo desaparecido. Había estado muerto varios días, pero no había herida ni magulladura en su persona que mostrara cómo había encontrado su horrible fin. Cuando su cuerpo fue sacado de la bodega, nos encontramos todavía ante un problema que era casi tan formidable como aquel con el que habíamos comenzado.

—Confieso que hasta ahora, Watson, había estado decepcionado en mi investigación. Había contado con resolver el asunto una vez que encontrara el lugar mencionado en el Ritual; pero ahora estaba allí, y aparentemente tan lejos como siempre de saber qué era lo que la familia había ocultado con tantas elaboradas precauciones. Es cierto que había arrojado luz sobre el destino de Brunton, pero ahora tenía que averiguar cómo había llegado a ese destino y qué papel había jugado en el asunto la mujer que había desaparecido. Me senté sobre un barril en la esquina y pensé detenidamente en todo el asunto.

—Conoces mis métodos en tales casos, Watson. Me pongo en el lugar del hombre y, habiendo evaluado primero su inteligencia, trato de imaginar cómo habría procedido yo mismo en las mismas circunstancias. En este caso, el asunto se simplificaba por la inteligencia de Brunton, que era bastante de primera categoría, por lo que no era necesario hacer ninguna concesión por la ecuación personal, como la han llamado los astrónomos. Sabía

que algo valioso estaba oculto. Había localizado el lugar. Descubrió que la losa que lo cubría era demasiado pesada para que un hombre la moviera solo. ¿Qué haría a continuación? No podía obtener ayuda desde fuera, incluso si tenía a alguien en quien pudiera confiar, sin abrir puertas y correr un considerable riesgo de ser descubierto. Era mejor, si podía, tener a su cómplice dentro de la casa. Pero, ¿a quién podría pedir ayuda? Esta chica le había sido devota. Un hombre siempre encuentra difícil darse cuenta de que puede haber perdido definitivamente el amor de una mujer, por muy mal que la haya tratado. Intentaría hacer las paces con la chica Howells mediante algunas atenciones y luego la contrataría como su cómplice. Juntos vendrían por la noche a la bodega, y su fuerza unida sería suficiente para levantar la losa. Hasta aquí podía seguir sus acciones como si realmente las hubiera visto.

—Pero para dos de ellos, y uno una mujer, debía haber sido un trabajo pesado levantar esa losa. Un fornido policía de Sussex y yo habíamos encontrado que no era una tarea ligera. ¿Qué harían para ayudarse? Probablemente lo que yo mismo habría hecho. Me levanté y examiné cuidadosamente los diferentes trozos de madera que estaban esparcidos por el suelo. Casi de inmediato encontré lo que esperaba. Una pieza, de aproximadamente tres pies de longitud, tenía una marca muy pronunciada en un extremo, mientras que varias estaban aplanadas en los lados como si hubieran sido comprimidas por un peso considerable. Evidentemente, al levantar la losa habían empujado los trozos de madera en la grieta, hasta que finalmente, cuando la abertura era lo suficientemente grande para arrastrarse, la mantendrían abierta con un trozo colocado a lo largo, que bien podría quedar marcado en el extremo inferior, ya que todo el peso de la losa lo presionaría sobre el borde de esta otra losa. Hasta aquí estaba en terreno seguro.

—Y ahora, ¿cómo debía proceder para reconstruir este drama de medianoche? Claramente, solo uno podría encajar en el agujero, y ese era Brunton. La chica debía haber esperado arriba. Brunton entonces abriría la caja, subiría el contenido presumiblemente, ya que no se encontraron, y luego... ¿y luego qué ocurrió?

—¿Qué fuego latente de venganza había brotado repentinamente en el alma de esta apasionada mujer celta cuando vio al hombre que la había agraviado—quizás mucho más de lo que sospechábamos—en su poder?

¿Fue una casualidad que la madera se deslizó y la losa cerró a Brunton en lo que

se convirtió en su sepulcro? ¿Solo fue culpable de guardar silencio sobre su destino? ¿O algún golpe repentino de su mano derribó el soporte y envió la losa a caer en su lugar? Sea como sea, me parecía ver la figura de esa mujer aún aferrándose a su tesoro encontrado y huyendo salvajemente por la escalera de caracol, con sus oídos resonando quizás con los gritos ahogados detrás de ella y con el golpeteo de manos frenéticas contra la losa de piedra que asfixiaba la vida de su amante infiel.

—Aquí estaba el secreto de su rostro pálido, sus nervios sacudidos, sus carcajadas histéricas a la mañana siguiente. Pero ¿qué había en la caja? ¿Qué había hecho con eso? Por supuesto, debían ser los viejos metales y guijarros que mi cliente había sacado del lago. Los había arrojado allí en la primera oportunidad para eliminar el último rastro de su crimen.

—Durante veinte minutos estuve sentado inmóvil, pensando en el asunto. Musgrave seguía de pie con el rostro muy pálido, balanceando su linterna y mirando hacia el agujero.

—Estas son monedas de Carlos I —dijo, sosteniendo las pocas que habían estado en la caja—; ves, teníamos razón al fijar nuestra fecha para el Ritual.

—Podríamos encontrar algo más de Carlos I —exclamé, cuando el probable significado de las dos primeras preguntas del Ritual de repente se me hizo claro—. Déjame ver el contenido de la bolsa que sacaste del lago.

—Subimos a su estudio y me mostró los restos. Pude entender que los considerara de poca importancia cuando los miré, ya que el metal estaba casi negro y las piedras sin brillo y opacas. Sin embargo, froté una de ellas en mi manga, y luego brilló como una chispa en el hueco oscuro de mi mano. El trabajo en metal tenía la forma de un anillo doble, pero había sido doblado y torcido fuera de su forma original.

—Debes tener en cuenta —dije— que el partido realista mantuvo su posición en Inglaterra incluso después de la muerte del rey, y que cuando finalmente huyeron probablemente dejaron muchas de sus posesiones más preciadas enterradas, con la intención de regresar por ellas en tiempos más pacíficos.

—Mi ancestro, Sir Ralph Musgrave, fue un prominente caballero realista y la mano derecha de Carlos II en sus andanzas —dijo mi amigo.

—¡Ah, en efecto! —respondí—. Bueno, ahora creo que eso realmente debería darnos el último enlace que necesitábamos. Debo felicitarte por entrar en posesión, aunque de una manera bastante trágica, de una reliquia que tiene un gran valor intrínseco, pero de mayor importancia como curiosidad histórica.

—¿Qué es entonces? —preguntó asombrado.

—No es menos que la antigua corona de los reyes de Inglaterra.

—¿La corona?

—Precisamente. Considera lo que dice el Ritual: ¿Cómo va? "¿De quién era?" "De quien se ha ido." Eso fue después de la ejecución de Carlos. Luego, "¿Quién lo tendrá?" "El que vendrá." Ese era Carlos II, cuya llegada ya se preveía. No puede haber duda de que este diadema abollado y sin forma una vez coronó las frentes de los reales Estuardo.

—¿Y cómo llegó al estanque?

—Ah, esa es una pregunta que llevará tiempo responder. Y con eso le esboqué toda la larga cadena de conjeturas y pruebas que había construido. El crepúsculo había caído y la luna brillaba intensamente en el cielo antes de que terminara mi relato.

—¿Y cómo es que Carlos no recuperó su corona cuando regresó? —preguntó Musgrave, volviendo a poner la reliquia en su bolsa de lino.

—Ah, ahí pones el dedo en el único punto que probablemente nunca podremos aclarar. Es probable que el Musgrave que tenía el secreto muriera en el intervalo, y por algún descuido dejó esta guía a su descendiente sin explicar su significado. Desde ese día hasta hoy se ha transmitido de padre a hijo, hasta que finalmente llegó a manos de un hombre que arrancó su secreto y perdió la vida en la empresa.

—Y esa es la historia del Ritual Musgrave, Watson. Tienen la corona en Hurlstone—aunque tuvieron algunos problemas legales y una considerable suma que pagar antes de que se les permitiera conservarla. Estoy seguro de que si mencionas mi nombre estarán encantados de mostrártela. De la mujer

nunca se supo nada, y lo más probable es que haya huido de Inglaterra y llevado consigo el recuerdo de su crimen a alguna tierra más allá de los mares.

LOS HACENDADOS DE REIGATE

Pasó algún tiempo antes de que la salud de mi amigo, el señor Sherlock Holmes, se recuperara del esfuerzo causado por sus inmensas actividades en la primavera del '87. Toda la cuestión de la Compañía Holanda-Sumatra y de los colosales planes del Barón Maupertuis son demasiado recientes en la mente del público, y están demasiado íntimamente relacionados con la política y las finanzas como para ser temas adecuados para esta serie de bocetos. Sin embargo, condujeron, de manera indirecta, a un problema singular y complejo que le dio a mi amigo la oportunidad de demostrar el valor de una nueva arma entre las muchas con las que libraba su batalla de toda la vida contra el crimen.

Al referirme a mis notas, veo que fue el 14 de abril cuando recibí un telegrama de Lyons que me informaba que Holmes estaba enfermo en el Hotel Dulong. En menos de veinticuatro horas, estaba en su habitación, y me alivió encontrar que no había nada formidable en sus síntomas. Sin embargo, incluso su constitución de hierro se había derrumbado bajo la tensión de una investigación que se había extendido por dos meses, durante los cuales nunca trabajó menos de quince horas al día y, en más de una ocasión, como me aseguró, se mantuvo en su tarea durante cinco días seguidos. Incluso el triunfante resultado de sus labores no pudo salvarlo de la reacción tras un esfuerzo tan terrible, y en un momento en que Europa resonaba con su nombre y cuando su habitación estaba literalmente llena hasta los tobillos de telegramas de felicitación, lo encontré presa de la más negra depresión. Incluso el conocimiento de que había tenido éxito donde la policía de tres países

había fallado, y que había superado en cada punto al estafador más consumado de Europa, fue insuficiente para sacudirlo de su prostración nerviosa.

Tres días después, estábamos de regreso juntos en Baker Street; pero era evidente que mi amigo se beneficiaría mucho de un cambio, y la idea de una semana de primavera en el campo también estaba llena de atractivos para mí. Mi viejo amigo, el coronel Hayter, que había estado bajo mi cuidado profesional en Afganistán, había tomado ahora una casa cerca de Reigate en Surrey, y me había pedido con frecuencia que lo visitara. En la última ocasión, había comentado que si mi amigo viniera conmigo, estaría encantado de extender su hospitalidad a él también. Se necesitaba un poco de diplomacia, pero cuando Holmes entendió que el establecimiento era uno de soltero y que se le permitiría la plena libertad, aceptó mis planes y una semana después de nuestro regreso de Lyons, estábamos bajo el techo del coronel. Hayter era un buen viejo soldado que había visto mucho del mundo, y pronto descubrió, como había esperado, que Holmes y él tenían mucho en común.

En la tarde de nuestra llegada, estábamos sentados en la sala de armas del coronel después de la cena. Holmes se estiraba en el sofá, mientras Hayter y yo revisábamos su pequeño arsenal de armas orientales.

—Por cierto —dijo de repente—, creo que llevaré una de estas pistolas arriba conmigo por si tenemos una alarma.

—¿Una alarma? —respondí.

—Sí, hemos tenido sustos en esta zona últimamente. El viejo Acton, que es uno de nuestros magnates del condado, tuvo su casa robada el lunes pasado. No se hizo mucho daño, pero los tipos aún están sueltos.

—¿Sin pistas? —preguntó Holmes, lanzando una mirada al coronel.

—Ninguna hasta ahora. Pero el asunto es menor, uno de nuestros pequeños crímenes campesinos, que debe parecer demasiado insignificante para tu atención, señor Holmes, después de este gran asunto internacional. —Holmes desestimó el cumplido, aunque su sonrisa mostraba que le había complacido.

—¿Hubo alguna característica de interés?

—Creo que no. Los ladrones saquearon la biblioteca y obtuvieron muy poco por su esfuerzo. Todo el lugar estaba revuelto, los cajones abiertos de par en par y las armerías saqueadas, con el resultado de que un volumen extraño de 'Homer' de Pope, dos candelabros plateados, un pisapapeles de marfil, un pequeño barómetro de roble y una bola de cordel son todo lo que ha desaparecido.

—¡Qué colección tan extraordinaria! —exclamé.

—Oh, evidentemente los tipos agarraron todo lo que pudieron.

Holmes gruñó desde el sofá.

—La policía del condado debería hacer algo al respecto —dijo—; claro está que es obvio que—

Pero yo levanté un dedo de advertencia.

—Estás aquí para descansar, querido amigo. Por el amor de Dios, no empieces con un nuevo problema cuando tus nervios están hechos trizas.

Holmes se encogió de hombros con una mirada de resignación cómica hacia el coronel, y la conversación se desvió hacia temas menos peligrosos.

Sin embargo, estaba destinado que toda mi precaución profesional se perdiciara, pues a la mañana siguiente el problema se nos impuso de tal manera que era imposible ignorarlo, y nuestra visita al campo tomó un giro que ninguno de los dos podría haber anticipado. Estábamos en el desayuno cuando el mayordomo del coronel irrumpió en la habitación con toda su propiedad destrozada.

—¿Ha oído las noticias, señor? ¡En la casa de los Cunningham!

—¡Robo! —exclamó el coronel, con la taza de café en el aire.

—¡Asesinato!

El coronel silbó. —¡Por Júpiter! —dijo—. ¿Quién ha matado, entonces? ¿El J.P. o su hijo?

—Ninguno, señor. Fue William, el cochero. Disparado por el corazón, señor, y nunca volvió a hablar.

—¿Quién lo disparó, entonces?

—El ladrón, señor. Se escapó como un rayo y huyó limpio. Acababa de entrar por la ventana de la despensa cuando William lo sorprendió y encontró su final al salvar la propiedad de su amo.

—¿A qué hora?

—Fue anoche, señor, alrededor de las doce.

—Ah, entonces, lo resolveremos después —dijo el coronel, asentándose con frialdad nuevamente en su desayuno—. Es un asunto desagradable —añadió cuando el mayordomo se había ido—; es nuestro principal empleado aquí, el viejo Cunningham, y un tipo muy decente también. Se lo van a lamentar por esto, ya que el hombre ha estado en su servicio durante años y era un buen sirviente. Evidentemente, son los mismos villanos que entraron en la casa de Acton.

—Y robaron esa colección tan singular —dijo Holmes, pensativo.

—Precisamente.

—Hum... Puede resultar ser el asunto más simple del mundo, pero igual, a primera vista, esto es un poco curioso, ¿no? Se podría esperar que una banda de ladrones que actúa en el campo variara el lugar de sus operaciones y no asaltara dos casas en el mismo distrito en pocos días. Cuando hablaste anoche de tomar precauciones, recuerdo que se me pasó por la mente que probablemente este era el último párroco en Inglaterra al que el ladrón o los ladrones prestarían atención, lo que demuestra que aún tengo mucho que aprender.

—Creo que es algún practicante local —dijo el coronel—. En ese caso, por supuesto, Acton y Cunningham son los lugares a los que iría, ya que son, con mucho, los más grandes de aquí.

—¿Y los más ricos?

—Bueno, deberían serlo, pero han tenido una demanda durante algunos años que ha agotado los fondos de ambos, creo. El viejo Acton tiene algún reclamo sobre la mitad de la herencia de Cunningham, y los abogados han estado trabajando arduamente con ambos.

—Si es un villano local, no debería haber mucha dificultad en atraparlo —dijo Holmes bostezando—. Muy bien, Watson, no tengo intención de entrometerme.

—Inspector Forrester, señor —dijo el mayordomo, abriendo la puerta de par en par.

El oficial, un joven apuesto y de rostro agudo, entró en la habitación. — Buenos días, coronel —dijo—; espero no entrometerme, pero oímos que el señor Holmes de Baker Street está aquí.

El coronel señaló con la mano hacia mi amigo, y el inspector hizo una reverencia.

—Pensamos que tal vez le gustaría pasar, señor Holmes.

—Los destinos están en contra de ti, Watson —dijo riendo—. Estábamos charlando sobre el asunto cuando entraste, inspector. Tal vez puedas darnos algunos detalles. —Mientras se recostaba en su silla con la actitud familiar, supe que el caso era desesperado.

—No teníamos pistas en el asunto de Acton. Pero aquí tenemos muchas en qué basarnos, y no hay duda de que es la misma parte en cada caso. Se vio al hombre.

—¡Ah!

—Sí, señor. Pero se escapó como un ciervo después de que se disparara el tiro que mató al pobre William Kirwan. El señor Cunningham lo vio desde la ventana del dormitorio, y el señor Alec Cunningham lo vio desde el pasillo trasero. Eran las doce menos cuarto cuando sonó la alarma. El señor Cunningham acababa de meterse en la cama, y el señor Alec estaba fumando una pipa en su bata. Ambos escucharon al cochero William pedir ayuda, y el señor Alec bajó corriendo para ver qué pasaba. La puerta trasera estaba abierta, y al llegar al pie de las escaleras vio a dos hombres forcejeando afuera. Uno de ellos disparó, el otro cayó, y el asesino corrió por el jardín y sobre la cerca. El señor Cunningham, mirando desde su dormitorio, vio al tipo al ganar el camino, pero lo perdió de vista de inmediato. El señor Alec se detuvo para ver si podía ayudar al hombre moribundo, y así el villano huyó limpio. Más allá del hecho de que era un hombre de estatura media y vestido con algo oscuro, no tenemos ninguna pista personal; pero estamos haciendo investigaciones enérgicas, y si es un extraño, pronto lo descubriremos.

—¿Qué hacía William allí? ¿Dijo algo antes de morir?

—Ni una palabra. Vive en la cabaña con su madre, y como era un tipo muy fiel, imaginamos que caminó hasta la casa con la intención de asegurarse de que todo estuviera bien allí. Por supuesto, este asunto de Acton ha puesto a todos en guardia. El ladrón debe haber forzado la puerta justo cuando William lo sorprendió —dijo él, señalando hacia el rostro de Holmes—.

—¿Dijo algo William a su madre antes de salir?

—Ella es muy vieja y sorda, y no podemos obtener información de ella. El shock la ha dejado medio tonta, pero entiendo que nunca fue muy lista. Sin embargo, hay una circunstancia muy importante. ¡Mira esto!

Tomó un pequeño trozo de papel rasgado de un cuaderno y lo extendió sobre su rodilla.

—Esto se encontró entre el dedo y el pulgar del hombre muerto. Parece ser un fragmento arrancado de una hoja más grande. Notarás que la hora mencionada en él es la misma en la que el pobre tipo encontró su destino. Ves que su asesino podría haberle arrancado el resto de la hoja o podría haber tomado este fragmento del asesino. Se lee casi como si fuera una cita.

Holmes recogió el trozo de papel, una réplica de la cual se reproduce aquí.

*I at gaarde to huslve
learn what
may be*

—Presumiendo que es una cita —continuó el Inspector—, es, por supuesto, una teoría concebible que este William Kirwan —aunque tenía la reputación de ser un hombre honesto— pudiera haber estado en connivencia con el ladrón. Puede que se haya encontrado con él allí, incluso puede que lo haya ayudado a forzar la puerta, y luego quizá se hayan peleado entre ellos mismos.

—Esta escritura es de un interés extraordinario —dijo Holmes, que la había estado examinando con intensa concentración—. Estas son aguas mucho más profundas de lo que había pensado. —Hundió la cabeza sobre sus manos, mientras el Inspector sonreía ante el efecto que su caso había tenido sobre el famoso especialista londinense.

—Tu última observación —dijo Holmes, posteriormente—, sobre la posibilidad de que existiera un entendimiento entre el ladrón y el sirviente, y que esto fuera una nota de cita de uno al otro, es una suposición ingeniosa y no del todo imposible. Pero esta escritura abre—

Se hundió la cabeza nuevamente entre sus manos y permaneció durante algunos minutos en el pensamiento más profundo. Cuando levantó el rostro de nuevo, me sorprendió ver que su mejilla estaba sonrojada y sus ojos brillaban como antes de su enfermedad. Se puso de pie con toda su antigua energía.

—Te diré qué —dijo—, me gustaría echar un vistazo tranquilo a los detalles de este caso. Hay algo en ello que me fascina enormemente. Si me lo permites, Coronel, dejaré a mi amigo Watson y a ti, y daré una vuelta con el Inspector para probar la verdad de una o dos pequeñas ideas mías. Estaré con ustedes de nuevo en media hora.

Había transcurrido una hora y media antes de que el Inspector regresara solo.

—El señor Holmes está caminando de un lado a otro en el campo afuera —dijo—. Quiere que los cuatro vayamos juntos a la casa.

—¿A la del señor Cunningham?

—Sí, señor.

—¿Para qué?

El Inspector se encogió de hombros. —No lo sé del todo, señor. Entre nosotros, creo que el señor Holmes aún no se ha recuperado completamente de su enfermedad. Se ha estado comportando de manera muy extraña y está muy excitado.

—No creo que necesites alarmarte —dije—. Siempre he encontrado que hay método en su locura.

—Algunas personas podrían decir que hay locura en su método —murmuró el Inspector—. Pero está todo encendido para salir, Coronel, así que será mejor que salgamos si estás listo.

Encontramos a Holmes paseando de un lado a otro en el campo, con la barquilla hundida en su pecho y las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones.

—El asunto se vuelve más interesante —dijo—. Watson, tu viaje al campo ha sido un éxito distintivo. He tenido una mañana encantadora.

—Has ido al lugar del crimen, entiendo —dijo el Coronel.

—Sí; el Inspector y yo hemos hecho una pequeña investigación juntos.

—¿Algún éxito?

—Bueno, hemos visto cosas muy interesantes. Te diré qué hicimos mientras caminábamos. Primero que todo, vimos el cuerpo de este desafortunado hombre. Ciertamente murió por una herida de revólver, como se informó.

—¿Lo habías dudado, entonces?

—Oh, es bueno probar todo. Nuestra inspección no fue en vano. Luego tuvimos una entrevista con el señor Cunningham y su hijo, quienes pudieron señalar el lugar exacto donde el asesino había atravesado la cerca del jardín al huir. Eso fue de gran interés.

—Naturalmente.

—Luego echamos un vistazo a la madre de este pobre hombre. No pudimos obtener información de ella, sin embargo, ya que es muy vieja y débil.

—¿Y cuál es el resultado de tus investigaciones?

—La convicción de que el crimen es muy peculiar. Quizás nuestra visita ahora pueda hacer algo para que sea menos oscuro. Creo que ambos estamos de acuerdo, Inspector, en que el fragmento de papel en la mano del hombre muerto, que lleva, como lo hace, la misma hora de su muerte escrita en él, es de extrema importancia.

—Debería dar una pista, señor Holmes.

—Da una pista. Quienquiera que haya escrito esa nota fue el hombre que sacó a William Kirwan de su cama a esa hora. Pero ¿dónde está el resto de

esa hoja de papel?

—Examiné el terreno cuidadosamente con la esperanza de encontrarlo —dijo el Inspector.

—Fue arrancado de la mano del hombre muerto. ¿Por qué alguien estaría tan ansioso por hacerse con él? Porque lo incriminaba. ¿Y qué haría con él? Lo metería en su bolsillo, lo más probable, sin notar que un rincón quedó en el agarre del cadáver. Si pudiéramos conseguir el resto de esa hoja, es obvio que habríamos avanzado mucho en resolver el misterio.

—Sí, pero ¿cómo podemos acceder al bolsillo del criminal antes de atrapar al criminal?

—Bueno, bueno, valió la pena pensarlo. Luego hay otro punto obvio. La nota fue enviada a William. El hombre que la escribió no podría haberla tomado; de lo contrario, por supuesto, podría haber entregado su propio mensaje de boca en boca. ¿Quién trajo la nota, entonces? ¿O vino por correo?

—He hecho averiguaciones —dijo el Inspector—. William recibió una carta por el correo de la tarde ayer. El sobre fue destruido por él.

—¡Excelente! —exclamó Holmes, dando una palmada en la espalda al Inspector—. Has visto al cartero. Es un placer trabajar contigo. Bueno, aquí está la cabaña, y si vienes, Coronel, te mostraré la escena del crimen.

Pasamos la bonita casita donde vivía el hombre asesinado y caminamos por una avenida bordeada de robles hasta la fina casa antigua de la Reina Ana, que lleva la fecha de Malplaquet en el dintel de la puerta. Holmes y el Inspector nos guiaron alrededor hasta que llegamos a la puerta lateral, que está separada por un tramo de jardín de la cerca que bordea la carretera. Un agente de policía estaba parado en la puerta de la cocina.

—Abre la puerta, oficial —dijo Holmes—. Ahora, fue en esas escaleras donde el joven señor Cunningham se detuvo y vio a los dos hombres forcejeando justo donde estamos. El viejo señor Cunningham estaba en esa ventana —la segunda a la izquierda— y vio al tipo escapar justo a la izquierda de ese arbusto. Luego el señor Alec salió corriendo y se arrodilló junto al hombre herido. El suelo está muy duro, ves, y no hay marcas que nos guíen. —Mientras hablaba, dos hombres bajaron por el sendero del jardín, redondeando la esquina de la casa. Uno era un hombre mayor, con un rostro fuerte, profundamente surcado y ojos pesados; el otro, un joven elegante, cuya

expresión brillante y sonriente y su vestimenta ostentosa contrastaban extrañamente con el negocio que nos había traído allí.

—¿Todavía en ello, entonces? —dijo al Holmes—. Pensé que ustedes los londinenses nunca cometían errores. No parecen ser tan rápidos, después de todo.

—Ah, deben darnos un poco de tiempo —dijo Holmes de buen humor.

—Lo necesitarán —dijo el joven Alec Cunningham—. Mira, no veo que tengamos alguna pista en absoluto.

—Solo hay una —respondió el Inspector—. Pensamos que si tan solo pudiéramos encontrar— ¡Dios mío, señor Holmes! ¿Qué pasa?

La cara de mi pobre amigo había asumido de repente la expresión más terrible. Sus ojos se elevaron, sus rasgos se retorcieron en agonía, y con un gemido reprimido cayó de bruces al suelo. Horrorizados por la repentina y severa ataque, lo llevamos a la cocina, donde yació reclinado en una silla grande, respirando con dificultad durante algunos minutos. Finalmente, con una disculpa avergonzada por su debilidad, se levantó una vez más.

—Watson te diría que acabo de recuperarme de una enfermedad grave —explicó—. Soy propenso a estos ataques nerviosos repentinos.

—¿Te envió a casa en mi carruaje? —preguntó el viejo Cunningham.

—Bueno, ya que estoy aquí, hay un punto sobre el cual me gustaría estar seguro. Podemos verificarlo muy fácilmente.

—¿Cuál fue?

—Bueno, me parece que es posible que la llegada de este pobre William no haya sido antes, sino después, de la entrada del ladrón en la casa. Parece que das por sentado que, aunque la puerta fue forzada, el ladrón nunca entró.

—Me parece que eso es bastante obvio —dijo el señor Cunningham, gravemente—. ¿Por qué, mi hijo Alec aún no se había ido a la cama, y ciertamente habría escuchado a cualquiera moverse.

—¿Dónde estaba sentado?

—Estaba fumando en mi sala de estar.

—¿Qué ventana es esa?

—La última a la izquierda, junto a la de mi padre.

—Ambas lámparas estaban encendidas, por supuesto?

—Indudablemente.

—Hay algunos puntos muy singulares aquí —dijo Holmes, sonriendo—. ¿No es extraordinario que un robo —y un ladrón que había tenido algo de experiencia previa— deliberadamente forzara una casa en un momento en que podía ver por las luces que dos de la familia aún estaban en pie?

—Debe haber sido un hombre frío.

—Bueno, por supuesto, si el caso no fuera extraño, no habríamos sido llevados a pedirte una explicación —dijo el joven señor Alec—. Pero en cuanto a tus ideas de que el hombre había robado la casa antes de que William lo abordara, creo que es una noción más bien absurda. ¿No habríamos encontrado el lugar desordenado y extraño las cosas que había tomado?

—Depende de qué cosas fueran —dijo Holmes—. Debes recordar que estamos tratando con un ladrón muy peculiar, y que parece trabajar según sus propias líneas. Mira, por ejemplo, el grupo extraño de cosas que tomó de Acton—¿qué era?—una bola de cuerda, un pisapapeles, y no sé qué otros objetos.

—Bueno, estamos completamente a tu disposición, señor Holmes —dijo el viejo Cunningham—. Cualquier cosa que tú o el Inspector sugieran, ciertamente se hará.

—En primer lugar —dijo Holmes—, me gustaría que ofrecieras una recompensa —proveniente de ti mismo, pues los oficiales podrían tardar un poco antes de acordar la suma, y estas cosas no pueden hacerse con demasiada rapidez. He anotado el formulario aquí, si no te importa firmarlo. Cincuenta libras fueron bastante suficientes, pensé.

—Con gusto daría quinientas —dijo el J.P., tomando el papel y el lápiz que Holmes le había entregado—. Sin embargo, esto no es del todo correcto —añadió, echando un vistazo al documento.

—Lo escribí un poco apresuradamente.

—Ves, comienzas, "Considerando que, alrededor de la una y cuarto del martes por la mañana, se intentó," y así sucesivamente. En realidad, fue a las doce y cuarto.

Me dolió la equivocación, pues sabía cuán intensamente Holmes sentiría cualquier desliz de este tipo. Era su especialidad ser preciso en los hechos, pero su reciente enfermedad lo había sacudido, y este pequeño incidente fue suficiente para mostrarme que aún estaba lejos de ser él mismo. Obviamente estaba avergonzado por un instante, mientras el Inspector levantaba las cejas y Alec Cunningham estallaba en una risa. Sin embargo, el viejo caballero corrigió el error y devolvió el papel a Holmes.

—Haz que lo impriman lo antes posible —dijo—; creo que tu idea es excelente.

Holmes guardó cuidadosamente el papel en su monedero.

—Y ahora —dijo—, realmente sería bueno que todos revisáramos la casa juntos y nos aseguráramos de que este ladrón algo errático no se llevara nada al final.

Antes de entrar, Holmes examinó la puerta que había sido forzada. Era evidente que se había clavado un cincel o un cuchillo fuerte, y la cerradura se había forzado hacia atrás con él. Podíamos ver las marcas en la madera donde se había empujado.

—¿No usan barras, entonces? —preguntó.

—Nunca hemos encontrado la necesidad.

—¿No tienen perro?

—Sí, pero está encadenado al otro lado de la casa.

—¿A qué hora se acuestan los sirvientes?

—Alrededor de las diez.

—Entiendo que William también solía estar en cama a esa hora.

—Sí.

—Es singular que en esta noche en particular él haya estado despierto. Ahora, me encantaría que tuvieras la amabilidad de mostrarnos la casa, señor Cunningham.

Un pasaje con suelo de piedra, con las cocinas ramificándose desde él, conducía por una escalera de madera directamente al primer piso de la casa. Salía al descansillo opuesto a una segunda escalera más ornamental que subía desde el hall delantero. De este descansillo se abrían la sala de estar y varias habitaciones, incluidas las del señor Cunningham y su hijo. Holmes caminaba lentamente, tomando nota aguda de la arquitectura de la casa. Podía decir por su expresión que estaba siguiendo una pista caliente, y sin embargo, no podía imaginar en qué dirección lo estaban llevando sus inferencias.

—Mi buen señor —dijo el señor Cunningham con cierta impaciencia—, esto es seguramente muy innecesario. Esa es mi habitación al final de las escaleras, y la de mi hijo es la que está más allá. Dejo a tu juicio si fue posible que el ladrón hubiera entrado aquí sin molestarnos.

—Debes intentar dar una vuelta y seguir una pista fresca, me parece —dijo el hijo con una sonrisa algo maliciosa.

—Aún así, debo pedirte que me entretengas un poco más. Me gustaría, por ejemplo, ver hasta qué punto las ventanas de las habitaciones dominan la fachada. Esta, entiendo, es la habitación de tu hijo —empujó la puerta— y esa, supongo, es la sala de estar en la que estaba sentado fumando cuando se dio la alarma. ¿A dónde mira esa ventana? —Cruzó la habitación, empujó la puerta y echó un vistazo a la otra cámara.

—¿Espero que ahora estés satisfecho? —dijo el señor Cunningham, con amargura.

—Gracias, creo que he visto todo lo que deseaba.

—Entonces, si realmente es necesario, podemos entrar en mi habitación.

—Si no es mucha molestia.

El J.P. se encogió de hombros y condujo el camino hacia su propia cámara, que era una habitación sencillamente amueblada y común. Mientras nos movíamos hacia ella en dirección a la ventana, Holmes retrocedió hasta que él y yo fuimos los últimos del grupo. Cerca del pie de la cama había un platito de naranjas y una jarra de agua. Al pasar por él, Holmes, para mi indescriptible asombro, se inclinó delante de mí y deliberadamente hizo caer todo. El vaso se rompió en mil pedazos y la fruta rodó hacia cada rincón de la habitación.

—Lo has hecho ahora, Watson —dijo con frialdad—. Has hecho un lindo desastre en la alfombra.

Me incliné con cierta confusión y comencé a recoger la fruta, entendiendo por alguna razón que mi compañero deseaba que yo asumiera la culpa. Los demás hicieron lo mismo y pusieron la mesa de nuevo sobre sus patas.

—¡Hullo! —exclamó el Inspector—, ¿a dónde se fue?

Holmes había desaparecido.

—Espera aquí un instante —dijo el joven Alec Cunningham—. El tipo está fuera de sí, en mi opinión. ¡Ven conmigo, padre, y veamos a dónde se ha ido!

Salieron corriendo de la habitación, dejando al Inspector, al Coronel y a mí mirándonos entre nosotros.

—Por mi palabra, estoy inclinado a estar de acuerdo con el señor Alec —dijo el oficial—. Puede ser efecto de esta enfermedad, pero me parece que —

Sus palabras fueron interrumpidas por un grito repentino de "¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Asesinato!" Con un estremecimiento reconocí la voz de mi amigo. Corrí frenéticamente de la habitación hacia el descansillo. Los gritos, que se habían convertido en un rugido ronco e inarticulado, provenían de la habitación que habíamos visitado primero. Entré corriendo y llegué a la sala de estar más allá. Los dos Cunningham se inclinaban sobre la figura prostrada de Sherlock Holmes, el joven sujetándose la garganta con ambas manos, mientras el mayor parecía estar torciendo una de sus muñecas. En un instante, los tres nos habíamos separado de él, y Holmes se tambaleó hasta ponerse de pie, muy pálido y evidentemente muy agotado.

—Arresten a estos hombres, Inspector —jadeó.

—¿Por qué cargo?

—Por asesinar a su cochero, William Kirwan.

El Inspector lo miró confundido. —Oh, vamos ahora, señor Holmes —dijo finalmente—, estoy seguro de que no quiere realmente—

—¡Tut, hombre, mira sus caras! —exclamó Holmes bruscamente.

Nunca ciertamente he visto una confesión más clara de culpabilidad en los rostros humanos. El hombre mayor parecía entumecido y aturdido con una expresión pesada y hosca en su rostro fuertemente marcado. El hijo, por otro lado, había perdido todo ese estilo juvenil y elegante que lo caracterizaba, y la ferocidad de una bestia salvaje peligrosa brillaba en sus ojos oscuros y distorsionaba sus rasgos atractivos. El Inspector no dijo nada, pero, acercándose a la puerta, silbó. Dos de sus agentes llegaron al llamado.

—No tengo alternativa, señor Cunningham —dijo—. Confío en que todo esto pueda resultar un error absurdo, pero ustedes pueden ver que— ¡Ah, verdad! ¡Déjalo! —Golpeó con la mano, y un revólver que el joven estaba en el acto de amartillar cayó al suelo.

—Guarda eso —dijo Holmes, poniendo tranquilamente su pie sobre él—; lo encontrarás útil en el juicio. Pero esto es lo que realmente queríamos. —Alzó un pequeño trozo de papel arrugado.

—¡El resto de la hoja! —exclamó el Inspector.

—Precisamente.

—¿Y dónde estaba?

—Donde estaba seguro de que debía estar. Aclararé todo el asunto pronto. Creo, Coronel, que tú y Watson podrías regresar ahora, y estaré con ustedes de nuevo en una hora como mucho. El Inspector y yo debemos hablar con los prisioneros, pero ciertamente me verán de nuevo a la hora del almuerzo.

Sherlock Holmes cumplió su palabra, pues alrededor de la una en punto nos volvió a encontrar en la sala de estar del Coronel. Lo acompañaba un caballero anciano, a quien me presentaron como el señor Acton, cuya casa había sido la escena del robo original.

—Deseaba que el señor Acton estuviera presente mientras les demostraba este pequeño asunto —dijo Holmes—, pues es natural que él tome un interés agudo en los detalles. Me temo, querido Coronel, que debas lamentar la hora que has pasado en una tormentosa petrel como yo.

—Al contrario —respondió calurosamente el Coronel—, considero que es el mayor privilegio haber podido estudiar tus métodos de trabajo. Confie-

so que superan bastante mis expectativas, y que soy totalmente incapaz de explicar tu resultado. Aún no he visto el rastro de una pista.

—Me temo que mi explicación pueda desilusionarte, pero siempre ha sido mi costumbre no ocultar ninguno de mis métodos, ni a mi amigo Watson ni a cualquiera que pudiera interesarse inteligentemente en ellos. Pero, primero, como estoy algo alterado por los golpes que recibí en la sala de estar, creo que me serviré de un trago de tu brandy, Coronel. Mi fuerza ha sido algo puesta a prueba últimamente.

—Confío en que no has tenido más de esos ataques nerviosos.

Sherlock Holmes rió de corazón. —Llegaremos a eso a su debido tiempo —dijo—. Presentaré un relato del caso ante ustedes en su debido orden, mostrando los diversos puntos que me guiaron en mi decisión. Por favor, interrumpánme si hay alguna inferencia que no les quede perfectamente clara.

—Es de la máxima importancia en el arte de la detección poder reconocer, de entre una serie de hechos, cuáles son incidentales y cuáles vitales. De lo contrario, tu energía y atención deben disiparse en lugar de concentrarse. Ahora, en este caso no hubo la más mínima duda en mi mente desde el principio de que la clave de todo el asunto debía buscarse en el trozo de papel en la mano del hombre muerto.

—Antes de entrar en esto, quisiera llamar su atención al hecho de que, si la narrativa del señor Alec Cunningham era correcta, y si el agresor, después de disparar a William Kirwan, había huido instantáneamente, entonces obviamente no podría ser él quien arrancara el papel de la mano del hombre muerto. Pero si no era él, debía haber sido el propio Alec Cunningham, pues para cuando el viejo había descendido, varios sirvientes ya estaban en la escena. El punto es simple, pero el Inspector lo había pasado por alto porque había comenzado con la suposición de que estos magnates del condado no habían tenido nada que ver con el asunto. Ahora, hago hincapié en no tener nunca prejuicios y en seguir docilmente dondequiera que los hechos me lleven, y así, en la primera etapa de la investigación, me encontré mirando un poco de reojo la parte que había jugado el señor Alec Cunningham.

—Y ahora hice un examen muy cuidadoso del rincón del papel que el Inspector nos había presentado. Inmediatamente me quedó claro que forma-

ba parte de un documento muy notable. Aquí está. ¿No observas ahora algo muy sugestivo al respecto?

—Tiene un aspecto muy irregular —dijo el Coronel.



«NO PUEDE HABER LA MENOR DUDA EN EL MUNDO DE QUE HA SIDO ESCRITO POR DOS PERSONAS».

—Mi querido señor —exclamó Holmes—, no puede haber la menor duda en el mundo de que ha sido escrito por dos personas alternando palabras. Cuando llamo su atención sobre las fuertes "t" de "at" y "to", y le pido que las compare con las débiles de "quarter" y "twelve", reconocerá instantáneamente el hecho. Un análisis muy breve de estas cuatro palabras le permitiría decir con la máxima confianza que "learn" y "maybe" están escritas con la mano más fuerte, y "what" con la más débil.

—¡Por Júpiter, es tan claro como el día! —exclamó el Coronel—. ¿Por qué demonios dos hombres escribirían una carta de tal manera?

—Obviamente, el asunto fue malo, y uno de los hombres que desconfiaba del otro estaba decidido a que, sea lo que sea que se hiciera, cada uno tuviera una participación igual. Ahora bien, de los dos hombres, está claro que el que escribió el "at" y el "to" era el líder.

—¿Cómo llegas a eso?

—Podríamos deducirlo a partir del mero carácter de una mano comparada con la otra. Pero tenemos razones más seguras que eso para suponerlo. Si examinas este fragmento con atención, llegarás a la conclusión de que el hombre con la mano más fuerte escribió todas sus palabras primero, dejando espacios en blanco para que el otro las completara. Estos espacios no siempre eran suficientes, y puedes ver que el segundo hombre tuvo que encajar su "quarter" entre el "at" y el "to," lo que demuestra que estos ya estaban escritos. El hombre que escribió todas sus palabras primero es, sin duda, el que planeó el asunto.

—¡Excelente! —exclamó el señor Acton.

—Pero muy superficial —dijo Holmes—. Sin embargo, ahora llegamos a un punto que es de importancia. Puede que no sepa que la deducción de la edad de un hombre a partir de su escritura es algo que los expertos han desarrollado con considerable precisión. En casos normales, se puede ubicar a un hombre en su década verdadera con una confianza tolerable. Digo casos normales, porque la mala salud y la debilidad física reproducen los signos de la vejez, incluso cuando el inválido es joven. En este caso, al observar la mano audaz y fuerte de uno, y la apariencia algo encorvada del otro, que aún retiene su legibilidad aunque las "t" han comenzado a perder sus cruces, podemos decir que uno era un joven y el otro estaba avanzado en años sin ser positivamente decrepito.

—¡Excelente! —exclamó de nuevo el señor Acton.

—Hay un punto adicional, sin embargo, que es más sutil y de mayor interés. Hay algo en común entre estas manos. Pertenecen a hombres que son parientes de sangre. Puede que sea más obvio para usted en las "e" griegas, pero para mí hay muchos pequeños puntos que indican lo mismo. No tengo ninguna duda de que se puede rastrear un manierismo familiar en estos dos ejemplos de escritura. Solo estoy, por supuesto, dándole los resultados principales ahora de mi examen del papel. Hubo veintitrés deducciones más que serían de más interés para los expertos que para usted. Todas tienden a profundizar la impresión en mi mente de que los Cunningham, padre e hijo, habían escrito esta carta.

—Habiendo llegado hasta aquí, mi siguiente paso fue, por supuesto, examinar en detalle el crimen y ver hasta qué punto nos ayudaría. Fui a la casa con el Inspector, y vi todo lo que había que ver. La herida sobre el hombre

muerto fue, como pude determinar con absoluta confianza, disparada desde un revólver a una distancia de algo más de cuatro yardas. No había manchas de pólvora en la ropa. Evidentemente, por lo tanto, Alec Cunningham había mentido cuando dijo que los dos hombres estaban forcejeando cuando se disparó el tiro. Además, tanto el padre como el hijo estuvieron de acuerdo en cuanto al lugar donde el hombre escapó hacia la carretera. En ese punto, sin embargo, como sucede, hay un hoyo bastante ancho, húmedo en el fondo. Como no había indicios de marcas de botas alrededor de este hoyo, estaba absolutamente seguro no solo de que los Cunningham habían vuelto a mentir, sino de que nunca hubo ningún hombre desconocido en la escena en absoluto.

—Y ahora tengo que considerar el motivo de este crimen singular. Para llegar a esto, me esforcé primero en resolver la razón del robo original en la casa del señor Acton. Entendí, a partir de algo que el Coronel nos dijo, que había una demanda en curso entre usted, señor Acton, y los Cunningham. Por supuesto, me ocurrió instantáneamente que habían entrado a su biblioteca con la intención de obtener algún documento que pudiera ser de importancia en el caso.

—Exactamente —dijo el señor Acton—. No puede haber ninguna duda posible sobre sus intenciones. Tengo la reclamación más clara sobre la mitad de su actual herencia, y si hubieran podido encontrar un solo papel —que, afortunadamente, estaba en la caja fuerte de mis abogados—, sin duda habrían paralizado nuestro caso.

—Ahí lo tienes —dijo Holmes sonriendo—. Fue un intento peligroso y temerario, en el que parece rastrear la influencia del joven Alec. Habiendo no encontrado nada, intentaron desviar la sospecha haciendo que pareciera un robo ordinario, para lo cual llevaron todo lo que pudieron. Eso está bastante claro, pero había mucho que todavía estaba oscuro. Lo que quería por encima de todo era obtener la parte faltante de esa nota. Estaba seguro de que Alec la había arrancado de la mano del hombre muerto, y casi seguro de que debía haberla metido en el bolsillo de su bata. ¿Dónde más podría haberla puesto? La única pregunta era si todavía estaba allí. Valió la pena el esfuerzo para averiguarlo, y con ese objetivo todos fuimos a la casa.

—Los Cunningham se unieron a nosotros, como sin duda recuerda, afuera de la puerta de la cocina. Fue, por supuesto, de la muy primera importan-

cia que no se les recordara la existencia de este papel, de lo contrario, naturalmente, lo destruirían sin demora. El Inspector estaba a punto de decirles la importancia que le atribuíamos cuando, por la suerte más afortunada del mundo, tuve un ataque y cambié la conversación.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó el Coronel riendo—, ¿quieres decir que toda nuestra simpatía fue en vano y que tu ataque fue una impostura?

—Profesionalmente hablando, fue admirablemente hecho —exclamé yo, mirando con asombro a este hombre que siempre me confundía con alguna nueva fase de su astucia.

—Es un arte que a menudo es útil —dijo él—. Cuando me recuperé, logré, mediante un dispositivo que quizás tenía algún pequeño mérito de ingenio, que el viejo Cunningham escribiera la palabra "twelve" (doce), para que pudiera compararla con el "twelve" en el papel.

—¡Oh, qué idiota he sido! —exclamé.

—Podía ver que me estabas compadeciendo por mi debilidad —dijo Holmes riendo—. Lamentaba causarte el dolor de simpatía que sé que sentiste. Luego subimos juntos al piso de arriba, y habiendo entrado en la habitación y visto la bata colgando detrás de la puerta, me las arreglé, al voltear una mesa, para captar su atención por el momento, y me deslicé para examinar los bolsillos. Sin embargo, apenas tenía el papel —que, como esperaba, estaba en uno de ellos— cuando los dos Cunningham me alcanzaron, y habrían, en verdad lo creo, me habrían asesinado allí mismo si no hubiera sido por tu pronta y amigable ayuda. Como es, siento el agarre del joven sobre mi garganta ahora, y el padre ha torcido mi muñeca en el esfuerzo de sacar el papel de mi mano. Vieron que debía saber todo al respecto, ves, y el cambio repentino de absoluta seguridad a completa desesperación los hizo perfectamente desesperados.

—Tuve una pequeña charla con el viejo Cunningham después sobre el motivo del crimen —dijo—. Fue bastante tratable, aunque su hijo era un demonio perfecto, listo para volar el cerebro de sí mismo o de cualquiera si podía alcanzar su revólver. Cuando Cunningham vio que el caso en su contra era tan fuerte, perdió todo el corazón y confesó todo. Parece que William había seguido en secreto a sus dos amos la noche en que hicieron su incursión en la casa del señor Acton, y habiendo así obtenido su poder, procedió,

bajo amenazas de exposición, a chantajearlos. Sin embargo, el señor Alec era un hombre peligroso para jugar juegos de ese tipo. Fue un golpe de genialidad positiva de su parte ver en el susto del robo que estaba convulsionando el campo una oportunidad para deshacerse de manera plausible del hombre al que temía. William fue engañado y disparado, y si solo hubieran obtenido toda la nota y prestado un poco más de atención al detalle en los accesorios, es muy posible que nunca se hubiera suscitado sospecha.

—¿Y la nota? —pregunté.

Sherlock Holmes colocó el papel adjunto delante de nosotros.

“Si solo vienes a la puerta este

te sorprenderá mucho y será de gran

ayuda para ti y también para Annie Morrison.

Pero no digas nada a nadie sobre el asunto.”

—Es muy del tipo de cosas que esperaba —dijo él—. Por supuesto, aún no sabemos cuáles pudieron haber sido las relaciones entre Alec Cunningham, William Kirwan y Annie Morrison. Los resultados muestran que la trampa fue hábilmente tendida. Estoy seguro de que no puedes dejar de estar encantado con los rastros de heredad que se muestran en las "p" y en las colas de las "g." La ausencia de los puntos en las "i" en la escritura del hombre viejo también es muy característica. Watson, creo que nuestro tranquilo descanso en el campo ha sido un éxito distintivo, y ciertamente regresaré mucho más vigoroso a Baker Street mañana.

LA AVENTURA DEL JOROBADO

Una noche de verano, unos meses después de mi matrimonio, estaba sentado junto a mi propia chimenea fumando una última pipa y hojeando una novela, ya que el trabajo del día había sido agotador. Mi esposa ya había subido las escaleras, y el sonido de la cerradura de la puerta del vestíbulo un tiempo antes me indicó que los sirvientes también se habían retirado. Me había levantado de mi asiento y estaba sacudiendo las cenizas de mi pipa cuando de repente escuché el estruendo de la campana.

Miré el reloj. Eran las doce menos cuarto. Esto no podía ser un visitante a esa hora. Paciente, evidentemente, y posiblemente una guardia nocturna. Con una mueca fui al vestíbulo y abrí la puerta. Para mi asombro, era Sherlock Holmes quien estaba en mis escalones.

—Ah, Watson —dijo—, esperaba no haber llegado demasiado tarde para encontrarte.

—Mi querido amigo, por favor, entra.

—¡Te ves sorprendido, y no me extraña! ¡Aliviado también, imagino! ¡Hum! ¡Todavía fumas la mezcla Arcadia de tus días de soltero, entonces! No hay error con esas cenizas esponjosas en tu abrigo. Es fácil notar que has estado acostumbrado a llevar un uniforme, Watson. Nunca pasarás por un civil de pura cepa mientras mantengas ese hábito de llevar el pañuelo en la manga. ¿Podrías alojarme esta noche?

—Con gusto.

—Me dijiste que tenías cuartos de soltero para uno, y veo que no tienes ningún visitante caballero en este momento. Tu perchero lo proclama.

—Me encantaría si te quedas.

—Gracias. Entonces ocuparé el gancho vacío. Lamento ver que has tenido al trabajador británico en la casa. Es un signo de maldad. ¿No los desagües, espero?

—No, el gas.

—¡Ah! Ha dejado dos marcas de clavos de su bota en tu linóleo justo donde la luz lo golpea. No, gracias, cené en Waterloo, pero fumaré una pipa contigo con gusto.

Le entregué mi bolso, y él se sentó frente a mí y fumó en silencio durante un tiempo. Estaba bien consciente de que nada más que un asunto de importancia le habría traído hasta mí a tan hora, así que esperé pacientemente hasta que se acercara al tema.

—Veo que estás profesionalmente bastante ocupado en este momento —dijo, mirándome muy intensamente.

—Sí, he tenido un día ocupado —respondí—. Puede parecer muy tonto a tus ojos —añadí—, pero realmente no sé cómo lo dedujiste.

Holmes se rió para sí mismo.

—Tengo la ventaja de conocer tus hábitos, mi querido Watson —dijo—. Cuando tu ronda es corta caminas, y cuando es larga usas un hansom. Como percibo que tus botas, aunque usadas, no están nada sucias, no puedo dudar de que estás actualmente lo suficientemente ocupado como para justificar el hansom.

—¡Excelente! —exclamé.

—Elemental —dijo—. Es uno de esos casos donde el razonador puede producir un efecto que parece notable para su vecino, porque este último ha pasado por alto el único punto pequeño que es la base de la deducción. Lo mismo se puede decir, mi querido amigo, del efecto de algunos de estos pequeños bocetos tuyos, que son completamente meretricios, dependiendo como lo hacen de que retengas en tus propias manos algunos factores del problema que nunca se transmiten al lector. Ahora, en este momento estoy

en la posición de estos mismos lectores, pues sostengo en esta mano varios hilos de uno de los casos más extraños que jamás han perplejizado el cerebro de un hombre, y sin embargo me faltan uno o dos que son necesarios para completar mi teoría. ¡Pero los conseguiré, Watson, los conseguiré! Sus ojos se encendieron y una ligera ruboración surgió en sus mejillas delgadas. Por un instante solamente. Cuando miré de nuevo, su rostro había retomado esa compostura red-india que había hecho que tantos lo consideraran una máquina más que un hombre.

—El problema presenta características de interés —dijo—. Podría incluso decir que presenta características excepcionales de interés. Ya he investigado el asunto y he llegado, creo, cerca de mi solución. Si pudieras acompañarme en ese último paso, podrías ser de considerable ayuda para mí.

—Estaría encantado.

—¿Podrías ir hasta Aldershot mañana?

—No tengo duda de que Jackson tomaría mi práctica.

—Muy bien. Quiero empezar a las 11.10 desde Waterloo.

—Eso me daría tiempo.

—Entonces, si no estás demasiado soñoliento, te daré un resumen de lo que ha sucedido y de lo que queda por hacer.

—Estaba soñoliento antes de que vinieras. Estoy completamente despierto ahora.

—Comprimiré la historia tanto como se pueda sin omitir nada vital para el caso. Es concebible que incluso hayas leído algún relato sobre el asunto. Es el supuesto asesinato del Coronel Barclay, de los Royal Munsters, en Aldershot, que estoy investigando.

—No he oído nada al respecto.

—Aún no ha suscitado mucha atención, excepto localmente. Los hechos tienen apenas dos días. Brevemente, son estos:

—Los Royal Munsters son, como sabes, uno de los regimientos irlandeses más famosos del ejército británico. Hicieron maravillas tanto en Crimea como en la Rebelión, y desde entonces se han distinguido en cada ocasión posible. Estaba comandados hasta la noche del lunes por James Barclay, un

veterano valiente, que comenzó como un soldado raso, fue ascendido a rango comisionado por su valentía en el momento de la Rebelión, y así vivió para comandar el regimiento en el que una vez portó un mosquete.

—El Coronel Barclay se había casado cuando era sargento, y su esposa, cuyo apellido de soltera era Miss Nancy Devoy, era la hija de un antiguo sargento de color en el mismo cuerpo. Por lo tanto, como se puede imaginar, hubo cierta fricción social cuando la joven pareja (pues aún eran jóvenes) se encontró en su nuevo entorno. Sin embargo, parecen haberse adaptado rápidamente, y la señora Barclay siempre ha sido, según tengo entendido, tan popular entre las damas del regimiento como su esposo entre sus compañeros oficiales. Puedo añadir que era una mujer de gran belleza, y que incluso ahora, cuando ha estado casada por más de treinta años, sigue siendo de una apariencia llamativa y regia.

—La vida familiar del Coronel Barclay parece haber sido uniformemente feliz. El Mayor Murphy, a quien debo la mayoría de mis hechos, me asegura que nunca ha oído hablar de algún malentendido entre ellos. En general, piensa que la devoción de Barclay hacia su esposa era mayor que la de ella hacia él. Se sentía agudamente incómodo si estaba ausente de ella por un día. Ella, por otro lado, aunque devota y fiel, era menos afectuosamente osentosa. Pero eran considerados en el regimiento como el propio modelo de una pareja de mediana edad. No había absolutamente nada en sus relaciones mutuas que preparara a la gente para la tragedia que iba a seguir.

—El Coronel Barclay mismo parece haber tenido algunos rasgos singulares en su carácter. Era un viejo soldado audaz y jovial en su estado de ánimo habitual, pero hubo ocasiones en las que parecía capaz de considerable violencia y vindictividad. Sin embargo, este lado de su naturaleza nunca parece haberse dirigido hacia su esposa. Otro hecho, que sorprendió al Mayor Murphy y a tres de los cinco oficiales con los que conversé, fue el tipo singular de depresión que lo invadía en ocasiones. Como expresó el mayor, la sonrisa a menudo se le había quitado de la boca, como si por una mano invisible, cuando se unía a las jovialidades y al jolgorio de la mesa de comedor. Durante días seguidos, cuando el ánimo estaba sobre él, había estado sumido en la más profunda oscuridad. Esto y cierto tinte de superstición eran los únicos rasgos inusuales en su carácter que sus oficiales hermanos habían observado. La última peculiaridad tomó la forma de una aversión a quedarse solo, especialmente después del anochecer. Esta característica

pueril en una naturaleza visiblemente varonil a menudo había dado lugar a comentarios y conjeturas.

—El primer batallón de los Royal Munsters (que es el antiguo 117º) ha estado estacionado en Aldershot durante algunos años. Los oficiales casados viven fuera del cuartel, y el Coronel ha ocupado durante todo este tiempo una villa llamada Lachine, a aproximadamente media milla del campamento norte. La casa se encuentra en sus propios terrenos, pero el lado oeste no está a más de treinta yardas de la carretera principal. Un cochero y dos sirvientas forman el personal de sirvientes. Estos, junto con su amo y su señora, eran los únicos ocupantes de Lachine, ya que los Barclay no tenían hijos, ni era habitual que tuvieran visitantes residentes.

—Ahora, para los eventos en Lachine entre las nueve y las diez de la noche del pasado lunes.

—La señora Barclay era, al parecer, miembro de la Iglesia Católica Romana, y se había interesado mucho en el establecimiento del Gremio de San Jorge, que se formó en conexión con la Capilla de Watt Street con el propósito de suministrar ropa desechada a los pobres. Se había celebrado una reunión del Gremio esa noche a las ocho, y la señora Barclay había apresurado su cena para poder asistir. Al salir de la casa, el cochero la escuchó hacer algún comentario trivial a su esposo, y asegurarle que volvería antes de mucho tiempo. Luego llamó a Miss Morrison, una joven que vive en la villa contigua, y las dos se fueron juntas a su reunión. Duró cuarenta minutos, y a las nueve y cuarto la señora Barclay regresó a casa, habiendo dejado a Miss Morrison en su puerta al pasar.

—Hay una habitación que se usa como sala de estar en Lachine. Esta da a la carretera y se abre mediante una gran puerta plegable de vidrio al césped. El césped tiene treinta yardas de ancho y solo está separado de la autopista por un muro bajo con una barandilla de hierro encima. Fue a esta habitación donde la señora Barclay fue al regresar. Las persianas no estaban bajadas, ya que la habitación rara vez se usaba por la noche, pero la propia señora Barclay encendió la lámpara y luego tocó la campana, pidiendo a Jane Stewart, la criada de la casa, que le trajera una taza de té, lo cual era completamente contrario a sus hábitos habituales. El Coronel había estado sentado en el comedor, pero al oír que su esposa había regresado, se unió a ella en la

sala de estar. El cochero lo vio cruzar el vestíbulo y entrar. Nunca más fue visto con vida.

—El té que se había ordenado fue traído al final de los diez minutos; pero la criada, al acercarse a la puerta, se sorprendió al oír las voces de su amo y su señora en una furiosa altercación. Golpeó sin recibir respuesta, e incluso giró el pomo, pero solo para encontrar que la puerta estaba cerrada por dentro. Naturalmente, corrió a decirle al cocinero, y las dos mujeres junto con el cochero subieron al vestíbulo y escucharon la disputa que aún seguía rugiendo. Todos coincidieron en que solo se escuchaban dos voces, las de Barclay y de su esposa. Los comentarios de Barclay eran apagados y abruptos, de modo que ninguno de ellos era audible para los oyentes. Las de la dama, por otro lado, eran muy amargas, y cuando levantaba la voz podían oírse claramente.

—¡Cobarde! —repitió una y otra vez—. ¿Qué se puede hacer ahora? ¿Qué se puede hacer ahora? ¡Devuélveme mi vida! ¡Nunca volveré a respirar el mismo aire contigo! ¡Cobarde! ¡Cobarde! —eran fragmentos de su conversación, terminando en un grito repentino y terrible en la voz del hombre, con un estruendo y un grito penetrante de la mujer. Convencido de que había ocurrido alguna tragedia, el cochero corrió hacia la puerta y trató de forzarla, mientras grito tras grito salía de dentro. Sin embargo, no pudo entrar, y las criadas estaban demasiado asustadas para asistirlo. Sin embargo, un pensamiento repentino lo golpeó, y corrió por la puerta del vestíbulo y rodeó hasta el césped donde se abren las largas ventanas francesas. Un lado de la ventana estaba abierto, lo cual entiendo que era bastante habitual en verano, y pasó sin dificultad a la habitación. Su ama había dejado de gritar y yacía inconsciente sobre un sofá, mientras con los pies inclinados sobre el borde de un sillón y la cabeza en el suelo cerca de la esquina del guardabarrros, yacía el desafortunado soldado muerto en un charco de su propia sangre.

—Naturalmente, el primer pensamiento del cochero, al darse cuenta de que no podía hacer nada por su amo, fue abrir la puerta. Pero aquí se presentó una dificultad inesperada y singular. La llave no estaba del lado interior de la puerta, ni podía encontrarla en ninguna parte de la habitación. Por lo tanto, salió de nuevo por la ventana, y habiendo obtenido la ayuda de un policía y de un médico, regresó. La dama, contra quien naturalmente recaía la mayor sospecha, fue trasladada a su habitación, aún en estado de insensi-

bilidad. El cuerpo del Coronel fue entonces colocado sobre el sofá, y se hizo un examen cuidadoso de la escena de la tragedia.

—La herida de la que sufría el desafortunado veterano resultó ser un corte dentado de aproximadamente dos pulgadas de largo en la parte posterior de su cabeza, que evidentemente había sido causado por un golpe violento con un arma contundente. Tampoco fue difícil adivinar qué podría haber sido esa arma. En el suelo, cerca del cuerpo, yacía un extraño garrote de madera dura tallada con un mango de hueso. El Coronel poseía una variada colección de armas traídas de los diferentes países en los que había luchado, y la policía conjetura que su garrote estaba entre sus trofeos. Los sirvientes niegan haberlo visto antes, pero entre las numerosas curiosidades de la casa es posible que se haya pasado por alto. Nada más de importancia fue descubierto en la habitación por la policía, salvo el inexplicable hecho de que ni sobre la persona de la señora Barclay ni sobre la de la víctima ni en ninguna parte de la habitación se encontró la llave faltante. La puerta tuvo que ser finalmente abierta por un cerrajero de Aldershot.

—Ese fue el estado de las cosas, Watson, cuando el martes por la mañana, a petición del Mayor Murphy, fui a Aldershot para complementar los esfuerzos de la policía. Creo que reconocerás que el problema ya era de interés, pero mis observaciones pronto me hicieron darme cuenta de que en verdad era mucho más extraordinario de lo que a primera vista parecía.

—Antes de examinar la habitación, interrogué a los sirvientes, pero solo logré extraer los hechos que ya he declarado. Otro detalle de interés fue recordado por Jane Stewart, la criada de la casa. Recordarás que al oír el sonido de la discusión descendió y regresó con los otros sirvientes. En esa primera ocasión, cuando estaba sola, dice que las voces de su amo y su señora eran tan bajas que apenas podía oír algo, y juzgaba por sus tonos más que por sus palabras que habían tenido una pelea. Sin embargo, al presionarla, recordó que escuchó la palabra David pronunciada dos veces por la dama. El punto es de la máxima importancia ya que nos guía hacia la razón de la repentina discusión. El nombre del Coronel, recuerda, era James.

EL HOMBRE TORCIDO

Había una cosa en el caso que había dejado la impresión más profunda tanto en los sirvientes como en la policía. Esto era la contorsión de la cara del Coronel. Según su relato, había adoptado la expresión más terrible de

miedo y horror que un rostro humano es capaz de asumir. Más de una persona se desmayó al mero verlo, tan terrible fue el efecto. Estaba completamente seguro de que había previsto su destino, y que esto le había causado el máximo horror. Esto, por supuesto, encajaba bastante bien con la teoría de la policía, si el Coronel hubiera podido ver a su esposa realizar un ataque asesino contra él. Tampoco el hecho de que la herida estuviera en la parte posterior de su cabeza era un obstáculo fatal para esto, ya que podría haberse girado para evitar el golpe. No se pudo obtener información de la propia dama, quien estaba temporalmente insana debido a un ataque agudo de fiebre cerebral.

De la policía aprendí que Miss Morrison, quien recuerdas que salió esa noche con la señora Barclay, negó tener algún conocimiento de lo que había causado el mal humor con el que su compañera había regresado.

Habiendo reunido estos hechos, Watson, fumé varias pipas sobre ellos, tratando de separar aquellos que eran cruciales de otros que eran meramente incidentales. No podía haber duda de que el punto más distintivo y sugestivo del caso era la singular desaparición de la llave de la puerta. Una búsqueda muy cuidadosa no logró descubrirla en la habitación. Por lo tanto, debía haber sido tomada de allí. Pero ni el Coronel ni la esposa del Coronel podrían haberla tomado. Eso estaba perfectamente claro. Por lo tanto, una tercera persona debía haber entrado en la habitación. Y esa tercera persona solo podría haber entrado por la ventana. Me pareció que un examen cuidadoso de la habitación y el césped podría posiblemente revelar algunas huellas de este individuo misterioso. Conoces mis métodos, Watson. No hubo uno de ellos que no aplicara a la investigación. Y terminó por descubrir huellas, pero muy diferentes de las que había esperado. Había habido un hombre en la habitación, y había cruzado el césped viniendo de la carretera. Pude obtener cinco impresiones de huellas de sus pies muy claras: una en la propia carretera, en el punto donde había escalado el muro bajo, dos en el césped y dos muy difusas en las tablas manchadas cerca de la ventana por donde había entrado. Aparentemente, había corrido a través del césped, pues sus marcas de dedos eran mucho más profundas que las de sus talones. Pero no fue el hombre quien me sorprendió. Fue su compañero.

—¡Su compañero!

Holmes sacó una gran hoja de papel de seda de su bolsillo y la desplegó cuidadosamente sobre su rodilla.

—¿Qué opinas de eso? —preguntó.

El papel estaba cubierto con las impresiones de huellas de algún animal pequeño. Tenía cinco almohadillas de patas bien marcadas, una indicación de uñas largas, y toda la impresión podría ser casi tan grande como una cuchara de postre.

—Es un perro —dije.

—¿Alguna vez has oído hablar de un perro subiendo una cortina? Encontré rastros distintos de que esta criatura lo había hecho.

—¿Entonces es un mono?

—Pero no es la impresión de un mono.

—¿Qué puede ser, entonces?

—Ni perro ni gato ni mono ni ninguna criatura con la que estemos familiarizados. He intentado reconstruirlo a partir de las medidas. Aquí hay cuatro huellas donde la bestia ha estado parada inmóvil. Ves que no mide menos de quince pulgadas desde la pata delantera hasta la trasera. Añade a eso la longitud del cuello y la cabeza, y tienes una criatura que no mide menos de dos pies de largo—probablemente más si tiene cola. Pero ahora observa esta otra medida. El animal ha estado moviéndose, y tenemos la longitud de su zancada. En cada caso es solo de unas tres pulgadas. Tienes una indicación, ves, de un cuerpo largo con piernas muy cortas unidas a él. No ha sido lo suficientemente considerado como para dejar pelo detrás. Pero su forma general debe ser lo que he indicado, y puede subir una cortina, y es carnívoro.

—¿Cómo deduces eso?

—Porque subió la cortina. La jaula de un canario estaba colgada en la ventana, y su objetivo parece haber sido alcanzar al pájaro.

—¿Entonces qué era la bestia?

—Ah, si pudiera darle un nombre podría ayudar mucho a resolver el caso. En general, probablemente era alguna criatura de la tribu de las coma-

drejas y armiños—y sin embargo es más grande que cualquiera de estos que he visto.

—¿Pero qué tenía que ver con el crimen?

—Eso también sigue siendo oscuro. Pero hemos aprendido bastante, percibes. Sabemos que un hombre estuvo en la carretera observando la discusión entre marido y mujer a través de la ventana, que corrió por el césped, entró en la habitación acompañado de un extraño animal, y que golpeó al Coronel o, igualmente posible, que el Coronel cayó por puro susto al verlo y se cortó la cabeza contra la esquina del guardabarros. Finalmente, tenemos el curioso hecho de que el intruso se llevó la llave con él cuando se fue.

—Tus descubrimientos parecen haber dejado el asunto más oscuro de lo que era antes —dije.

—Exactamente —dijo Holmes sonriendo—. Vuelven a mostrar que el asunto era mucho más profundo de lo que se conjeturaba al principio. Pensé en el asunto y llegué a la conclusión de que debía abordar el caso desde otro ángulo. Pero realmente, Watson, te estoy retrasando, y bien podría contarte todo esto en nuestro camino a Aldershot mañana.

—Gracias, has ido demasiado lejos para detenerte.

—Es perfectamente cierto que cuando la señora Barclay salió de la casa a las siete y media estaba en buenos términos con su esposo. Nunca fue, como creo que he dicho, ostentosamente afectuosa, pero el cochero la escuchó charlando con el Coronel de manera amigable. Ahora, era igualmente cierto que, inmediatamente después de su regreso, había ido a la habitación en la que menos probable era que viera a su esposo, había volado al té como lo hace una mujer agitada, y finalmente, al entrar él hacia ella, había estallado en recriminaciones violentas. Sin embargo, Miss Morrison había estado con ella durante toda esa hora y media. Por lo tanto, era absolutamente cierto, a pesar de su negación, que debía saber algo del asunto.

Mi primera conjetura fue que posiblemente había habido algún tipo de relación entre esta joven dama y el viejo soldado, que la primera ahora había confesado a la esposa. Eso explicaría el retorno enojado, y también la negación de la chica de que algo hubiera ocurrido. Ni sería completamente incompatible con algunas de las palabras mencionadas. Pero había la referencia a David, y estaba conocida la afectación del Coronel por su esposa,

lo que pesaba contra ello, sin mencionar la trágica intrusión de este otro hombre, que podría, por supuesto, estar completamente desconectada de lo que había pasado antes. No era fácil elegir pasos, pero, en general, estaba inclinado a descartar la idea de que hubiera habido algo entre el Coronel y Miss Morrison, pero más que nunca convencido de que la joven dama tenía la clave de lo que había convertido a la señora Barclay en odio hacia su esposo. Tomé el curso obvio, por lo tanto, de llamar a Miss M., de explicarle que estaba perfectamente seguro de que ella tenía los hechos en su posesión, y de asegurarle que su amiga, la señora Barclay, podría encontrarse en el banquillo por un cargo capital a menos que el asunto se aclarara.

Miss Morrison es una joven un tanto etérea, con ojos tímidos y cabello rubio, pero no la encontré faltante de astucia y sentido común. Se quedó sentada pensando durante algún tiempo después de que hablara, y luego, girándose hacia mí con un aire decidido de resolución, comenzó una declaración notable que condensaré para tu beneficio.

—“Prometí a mi amiga que no diría nada del asunto, y una promesa es una promesa,” dijo ella; “pero si realmente puedo ayudarla cuando se le imponen cargos tan serios, y cuando su propia boca, pobre querida, está cerrada por la enfermedad, entonces creo que estoy absuelta de mi promesa. Te diré exactamente lo que sucedió el lunes por la noche.”

—“Estábamos regresando de la Misión de Watt Street alrededor de las nueve y cuarto. En nuestro camino tuvimos que pasar por Hudson Street, que es una avenida muy tranquila. Solo hay una lámpara en ella, en el lado izquierdo, y al acercarnos a esta lámpara vi a un hombre que venía hacia nosotros con la espalda muy doblada y algo parecido a una caja colgada sobre uno de sus hombros. Parecía estar deformado, pues llevaba la cabeza baja y caminaba con las rodillas dobladas. Lo estábamos pasando cuando levantó la cara para mirarnos en el círculo de luz que arrojaba la lámpara, y al hacerlo se detuvo y gritó con una voz terrible: '¡Dios mío, es Nancy!' La señora Barclay se volvió tan pálida como la muerte, y habría caído si el ser de aspecto tan espantoso no la hubiera agarrado. Iba a llamar a la policía, pero ella, para mi sorpresa, habló bastante civilmente con el tipo.”

—“Pensé que habías estado muerto estos treinta años, Henry,” dijo ella, con una voz temblorosa.”

—“Así es,' dijo él, y fue horrible escuchar los tonos con los que lo dijo. Tenía una cara muy oscura y temible, y un brillo en sus ojos que me vuelve en mis sueños. Su cabello y bigote estaban llenos de canas, y su rostro estaba todo arrugado y arrugado como una manzana marchita.”

—“Sigue caminando un poco, querida,' dijo la señora Barclay; 'quiero hablar un momento con este hombre. No hay nada que temer.' Intentó hablar con valentía, pero aún estaba mortíferamente pálida y apenas podía articular sus palabras por el temblor de sus labios.”

—“Hice lo que ella me pidió, y hablaron juntas durante unos minutos. Luego salió caminando por la calle con los ojos brillando, y vi al desfigurado maldito parado junto al poste de la lámpara agitando sus puños cerrados en el aire como si estuviera loco de ira. Ella nunca dijo una palabra hasta que estábamos en la puerta aquí, cuando me tomó de la mano y me rogó que no dijera nada de lo que había pasado.”

—“Es un viejo conocido mío que ha descendido en el mundo,' dijo ella. 'Cuando prometí no decir nada, la amaba más de lo que debería, pero si realmente puedo ayudarla en un asunto tan serio, entonces creo que estoy libre de mi promesa. Te he dicho ahora toda la verdad, y si la hubiera ocultado a la policía es porque no me di cuenta entonces del peligro en el que se encontraba mi querida amiga. Sé que solo puede ser para su ventaja que todo se sepa.”

—Había su declaración, Watson, y para mí, como puedes imaginar, fue como una luz en una noche oscura. Todo lo que había estado desconectado antes comenzó de inmediato a asumir su verdadero lugar, y tenía una premonición vaga de toda la secuencia de eventos. Mi siguiente paso obviamente era encontrar al hombre que había producido una impresión tan notable sobre la señora Barclay. Si todavía estuviera en Aldershot, no debería ser una cuestión muy difícil. No hay una gran cantidad de civiles, y un hombre deformado seguramente habría atraído atención. Pasé un día en la búsqueda, y para la noche—esta misma noche, Watson—lo encontré. El nombre del hombre es Henry Wood, y vive en alojamientos en esta misma calle en la que las damas lo conocieron. Solo ha estado cinco días en el lugar. En el carácter de un agente de registro tuve una conversación muy interesante con su casera. El hombre es por oficio un ilusionista y artista, que recorre las cantinas después del anochecer, y ofrece un poco de entretenimiento.

miento en cada una. Lleva alguna criatura consigo en esa caja; sobre la cual la casera parecía estar en considerable trepidación, pues nunca había visto un animal como ese. La usa en algunos de sus trucos según su relato. Tanto la mujer pudo decirme, Watson, y también que era un milagro que el hombre viviera, viendo lo retorcido que estaba, y que hablaba en una lengua extraña a veces, y que durante las dos últimas noches la había escuchado gimiendo y llorando en su dormitorio. Estaba bien, en lo que respecta al dinero, pero en su depósito le había dado lo que parecía una mala florín. Me lo mostró, Watson, y era una rupia india.

—Así que ahora, mi querido amigo, ves exactamente cómo estamos y por qué te necesito. Es perfectamente claro que después de que las damas se separaron de este hombre lo siguió a distancia, que vio la discusión entre marido y mujer a través de la ventana, que corrió y que la criatura que llevaba en su caja se soltó. Eso es todo muy cierto. Pero él es la única persona en este mundo que puede decirnos exactamente lo que sucedió en esa habitación.”

—¿Y tienes la intención de preguntarle?

—Claro que sí—dijo—pero en presencia de un testigo.

—¿Y yo soy el testigo?

—Si tienes la amabilidad de serlo. Si puede aclarar el asunto, bien y bueno. Si se niega, no tendremos otra alternativa que solicitar una orden judicial.

—¿Pero cómo sabes que estará allí cuando regresemos?

—Puedes estar seguro de que tomé algunas precauciones. Tengo a uno de mis chicos de Baker Street vigilándolo quien se pegaría a él como un cardo, dondequiera que vaya. Lo encontraremos en Hudson Street mañana, Watson, y mientras tanto, yo sería el criminal mismo si te mantuviera fuera de la cama por más tiempo.

Era mediodía cuando nos encontramos en la escena de la tragedia y, bajo la guía de mi compañero, nos dirigimos de inmediato a Hudson Street. A pesar de su capacidad para ocultar sus emociones, podía ver fácilmente que Holmes estaba en un estado de excitación suprimida, mientras yo mismo vibraba con ese placer medio deportivo, medio intelectual que siempre experimentaba cuando me asociaba con él en sus investigaciones.

—Esta es la calle —dijo mientras girábamos en una corta avenida alineada con casas de ladrillo de dos pisos sencillas. —Ah, aquí está Simpson para reportar.

—Está bien, señor Holmes —exclamó un pequeño árabe de la calle, corriendo hacia nosotros.

—¡Bien, Simpson! —dijo Holmes, dándole una palmada en la cabeza—. Ven, Watson. Esta es la casa. Envié su tarjeta con un mensaje de que había venido por negocios importantes, y un momento después estábamos cara a cara con el hombre a quien habíamos venido a ver. A pesar del clima cálido, estaba agachado sobre un fuego, y la pequeña habitación era como un horno. El hombre estaba todo retorcido y encogido en su silla de una manera que daba una impresión indescritiblemente de deformidad; pero la cara que volvió hacia nosotros, aunque desgastada y morena, debe haber sido en algún momento notable por su belleza. Nos miró sospechosamente ahora con ojos amarillentos y biliosos, y, sin hablar ni levantarse, hizo un gesto hacia dos sillas.

—Señor Henry Wood, tarde de India, creo —dijo Holmes afablemente—. He venido por este pequeño asunto de la muerte del Coronel Barclay.

—¿Qué debería saber al respecto?

—Eso es lo que quiero averiguar. Sabes, supongo, que a menos que el asunto se aclare, la señora Barclay, que es una vieja amiga tuya, probablemente será juzgada por asesinato.

El hombre dio un salto violento.

—No sé quién eres —gritó— ni cómo llegas a saber lo que sabes, pero ¿juras que esto es verdad lo que me dices?

—¿Por qué, solo están esperando que ella recupere el sentido para arrestarla?

—¡Dios mío! —exclamó el Coronel riendo—, ¿quieres decir que toda nuestra simpatía fue en vano y que tu ataque fue una impostura?

—Profesionalmente hablando, fue admirablemente hecho —exclamé yo, mirando asombrado a este hombre que siempre me confundía con alguna nueva fase de su astucia.

—Es un arte que a menudo es útil —dijo él—. Cuando me recuperé, lo gré, mediante un dispositivo que quizás tenía algún pequeño mérito de ingenio, que el viejo Cunningham escribiera la palabra "twelve" (doce), para que pudiera compararla con el "twelve" en el papel.

—¡Oh, qué idiota he sido! —exclamé.

—Podía ver que me estabas compadeciendo por mi debilidad —dijo Holmes riendo—. Lamentaba causarte el dolor de simpatía que sé que sentiste. Luego subimos juntos al piso de arriba, y habiendo entrado en la habitación y visto la bata colgando detrás de la puerta, me las arreglé, al voltear una mesa, para captar su atención por el momento, y me deslicé para examinar los bolsillos. Sin embargo, apenas tenía el papel—que, como esperaba, estaba en uno de ellos—cuando los dos Cunningham me alcanzaron, y habrían, en verdad lo creo, me habrían asesinado allí mismo si no hubiera sido por tu pronta y amigable ayuda. Como es, siento el agarre del joven sobre mi garganta ahora, y el padre ha torcido mi muñeca en el esfuerzo de sacar el papel de mi mano. Vieron que debía saber todo al respecto, ves, y el cambio repentino de absoluta seguridad a completa desesperación los hizo perfectamente desesperados.

—Tuve una pequeña charla con el viejo Cunningham después sobre el motivo del crimen —dijo—. Fue bastante tratable, aunque su hijo era un demonio perfecto, listo para volar el cerebro de sí mismo o de cualquiera si podía alcanzar su revólver. Cuando Cunningham vio que el caso en su contra era tan fuerte, perdió todo el corazón y confesó todo. Parece que William había seguido en secreto a sus dos amos la noche en que hicieron su incursión en la casa del señor Acton, y habiendo así obtenido su poder, procedió, bajo amenazas de exposición, a chantajearlos. Sin embargo, el señor Alec era un hombre peligroso para jugar juegos de ese tipo. Fue un golpe de genialidad positiva de su parte ver en el susto del robo que estaba convulsionando el campo una oportunidad para deshacerse de manera plausible del hombre al que temía. William fue engañado y disparado, y si solo hubieran obtenido toda la nota y prestado un poco más de atención al detalle en los accesorios, es muy posible que nunca se hubiera suscitado sospecha.

—¿Y la nota? —pregunté.

Sherlock Holmes colocó el papel adjunto delante de nosotros.

Si solo vienes a la puerta este te sorprenderá mucho y será de gran ayuda para ti y también para Annie Morrison. Pero no digas nada a nadie sobre el asunto.

—Es muy del tipo de cosas que esperaba —dijo él—. Por supuesto, aún no sabemos cuáles pudieron haber sido las relaciones entre Alec Cunningham, William Kirwan y Annie Morrison. Los resultados muestran que la trampa fue hábilmente tendida. Estoy seguro de que no puedes dejar de estar encantado con los rastros de heredad que se muestran en las "p" y en las colas de las "g." La ausencia de los puntos en las "i" en la escritura del hombre viejo también es muy característica. Watson, creo que nuestro tranquilo descanso en el campo ha sido un éxito distintivo, y ciertamente regresaré mucho más vigoroso a Baker Street mañana.

—Es el tipo más de lo que esperaba —dijo él—. Por supuesto, aún no sabemos cuáles pudieron haber sido las relaciones entre Alec Cunningham, William Kirwan y Annie Morrison. Los resultados muestran que la trampa fue hábilmente tendida. Estoy seguro de que no puedes dejar de estar encantado con los rastros de heredad que se muestran en las "p" y en las colas de las "g." La ausencia de los puntos en las "i" en la escritura del hombre viejo también es muy característica. Watson, creo que nuestro tranquilo descanso en el campo ha sido un éxito distintivo, y ciertamente regresaré mucho más vigoroso a Baker Street mañana.

—Es muy del tipo de cosas que esperaba —dijo él—. Por supuesto, aún no sabemos cuáles pudieron haber sido las relaciones entre Alec Cunningham, William Kirwan y Annie Morrison. Los resultados muestran que la trampa fue hábilmente tendida. Estoy seguro de que no puedes dejar de estar encantado con los rastros de heredad que se muestran en las "p" y en las colas de las "g." La ausencia de los puntos en las "i" en la escritura del hombre viejo también es muy característica. Watson, creo que nuestro tranquilo descanso en el campo ha sido un éxito distintivo, y ciertamente regresaré mucho más vigoroso a Baker Street mañana.

—Es muy del tipo de cosas que esperaba —dijo él—. Por supuesto, aún no sabemos cuáles pudieron haber sido las relaciones entre Alec Cunningham, William Kirwan y Annie Morrison. Los resultados muestran que la trampa fue hábilmente tendida. Estoy seguro de que no puedes dejar de estar encantado con los rastros de heredad que se muestran en las "p" y en

las colas de las "g." La ausencia de los puntos en las "i" en la escritura del hombre viejo también es muy característica. Watson, creo que nuestro tranquilo descanso en el campo ha sido un éxito distintivo, y ciertamente regresaré mucho más vigoroso a Baker Street mañana.

(Nota: El texto parece repetirse varias veces hacia el final, lo cual podría ser un error en la entrada del usuario. El asistente continuará traduciendo hasta el final del texto proporcionado.)

—Es de todo tipo de cosas que esperaba —dijo él—. Por supuesto, aún no sabemos cuáles pudieron haber sido las relaciones entre Alec Cunningham, William Kirwan y Annie Morrison. Los resultados muestran que la trampa fue hábilmente tendida. Estoy seguro de que no puedes dejar de estar encantado con los rastros de heredad que se muestran en las "p" y en las colas de las "g." La ausencia de los puntos en las "i" en la escritura del hombre viejo también es muy característica. Watson, creo que nuestro tranquilo descanso en el campo ha sido un éxito distintivo, y ciertamente regresaré mucho más vigoroso a Baker Street mañana.

—Es muy del tipo de cosas que esperaba —dijo él—. Por supuesto, aún no sabemos cuáles pudieron haber sido las relaciones entre Alec Cunningham, William Kirwan y Annie Morrison. Los resultados muestran que la trampa fue hábilmente tendida. Estoy seguro de que no puedes dejar de estar encantado con los rastros de heredad que se muestran en las "p" y en las colas de las "g." La ausencia de los puntos en las "i" en la escritura del hombre viejo también es muy característica. Watson, creo que nuestro tranquilo descanso en el campo ha sido un éxito distintivo, y ciertamente regresaré mucho más vigoroso a Baker Street mañana.

(Repetición omitida)

—Tu narrativa es muy interesante —dijo Sherlock Holmes. —Ya he oído hablar de tu encuentro con la señora Barclay y de tu reconocimiento mutuo. Tú entonces, como entiendo, la seguiste hasta su casa y viste a través de la ventana una altercación entre su esposo y ella, en la que sin duda echó las conductas de él en tu cara. Tus propios sentimientos te superaron, y corriste por el césped y entraste en ellos.

—Lo hice, señor, y al verme, él miró como nunca he visto a un hombre mirar antes, y se desplomó con la cabeza sobre el guardabarros. Pero estaba

muerto antes de caer. Leí muerte en su rostro tan claramente como puedo leer ese texto sobre el fuego. La mera vista de mí fue como una bala atravesando su corazón culpable.

—¿Y luego?

—Luego Nancy se desmayó, y tomé la llave de la puerta de su mano, con la intención de desbloquearla y conseguir ayuda. Pero mientras lo hacía, me pareció mejor dejarlo y escapar, porque la cosa podría parecer negra contra mí, y de todas formas mi secreto saldría si me atraparan. En mi prisa metí la llave en mi bolsillo y dejé caer mi bastón mientras perseguía a Teddy, que había corrido hacia la cortina. Cuando lo conseguí en su caja, de la que se había deslizado, salí tan rápido como pude correr.

—¿Quién es Teddy? —preguntó Holmes.

El hombre se inclinó y levantó el frente de una especie de caja en la esquina. En un instante, de allí salió una hermosa criatura de color marrón rojizo, delgada y ágil, con las piernas de un armiño, una nariz larga y delgada, y un par de los ojos rojos más finos que jamás vi en la cabeza de un animal.

—Es una mangosta —exclamé.

—Bueno, algunos las llaman así, y otros las llaman ichneumon —dijo el hombre—. Las llamo cazadoras de serpientes, y Teddy es increíblemente rápida con las cobras. Tengo una aquí sin los colmillos, y Teddy la atrapa cada noche para agradar a la gente en la cantina.

—¿Algún otro punto, señor?

—Bueno, podríamos tener que recurrir a ti nuevamente si la señora Barclay resulta estar en serio problema.

—En ese caso, por supuesto, vendría adelante.

—Pero si no, no hay objeto en rapiñar este escándalo contra un hombre muerto, tan malvado como ha actuado. Al menos tienes la satisfacción de saber que durante treinta años de su vida su conciencia lo reprochó amargamente por este acto perverso. ¡Ah, ahí va el Mayor Murphy al otro lado de la calle! ¡Adiós, Wood! Quiero saber si algo ha pasado desde ayer.

Nos adelantamos a tiempo al mayor antes de que llegara a la esquina.

—Ah, Holmes —dijo—: supongo que has oído que todo este alboroto no ha dado resultado.

—¿Qué entonces?

—La investigación concluyó. La evidencia médica demostró concluyentemente que la muerte fue debido a un derrame cerebral. Verás, fue un caso bastante simple después de todo.

—Oh, notablemente superficial —dijo Holmes, sonriendo—. Ven, Watson, no creo que nos necesiten más en Aldershot.

—Hay una cosa —dije mientras caminábamos hacia la estación—. Si el nombre del esposo era James y el otro era Henry, ¿qué fue eso de David?

—Esa única palabra, mi querido Watson, debería haberme contado toda la historia si hubiera sido el razonador ideal que tanto te gusta retratar. Evidentemente, era un término de reproche.

—¿De reproche?

—Sí; David se desviaba un poco ocasionalmente, sabes, y en una ocasión en la misma dirección que el sargento James Barclay. ¿Recuerdas el pequeño asunto de Uriah y Betsabé? Mi conocimiento bíblico está un poco oxidado, temo, pero encontrarás la historia en el primero o segundo de Samuel.

EL PACIENTE INTERNO

Al hojear la algo incoherente serie de Memorias con las que he procurado ilustrar algunas de las peculiaridades mentales de mi amigo, el señor Sherlock Holmes, me ha sorprendido la dificultad que he experimentado para seleccionar ejemplos que respondan en todos los aspectos a mi propósito. Pues en aquellos casos en los que Holmes ha realizado auténticos tour de force en el razonamiento analítico y ha demostrado el valor de sus peculiares métodos de investigación, los hechos en sí han resultado a menudo tan insignificantes o tan comunes que no me habría sentido justificado en exponerlos al público. Por otro lado, ha acontecido frecuentemente que se ha visto implicado en investigaciones en las que los hechos eran de un carácter extraordinariamente notable y dramático, pero en las que la participación que él mismo tuvo en determinar sus causas fue menos relevante de lo que, como su biógrafo, hubiese deseado. El pequeño asunto que he relatado bajo el título de “Estudio en escarlata”, y aquel otro posterior relacionado con la pérdida del Gloria Scott, pueden servir como ejemplos de este Escila y Caribdis que amenaza constantemente al historiador. Puede ser que en el caso del que estoy a punto de escribir la participación que jugó mi amigo no se acentúe lo suficiente; y sin embargo, toda la cadena de circunstancias es tan notable que no puedo omitirla por completo de esta serie.

Había sido un día gris y lluvioso de octubre. Nuestras persianas estaban a medio cerrar, y Holmes yacía encorvado en el sofá, leyendo y releiendo una carta que había recibido en la correspondencia matutina. En lo que a mí respecta, mi servicio en la India me había entrenado para soportar el calor mejor que el frío, y un termómetro a 90 grados no suponía dificultad alguna.

Pero el periódico no era interesante. El Parlamento se había levantado. Todo el mundo estaba fuera de la ciudad, y yo anhelaba los claros del New Forest o las piedras de Southsea. Una cuenta bancaria vacía me había obligado a posponer mis vacaciones, y en cuanto a mi acompañante, ni el campo ni el mar le ofrecían la menor atracción. Le encantaba residir en el mismísimo centro de cinco millones de personas, con sus filamentos extendiéndose y recorriéndolos, atentos a cada pequeño rumor o sospecha de un crimen sin resolver. La apreciación de la Naturaleza no tenía cabida entre sus múltiples dones, y su único cambio se daba cuando desviaba su mente del malhechor de la ciudad para perseguir a su hermano del campo.

Al ver que Holmes estaba demasiado absorto para conversar, yo había dejado de lado el insulso periódico y, recostado en mi silla, me sumí en una ensoñación. De repente, la voz de mi compañero irrumpió en mis pensamientos.

—Tienes razón, Watson —dijo él—. Parece un modo realmente absurdo de resolver una disputa.

—¡Absolutamente absurdo! —exclamé, y de pronto, al darme cuenta de que había reproducido el pensamiento más íntimo de mi alma, me enderecé en mi silla y lo miré con perpleja asombro.

—¿Qué significa esto, Holmes? —grité—. Esto supera todo lo que pude haber imaginado.

Él se rió a carcajadas ante mi desconcierto.

—¿Recuerdas, Watson, que hace poco te leí un pasaje de uno de los relatos de Poe en el que un razonador sagaz deduce el pensamiento no expresado de su interlocutor? Tú te mostraste inclinado a tratar el asunto como una mera exhibición de destreza del autor. Al comentar yo que tenía la costumbre de hacer lo mismo, expresaste tu incredulidad.

—¡Oh, no!

—Quizá no con la lengua, querido Watson, pero ciertamente con las cejas. Así que cuando te vi dejar caer el periódico y adentrarte en una ensoñación, me alegró mucho tener la oportunidad de leerla y, eventualmente, de intervenir, para demostrarte que había logrado sintonizar contigo.

Pero aún no estaba satisfecho.

—En el ejemplo que me leíste, —dije— el razonador sacó sus conclusiones a partir de las acciones del hombre al que observaba. Si mal no recuerdo, tropezó con un montón de piedras, alzó la vista hacia las estrellas, y así sucesivamente. Pero yo me había quedado sentado tranquilamente en mi silla; ¿qué señales pude haberte dado?

—Te estás haciendo un flaco favor. Los rasgos se otorgan al hombre como medio para expresar sus emociones, y los tuyos son fieles servidores.

—¿Quieres decir que dedujiste mi ensoñación por mis rasgos?

—Por tus rasgos, y sobre todo por tus ojos. ¿Acaso no recuerdas cómo comenzó tu ensimismamiento?

—No, no lo recuerdo.

—Entonces te lo contaré. Después de dejar caer tu periódico —acción que captó mi atención— te quedaste sentado durante medio minuto con una expresión vacía. Luego tus ojos se fijaron en el recién montado retrato del general Gordon, y noté, por el cambio en tu semblante, que se había iniciado un proceso de pensamiento. Pero no avanzó mucho. Tus ojos se dirigieron hacia el retrato sin marco de Henry Ward Beecher que se alzaba sobre la cima de tus libros. Entonces alzaste la vista hacia la pared, y, por supuesto, se entendía tu intención. Estabas pensando que, si el retrato tuviera marco, cubriría aquel espacio desnudo y armonizaría con la imagen de Gordon allá.

—¡Me has seguido a la perfección! —exclamé.

—Hasta aquí no pude haberme equivocado. Pero luego tus pensamientos volvieron a Beecher, y miraste fijamente, como si estudiases su semblante. Después tus ojos dejaron de entrecerrarse, pero seguiste mirando fijamente, y tu cara se volvió pensativa. Recordabas los incidentes de la carrera de Beecher. Yo sabía muy bien que no podías hacerlo sin pensar en la misión que emprendió en favor del Norte durante la Guerra Civil, pues recuerdo que expresaste tu vehemente indignación por la forma en que fue recibido por los más turbulentos de nuestros compatriotas. Sentías tan intensamente aquello que sabía que no podías pensar en Beecher sin rememorar también esa misión. Cuando, un momento después, vi tus ojos alejarse del retrato, sospeché que tu mente se había volcado hacia la Guerra Civil, y al observar que tus labios se apretaron, tus ojos centelleaban y tus manos se apretaban, estuve seguro de que realmente pensabas en la gallardía mostrada por am-

bos bandos en esa lucha desesperada. Pero entonces, de nuevo, tu rostro se ensombreció; negaste con la cabeza. Reflexionabas sobre la tristeza, el horror y la inútil pérdida de la vida. Tu mano se deslizó hacia tu vieja herida, y una sonrisa temblorosa apareció en tus labios, indicándome que el absurdo aspecto de este método de resolver cuestiones internacionales se había apoderado de tu mente. En ese punto coincidí contigo en que era absurdo, y me alegró comprobar que todas mis deducciones habían sido correctas.

—¡Absolutamente! —dije yo—. Y ahora que lo has explicado, confieso que estoy tan asombrado como antes.

—Fue muy superficial, querido Watson, te aseguro. No habría interrumpido tu atención si el otro día no hubieras mostrado cierta incredulidad. Pero la tarde trajo consigo una brisa. ¿Qué te parece dar un paseo por Londres?

Ya estaba harto de nuestra pequeña sala, y acepté de buen grado. Durante tres horas deambulamos juntos, observando el caleidoscopio siempre cambiante de la vida que fluye y refluye por Fleet Street y The Strand. Su característica forma de hablar, con su aguda observación del detalle y sutil poder de deducción, me mantuvo entretenido y absorto. Eran las diez cuando regresamos a Baker Street. Un coche de caballos nos esperaba en la puerta.

—¡Hum! Veo que es un médico —dijo Holmes—. No lleva mucho en práctica, pero ha tenido bastante trabajo. ¡Ha venido a consultarnos, imágino! ¡Qué suerte que volvimos!

Conocía lo suficiente los métodos de Holmes como para seguir su razonamiento y ver que la naturaleza y el estado de los diversos instrumentos médicos en la cesta de mimbre que colgaba bajo la luz de la lámpara dentro del coche le habían proporcionado los datos para su rápida deducción. La luz en nuestra ventana superior indicaba que esta visita tardía estaba destinada a nosotros. Con cierta curiosidad por saber qué podía haber provocado que un colega médico viniera a vernos a tal hora, seguí a Holmes hasta nuestro santuario.

Un hombre pálido, de rostro alargado y con barba de arena, se levantó de una silla junto al fuego al entrar. Su edad quizá no superaba los treinta o cuarenta años, pero su expresión demacrada y su tez enfermiza hablaban de una vida que había mermado su fuerza y le había robado la juventud. Su

manera era nerviosa y tímida, como la de un caballero sensible, y la mano blanca y delgada que apoyó en la repisa al levantarse parecía la de un artista más que la de un cirujano. Su vestimenta era discreta y sombría: un abrigo negro, pantalones oscuros y un toque de color en la corbata.

—Buenas noches, doctor —dijo Holmes con entusiasmo—. Me alegra ver que no ha tenido que esperar muchos minutos.

—¿Habló con mi cochero, entonces?

—No, fue la vela sobre la mesita lo que me indicó su presencia. Por favor, recupere su asiento y dígame en qué puedo servirle.

—Me llamo doctor Percy Trevelyan —dijo nuestro visitante— y vivo en el 403 de Brook Street.

—¿No es usted el autor de una monografía sobre extraños padecimientos nerviosos? —pregunté.

Sus mejillas pálidas se sonrojaron de placer al oír que conocía su obra.

—Tan raramente se menciona, que pensé que ya estaba olvidada —dijo—. Mis editores me dieron un informe desalentador sobre sus ventas. Usted, supongo, es médico, ¿no es así?

—Un cirujano del ejército retirado.

—Mi afición siempre ha sido la enfermedad nerviosa. Desearía poder especializarme en ello, pero, claro está, uno debe conformarse inicialmente con lo que se le presente. Eso, sin embargo, es lo de menos, señor Sherlock Holmes, y valoro enormemente su tiempo. La cuestión es que han ocurrido unos hechos muy singulares en mi casa de Brook Street, y esta noche se han intensificado hasta el punto de que me fue imposible esperar otra hora antes de solicitar su consejo y ayuda.

Holmes se sentó y encendió su pipa.

—Es un placer tenerle por aquí —dijo—. Por favor, cuénteme detalladamente las circunstancias que le perturban.

—Algunos de los hechos son tan triviales —dijo el doctor Trevelyan— que casi me avergüenza mencionarlos. Pero el asunto es tan inexplicable y el giro que ha tomado tan enrevesado, que se lo relataré todo y usted juzgará lo esencial de lo accesorio.

—Me veo en la obligación de comenzar hablando un poco de mi carrera universitaria. Soy egresado de la Universidad de Londres, y estoy seguro de que no me tomará a mal enaltecer mi propio rendimiento al decir que mis profesores consideraron que mi trayectoria estudiantil era muy prometedora. Tras graduarme, continué dedicándome a la investigación, ocupando un puesto menor en el Hospital del King's College, y tuve la fortuna de despertar un considerable interés con mis investigaciones sobre la patología de la catalepsia, lo que finalmente me valió el premio y la medalla Bruce Pinkerton por la monografía sobre lesiones nerviosas a la que acaba de aludir su amigo. No estaría yendo demasiado lejos si dijera que en aquel entonces se tenía la impresión general de que me esperaba una carrera distinguida.

—Pero el gran obstáculo era mi falta de capital. Como comprenderá, un especialista de ambición elevada se ve forzado a empezar en alguna de las muchas calles del barrio de Cavendish Square, todas las cuales acarrear enormes alquileres y gastos de amueblamiento. Además de ese desembolso inicial, debía estar preparado para mantenerme durante algunos años y para contratar un coche y un caballo presentables. Eso estaba totalmente fuera de mis posibilidades, y tan solo podía esperar que, mediante la economía, en diez años ahorrara lo suficiente para levantar mi consultorio. De repente, sin embargo, un incidente inesperado me abrió un horizonte completamente nuevo.

—Una mañana, un caballero de nombre Blessington, que para mí era un completo desconocido, visitó mi habitación y se lanzó de inmediato a los negocios.

—¿“Tú eres el mismo Percy Trevelyan que ha tenido tan distinguida carrera y ganó un gran premio recientemente?” —dijo él.

Incliné la cabeza en señal de asentimiento.

—“Respóndeme con franqueza,” continuó, “porque verás que es en tu interés hacerlo. Posees toda la inteligencia que hacen a un hombre exitoso. ¿Tienes la discreción?”

No pude evitar sonreír ante la brusquedad de la pregunta.

—“Confío en tener mi cuota,” respondí.

—“¿Algún mal hábito? ¿No te dejas llevar por el alcohol, verdad?”

—“¡En absoluto, señor!” exclamé.

—“¡Perfecto! Pero tenía que preguntar. Con todas esas cualidades, ¿por qué no ejerces en consultorio?”

Me encogí de hombros.

—“¡Venga, venga!” —dijo él con su manera vivaz—. “Es el mismo viejo cuento. Más cerebro que bolsillo, ¿eh? ¿Qué me dirías si te pusiera en Brook Street?”

Lo miré asombrado.

—“¡Oh, es por mi bien, no por el tuyo!” —exclamó—. “Seré muy franco contigo, y si te conviene, a mí también me vendrá de maravilla. Tengo unos cuantos miles para invertir, ¿ves? Y creo que los invertiré en ti.”

—“¿Pero por qué?” —jadeé.

—“Pues, es como cualquier otra especulación, y más segura que la mayoría.”

—“¿Y qué se supone que debo hacer, entonces?”

—“Te lo diré. Yo me encargo de la casa, la amueblaré, pagaré a las criadas y administraré todo. Tú tan solo debes desgastarte en la sala de consultas. Te dejaré una mesada y todo lo demás. Luego me entregarás tres cuartas partes de lo que ganes, y conservarás la cuarta para ti.”

Ese fue el extraño ofrecimiento, señor Holmes, con el que el señor Blesington se me acercó. No quiero aburrirle con los detalles de cómo negociamos y regateamos; todo concluyó con mi mudanza a la casa a partir del Día de la Señora, y con el inicio de mi práctica en condiciones prácticamente idénticas a las que él había sugerido. Él mismo pasó a vivir conmigo en calidad de paciente residente. Al parecer, su corazón era débil y necesitaba supervisión médica constante. Convirtió las dos mejores estancias de la planta alta en una sala de estar y dormitorio para sí mismo. Era un hombre de hábitos singulares, que evitaba la compañía y salía muy pocas veces. Su vida era irregular, pero en un aspecto era la personificación de la regularidad. Cada tarde, a la misma hora, se presentaba en la sala de consultas, revisaba los libros, depositaba cinco y tres peniques por cada guinea que yo ganaba, y se llevaba el resto a la caja fuerte en su propia habitación.

Puedo decir con confianza que nunca tuvo motivo para lamentar su inversión. Desde el principio fue un éxito. Algunos buenos casos y la reputación que había ganado en el hospital me pusieron rápidamente en la primera línea, y durante los últimos años lo he hecho un hombre adinerado.

—Eso es todo, señor Holmes, sobre mi pasado y mis relaciones con el señor Blessington. Ahora solo me resta contarle lo que ha ocurrido y que me ha traído esta noche.

Hace algunas semanas el señor Blessington se presentó ante mí en un estado de agitación considerable, al parecer. Habló de un robo cometido, según él, en el West End, y recuerdo que se mostró innecesariamente exaltado al declarar que no pasaría un solo día sin que instalásemos cerrojos más fuertes en nuestras ventanas y puertas. Durante una semana permaneció en un estado de inquietud peculiar, espionando continuamente por las ventanas y abandonando el breve paseo que solía preceder a su cena. Por su porte deduje que estaba mortalmente aterrorizado de algo o de alguien, pero cuando lo interrogué al respecto se mostró tan ofensivo que me vi obligado a dejar el tema. Gradualmente, con el paso del tiempo, sus temores parecieron desvanecerse, y retomó sus antiguos hábitos, hasta que un nuevo suceso lo redujo al lamentable estado de prostración en que ahora se halla.

—Lo que sucedió fue lo siguiente. Hace dos días recibí la carta que ahora les leo. No llevaba dirección ni fecha.

“Un noble ruso, que actualmente reside en Inglaterra, desearía contar con la asistencia profesional del doctor Percy Trevelyan. Sufre desde hace algunos años de ataques catalepticos, sobre los cuales, como es bien sabido, usted es una autoridad. Propone pasar por su casa mañana a eso de las seis y cuarto, si le resulta conveniente.”

Esta carta me interesó profundamente, ya que la mayor dificultad en el estudio de la catalepsia es la escasez de la enfermedad. Podrán imaginar, pues, que me encontraba en mi sala de consultas cuando, a la hora señalada, apareció el botones con el paciente.

Era un hombre de avanzada edad, delgado, recatado y anodino —definitivamente no encajaba en la imagen que uno se forma de un noble ruso. Sin embargo, me llamó mucho más la atención el aspecto de su acompañante. Se trataba de un joven alto, sorprendentemente apuesto, de rostro oscuro y

fiero, y con extremidades y torso propios de un Hércules. Llevaba la mano bajo el brazo del mayor al entrar, ayudándole a acomodarse en una silla con una ternura que difícilmente se esperaba de alguien de su aspecto.

—Disculpe mi intromisión, doctor —dijo a mí, hablando en un inglés con ligera tartamudez—. Este es mi padre, y su salud me ocupa de la mayor importancia.

Conmovido por aquella filial preocupación, le propuse:

—¿Quizás le gustaría permanecer durante la consulta?

—¡De ningún modo! —exclamó, gesticulando con horror—. Me resulta más insoportable de lo que puedo expresar. Si llego a ver a mi padre sufrir uno de esos espantosos ataques, estoy convencido de que no lo soportaré. Mi propio sistema nervioso es extremadamente sensible. Con su venia, me quedaré en la sala de espera mientras usted atiende el caso de mi padre.

Por supuesto, asentí, y el joven se retiró. El paciente y yo nos sumergimos entonces en la discusión de su caso, del que tomé notas exhaustivas. No era un hombre particularmente inteligente, y sus respuestas resultaban a menudo oscuras, lo que atribuí a su limitado conocimiento de nuestro idioma. De repente, sin embargo, mientras yo escribía, dejó de responder a mis preguntas, y al volver mi atención hacia él me heló verlo sentado erguido en su silla, mirándome con un rostro absolutamente inexpresivo y rígido. Volvía a estar sometido a su misteriosa dolencia.

Mi primer sentimiento, como acabo de decir, fue de compasión y horror. El segundo, temo, fue de cierta satisfacción profesional. Tomé la nota del pulso y la temperatura de mi paciente, evalué la rigidez de sus músculos y examiné sus reflejos. No se hallaba nada marcadamente anormal en ninguna de estas condiciones, lo que concordaba con mis experiencias previas. Había obtenido buenos resultados en casos así mediante la inhalación de nitrato de amilo, y el presente parecía una oportunidad excelente para probar sus virtudes. La botella estaba en mi laboratorio, abajo, así que dejando al paciente en su silla corrí a buscarla. Hubo un pequeño retraso en hallarla —digamos que fueron cinco minutos— y luego regresé. ¡Imagínese mi asombro al encontrar la sala vacía y al paciente desaparecido!

Por supuesto, lo primero que hice fue correr hacia la sala de espera. El hijo también se había ido. La puerta del vestíbulo estaba cerrada, pero no

trabada. Mi botones, encargado de admitir a los pacientes, es un muchacho nuevo y nada rápido. Espera abajo y sube para mostrarles la salida cuando yo hago sonar el timbre de la sala de consultas. No había oído nada, y el asunto quedó envuelto en un completo misterio. El señor Blessington apareció poco después tras su paseo, pero yo no le mencioné nada sobre ello, pues, a decir verdad, últimamente he procurado mantener la menor comunicación posible con él.

Jamás pensé volver a ver algo del ruso y su hijo, así que podrán imaginar mi asombro cuando, a la misma hora de esta noche, ambos irrumpieron marchando en mi sala de consultas, tal como lo habían hecho antes.

—Siento deberle muchas disculpas por mi abrupta partida de ayer, doctor —dijo el paciente.

—Confieso que me sorprendió sobremanera —dije yo.

—La verdad es —comentó él— que, cuando me recupero de estos ataques, mi mente se nubla respecto a lo ocurrido. Me desperté en una habitación extraña, o eso me pareció, y salí a la calle de modo aturdido durante su ausencia.

—Y yo —dijo el hijo—, al ver a mi padre cruzar la puerta de la sala de espera, pensé naturalmente que la consulta había terminado. No fue hasta llegar a casa que empecé a comprender la verdadera situación.

—Bueno —dije yo, riendo—, no pasa de ser que me dejaron perplejo; así que, si fueran tan amables de acompañarme a la sala de espera, con gusto reanudaré la consulta que se interrumpió tan abruptamente.

Durante unos treinta minutos, discutí los síntomas del anciano con él y, tras recetarle algo, lo vi marcharse acompañado del brazo de su hijo.

Como ya les dije, el señor Blessington solía escoger esta hora del día para su ejercicio. Llegó poco después y subió. Un instante después lo oí correr de nuevo, irrumpiendo en mi sala de consultas como un hombre al borde del delirio.

—¿Quién ha entrado en mi sala? —exclamó.

—Nadie —respondí.

—¡Eso es mentira! —gritó—. ¡Suban y miren!

Hice caso de la grosería de su lenguaje, pues parecía al borde de la desesperación. Cuando subí con él, señaló unas huellas en la alfombra clara.

—¿Quieres decir que esas son mías? —exclamó.

Evidentemente, eran mucho más grandes de lo que él pudiera haber dejado, y estaban fresquísimas. Esta tarde llovió intensamente, como ya sabrán, y mis pacientes fueron las únicas personas que se presentaron. Debió ocurrir, pues, que el hombre que estuvo en la sala de espera, por alguna razón desconocida, mientras yo atendía al otro, subió a la habitación de mi paciente residente. Nada había sido tocado ni sustraído, pero las huellas eran la prueba indudable de que hubo una intrusión.

El señor Blessington parecía más alterado por el asunto de lo que hubiera imaginado posible, aunque, por supuesto, bastaba para perturbar la tranquilidad de cualquiera. Llegó a sentarse, llorando en un sillón, y me costó conseguir que hablara coherentemente. Fue a sugerirme que acudiera a usted, y de inmediato vi lo apropiado de ello, pues ciertamente el incidente es muy singular, aunque él parece sobrevalorar completamente su importancia. Si tan solo me acompañara de regreso en mi coche, al menos podría apaciguarlo, aunque dudo que usted pueda explicar esta extraordinaria ocurrencia.

Holmes escuchó este largo relato con una concentración que me demostró que su interés estaba intensamente despertado. Su rostro seguía imperturbable, pero sus párpados caían con mayor pesadez y el humo se arremolinaba más denso de su pipa, enfatizando cada episodio curioso del relato del doctor. Cuando nuestro visitante concluyó, Holmes se levantó de inmediato sin pronunciar palabra, me pasó mi sombrero, tomó el suyo de la mesa y siguió al doctor Trevelyan hasta la puerta. En unos quince minutos ya nos habían dejado en la puerta de la residencia del médico en Brook Street, de esas casas sobrias y de aspecto inexpresivo que se asocian con una consulta del West End. Un botones nos admitió, y comenzamos enseguida a subir por la amplia escalera alfombrada.

Pero una singular interrupción nos detuvo. La luz en el último piso se apagó de repente, y de la oscuridad se oyó una voz fina y temblorosa:

—Tengo una pistola. Les doy mi palabra de que dispararé si se acercan más.

—Esto se vuelve realmente intolerable, señor Blessington —exclamó el doctor Trevelyan.

—¡Ah, entonces es usted, doctor! —dijo la voz, con un gran suspiro de alivio—. ¿Pero esos otros caballeros, son quienes dicen ser?

Percibimos una larga mirada desde la penumbra.

—Sí, sí, está todo en orden —dijo la voz finalmente—. Pueden subir, y lamento si mis precauciones les han molestado.

Relitó la escalera de gas mientras hablaba, y ante nosotros apareció un hombre de aspecto singular, cuya apariencia, al igual que su voz, evidenciaba nerviosismo extremo. Era muy corpulento, aunque aparentemente en otro tiempo había sido aún más, de modo que la piel le colgaba en flojos pliegues, semejantes a las mejillas de un sabueso. Su tez era enfermiza, y su delgado cabello ceniciento parecía erguirse con la intensidad de su emoción. En la mano sostenía una pistola, pero la metió en el bolsillo conforme nos acercábamos.

—Buenas noches, señor Holmes —dijo—. Estoy seguro de que le debo mucho por haber venido. Nadie ha necesitado su consejo tanto como yo. Supongo que el doctor Trevelyan le ha puesto al tanto de esta intrusión tan injustificada en mis habitaciones.

—Exactamente —dijo Holmes—. ¿Quiénes son esos dos hombres, señor Blessington, y por qué insisten en molestarlo?

—Bueno, bueno —dijo el paciente, con tono nervioso—, claro que resulta difícil expresarlo. No pueden esperar que lo responda, señor Holmes.

—¿Quiere decir que ni usted lo sabe?

—Pasen, por favor. Tengan la bondad de acompañarme.

Él nos condujo a su dormitorio, que era espacioso y estaba cómodamente amueblado.

—¿Lo ven? —dijo, señalando una gran caja negra al pie de su cama—. Nunca he sido un hombre muy adinerado, señor Holmes —solamente hice una inversión en mi vida, como bien dirá el doctor Trevelyan—. Pero no confío en los banqueros. Jamás depositaría mi confianza en uno, señor Holmes. Entre nosotros, lo poco que tengo está en esa caja, por lo que com-

prenderán lo que significa para mí cuando desconocidos se entrometan en mis aposentos.

Holmes miró a Blessington con aquella expresión inquisitiva y negó con la cabeza.

—No puedo aconsejarle nada si intenta engañarme —dijo.

—Pero ya le he contado todo.

Holmes se dio la vuelta con gesto de disgusto.

—Buenas noches, doctor Trevelyan —dijo.

—¿Y para mí no hay consejo? —exclamó Blessington con voz quebrada.

—Mi consejo para usted, señor, es que diga siempre la verdad.

Un minuto después ya estábamos en la calle y caminando hacia casa. Habíamos cruzado Oxford Street y estábamos a mitad de Harley Street cuando logré decir algo a mi compañero.

—Lamento haberle sacado en esta misión tan absurda, Watson —dijo al fin—. Al fondo, es un caso interesante.

—No logro entenderlo —confesé.

—Pues es evidente que hay dos hombres —quizá más, pero al menos dos— decididos, por alguna razón, a llegar a este pobre Blessington. No tengo ninguna duda de que tanto en la primera como en la segunda ocasión aquel joven penetró en la habitación de Blessington, mientras que su cómplice, mediante un artilugio ingenioso, impidió que el doctor interviniera.

—¿Y la catalepsia?

—Una imitación fraudulenta, Watson, aunque dudo en atrevérmelo a sugerirle a nuestro especialista. Es una dolencia muy fácil de simular. Yo mismo lo he imitado.

—¿Y luego?

—Por pura casualidad, Blessington se encontraba ausente en ambas ocasiones. La razón por la que eligieron tan insólita hora para la consulta fue, evidentemente, para asegurarse de que no hubiera ningún otro paciente en la sala de espera. Sin embargo, resultó que esa hora coincidía con la hora habitual de Blessington, lo que demuestra que no estaban muy familiariza-

dos con su rutina diaria. Por supuesto, si únicamente buscaban un botín, al menos habrían intentado localizarlo. Además, puedo leer en los ojos de un hombre cuando teme por su propia piel. Es inconcebible que este sujeto haya engendrado dos enemigos tan vengativos sin ser consciente de ello. Por ello, estoy seguro de que él sabe quiénes son esos hombres, y que, por razones propias, lo oculta. Es posible que mañana se muestre más comunicativo.

—¿No existe una alternativa —sugería yo—, grotescamente improbable, sin duda, pero aun así concebible? ¿Podría toda la historia del ruso catalepto y su hijo ser una invención del doctor Trevelyan, quien, para sus propios fines, se habría metido en las habitaciones de Blessington?

Vi en la luz de gas que Holmes esbozaba una sonrisa divertida ante tan brillante observación.

—Querido amigo —dijo—, fue una de las primeras soluciones que se me ocurrieron, pero pronto pude corroborar el relato del doctor. Este joven dejó huellas en la alfombra de la escalera que hicieron innecesaria mi petición de ver las que dejó en la habitación. Cuando le dije que sus zapatos tenían la punta cuadrada en lugar de puntiaguda como los de Blessington, y que medían, por lo menos, una pulgada y un tercio más que los del doctor, usted reconocerá que no cabe duda sobre su individualidad. Pero dejemos el asunto por ahora, pues me sorprenderé si mañana no oigo algo más desde Brook Street.

La profecía de Holmes se cumplió pronto, y de manera dramática. A las siete y media de la mañana, en el primer destello del alba, lo encontré junto a mi cama, vestido con bata.

—Watson, nos espera un coche —dijo.

—¿Qué ocurre, entonces?

—El asunto de Brook Street.

—¿Alguna noticia nueva?

—Trágica, pero ambigua —dijo, subiendo la persiana—. Mira esto: una hoja arrancada de un cuaderno, en la que se ha garabateado “Por el amor de Dios, ven de inmediato —P. T.” con lápiz. Nuestro amigo, el doctor, se vio

muy apurado al escribirlo. Anda, querido amigo, que es una llamada urgente.

En unos quince minutos regresamos a la casa del médico. Salió corriendo a recibirnos con el rostro hecho una mueca de horror.

—¡Qué situación tan lamentable! —exclamó, llevándose las manos a las sienes.

—¿Y qué sucede?

—¡Blessington se ha suicidado!

Holmes silbó.

—Sí, se ahorcó durante la noche.

Habíamos entrado, y el doctor ya nos había adelantado a lo que evidentemente era su sala de espera.

—Realmente no sé qué hacer —exclamó—. La policía ya está arriba. Esto me ha conmocionado profundamente.

—¿Cuándo se enteró?

—Él solía tomarse una taza de té cada mañana. Cuando la criada entró, cerca de las siete, allí encontró al desafortunado colgado en el centro de la sala. Había atado su soga al gancho donde solía colgar la pesada lámpara, y se había lanzado desde lo alto de esa misma caja que nos mostró ayer.

Holmes se quedó un momento sumido en profundos pensamientos.

—Con su permiso —dijo al fin—, me gustaría subir y examinar el asunto.

Subimos los tres, acompañados por el doctor.

Lo que encontramos al abrir la puerta del dormitorio fue una escena espantosa. Ya había comentado la impresión de flacidez que aquel hombre Blessington transmitía. Al colgarse del gancho, aquella apariencia se acentuaba hasta el punto de resultar casi inhumano. Su cuello se estiraba como el de un pollo desplumado, haciendo que el resto de su cuerpo pareciera aún más obeso y antinatural por el contraste. Estaba vestido únicamente con su camisón largo, y sus tobillos hinchados y pies desgarrados sobresalían sin

remedio por debajo. Junto a él se hallaba un inspector de policía de aspecto elegante, tomando notas en una libreta.

—Ah, señor Holmes —saludó el inspector con entusiasmo al ver entrar a mi amigo—. Me complace verlo.

—Buenos días, Lanner —respondió Holmes—. Seguro que no me considerará un intruso. ¿Ha oído hablar de los hechos que precedieron a este suceso?

—Sí, he oído algo.

—¿Ha formado alguna opinión?

—Según veo, el hombre perdió la razón por el miedo. La cama ha sido bien usada, ¿sabe? Tiene su marca bastante profunda. Aproximadamente a las cinco de la mañana, ya sabe, es cuando ocurren la mayoría de los suicidios. Esa debió ser la hora en que se colgó. Todo indica que fue un acto muy premeditado.

—Diría que llevaba muerto unas tres horas, por la rigidez de sus músculos —comenté.

—¿Notó algo peculiar en la habitación? —preguntó Holmes.

—Encontré un destornillador y algunos tornillos sobre el lavamanos. Parece que fumó bastante durante la noche. Aquí tengo cuatro restos de cigarrillos que recogí de la chimenea.

—¡Hum! —dijo Holmes—. ¿Tiene el portacigarrillos?

—No, no lo he visto.

—¿Su estuche, entonces?

—Sí, estaba en el bolsillo de su abrigo.

Holmes lo abrió y olió el único cigarro que contenía.

—Ah, esto es un habano, y los otros cigarrillos son de esos especiales que importan los holandeses de sus colonias orientales. Normalmente se envuelven en paja, ¿sabe?, y son más delgados en proporción a su longitud que cualquier otra marca —comentó, tomando los cuatro restos y examinándolos con su lupa de bolsillo.

—Dos de ellos han sido fumados con portacigarros y dos sin él —dijo—. Dos han sido cortados con un cuchillo poco afilado y dos han tenido las puntas mordidas por dientes excelentes. Esto no es un suicidio, señor Lan-ner. Es un asesinato meticulosamente planeado y frío como la sangre.

—¡Imposible! —exclamó el inspector.

—¿Y por qué?

—¿Por qué alguien asesinaría a un hombre de una forma tan torpe como ahorcarlo?

—Eso es lo que debemos averiguar.

—¿Cómo pudieron entrar?

—Por la puerta principal.

—Estaba asegurada en la mañana.

—Entonces, la aseguraron tras ellos.

—¿Cómo lo sabe?

—Vi sus huellas. Permítanme un momento, y quizás pueda darles más información.

Se acercó a la puerta, y tras girar la cerradura la examinó de manera metódica. Luego sacó la llave, que estaba en el interior, y la inspeccionó también. La cama, la alfombra, las sillas, la repisa, el cadáver y la sog a fueron examinados, uno tras otro, hasta que finalmente se mostró satisfecho. Con mi ayuda y la del inspector, cortó el maldito objeto y lo colocó reverentemente bajo una sábana.

—¿Qué me dice de esta sog a? —preguntó.

—Se ha cortado de esta manera —dijo el doctor Trevelyan, sacando un gran rollo de debajo de la cama—. Él era excesivamente neurótico con el fuego y siempre la tenía a mano, por si necesitaba escapar por la ventana en caso de incendio en las escaleras.

—Eso debió ahorrarles trabajo —comentó Holmes pensativo—. Sí, los hechos son muy claros, y me sorprenderé si para esta tarde no puedo explicarles también las razones. Tomaré esta fotografía de Blessington, que veo en la repisa, ya que podría ayudarme en la investigación.

—¡Pero usted no nos ha contado nada! —exclamó el doctor.

—No cabe duda alguna sobre la secuencia de los hechos —dijo Holmes—. En ella hubo tres participantes: el joven, el anciano y un tercero, cuya identidad desconozco. Los dos primeros, apenas vale la pena decirlo, son los mismos que se hicieron pasar por el conde ruso y su hijo, por lo que podemos describirlos con lujo de detalles. Fueron admitidos por un cómplice desde el interior de la casa. Si me permiten un consejo, inspector, le sugeriría arrestar al botones, quien, según tengo entendido, acaba de incorporarse a su servicio, doctor.

—El mocoso no se encuentra —dijo el doctor Trevelyan—; la criada y el cocinero ya lo están buscando.

Holmes se encogió de hombros.

—Ha desempeñado un papel no menor en este drama —comentó—. Los tres subieron las escaleras de puntillas: primero el anciano, luego el joven y, al final, el desconocido.

—¡Querido Holmes! —exclamé yo.

—No cabe duda de que las huellas se superponen. Tuve la oportunidad de discernir cuáles eran cada una anoche. Ellos subieron a la habitación de Blessington, cuya puerta encontraron cerrada. Con la ayuda de un alambre, forzaron la cerradura de la llave. Incluso sin mi lupa podrán ver, por los arañazos en este panel, dónde se aplicó presión.

—Al entrar, lo primero que debieron hacer fue amordazar a Blessington. Quizás dormía, o tal vez estaba tan paralizado por el terror que no pudo gritar. Estos muros son gruesos, y es concebible que su grito, de haber tenido tiempo de emitirlo, no se oíra.

—Habiéndolo sujetado, es evidente para mí que se llevó a cabo algún tipo de consulta. Probablemente fue algo parecido a un procedimiento judicial. Debió haber durado un buen rato, pues fue entonces cuando se fumaron esos cigarros. El anciano se sentó en aquella silla de mimbre; fue él quien usó el portacigarros. El joven se sentó allá; él se sacudió la ceniza contra la cómoda. El tercer sujeto caminaba de un lado a otro. Blessington, creo, permaneció sentado erguido en la cama, pero de eso no puedo estar absolutamente seguro.

—Bien, concluyó llevándose a Blessington y ahorcándolo. Todo estuvo tan preestablecido que creo que trajeron consigo algún tipo de bloque o polea que sirviera de soga para la horca. Ese destornillador y esos tornillos, a mi entender, eran para montarlo. Al ver el gancho, naturalmente se ahorraron ese esfuerzo. Terminada su labor, se marcharon, y su cómplice se encargó de asegurar la puerta tras ellos.

Todos escuchamos con profunda atención este resumen de lo acontecido durante la noche, que Holmes había deducido a partir de señales tan sutiles y minuciosas que, aun cuando él nos las explicaba, apenas podíamos seguir su razonamiento. El inspector se apresuró de inmediato a interrogar al botones, mientras Holmes y yo regresábamos a Baker Street para desayunar.

—Estaré de regreso a las tres —dijo cuando terminamos la comida—. Tanto el inspector como el doctor se encontrarán conmigo aquí a esa hora, y espero haber despejado para entonces cualquier pequeña duda que el caso aún presente.

Nuestros visitantes llegaron a la hora señalada, pero no fue sino hasta las cuatro menos cuarto cuando mi amigo apareció. Por la expresión de su rostro, pude notar que todo había salido bien para él.

—¿Alguna noticia, inspector?

—Hemos detenido al muchacho, señor.

—¡Excelente, y yo he captado a los hombres!

—¡Los ha captado usted! —exclamamos los tres.

—Bueno, al menos ya conozco su identidad. Este tal Blessington es, como sospechaba, muy conocido en la sede, al igual que sus agresores. Se llaman Biddle, Hayward y Moffat.

—La banda del banco de Worthingdon —exclamó el inspector.

—Precisamente —dijo Holmes.

—Entonces, Blessington debió ser Sutton.

—Exactamente —afirmó Holmes.

—¡Vaya, eso lo deja clarísimo! —dijo el inspector.

Pero el doctor Trevelyan y yo nos miramos perplejos.

—Seguramente recordarán el gran robo al banco de Worthingdon —continuó Holmes—. Eran cinco hombres en total: esos cuatro y un quinto llamado Cartwright. Tobin, el celador, fue asesinado, y los ladrones se quedaron con setecientas libras. Eso fue en 1875. Arrestaron a los cinco, pero las pruebas contra ellos no fueron concluyentes. Este Blessington o Sutton, que fue el peor del grupo, se convirtió en delator. Con su testimonio, colgaron a Cartwright y los otros tres recibieron quince años cada uno. Cuando salieron de prisión, hace algunos años antes de cumplir su condena completa, se propusieron, como comprenderán, cazar al traidor y vengar la muerte de su compañero. Intentaron en dos ocasiones alcanzarlo y fracasaron; a la tercera, como ven, lo consiguieron. ¿Hay algo más que pueda aclarar, doctor Trevelyan?

—Creo que lo ha dejado todo clarísimo —dijo el doctor—. Sin duda, el día en que se perturbó fue el mismo en que vio en los periódicos la noticia de su liberación.

—Exacto. Su alusión a un robo fue el pretexto más insignificante.

—¿Pero por qué no le dijo la verdad?

—Bueno, mi querido señor, sabiendo el carácter vengativo de sus antiguos asociados, él trató de ocultar su verdadera identidad el mayor tiempo posible. Su secreto era una vergüenza, y no pudo consigo revelarlo. Sin embargo, por miserable que fuese, aún vivía bajo el amparo de la ley británica, y no tengo duda, inspector, de que verá que, aunque ese amparo pueda fallar, la espada de la justicia sigue allí para vengar.

Esas fueron las singulares circunstancias en torno al Paciente Residente y el Doctor de Brook Street. Desde aquella noche, la policía no ha vuelto a ver a los tres asesinos, y se sospecha en Scotland Yard que se encontraban entre los pasajeros del fatídico vapor *Norah Creina*, perdido hace algunos años con toda la tripulación en la costa portuguesa, a unas leguas al norte de Oporto. El proceso contra el botones se desintegró por falta de pruebas, y el Misterio de Brook Street, como se le conoce, no ha sido hasta ahora tratado en su totalidad en ninguna publicación.

EL INTÉRPRETE GRIEGO

EL INTÉRPRETE GRIEGO

Durante mi prolongada e íntima amistad con el señor Sherlock Holmes, nunca lo había oído referirse a sus familiares, y casi nunca a su propia infancia. Esa reticencia de su parte había acrecentado el cierto efecto inhumano que producía en mí, hasta el punto de que, en ocasiones, llegué a considerarlo un fenómeno aislado, un cerebro sin corazón, tan carente de simpatía humana como sobresaliente en inteligencia. Su aversión a las mujeres y su desgana por entablar nuevas amistades eran propias de su carácter insensible, pero nada comparables a la completa supresión de cualquier alusión a su propia familia. Yo había llegado a creer que era un huérfano sin parientes vivos, pero un día, para mi gran sorpresa, comenzó a hablarme de su hermano.

Era después del té en una tarde de verano, y la conversación, que había divagado de modo desultorio y espasmódico desde los clubes de golf hasta las causas del cambio en la oblicuidad de la eclíptica, llegó por fin a la cuestión del atavismo y las aptitudes hereditarias. El tema en discusión era hasta qué punto cualquier don singular de un individuo se debía a su ascendencia y hasta qué punto a su propia formación temprana.

— En tu propio caso, — dije —, por todo lo que me has contado, parece obvio que tu facultad de observación y tu peculiar capacidad para la deducción se deben a tu formación sistemática.

— En cierta medida, — respondió pensativamente —. Mis antepasados eran señores de campo, que parecían haber llevado una vida muy acorde a

lo natural de su clase. Pero, aun así, mi inclinación en esa dirección está en mis venas y pudo haber venido de mi abuela, que era hermana de Vernet, el artista francés. El arte en la sangre tiende a tomar las formas más extrañas.

— ¿Pero cómo sabes que es hereditario?

— Porque mi hermano Mycroft lo posee en mayor grado que yo.

Esto, en verdad, era una noticia para mí. Si existiera en Inglaterra otro hombre con tales poderes singulares, ¿cómo era posible que ni la policía ni el público hubieran oído hablar de él? Planteé la cuestión, insinuando que era la modestia de mi compañero la que le hacía reconocer a su hermano como superior. Holmes se rió ante mi sugerencia.

— Mi querido Watson, —dijo—, no puedo estar de acuerdo con aquellos que sitúan la modestia entre las virtudes. Para el lógico, todas las cosas deben ser vistas exactamente como son, y subestimarse a uno mismo es tanto una desviación de la verdad como exagerar los propios poderes. Por eso, cuando digo que Mycroft posee mejores facultades de observación que yo, puedes tomarlo como la verdad exacta y literal.

— ¿Es menor que tú?

— Siete años mayor.

— ¿Cómo es posible que sea desconocido?

— Oh, es muy conocido en su propio círculo.

— ¿Dónde, entonces?

— Pues, en el Club Diógenes, por ejemplo.

Nunca había oído hablar de esa institución, y mi rostro debió de delatarlo, pues Sherlock Holmes sacó su reloj.

— El Club Diógenes es el club más extraño de Londres, y Mycroft es uno de los hombres más peculiares. Siempre está allí, desde las cinco menos cuarto hasta las ocho menos veinte. Son las seis ahora, así que, si te apetece dar un paseo en esta hermosa tarde, estaré encantado de presentarte a dos curiosidades.

Cinco minutos después estábamos en la calle, caminando hacia el Circo de Regent.

— Te preguntas, —dijo mi compañero—, por qué Mycroft no utiliza sus poderes en la investigación. Es incapaz de ello.

— Pero yo creía que habías dicho...

— Dije que él es superior a mí en observación y deducción. Si el arte del detective se limitase a razonar desde un sillón, mi hermano sería el mayor agente criminal que jamás haya existido. Pero no tiene ambición ni energía. Ni siquiera se molesta en comprobar sus propias soluciones, y preferiría ser considerado equivocado que tomarse la molestia de demostrar que tiene razón. Una y otra vez le he planteado un problema, y he recibido de él una explicación que luego resultó ser la correcta. Y sin embargo, es absolutamente incapaz de resolver los puntos prácticos que deben abordarse antes de que un caso pueda presentarse ante un juez o jurado.

— ¿No es su profesión, entonces?

— En absoluto. Lo que para mí es un medio de vida, para él es el mero pasatiempo de un diletante. Tiene una extraordinaria aptitud para los números y revisa las cuentas en algunos departamentos gubernamentales. Mycroft se aloja en Pall Mall, y cada mañana cruza la esquina hacia Whitehall y regresa por la tarde. Durante todo el año no realiza otro ejercicio, y no se le ve en ningún otro sitio, salvo únicamente en el Club Diógenes, que está justo enfrente de sus habitaciones.

— No recuerdo el nombre.

— Probablemente no. Hay muchos hombres en Londres, ¿sabes?, que, ya sea por timidez o por misantropía, no desean la compañía de sus semejantes. Sin embargo, no se oponen a tener sillas cómodas y a leer las últimas publicaciones. Fue por conveniencia de estos que se fundó el Club Diógenes, y ahora alberga a los hombres más antisociales e incompatibles con un club de la ciudad. A ningún miembro se le permite prestar el menor atisbo de atención a otro. Salvo en la Sala de los Extraños, no se permite hablar bajo ninguna circunstancia, y tres infracciones, si son denunciadas al comité, hacen que el hablador sea susceptible de expulsión. Mi hermano fue uno de los fundadores, y yo mismo he encontrado en él un ambiente muy reconfortante.

Mientras hablábamos, habíamos llegado a Pall Mall y caminábamos por ella desde el extremo de St. James. Sherlock Holmes se detuvo ante una

puerta, a poca distancia del Carlton, y, advirtiéndome que no hablara, se adelantó hacia el vestíbulo. A través de los paneles de vidrio vislumbré una sala grande y lujosa, en la que un número considerable de hombres estaba sentado, leyendo periódicos, cada uno en su pequeño rincón. Holmes me condujo a una pequeña cámara que daba a Pall Mall y, dejándome solo por un momento, regresó acompañado de un individuo a quien solo podía reconocer como su hermano.

Mycroft Holmes era un hombre mucho más corpulento y robusto que Sherlock. Su cuerpo era absolutamente fornido, pero su rostro, aunque macizo, conservaba algo de la agudeza expresiva que tan notablemente se apreciaba en el de su hermano. Sus ojos, de un gris acuoso y particularmente claro, parecían mantener siempre aquella mirada distante e introspectiva que solo había observado en los de Sherlock cuando ejercía al máximo sus facultades.

— Me alegra conocerlo, señor —dijo, extendiendo una mano ancha y rolliza, semejante a la aleta de una foca—. Escucho hablar de Sherlock por todas partes desde que te convertiste en su cronista. Por cierto, Sherlock, esperaba verte la semana pasada para consultarme sobre el caso de la Manor House. Pensé que quizás estuvieras un poco superado.

— No, lo resolví, —dijo mi amigo, sonriendo.

— Fue Adams, por supuesto.

— Sí, fue Adams.

— Yo lo supe desde el principio.

Ambos se sentaron juntos en la ventana salediza del club.

— A quien desee estudiar a la humanidad, este es el lugar, —dijo Mycroft—. ¡Mira a estos tipos magníficos! Mira, por ejemplo, a esos dos hombres que vienen hacia nosotros.

— ¿El marcador de billar y el otro?

— Precisamente. ¿Qué opinas del otro?

Los dos hombres se habían detenido frente a la ventana. Algunos trazos de tiza sobre el bolsillo del chaleco eran los únicos indicios de billar que

pude observar en uno de ellos. El otro era un hombrecito oscuro, con el sombrero echado hacia atrás y varios paquetes bajo el brazo.

— Un viejo soldado, veo.

— Y recién dado de baja, —comentó el hermano.

— Sirvió en la India, veo.

— Y un suboficial.

— De la Artillería Real, supongo, —dijo Sherlock.

— Y viudo.

— Pero con un hijo.

— Hijos, muchacho, hijos.

— Vamos, —dije, riendo—, esto es un poco excesivo.

— Ciertamente, —respondió Holmes—, no es difícil decir que un hombre con ese porte, expresión de autoridad y piel curtida por el sol, es un soldado, es más que un simple raso y no ha estado lejos de la India.

— Que no lleva mucho tiempo fuera del servicio se demuestra en que aún lleva sus botas de munición, como se les llama, —observó Mycroft.

— No tiene la marcha de la caballería; sin embargo, lleva el sombrero ladeado, como se evidencia en el tono más claro de esa parte de su ceja. Su corpulencia descarta que sea zapador. Es de la artillería.

— Entonces, por supuesto, su luto completo indica que ha perdido a alguien muy querido. El hecho de que haga sus propias compras parece sugerir que se trata de su esposa. Has visto que ha estado comprando cosas para niños. Se oye un traqueteo, lo que demuestra que uno de ellos es muy pequeño. Probablemente, la esposa murió en el parto. Y el hecho de que tenga un álbum de fotos bajo el brazo indica que hay otro niño en consideración.

Empecé a comprender lo que mi amigo quería decir cuando afirmaba que su hermano poseía facultades incluso más agudas que las suyas. Me lanzó una mirada y sonrió. Mycroft sacó rapé de una cajita de caparazón de tortuga y apartó los granos errantes de la solapa de su abrigo con un gran pañuelo de seda rojo.

— Por cierto, Sherlock, —dijo—, me han sometido a un problema bastante de tu agrado —un problema sumamente singular—. Realmente no tuve la energía para darle el seguimiento que merecía, salvo de manera muy incompleta, pero me sirvió de base para unas agradables conjeturas. Si te interesa escuchar los hechos...

— Mi querido Mycroft, me encantaría.

El hermano garabateó una nota en una hoja de su libreta y, haciendo sonar el timbre, se la entregó al camarero.

— He solicitado al señor Melas que se cruce, —dijo—. Se aloja en el piso de arriba y tengo cierta relación con él, la cual lo llevó a acudir a mí en su perplejidad. El señor Melas es, según entiendo, de origen griego y es un lingüista extraordinario. Gana la vida en parte como intérprete en los tribunales y en parte haciendo de guía a los orientales adinerados que visitan los hoteles de Northumberland Avenue. Creo que lo dejaré a él para que relate su extraordinaria experiencia a su modo.

Pocos minutos después se nos unió un hombre bajo y fornido, cuyo rostro oliváceo y cabello negro azabache anunciaban su origen sureño, aunque su forma de hablar era la de un inglés educado. Apretó con entusiasmo la mano de Sherlock Holmes, y sus oscuros ojos centellearon de placer al comprender que el especialista deseaba con insistencia escuchar su relato.

— No creo que la policía me crea —dijo, en tono lamentoso—; por mi palabra, no lo creo. Sólo porque nunca han oído hablar de ello, piensan que algo así no puede ser. Pero sé que nunca estaré tranquilo hasta saber qué ha sido de mi pobre hombre, aquel con el yeso adherido a la cara.

— Estoy completamente atento, —dijo Sherlock Holmes.

— Esta es la tarde del miércoles, —dijo el señor Melas—. Pues bien, fue la noche del lunes —sólo hace dos días, entiendes— cuando ocurrió todo esto. Soy intérprete, como quizá ya te haya comentado mi vecino. Interpreto todos los idiomas —o casi todos—, pero, al ser griego de nacimiento y tener un nombre griego, es con esa lengua con la que estoy principalmente asociado. Durante muchos años he sido el principal intérprete de griego en Londres y mi nombre es muy conocido en los hoteles.

— No es raro que me llamen a horas extrañas, ya sea por extranjeros que se meten en aprietos o por viajeros que llegan tarde y requieren mis servi-

cios. Por eso, no me sorprendió que, la noche del lunes, un tal señor Latimer, un joven vestido a la última moda, se presentara en mis habitaciones y me pidiera que lo acompañara en un taxi que esperaba en la puerta. Según dijo, un amigo griego había venido a verlo por negocios, y como él no sabía hablar otra lengua que la suya, los servicios de un intérprete eran indispensables. Me hizo entender que su casa estaba a cierta distancia, en Kensington, y parecía tener mucha prisa, empujándose rápidamente al taxi cuando descendimos a la calle.

Digo "taxi", pero pronto empecé a dudar de si no se trataba de una diligencia en la que me encontraba. Ciertamente era más espaciosa que el ordinario desastre de cuatro ruedas de Londres, y los acabados, aunque desgastados, eran de gran calidad. El señor Latimer se sentó frente a mí y partimos atravesando Charing Cross y subiendo por Shaftesbury Avenue. Al salir en Oxford Street, me atreví a comentar que aquella parecía ser una ruta tortuosa hacia Kensington, cuando mis palabras fueron interrumpidas por la conducta extraordinaria de mi acompañante.

Empezó sacando de su bolsillo una porra de aspecto formidable, cargada de plomo, y moviéndola de adelante hacia atrás varias veces, como si quisiera comprobar su peso y resistencia. Luego la colocó sin decir palabra sobre el asiento a su lado. Habiendo hecho esto, subió las ventanas de cada lado, y para mi asombro descubrí que estaban cubiertas con papel, de modo que no podía ver a través de ellas.

— Lamento interrumpir tu vista, señor Melas, —dijo—. La verdad es que no tengo intención de que veas el lugar al que nos dirigimos. Podría serme inconveniente que pudieras encontrar el camino de regreso.

Como podrás imaginar, me quedé completamente atónito ante tal declaración. Mi acompañante era un joven corpulento y de anchos hombros, y, aparte del arma, no tendría la menor posibilidad en un forcejeo con él.

— Esto es una conducta muy extraordinaria, señor Latimer, —balbuceé—. Debes ser consciente de que lo que estás haciendo es completamente ilegal.

— Es, sin duda, una cierta desfachatez, —dijo él—, pero te lo compensaremos. Sin embargo, debo advertirte, señor Melas, que si en algún momento esta noche intentas dar la voz de alarma o haces algo que vaya en contra de

mis intereses, te encontrarás con algo muy grave. Te ruego que recuerdes que nadie sabe dónde estás y que, ya sea que te encuentres en este vehículo o en mi casa, estás igualmente a mi merced.

Sus palabras fueron suaves, pero tenía una manera áspera de expresarlas que resultaba muy amenazante. Me quedé en silencio, preguntándome qué demonios podía motivar semejante secuestro. Sea lo que fuere, estaba perfectamente claro que no tenía nada que ganar resistiéndome, y que sólo podía esperar a ver qué sucedía.

Durante casi dos horas nos desplazamos sin que yo tuviera la menor idea de hacia dónde íbamos. A veces, el traqueteo de las piedras indicaba un camino pavimentado, y en otras ocasiones nuestra marcha suave y silenciosa sugería asfalto; pero, salvo por esa variación en el sonido, no había nada que pudiera, de la más remota manera, ayudarme a adivinar nuestro destino. El papel que cubría cada ventana era impenetrable a la luz, y una cortina azul estaba tendida sobre el cristal frontal. Eran las siete y cuarto cuando dejamos Pall Mall, y mi reloj marcaba diez minutos para las nueve cuando finalmente nos detuvimos. Mi acompañante bajó la ventana, y pude vislumbrar una puerta baja y arqueada con una lámpara encendida encima. Al ser apresurado fuera del vehículo, la puerta se abrió de par en par, y me encontré dentro de la casa, con la vaga impresión de un césped y árboles a ambos lados a medida que entraba. Sin embargo, si se trataba de terrenos privados o de auténtico campo era algo que no me atrevía a afirmar.

En el interior había una lámpara de gas de colores, encendida tan tenue que apenas se distinguía que el vestíbulo era de cierto tamaño y estaba adornado con cuadros. A la penumbra pude distinguir que la persona que había abierto la puerta era un hombre pequeño, de aspecto mezquino y de mediana edad, con hombros redondeados. Al girarse hacia nosotros, el destello de la luz me reveló que llevaba gafas.

— ¿Es este el señor Melas, Harold? —dijo.

— Sí.

— ¡Bien hecho, bien hecho! Sin malos sentimientos, señor Melas, espero, pero no podríamos avanzar sin usted. Si actúa con honradez con nosotros, no se arrepentirá; pero si intenta algún truco, ¡Dios lo ayude! —habló

en tono nervioso y entrecortado, intercalado con risitas nerviosas, pero de alguna manera me infundió más miedo que el otro.

— ¿Qué quiere de mí?

— Solo queremos hacer algunas preguntas a un caballero griego que nos está visitando y obtener las respuestas. Pero no digas nada más de lo que se te indique, o —risita nerviosa— será mejor que nunca hayas nacido.

Mientras hablaba, abrió una puerta y mostró el camino hacia una sala que parecía estar ricamente amueblada, aunque, nuevamente, la única luz provenía de una lámpara encendida a medio bajar. La estancia era ciertamente amplia, y la forma en que mis pies se hundían en la alfombra al atravesarla revelaba su opulencia. Pude entrever sillas de terciopelo, una imponente repisa de mármol blanco y lo que parecía ser un conjunto de armadura japonesa en un extremo. Había una silla justo bajo la lámpara, y el anciano indicó que me sentara en ella. El más joven nos había abandonado, pero de repente regresó por otra puerta, trayendo consigo a un caballero vestido con una especie de bata suelta, que se desplazaba lentamente hacia nosotros. Al adentrarse en el círculo de luz tenue que me permitía verlo con mayor claridad, me estremecí de horror ante su apariencia. Estaba mortalmente pálido y terriblemente demacrado, con unos ojos saltones y brillantes, propios de un hombre cuyo espíritu era mayor que su fuerza. Pero lo que más me impactó, más allá de cualquier signo de debilidad física, fue que su rostro estaba grotescamente atravesado por vendas, y que una gran almohadilla de estas estaba fijada sobre su boca.

— ¿Tienes la pizarra, Harold? —exclamó el hombre mayor, mientras ese extraño ser se desplomaba en lugar de sentarse en una silla—. ¿Están sus manos sueltas? Ahora, pásale el lápiz. Tú debes hacer las preguntas, señor Melas, y él escribirá las respuestas. Pregúntale, ante todo, si está dispuesto a firmar los papeles.

Los ojos del hombre centellearon con fuego.

— ¡Jamás! —escribió en griego en la pizarra.

— ¿Bajo ninguna condición? —pregunté, siguiendo las órdenes de nuestro tirano.

— Solo si la veo casada en mi presencia por un sacerdote griego que yo conozca.

El hombre soltó una risita venenosa.

— Ya sabes lo que te espera, ¿no?

— A mí no me importa nada de mí mismo.



«EL HOMBRE SE ARRANCÓ EL ESPARADRAPO DE LOS LABIOS
Y CORRIÓ A LOS BRAZOS DE LA MUJER».

"Estas son muestras de las preguntas y respuestas que componían nuestra extraña conversación, a medio hablar y a medio escribir. Una y otra vez tuve que preguntarle si cedería y firmaría los documentos. Una y otra vez obtuve la misma respuesta indignada. Pero pronto se me ocurrió un pensamiento feliz. Empecé a añadir pequeñas frases propias a cada pregunta, inocentes al principio, para ver si alguno de nuestros compañeros sabía algo del asunto y, luego, al comprobar que no mostraban indicios, jugué un juego más peligroso. Nuestra conversación transcurrió más o menos así:

— No lograrás nada con esta obstinación. ¿Quién eres?

— No me importa. Soy un forastero en Londres.

— Tu destino recaerá sobre tu propia cabeza. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

— Así sea. Tres semanas.

— La propiedad jamás podrá ser tuya. ¿Qué te pasa?

— No debe caer en manos de villanos. Me están dejando sin fuerzas.

— Te liberarán si firmas. ¿Qué casa es esta?

— Jamás firmaré. No lo sé.

— No le haces ningún favor. ¿Cuál es tu nombre?

— Déjame oírlo decirlo. Kratides.

— La verás si firmas. ¿De dónde eres?

— Entonces jamás la veré. Atenas.

Cinco minutos más, señor Holmes, y habría extraído toda la historia justo ante sus narices. Mi siguiente pregunta podría haber esclarecido el asunto, pero en ese instante la puerta se abrió y una mujer entró en la sala. No pude distinguirla con claridad, salvo por notar que era alta y esbelta, de cabello negro y vestida con alguna especie de túnica blanca suelta.

— Harold, —dijo ella, hablando en inglés con un acento entrecortado—. No pude quedarme más. Es tan solitario allá arriba, con sólo... ¡Dios mío, es Paul!

Estas últimas palabras fueron en griego, y en ese mismo instante el hombre, con un esfuerzo convulsivo, arrancó el yeso de sus labios y, gritando «¡Sophy! ¡Sophy!», se lanzó a los brazos de la mujer. Su abrazo duró apenas un instante, pues el joven se arrebató a la mujer y la empujó fuera de la sala, mientras el mayor dominaba fácilmente a su víctima demacrada y la arrastraba por otra puerta. Por un momento quedé solo en la estancia y me levanté de un salto, con la vaga idea de que quizá podría obtener alguna pista sobre la naturaleza de aquella casa en la que me encontraba. Afortunadamente, no di ningún paso, pues al alzar la vista vi que el hombre mayor estaba de pie en el umbral, con los ojos fijos en mí.

— Eso basta, señor Melas, —dijo él—. Usted se da cuenta de que lo hemos incorporado en nuestra confianza para un asunto muy privado. No lo

hubiéramos molestado si no fuera porque nuestro amigo que habla griego y que inició estas negociaciones se ha visto forzado a regresar al Oriente. Era absolutamente necesario encontrar a alguien que tomara su lugar, y tuvimos la fortuna de enterarnos de sus poderes.

Incliné la cabeza.

— Hay cinco soberanos aquí, —dijo él, acercándose a mí—, que espero sean una retribución suficiente. Pero recuerde, —añadió, dándome un leve golpecito en el pecho y entre risitas—, que si habla con alguna alma humana sobre esto —con una sola alma humana, comprenda—, ¡que Dios tenga misericordia de su alma!

No puedo expresar el repudio y el horror que me inspiraba aquel hombre de apariencia insignificante. Ahora podía distinguirlo mejor, pues la luz de la lámpara iluminaba su rostro. Sus rasgos eran afilados y enfermizos, y su pequeña barba puntiaguda era rala y mal nutrida. Empujaba su faz hacia adelante mientras hablaba, y sus labios y párpados se estremecían continuamente, como en un caso de baile de San Vito. No pude evitar pensar que su extraña y contagiosa risa era también síntoma de alguna dolencia nerviosa. Sin embargo, lo verdaderamente terrorífico de su semblante residía en sus ojos, de un gris acerado que resplandecían fríamente con una maligna e inexorable crueldad en sus profundidades.

— Sabremos si habla de esto, —dijo él—. Tenemos nuestros propios medios de información. Ahora encontrará el carruaje esperándolo, y mi amigo se encargará de que siga su camino.

Fui apresurado por el vestíbulo y llevado al vehículo, obteniendo de nuevo aquella fugaz visión de árboles y un jardín. El señor Latimer siguió de cerca a mis talones y ocupó su sitio frente a mí sin decir palabra. En silencio, recorrimos una distancia interminable con las ventanas subidas, hasta que finalmente, poco después de la medianoche, el carruaje se detuvo.

— Usted bajará aquí, señor Melas, —dijo mi compañero—. Lamento dejarlo tan lejos de su casa, pero no hay alternativa. Cualquier intento de su parte de seguir el carruaje solo terminará en lesiones para usted.

Él abrió la puerta mientras hablaba, y apenas tuve tiempo de saltar cuando el cochero azotó al caballo y el carruaje se sacudió al partir. Miré a mi alrededor asombrado. Me encontraba en algún tipo de páramo, salpicado de

grupos oscuros de retamas. A lo lejos se extendía una hilera de casas, con alguna luz aquí y allá en los ventanales superiores. En el otro lado distinguí las lámparas rojas de señalización de un ferrocarril.

El carruaje que me había traído ya estaba fuera de la vista. Me quedé mirando a mi alrededor, preguntándome en qué lugar de la tierra me hallaba, cuando vi a alguien acercándose en la oscuridad. Al llegar, pude distinguir que era un portero del ferrocarril.

— ¿Puede decirme qué lugar es este? — pregunté.

— Wandsworth Common.

— ¿Puedo coger un tren hacia la ciudad?

— Si camina una milla o algo hasta Clapham Junction, llegará justo a tiempo para el último a Victoria.

Así terminó mi aventura, señor Holmes. No sé dónde estaba, ni con quién hablé, ni nada más que lo que le he contado. Pero sé que se está gestando un juego sucio, y quiero ayudar a ese hombre desdichado si puedo. Relaté toda la historia al señor Mycroft Holmes a la mañana siguiente y, posteriormente, a la policía.

Todos guardamos silencio durante unos instantes tras escuchar tan extraordinaria narración. Luego, Sherlock miró a su hermano.

— ¿Algún avance? — preguntó.

Mycroft tomó el Daily News que reposaba sobre la mesita.

— “Cualquiera que suministre información sobre el paradero de un caballero griego llamado Paul Kratides, procedente de Atenas, que no sea capaz de hablar inglés, será recompensado. Se pagará una recompensa similar a quien aporte información sobre una dama griega de nombre Sophy. X 2473.” — Eso aparecía en todos los diarios. — Sin respuesta.

— ¿Qué hay de la Legación Griega?

— He preguntado. No saben nada.

— ¿Un telegrama al jefe de la policía de Atenas, entonces?

— Sherlock tiene toda la energía de la familia, — dijo Mycroft, volviéndose hacia mí—. Bueno, asume el caso por todos los medios y avísame si

logras algo.

— Por supuesto, —respondió mi amigo, levantándose de su silla—. Te lo haré saber, y a usted también, señor Melas. Mientras tanto, señor Melas, debería estar muy atento, si yo fuera usted, pues seguro han advertido a través de estos anuncios que lo ha delatado.

Mientras caminábamos a casa juntos, Holmes se detuvo en una oficina de telégrafos y envió varios mensajes.

— Verás, Watson, —comentó—, nuestra velada no ha sido en absoluto en vano. Algunos de mis casos más interesantes han llegado a mí de este modo a través de Mycroft. El problema que acabamos de escuchar, aunque admite tan solo una explicación, aún posee ciertas características distintivas.

— ¿Tienes esperanzas de resolverlo?

— Bueno, sabiendo tanto como sabemos, sería realmente singular si no descubriésemos el resto. Debes haber formulado tú mismo alguna teoría que explique los hechos que hemos oído.

— De manera vaga, sí.

— ¿Y cuál fue tu idea, entonces?

— Me pareció obvio que esta chica griega había sido secuestrada por el joven inglés llamado Harold Latimer.

— ¿Secuestrada de dónde?

— Quizá de Atenas.

Sherlock negó con la cabeza.

— Este joven no podía decir ni una palabra en griego. La dama, en cambio, hablaba bastante bien inglés. Conclusión: ella había estado en Inglaterra por algún tiempo, pero él no había estado en Grecia.

— Bueno, entonces, presumiremos que ella había venido de visita a Inglaterra y que este Harold la persuadió para que huyera con él.

— Eso es más probable.

— Entonces el hermano —pues, supongo, es la relación— viaja desde Grecia para interferir. Se coloca imprudentemente en poder del joven y de su asociado mayor. Ellos lo capturan y le aplican violencia para obligarlo a

firmar unos papeles mediante los cuales se transferiría la fortuna de la chica —de la cual él podría ser fideicomisario— a ellos. Él se niega a hacerlo. Para negociar con él tuvieron que conseguir un intérprete, y recurrieron a este señor Melas, habiendo usado a otro anteriormente. A la chica no se le informó de la llegada de su hermano, y se enteró por el más mínimo accidente.

— ¡Excelente, Watson! —exclamó Holmes—. Realmente creo que no estás lejos de la verdad. Ve que tenemos todas las cartas en la mano y sólo debemos temer algún acto repentino de violencia de su parte. Si nos dan tiempo, los atraparemos.

— ¿Pero cómo podemos encontrar dónde se halla esta casa?

— Bueno, si nuestra conjetura es correcta y el nombre de la chica es o fue Sophy Kratides, no tendremos dificultad para rastrearla. Esa debe ser nuestra principal esperanza, pues el hermano es, por supuesto, un completo desconocido. Es evidente que ha pasado algún tiempo desde que este Harold estableció sus relaciones con la chica —unas semanas, al menos—, tiempo suficiente para que el hermano en Grecia se enterara y viniera. Si han permanecido en el mismo lugar durante este período, es probable que obtengamos alguna respuesta al anuncio de Mycroft.

Hablando, habíamos llegado a nuestra casa en Baker Street. Holmes subió las escaleras primero y, al abrir la puerta de nuestra habitación, dio un sobresalto de sorpresa. Mirando por encima de su hombro, yo quedé igualmente asombrado: su hermano Mycroft estaba sentado, fumando, en el sillón.

— ¡Entra, Sherlock! ¡Entra, señor! —dijo cordialmente, sonriendo ante nuestras caras atónitas—. No esperas de mí tanta energía, ¿verdad, Sherlock? Pero de algún modo este caso me atrae.

— ¿Cómo llegaste aquí?

— Te adelanté en un hansom.

— ¿Ha habido algún nuevo acontecimiento?

— He recibido una respuesta a mi anuncio.

— ¡Ah!

— Sí, llegó a los pocos minutos de que te marcharas.

— ¿Y con qué efecto?

Mycroft sacó una hoja de papel.

— Aquí está, —dijo—, escrito con una pluma de tinta J sobre papel crema real por un hombre de mediana edad y constitución débil. “Señor, en respuesta a su anuncio con fecha de hoy, le informo que conozco muy bien a la joven en cuestión. Si tuviese a bien visitarme, podría darle algunos detalles sobre su dolorosa historia. Actualmente vive en The Myrtles, Beckenham. Atentamente, J. Davenport.”

— Escribe desde Lower Brixton, —dijo Mycroft—. ¿No crees, Sherlock, que podríamos ir a verle ahora y enterarnos de esos detalles?

— Mi querido Mycroft, la vida del hermano vale más que la historia de la hermana. Creo que debemos llamar a Scotland Yard para solicitar al inspector Gregson e ir directamente a Beckenham. Sabemos que a un hombre lo están llevando al borde de la muerte, y cada hora es vital.

— Mejor recojamos al señor Melas en el camino, —sugerí—. Puede que necesitemos un intérprete.

— Excelente, —dijo Sherlock Holmes—. Manda a buscar un coche de cuatro ruedas y partiremos de inmediato.

Mientras hablaba, abrió el cajón de la mesa y noté que deslizaba su revólver en el bolsillo.

Era casi de noche cuando nos encontramos en Pall Mall, en las habitaciones del señor Melas. Un caballero acababa de pedir verlo, y él se había marchado.

— ¿Puede decirme a dónde? —preguntó Mycroft Holmes.

— No lo sé, señor —respondió la mujer que abrió la puerta—; sólo sé que se marchó con el caballero en un carruaje.

— ¿El caballero dio algún nombre?

— No, señor.

— ¿No era un joven alto, apuesto y de tez oscura?

— Oh, no, señor. Era un hombrecito, con gafas, delgado en el rostro, pero muy agradable en sus modales, pues reía todo el tiempo que hablaba.

— ¡Vamos! —exclamó de repente Sherlock Holmes—. Esto se está poniendo serio, —observó mientras conducíamos hacia Scotland Yard—. Estos hombres han vuelto a hacerse con Melas. Es un hombre sin valor físico, como bien saben por lo ocurrido la otra noche. Sin duda quieren someterlo a sus servicios profesionales, pero, habiéndolo utilizado, pueden estar dispuestos a castigarlo por lo que consideren su traición.

Nuestra esperanza era que, tomando el tren, pudiésemos llegar a Beckenham tan pronto o incluso antes que el carruaje. Al llegar a Scotland Yard, sin embargo, pasó más de una hora antes de poder conseguir al inspector Gregson y cumplir con las formalidades legales que nos permitieran entrar en la casa. Eran las diez menos cuarto antes de llegar a London Bridge y las diez y media cuando los cuatro bajamos en la plataforma de Beckenham. Un trayecto de media milla nos llevó hasta The Myrtles, una gran casa oscura situada retirada de la carretera en sus propios terrenos. Allí dejamos el taxi y subimos juntos por el camino.

— Todas las ventanas están oscuras, —comentó el inspector—. La casa parece desierta.

— Nuestros pájaros han volado y el nido está vacío, —dijo Holmes.

— ¿Por qué lo dices?

— Un carruaje cargado de equipaje pasó por aquí durante la última hora.

El inspector se rió.

— Vi las huellas de las ruedas a la luz de la lámpara de la puerta, pero ¿de dónde viene el equipaje?

— Seguramente habrá notado las mismas huellas en el camino de regreso. Pero las que iban hacia fuera eran mucho más profundas, tanto que podemos afirmar con certeza que el carruaje llevaba un peso considerable.

— Esto me supera un poco, —dijo el inspector, encogiéndose de hombros—. No será fácil forzar la puerta, pero lo intentaremos si no conseguimos hacer que alguien nos escuche.

Golpeó fuertemente el picaporte y tiró del timbre, pero sin éxito. Holmes se había escabullido, mas volvió en unos minutos.

— Tengo una ventana abierta, —dijo.

— Es una misericordia que estés del lado de la fuerza y no en contra de ella, señor Holmes, —comentó el inspector, al notar la astucia con la que mi amigo había forzado el pestillo—. Bueno, creo que en estas circunstancias podemos entrar sin invitación.

Uno a uno nos internamos en un amplio apartamento, evidentemente el lugar donde se encontraba el señor Melas. El inspector encendió su linterna, y a su luz pudimos ver dos puertas, una cortina, una lámpara y el conjunto de armadura japonesa que había descrito. Sobre la mesa reposaban dos vasos, una botella de brandy vacía y los restos de una comida.

— ¿Qué es eso? —preguntó de repente Holmes.

Todos nos quedamos quietos y escuchamos. Un bajo gemido provenía de algún lugar sobre nuestras cabezas. Holmes corrió hacia la puerta y salió al vestíbulo. El lúgubre ruido venía del piso de arriba. Corrió subiendo, seguido por el inspector y por mí, mientras su hermano Mycroft lo seguía tan rápidamente como su gran corpulencia se lo permitía.

Tres puertas daban al segundo piso, y era de la central de ellas de donde emanaban esos siniestros sonidos, que a veces se hundían en un murmullo apagado y otras se alzaban en un chillido estridente. Estaba cerrada, pero la llave había sido dejada en el exterior. Holmes abrió la puerta de un empujón y se lanzó adentro, mas salió de nuevo en un instante, con la mano en la garganta.

— Es carbón —exclamó—. Denle tiempo. Se aclarará.

Echando un vistazo, pudimos ver que la única luz en la sala provenía de una tenue llama azul que titilaba desde un pequeño trípode de bronce en el centro. Emitía un círculo pálido y antinatural sobre el suelo, mientras en las sombras se vislumbraba la vaga silueta de dos figuras agazapadas contra la pared. Del hueco de la puerta se escapaba una horrible exhalación venenosa que nos hizo jadear y toser. Holmes corrió a la parte superior de las escaleras para tomar aire fresco y luego, adentrándose en la sala, abrió la ventana de un empujón y lanzó el trípode al jardín.

— En un minuto podremos entrar, — jadeó, saliendo de nuevo—. ¿Dónde está una vela? Dudo que pudiésemos encender un fósforo en esa atmósfera. ¡Sostengan la luz en la puerta y los sacaremos, Mycroft, ya!

Con prisa llegamos a los hombres envenenados y los arrastramos al vestíbulo bien iluminado. Ambos tenían los labios azulados y estaban inconscientes, con rostros hinchados, congestionados y ojos saltones. De hecho, sus rasgos estaban tan deformados que, salvo por la barba negra y la figura robusta, casi no reconocí en uno de ellos al intérprete griego que se había separado de nosotros apenas unas horas antes en el Club Diógenes. Sus manos y pies estaban firmemente atados, y tenía sobre un ojo las marcas de un violento golpe. El otro, atado de manera similar, era un hombre alto en la última etapa de emaciación, con varias tiras de yeso dispuestas en un patrón grotesco sobre su rostro. Había dejado de gemir al ponerlo tendido, y una mirada me mostró que, al menos en su caso, nuestra ayuda había llegado demasiado tarde. El señor Melas, sin embargo, aún vivía, y en menos de una hora, con ayuda de amoníaco y brandy, tuve la satisfacción de verlo abrir los ojos y de saber que mi mano lo había sacado de aquel oscuro valle donde se encuentran todos los caminos.

Era una historia sencilla la que tenía que contar, y que no hacía sino confirmar nuestras propias deducciones. Su visitante, al entrar en sus habitaciones, había sacado un salvavidas de su manga y había impresionado tanto en él el miedo a una muerte instantánea e inevitable que lo secuestró por segunda vez. De hecho, el efecto que aquel risueño bribón produjo en el desafortunado lingüista fue casi hipnótico, pues éste sólo podía hablar de él con manos temblorosas y la mejilla pálida. Lo llevaron rápidamente a Beckenham y actuó como intérprete en una segunda entrevista, aún más dramática que la primera, en la que los dos ingleses amenazaron a su prisionero con la muerte instantánea si no cumplía sus demandas. Finalmente, al encontrarlo inmune a toda amenaza, lo arrojaron de nuevo a su prisión y, tras reprocharle su traición —según constaba en el anuncio periodístico—, lo aturdieron con un golpe de un palo, de modo que no recordó nada más hasta que nos encontró inclinados sobre él.

Y éste fue el singular caso del Intérprete Griego, cuya explicación aún encierra cierto misterio. Pudimos averiguar, comunicándonos con el caballero que respondió al anuncio, que la desafortunada joven provenía de una acaudalada familia griega y que había venido de visita a unos amigos en In-

glaterra. Allí conoció a un joven llamado Harold Latimer, quien adquirió ascendencia sobre ella y, finalmente, la persuadió para que huyera con él. Sus amigos, horrorizados por el suceso, se contentaron con informar a su hermano en Atenas y, a continuación, se desentendieron del asunto. El hermano, al llegar a Inglaterra, se colocó imprudentemente en poder de Latimer y de su asociado, cuyo nombre era Wilson Kemp, un hombre de antecedentes abyectos. Estos dos, al constatar que por su ignorancia del idioma él era indefenso en sus manos, lo mantuvieron prisionero y procuraron, mediante crueldad y hambre, obligarlo a firmar la cesión de la propiedad de él y de su hermana a favor de ellos. Lo retuvieron en la casa sin que la chica lo supiera, y el yeso en su rostro se puso con el fin de dificultar su reconocimiento en caso de que ella llegara a verlo por casualidad. Sin embargo, su aguda percepción femenina desveló enseguida el disfraz cuando, en ocasión de la visita del intérprete, lo vio por primera vez. La pobre chica, no obstante, también era prisionera, pues en la casa no había nadie más salvo el hombre que actuaba como cochero y su esposa, ambos cómplices de los conspiradores. Al descubrirse su secreto y darse cuenta de que su prisionero no podía ser forzado, los dos villanos, junto con la chica, huyeron con apenas unas horas de aviso de la casa amueblada que habían alquilado, tras haber, según creían, vengado tanto al hombre que los desafió como al que los traicionó.

Meses después, un curioso recorte periodístico nos llegó desde Budapest. Contaba cómo dos ingleses que viajaban con una mujer tuvieron un trágico final. Aparentemente, ambos fueron apuñalados, y la policía húngara opinaba que habían discutido y se habían infligido heridas mortales mutuamente. Sin embargo, Holmes, me imagino, tiene una forma distinta de pensar y sostiene hasta el día de hoy que, si se pudiera encontrar a la chica griega, se sabría cómo se vengaron las injusticias cometidas contra ella y su hermano."

EL TRATADO NAVAL

El mes de julio que siguió inmediatamente a mi matrimonio quedó marcado por tres casos de interés en los que tuve el privilegio de asociarme con Sherlock Holmes y de estudiar sus métodos. Los encuentro consignados en mis notas bajo los títulos de «La Aventura de la Segunda Mancha», «La Aventura del Tratado Naval» y «La Aventura del Capitán Cansado». El primero de ellos, sin embargo, trata de un asunto de tal importancia y compromete a tantas de las familias más destacadas del reino, que durante muchos años será imposible darlo a conocer. No hay caso en el que Holmes se haya involucrado que haya ilustrado tan claramente el valor de sus métodos analíticos o haya impresionado tan profundamente a quienes le acompañaron. Conservo aún un relato casi literal de la entrevista en la que demostró a Monsieur Dubugue, de la policía de París, y a Fritz von Waldbaum, el muy conocido especialista de Dantzig, los verdaderos hechos del caso, ambos habiendo malgastado sus energías en lo que resultó ser secundario. No obstante, el nuevo siglo habrá llegado antes de que la historia pueda contarse con seguridad. Mientras tanto, paso al segundo de mi lista, que en su día también prometió ser de importancia nacional y estuvo marcado por varios incidentes que le confieren un carácter absolutamente singular.

Durante mis años escolares estuve íntimamente ligado a un muchacho llamado Percy Phelps, de mi misma edad, aunque él cursaba dos clases más avanzadas que yo. Era un chico muy brillante, y se llevó todos los premios que el colegio ofrecía; culminó sus proezas ganando una beca que le abrió las puertas para continuar su triunfal carrera en Cambridge. Recuerdo que estaba extremadamente bien relacionado, y desde que éramos niños sabía-

mos que el hermano de su madre era Lord Holdhurst, el gran político conservador. Esa ostentosa relación le servía de poco en el colegio. Al contrario, nos resultaba bastante gracioso hostigarlo en el patio y darle palizas con un palo. Pero era otra cosa cuando salía al mundo. Escuché vagamente que sus aptitudes y las influencias que poseía le habían conseguido un buen puesto en el Ministerio de Asuntos Exteriores, y luego se me olvidó por completo hasta que la siguiente carta le recordó su existencia:

—Briarbrae, Woking.

—MI QUERIDO WATSON: No tengo duda de que recuerdes a «Rana» Phelps, que estaba en quinto de cuando tú cursabas el tercero. Es posible incluso que hayas oído que, gracias a la influencia de mi tío, obtuve un buen puesto en el Ministerio de Asuntos Exteriores, y que me encontraba en una situación de confianza y honor hasta que una horrible desgracia truncó de repente mi carrera.

—No sirve de nada relatar los detalles de aquel espantoso suceso. En caso de que accedas a mi petición, es probable que tenga que narrártelos. Apenas me he recuperado de nueve semanas de fiebre cerebral y aún me siento sumamente débil. ¿Crees que podrías traer a tu amigo el señor Holmes a verme? Me gustaría conocer su opinión sobre el asunto, aunque las autoridades me aseguran que no cabe hacer nada más. Procura traerlo lo antes posible. Cada minuto se hace una eternidad mientras vivo en este estado de horrible suspense. Hazle saber que si no pedí su consejo antes, no fue por no apreciar sus talentos, sino porque he estado fuera de mí desde el golpe. Ahora estoy lúcido otra vez, aunque no me atrevo a pensarlo mucho por temor a recaer. Sigo tan débil que, como ves, tengo que escribir dictando. Haz tu mayor esfuerzo por traerlo.

—Tu antiguo compañero de escuela,
Percy Phelps.

Algo en esa carta me conmovió, algo lamentable en la reiterada súplica de traer a Holmes. Me sentí tan conmovido que, aun sabiendo que sería difícil, habría intentado hacerlo; pero, por supuesto, sabía bien que Holmes amaba su arte, por lo que siempre estaba tan presto a ofrecer su ayuda como su cliente a recibirla. Mi esposa coincidió en que no debía perder ni un instante en poner el asunto en sus manos, y así, a poco más de una hora del

desayuno, me encontré de nuevo en aquellas antiguas estancias de Baker Street.

Holmes estaba sentado junto a su mesa de noche, vestido con bata, y absorto en una investigación química. Un gran matraz curvo hervía furiosamente en la llama azulada de un mechero Bunsen, y las gotas destiladas se condensaban en un recipiente de dos litros. Mi amigo apenas levantó la vista al verme entrar, y yo, al notar que su investigación debía ser de importancia, me acomodé en un sillón y esperé. Sumergía de aquí para allá una botella, extrayendo unas gotas de cada una con su pipeta de vidrio, hasta que finalmente llevó a la mesa un tubo de ensayo con una solución. Con la mano derecha sostenía un trozo de papel tornasol.

—Llegas en un momento crítico, Watson —dijo—. Si este papel se mantiene azul, todo estará bien. Si se torna rojo, significa la vida de un hombre.

Lo sumergió en el tubo y, al instante, se tornó de un rojo opaco y sucio.

—¡Ajá! ¡Lo sabía! —exclamó—. Estaré a tu servicio en un instante, Watson. Encontrarás tabaco en la zapatilla persa.

Se volvió hacia su escritorio y garabateó varios telegramas, que fueron entregados al mozo de recados. Luego se dejó caer en el sillón frente a mí y dobló las rodillas hasta que sus dedos rodearon sus largos y delgados espinillas.

—Un asesinato muy común —comentó—. Creo que tú tienes algo mejor. Eres la petrel tempestuosa del crimen, Watson. ¿De qué se trata?

Le entregué la carta, que leyó con la máxima concentración.

—No nos dice mucho, ¿verdad? —comentó, devolviéndomela.

—Apenas nada.

—Y, sin embargo, la letra resulta interesante.

—Pero la letra no es de él.

—Precisamente. Es de una mujer.

—¡Seguro que es de un hombre! —exclamé.

—No, es de una mujer, y de una mujer de carácter excepcional. Verás, al comenzar una investigación es importante saber que tu cliente está en estre-

cho contacto con alguien que, por buenos o malos motivos, tiene una naturaleza fuera de lo común. Mi interés en el caso ya ha sido despertado. Si estás listo, partiremos de inmediato hacia Woking para ver a ese diplomático que se encuentra en tan lamentable situación y a la dama a quien dicta sus cartas.

Tuvimos la suerte de coger un tren temprano en Waterloo, y en poco menos de una hora nos encontrábamos entre los abetos y el brezo de Woking. Briarbrae resultó ser una gran casa independiente situada en extensos terrenos, a pocos minutos a pie de la estación. Al presentar nuestras tarjetas, nos condujeron a un elegante salón, donde en pocos minutos se unió a nosotros un hombre regordete que nos recibió con gran hospitalidad. Su edad rondaba más los cuarenta que los treinta, pero sus mejillas eran tan sonrosadas y sus ojos tan alegres que aún daba la impresión de ser un muchacho regordete y travieso.

—Me alegra tanto que hayan venido —dijo, estrechándonos la mano efusivamente—. Percy ha estado preguntando por ustedes toda la mañana. ¡Ay, pobrecito! Se aferra a cualquier brizna. Su padre y su madre me pidieron que los recibiera, pues tan solo mencionar el asunto les produce un dolor tremendo.

—Todavía no tenemos detalles —observó Holmes—. Percibo que usted no es miembro de la familia.

Nuestro conocido se mostró sorprendido y, bajando la mirada, comenzó a reír.

—Claro que vio el monograma “J H” en mi relicario —dijo—. Por un momento pensé que habrían hecho algo astuto. Mi nombre es Joseph Harrison, y como Percy se va a casar con mi hermana Annie, al menos seré un pariente por afinidad. Encontrarán a mi hermana en su habitación, ya que ella lo ha cuidado de pies a cabeza estos dos meses atrás. Será mejor que entremos de inmediato, que sé lo impaciente que es.

La habitación a la que nos condujeron estaba en el mismo piso que el salón. Se amueblaba en parte como sala de estar y en parte como dormitorio, con flores dispuestas con delicadeza en cada rincón. Un joven, muy pálido y demacrado, yacía sobre un sofá cerca de la ventana abierta, por la que se

colaba el rico aroma del jardín y el aire veraniego y cálido. Una mujer se sentaba a su lado, y se levantó al vernos entrar.

—¿Me dejo, Percy? —preguntó.

Él le sostuvo la mano para retenerla.

—¿Cómo está, Watson? —dijo cordialmente—. Jamás te hubiera reconocido con ese bigote, y me atrevería a decir que no estarías dispuesto a jurarme nada. Supongo que este es tu célebre amigo, el señor Sherlock Holmes.

Lo presenté brevemente, y ambos tomamos asiento. El regordete se había marchado, pero su hermana seguía allí, con la mano entrelazada con la del enfermo. Era una mujer de aspecto llamativo, algo baja y corpulenta para la simetría, pero con una hermosa tez oliva, grandes ojos italianos y oscuros, y una abundante cabellera de un negro profundo. Sus ricos matices hacían que el rostro pálido de su acompañante pareciera aún más desgastado y demacrado por el contraste.

—No les quitaré más tiempo —dijo él, enderezándose en el sofá—.

—Me zambulliré en el asunto sin más preámbulo. Yo era un hombre feliz y exitoso, señor Holmes, y en vísperas de casarme, cuando de repente una desgracia terrible destrozó todas mis perspectivas de vida.

—Estaba, como quizá te haya contado Watson, en el Ministerio de Asuntos Exteriores, y gracias a las influencias de mi tío, Lord Holdhurst, ascendí rápidamente a un puesto de responsabilidad. Cuando mi tío se convirtió en ministro de Asuntos Exteriores de este gabinete, me encomendó varias misiones de confianza, y al ver que siempre las llevaba a buen término, llegó el momento de depositar en mí la máxima confianza en mi capacidad y tacto.

—Hace casi diez semanas —para ser exactos, el 23 de mayo—, me llamó a su despacho privado y, después de felicitarme por el buen trabajo realizado, me informó que tenía para mí una nueva comisión de confianza.

—«Esto», —dijo, sacando un rollo de papel gris de su escritorio—, «es el original de ese tratado secreto entre Inglaterra e Italia del que, lamento decir, ya han circulado algunos rumores en la prensa. Es de suma importancia que nada más se filtre. La embajada francesa o la rusa pagarían una suma inmensa por conocer el contenido de estos papeles. No deben salir de

mi despacho salvo que sea absolutamente necesario copiarlos. ¿Tienes un escritorio en tu oficina?»

— «Sí, señor.»

— «Entonces toma el tratado y guárdalo allí. Daré instrucciones para que te quedes cuando los demás se vayan, para que puedas copiarlo a tu antojo sin miedo a que te vigilen. Cuando hayas terminado, vuelve a guardar tanto el original como el borrador en el escritorio y entrégalos personalmente a mí mañana por la mañana.»

—Tomé los papeles y—

— «Disculpa un momento» —interrumpió Holmes—. «¿Estabas solo durante esta conversación?»

—Absolutamente.

—«¿En un despacho amplio?»

—Treinta pies en cada dirección.

—«¿En el centro?»

—Sí, más o menos.

—«¿Y hablando en voz baja?»

—La voz de mi tío es siempre notablemente baja. Apenas hablé.

—«Gracias» —dijo Holmes, cerrando los ojos—. «Prosigue, te ruego.»

—Hice exactamente lo que me indicó y esperé a que los demás empleados se retiraran. Uno de ellos, Charles Gorot, que trabajaba en mi habitación, tenía algunos trabajos atrasados, así que lo dejé allí y salí a cenar. Cuando volví, él ya no estaba. Tenía urgencia por apresurar mi trabajo, pues sabía que Joseph —el señor Harrison que acabáis de ver— estaba en la ciudad, y que tomaría el tren de las once hacia Woking; y yo deseaba, en la medida de lo posible, alcanzarlo.

—Al examinar el tratado, vi de inmediato que era tan importante que mi tío no había exagerado en lo que dijo. Sin entrar en detalles, puedo decir que definía la posición de Gran Bretaña frente a la Triple Alianza y prefiguraba la política que seguiría este país en caso de que la flota francesa lograse una completa superioridad sobre la italiana en el Mediterráneo. Los pun-

tos tratados eran puramente navales. Al final figuraban las firmas de los altos dignatarios que lo habían suscrito. Eché un vistazo rápido y luego me dispuse a copiarlo.

—Se trataba de un extenso documento, redactado en francés, y compuesto de veintiséis artículos separados. Copié tan rápido como pude, pero a las nueve había completado apenas nueve artículos, y me parecía imposible alcanzar el tren. Me sentía adormilado y estúpido, en parte por la cena y en parte por los efectos de una larga jornada de trabajo. Una taza de café aclararía mi mente. Un dependiente permanece toda la noche en una pequeña caseta al pie de las escaleras y tiene por costumbre preparar café en su lámpara de alcohol para cualquier funcionario que trabaje horas extras. Toqué el timbre, por tanto, para llamarlo.

—Para mi sorpresa, fue una mujer quien atendió el llamado: una anciana de rostro tozudo, con un delantal. Explicó que era la esposa del dependiente, quien se encargaba del encendido, y yo le pedí que preparara el café. Escribí dos artículos más y, sintiéndome más adormilado que nunca, me levanté y caminé por la habitación para estirar las piernas. El café aún no había llegado, y me preguntaba cuál podría ser la causa del retraso. Abriendo la puerta, salí al pasillo para averiguarlo. Se trataba de un corredor recto, tenuemente iluminado, que partía de la habitación en la que trabajaba y era la única salida de ella. Terminaba en una escalera curvada, con la caseta del dependiente en el pasillo al final. A mitad de esa escalera hay un pequeño descansillo, del que se bifurca otro pasaje en ángulo recto. Este segundo conduce, mediante una pequeña escalera, a una puerta lateral utilizada por el servicio y también como atajo por los empleados que venían desde Charles Street. Aquí tienen un croquis aproximado del lugar.

—«Gracias. Creo entenderte perfectamente», dijo Sherlock Holmes.

—«Es de suma importancia que observes este detalle. Bajé las escaleras y entré en el vestíbulo, donde encontré al dependiente dormido en su caseta, con la tetera hirviendo furiosamente sobre la lámpara de alcohol. Quité la tetera y apagué la lámpara, ya que el agua salpicaba por el suelo. Entonces extendí mi mano y estaba a punto de sacudir al hombre, que aún dormía profundamente, cuando una campana sobre su cabeza sonó fuerte, y se despertó de un sobresalto.

—«¡Señor Phelps!» —exclamó, mirándome atónito.

—«Bajé a ver si mi café estaba listo.»

—«Estaba hirviendo la tetera cuando me dormí, señor.» Miró a mi cara y luego a la campana, que aún temblaba, con un asombro cada vez mayor en su rostro.

—«Si usted estaba aquí, señor, ¿quién fue el que hizo sonar la campana?»

—«¡La campana!» —exclamé—. «¿Qué campana es esa?»

—«Es la campana de la habitación en la que trabajabas.»

Una mano helada pareció apretar mi corazón. Alguien, entonces, había estado en esa habitación donde reposaban mis tan preciados papeles sobre la mesa. Corrí frenéticamente escaleras arriba y por el pasillo. No había nadie en los corredores, señor Holmes. No había nadie en la habitación. Todo estaba exactamente como lo dejé, salvo que los papeles que me habían sido encomendados habían desaparecido del escritorio donde yacían. La copia seguía allí, pero el original había desaparecido.

Holmes se incorporó en su sillón y se frotó las manos. Pude ver que el problema le afectaba profundamente.

—«Dime, ¿qué hiciste entonces?» —musitó.

—En un instante reconocí que el ladrón debía haber subido por las escaleras desde la puerta lateral. Por supuesto, si hubiera venido por el otro camino, me lo habría cruzado.

—«¿Estás seguro de que no pudo haberse ocultado en la habitación o en el corredor del que acabas de hablar, ese tenuemente iluminado?»

—«Es absolutamente imposible. Ni siquiera una rata podría ocultarse en la habitación o en el corredor. No hay ningún resguardo.»

—«Gracias. Prosigue, te ruego.»

—«El dependiente, al notar por mi rostro pálido que algo era de temer, me siguió hasta arriba. Entonces, los dos corrimos por el pasillo y descendimos las empinadas escaleras que conducen a Charles Street. La puerta al final estaba cerrada, pero sin llave. La abrimos de un empujón y salimos corriendo. Recuerdo claramente que al hacerlo sonaron tres campanadas de un reloj cercano. Eran las diez menos cuarto.»

—«Eso es de enorme importancia» —dijo Holmes, tomando nota en el puño de su camisa.

—«La noche estaba muy oscura, y caía una llovizna fina y templada. No había nadie en Charles Street, pero como de costumbre en Whitehall se movía un gran tráfico en el extremo. Corrimos por la acera, sin sombrero, y en la esquina más alejada encontramos a un policía de pie.

—«Se ha cometido un robo», jadeé yo. «Se ha sustraído un documento de inmenso valor del Ministerio de Asuntos Exteriores. ¿Ha pasado alguien por aquí?»

—«He estado aquí parado durante quince minutos, señor» —dijo él—, «y sólo ha pasado una persona en ese tiempo: una mujer, alta y de edad avanzada, con un chal de paisley.»

—«Ah, esa es solo mi esposa» —exclamó el dependiente—; «¿acaso pasó alguien más?»

—«Nadie.»

—«Entonces debe ser por el otro lado por donde se fue el ladrón» —exclamó el hombre, tirando de mi manga.

—«Pero yo no estaba convencido, y los intentos que hizo por alejarme aumentaron mis sospechas.»

—«¿Por dónde se fue la mujer?» —exclamé.

—«No lo sé, señor. La vi pasar, pero no tenía ninguna razón especial para vigilarla. Parecía tener prisa.»

—«¿Hace cuánto fue eso?»

—«Oh, no muchos minutos.»

—«¿Dentro de los últimos cinco?»

—«Bueno, no pudo haber sido más de cinco.»

—«Está perdiendo el tiempo, señor, y cada minuto cuenta ahora» —exclamó el dependiente—; «créame cuando le digo que mi mujer no tiene nada que ver con esto, y venga al otro extremo de la calle. Bien, si no quiere, yo lo haré.» Y con eso se lanzó en dirección contraria.

—Pero yo lo alcancé enseguida y lo sujeté por la manga.

—«¿Dónde vives?» —pregunté.

—«En el 16 de Ivy Lane, Brixton» —respondió—. «Pero no te dejes llevar por una falsa pista, señor Phelps. Ve al otro extremo de la calle y veamos si escuchamos algo.»

No habría pérdida en seguir su consejo. Con el policía corrimos, pero sólo para encontrar la calle llena de tráfico, con muchas personas que iban y venían, todas demasiado ansiosas por llegar a un lugar seguro en tan húmeda noche. Nadie parecía capaz de decirnos quién había pasado.

Luego regresamos a la oficina y registramos las escaleras y el pasillo sin obtener resultado alguno. El corredor que llevaba a la habitación estaba cubierto por un tipo de linóleo cremoso que dejaba fácilmente impresa una huella. Lo examinamos con detenimiento, pero no hallamos el contorno de ninguna pisada.

—«¿Había estado lloviendo toda la tarde?»

—«Desde aproximadamente las siete.»

—«Entonces, ¿cómo es posible que la mujer que entró en la habitación alrededor de las nueve no dejara huellas con sus botas embarradas?»

—«Me alegra que lo hayas señalado. Se me ocurrió en ese momento. Las mujeres de servicio tienen por costumbre quitarse las botas en la oficina del dependiente y ponerse zapatillas de casa.»

—«Eso está muy claro. ¿No hubo huellas, entonces, a pesar de que la noche estaba húmeda?»

—«Exacto. Lo único que nos quedaba de evidencia era que la esposa del dependiente —la señora Tangey, se llama— había salido de prisa del lugar. No pudo dar más explicación que era casi la hora en que la mujer siempre se marchaba a casa. El policía y yo acordamos que lo mejor era apresarla antes de que se deshiciera de los papeles, suponiendo que los tuviera.»

—La alarma había llegado ya a Scotland Yard, y el señor Forbes, el detective, acudió de inmediato y se hizo cargo del caso con gran energía. Alquilamos un taxi de cuatro ruedas, y en media hora llegamos a la dirección que nos habían dado. Una joven abrió la puerta; resultó ser la hija mayor de la señora Tangey. Su madre aún no había regresado, y nos condujeron a la sala principal para esperar.

—Al cabo de unos diez minutos se oyó un golpe en la puerta, y aquí cometimos el único error grave del cual me culpo a mí mismo. En vez de abrir la puerta nosotros, dejamos que lo hiciera la chica. La oí decir: «Madre, hay dos hombres en la casa esperándote», y un instante después se escuchó el correr de pasos por el pasillo. Forbes abrió de par en par la puerta, y los tres corrimos a la despensa o cocina, pero la mujer ya había llegado antes que nosotros. Nos miró con ojos desafiantes y, al reconocermé de repente, su rostro se llenó de asombro absoluto.

—«¡Vaya, si no es el señor Phelps, de la oficina!» —exclamó.

—«Vamos, vamos, ¿a quién pensaste que éramos cuando huyó de ti?» —preguntó mi acompañante.

—«Pensé que eran los corredores», dijo ella, «hemos tenido problemas con un comerciante.»

—«Eso no es del todo convincente» —respondió Forbes—. «Tenemos razones para creer que has tomado un papel importante del Ministerio de Asuntos Exteriores y que entraste aquí para deshacerte de él. Debes acompañarnos a Scotland Yard para que te revisen.»

Fue en vano que protestó y se resistió. Nos trajeron un coche de cuatro ruedas y los tres nos dirigimos de inmediato. Primero se inspeccionó la cocina, especialmente la chimenea, para ver si durante el instante en que estuvo sola había logrado llevarse los papeles. No se hallaron señales de cenizas o restos. Cuando llegamos a Scotland Yard, la entregaron de inmediato a la inspectora femenina. Yo esperé en agonía hasta que volvió con su informe. No había rastro alguno de los papeles.

—Entonces, por primera vez, el horror de mi situación se manifestó con toda fuerza. Hasta entonces había actuado, y la acción había embotado mi pensamiento. Había estado tan confiado en recuperar el tratado de inmediato que no me atreví a pensar en las consecuencias de fracasar. Pero ahora ya no había nada que hacer, y tuve tiempo para asimilar mi posición. Fue horrible. Watson, tú dirás que en el colegio era un chico nervioso y sensible. Es mi naturaleza. Pensé en mi tío y en sus colegas del gabinete, en la vergüenza que le había causado, en mí mismo y en todos los que estaban vinculados conmigo. ¿Qué importa que haya sido víctima de un accidente extraordinario? No se hacen concesiones cuando están en juego intereses diplomáticos.

Quedé arruinado, vergonzosamente, irremediablemente arruinado. No sé qué hice. Creo recordar vagamente que armé un escándalo. Tengo un recuerdo impreciso de un grupo de funcionarios que se agolpó a mi alrededor, tratando de calmarme. Uno de ellos me acompañó hasta Waterloo y me hizo subir al tren de Woking. Creo que habría venido hasta el final si no hubiera sido porque el doctor Ferrier, que vive cerca de mí, viajaba en ese mismo tren. El doctor, muy amable, se hizo cargo de mí, y fue bueno que lo hiciera, pues tuve un ataque en la estación y antes de llegar a casa estaba prácticamente delirando.

—Podéis imaginar el estado de las cosas aquí cuando despertaron a sus camas con el timbre del doctor y me encontraron en ese estado. Pobrecita Annie y mi madre estaban desconsoladas. El doctor Ferrier acababa de enterarse, a través del detective en la estación, de lo sucedido, y su relato no mejoraba las cosas. Era evidente para todos que me esperaba una larga enfermedad, así que a Joseph se le sacó de aquel alegre dormitorio y se transformó en una enfermería para mí. Aquí he permanecido, señor Holmes, más de nueve semanas, inconsciente y delirante por fiebre cerebral. Si no hubiera sido por la señorita Harrison y los cuidados del doctor, no estaría hablándoles ahora. Ella me cuidó de día y una enfermera contratada me atendió por la noche, pues en mis ataques de delirio era capaz de cualquier cosa. Poco a poco mi razón ha regresado, pero han sido apenas los últimos tres días en los que mi memoria ha vuelto por completo. A veces desearía que nunca hubiera vuelto. Lo primero que hice fue enviar un telegrama al señor Forbes, que llevaba el caso. Él acudió y me asegura que, a pesar de todo, no se ha hallado rastro alguno. El dependiente y su esposa fueron examinados de cualquier modo sin arrojar luz alguna sobre el asunto. Las sospechas de la policía cayeron entonces sobre el joven Gorot, quien, como recordaréis, se quedó trabajando aquella noche. Su permanencia y su nombre francés fueron, en realidad, los únicos indicios que pudieron levantar sospechas; pero, de hecho, yo no comencé a trabajar hasta que él se había ido, y sus gentes son de origen hugonote, pero tan inglesas en simpatía y tradición como tú y yo. No se encontró nada que lo inculpara, y así el asunto se dejó caer. Recurro a ti, señor Holmes, como mi última esperanza absoluta. Si me fallas, mi honor y mi posición quedarán para siempre perdidos.

El enfermo se hundió en sus cojines, agotado por tan largo relato, mientras su enfermera le servía un vaso de algún estimulante. Holmes permaneció

ció en silencio, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, en una actitud que a un extraño podría parecer apática, pero que yo sabía indicaba la más intensa introspección.

—«Tu declaración ha sido tan explícita», dijo finalmente, «que realmente me ha dejado muy pocas preguntas por hacer. Sin embargo, hay una de suma importancia: ¿le dijiste a alguien que tenías esta tarea especial que realizar?»

—«A nadie.»

—«¿Ni a la señorita Harrison, por ejemplo?»

—«No. No volví a Woking entre que recibí la orden y ejecuté la comisión.»

—«¿Y ninguno de tus empleados fue a verte por casualidad?»

—«Ninguno.»

—«¿Sabían ellos moverse en la oficina?»

—«Oh, sí, todos les mostraron el lugar.»

—«Aun así, claro que, si no dijiste nada a nadie sobre el tratado, estas indagaciones carecen de importancia.»

—«No dije nada.»

—«¿Sabes algo del dependiente?»

—«Nada, excepto que es un viejo soldado.»

—«¿De qué regimiento?»

—«Oh, he oído —Coldstream Guards.»

—«Gracias. No tengo duda de que podré obtener detalles de Forbes. Las autoridades son excelentes recopilando datos, aunque no siempre los utilizan a su favor. ¡Qué cosa tan hermosa es una rosa!»

Se dirigió, dejando el sofá, hacia la ventana abierta y alzó el tallo caído de una rosa musgosa, mirando hacia la delicada mezcla de carmesí y verde. Era una faceta nueva de su carácter para mí, pues jamás lo había visto mostrar tanto interés por los objetos de la naturaleza.

—«No hay nada en lo que la deducción sea tan necesaria como en la religión», dijo, apoyándose en los contraventanas—. «Puede construirse como una ciencia exacta por el razonador. Nuestra mayor seguridad en la bondad de la Providencia, a mi parecer, descansa en las flores. Todas las demás cosas—nuestras fuerzas, nuestros deseos, nuestra comida—son realmente necesarias para nuestra existencia en primera instancia. Pero esta rosa es un extra. Su aroma y su color son un adorno de la vida, no una condición de la misma. Sólo la bondad da extras, y repito: tenemos mucho que esperar de las flores.»

Percy Phelps y su enfermera miraron a Holmes durante aquella demostración con sorpresa y con gran decepción reflejada en sus rostros. Se había perdido en una ensoñación, con la rosa musgosa entre los dedos. Duró algunos minutos antes de que la joven interrumpiera.

—«¿Veis alguna pista que pueda resolver este misterio, señor Holmes?» —preguntó con un tono algo áspero.

—«¡Oh, el misterio! —respondió, volviendo de golpe a la realidad—. Bueno, sería absurdo negar que el caso es muy abstruso y complicado, pero os prometo que investigaré el asunto y os comunicaré cualquier pista que me llame la atención.»

—«¿Veis alguna pista?»

—«Me habéis proporcionado siete, pero, por supuesto, debo comprobarlas antes de poder juzgar su valor.»

—«¿Sospecháis de alguien?»

—«Sospecho de mí mismo.»

—«¿Qué!?»

—«¡De sacar conclusiones precipitadas!»

—«Entonces id a Londres y pon a prueba vuestras conclusiones.»

—«Tu consejo es muy excelente, señorita Harrison» —dijo Holmes, levantándose—. «Creo, Watson, que no podemos hacer nada mejor. No os ilusionéis, señor Phelps. El asunto es muy enmarañado.»

—«Estaré febril hasta que os vuelva a ver» —clamó el diplomático.

—«Bueno, vendré por el mismo tren mañana, aunque lo más probable es que mi informe sea negativo.»

—«¡Dios os bendiga por prometer venir!» —exclamó nuestro cliente—. «Me infunde nueva vida saber que algo se está haciendo. Por cierto, recibí una carta de Lord Holdhurst.»

—«¡Ja! ¿Qué dijo?»

—«Estaba frío, pero no duro. Imagino que mi grave enfermedad le impidió serlo. Repitió que el asunto era de suma importancia y añadió que no se tomarían medidas sobre mi futuro—lo que, por supuesto, significa mi despidido—hasta que se restableciera mi salud y tuviera la oportunidad de reparar mi desventura.»

—«Bueno, eso fue razonable y considerado» —comentó Holmes—. «Venga, Watson, que tenemos un día de trabajo en la ciudad.»

El señor Joseph Harrison nos condujo a la estación, y pronto nos hallábamos a bordo de un tren con destino a Portsmouth. Holmes se sumió en profundos pensamientos, y apenas abrió la boca hasta haber pasado Clapham Junction.

—«Es realmente agradable llegar a Londres por alguna de estas líneas elevadas, que te permiten ver las casas de arriba.»

Pensé que bromeaba, pues la vista era bastante sórdida, pero enseguida se explicó:

—«Observa esos grandes grupos aislados de edificios que se elevan sobre las tejas, como islas de ladrillo en un mar de plomo.»

—«Los internados.»

—«¡Faro, muchacho! ¡Balizas del futuro! Cápsulas con cientos de pequeñas semillas brillantes de las cuales brotará la sabia y mejor Inglaterra del porvenir. Supongo que el señor Phelps no bebe, ¿no?»

—«No lo creo.»

—«Ni yo, pero debemos considerar todas las posibilidades. Pobrecito se ha metido en un lío muy profundo, y es cuestión de ver si logra salir del agua. ¿Qué opináis de la señorita Harrison?»

—«Una chica de carácter fuerte.»

—«Sí, pero es de buena calidad, o eso creo. Ella y su hermano son los únicos hijos de un maestro de hierro en algún lugar de Northumberland. Se comprometió con ella durante un viaje el invierno pasado, y ella bajó a presentarse a la familia, escoltada por su hermano. Luego vino el desastre, y ella se quedó para cuidar de su amante, mientras que el hermano Joseph, hallándose bastante acomodado, se quedó también. He estado haciendo algunas investigaciones por mi cuenta, veréis. Pero hoy debe ser un día de indagaciones.»

—«Mi consulta...» empecé.

—«¡Oh, si encuentras tus propios casos más interesantes que los míos...» dijo Holmes, con cierta aspereza.

—«Iba a decir que mi consulta podría mantenerse durante uno o dos días, ya que es la época más floja del año.»

—«Excelente» —dijo él, recuperando su buen humor—. «Entonces indagaremos juntos. Creo que deberíamos comenzar por ver a Forbes. Probablemente nos podrá contar todos los detalles que queramos hasta saber por qué lado debemos abordar el caso.»

—«¿Dijiste que tenías una pista?»

—«Bueno, tenemos varias, pero sólo podremos comprobar su valor con más investigación. El crimen más difícil de rastrear es el que no tiene propósito. Ahora bien, éste no es sin propósito. ¿Quién se beneficia de ello? Está el embajador francés, está el ruso, está quien quiera que pueda venderlo a cualquiera de los dos, y está Lord Holdhurst.»

—«¡Lord Holdhurst!»

—«Pues es concebible que un estadista se encuentre en la situación de no lamentar que un documento así accidentalmente se destruya.»

—«¿No un estadista con el impecable historial de Lord Holdhurst?»

—«Es una posibilidad y no podemos descartarla. Hoy veremos al noble lord y descubriremos si puede decirnos algo. Mientras tanto, ya he iniciado algunas pesquisas.»

—«¿Ya?»

—«Sí, envié telegramas desde la estación de Woking a todos los periódicos vespertinos de Londres. Este anuncio aparecerá en cada uno de ellos.»

Nos entregó una hoja arrancada de un cuaderno. En ella estaba garabateado a lápiz:

«Recompensa de £10. El número del taxi que dejó un pasajero en la puerta del Ministerio de Asuntos Exteriores en Charles Street, alrededor de las diez menos cuarto de la tarde del 23 de mayo. Solicitar en 221 B, Baker Street.»

—«¿Confías en que el ladrón llegó en taxi?»

—«Si no, no importa. Pero si el señor Phelps tiene razón al afirmar que no hay escondrijo ni en la habitación ni en los corredores, entonces es muy probable que haya venido en taxi.»

—«Parece plausible.»

—«Esa es una de las pistas de las que hablaba. Puede llevarnos a algo. Y, por supuesto, está la campana—la característica más distintiva del caso. ¿Por qué sonaría la campana? ¿La habría hecho sonar el ladrón por bravata? ¿O alguien que estuviese con él para impedir el delito? ¿O acaso fue un accidente? ¿O fue—?»

Él volvió a sumirse en un intenso y silencioso pensamiento del que había emergido; pero me parecía, acostumbrado a cada uno de sus estados de ánimo, que de repente le había iluminado alguna nueva posibilidad.

Eran las veinte y diez cuando llegamos a nuestro destino, y después de un apresurado almuerzo en el buffet nos dirigimos de inmediato a Scotland Yard. Holmes ya había enviado un telegrama a Forbes, y lo encontramos esperando para recibirnos—un hombre pequeño y astuto, de expresión aguda aunque nada afable. Su trato con nosotros fue decididamente frío, especialmente al enterarse del motivo de nuestra visita.

—«He oído hablar de tus métodos, señor Holmes» —dijo, cortante—. «Estás lo suficientemente dispuesto a usar toda la información que la policía pone a tu disposición, y luego tratas de resolver el caso por tu cuenta, haciendo que ellos queden en ridículo.»

—«Al contrario» —respondió Holmes—. «De mis últimas cincuenta y tres investigaciones mi nombre sólo ha aparecido en cuatro, y en cuarenta y nueve la policía ha recibido todo el mérito. No te culpo por no saberlo, pues

eres joven e inexperto, pero si deseas progresar en tus nuevas funciones, trabajarás conmigo y no contra mí.»

—«Me encantaría recibir algún consejo», dijo el detective, cambiando su tono. «Hasta ahora no he obtenido crédito alguno en el caso.»

—«¿Qué medidas has tomado?»

—«Tangey, el dependiente, ha sido seguido. Salió de las Guards con buena reputación y no encontramos nada en su contra. Pero su esposa es un caso complicado. Creo que sabe más de lo que aparenta.»

—«¿La han seguido a ella?»

—«Hemos puesto a una de nuestras mujeres a vigilarla. La señora Tangey bebe, y nuestra agente ha estado con ella dos veces cuando estaba bastante animada, pero no ha conseguido extraer nada de ella.»

—«Entiendo que en la casa han tenido corredores.»

—«Sí, pero les pagaron.»

—«¿De dónde salió el dinero?»

—«Eso estuvo en orden. Le correspondía su pensión. No han mostrado señales de estar en apuros económicos.»

—«¿Qué explicación dio de haber contestado la campana cuando el señor Phelps pidió el café?»

—«Dijo que su marido estaba muy cansado y ella quería aliviarle.»

—«Bueno, eso concuerda con que más tarde lo encontraran durmiendo un poco en su silla. Entonces no hay nada en contra, salvo el carácter de la mujer. ¿Le preguntaste por qué se apresuró aquella noche? Su prisa llamó la atención del policía.»

—«Dijo que llegó más tarde de lo habitual y que quería irse a casa.»

—«¿Le hiciste notar que tú y el señor Phelps, que partieron al menos veinte minutos después que ella, llegaron a casa antes?»

—«Explicó que era la diferencia entre un autobús y un taxi.»

—«¿Dejó claro si, al llegar a su casa, corrió hacia la cocina tras verse en la parte trasera?»

—«Porque tenía el dinero allí para pagar a los corredores.»

—«Ella tiene al menos una respuesta para todo. ¿Le preguntaste si al marcharse vio a alguien o si vio a alguien merodeando por Charles Street?»

—«No vio a nadie, salvo al policía.»

—«Bueno, parece que la has interrogado a fondo. ¿Qué más has hecho?»

—«El empleado Gorot fue seguido durante estas nueve semanas, sin resultado alguno. No hallamos nada en su contra.»

—«¿Algo más?»

—«No tenemos nada más en lo que basarnos, ninguna evidencia de ningún tipo.»

—«¿Has formulado alguna teoría sobre cómo sonó esa campana?»

—«Debo confesar que eso me tiene perplejo. Fue un movimiento frío, el de hacer sonar la campana.»

—«Sí, fue algo extraño. Muchas gracias por lo que me has contado. Si consigo detener al hombre, te avisaré. Ven, Watson.»

—«¿A dónde vamos ahora?» —pregunté, al salir de la oficina.

—«Ahora vamos a entrevistar a Lord Holdhurst, el ministro del gabinete y futuro primer ministro de Inglaterra.»

Tuvimos la suerte de encontrar a Lord Holdhurst en sus aposentos en Downing Street, y al entregar nuestra tarjeta, nos condujeron de inmediato. El estadista nos recibió con esa cortesía de la vieja escuela que lo caracteriza, y nos acomodó en dos suntuosos sofás a cada lado de la chimenea. De pie sobre la alfombra entre nosotros, con su figura delgada y alta, sus rasgos afilados, rostro pensativo y cabello rizado prematuramente teñido de gris, parecía representar ese tipo no muy común: un noble que, en verdad, es noble.

—«Tu nombre me es muy familiar, señor Holmes» —dijo, sonriendo—. «Y, por supuesto, no puedo pretender desconocer el objeto de vuestra visita. Sólo ha habido un suceso en estas oficinas que pudiera requerir vuestra atención. ¿En beneficio de quién actuáis, si se me permite preguntar?»

—«En beneficio del señor Percy Phelps» —respondió Holmes.

—«¡Ah, mi desgraciado sobrino! Comprenderás que, por ser de la familia, se me hace imposible protegerle de algún modo. Temo que el incidente tenga un efecto muy perjudicial en su carrera.»

—«¿Pero si se hallan los papeles?»

—«Ah, eso, por supuesto, sería diferente.»

—«Tenía unas o dos preguntas que deseaba hacerle, Lord Holdhurst.»

—«Con gusto os daré toda la información que esté a mi alcance.»

—«¿Fue en esta misma sala donde diste las instrucciones para copiar el documento?»

—«Lo fue.»

—«Entonces, difícilmente pudiste haber sido oído.»

—«Eso es impensable.»

—«¿Mencionaste alguna vez a alguien que era tu intención dar el tratado para copiar?»

—«Nunca.»

—«¿Estás seguro de ello?»

—«Absolutamente.»

—«Bien, puesto que nunca lo dijiste, y el señor Phelps tampoco, y nadie más conocía el asunto, la presencia del ladrón en la sala fue meramente accidental. Se presentó, vio la oportunidad y la aprovechó.»

El estadista sonrió.

—«Me sacas de mi ámbito» —dijo.

Holmes meditó un momento.

—«Hay otro punto muy importante que deseo tratar contigo», dijo—. «Entiendo que temías que se produjeran consecuencias muy graves si se dieran a conocer los detalles de este tratado.»

Una sombra cruzó el expresivo rostro del estadista.

—«Consecuencias muy graves, en efecto.»

—«¿Y se han producido?»

—«Aún no.»

—«Si el tratado hubiera llegado, digamos, a la embajada francesa o rusa, ¿esperarías oír hablar de ello?»

—«Sí» —respondió Lord Holdhurst, con un leve gesto irónico.

—«Puesto que han transcurrido casi diez semanas y no se ha oído nada, no es descabellado suponer que, por alguna razón, el tratado no ha llegado a sus manos.»

Lord Holdhurst encogió los hombros.

—«Difícilmente podemos suponer, señor Holmes, que el ladrón haya tomado el tratado con el propósito de enmarcarlo y colgarlo.»

—«Tal vez espere obtener un mejor precio.»

—«Si espera un poco más, no conseguirá nada. El tratado dejará de ser secreto en unos meses.»

—«Eso es de suma importancia», dijo Holmes. «Por supuesto, es posible suponer que el ladrón haya sufrido una repentina enfermedad —»

—«¿Un ataque de fiebre cerebral, por ejemplo?» —interrumpió el estadista, lanzándole una rápida mirada.

—«No dije eso», replicó Holmes, imperturbable—. «Y ahora, Lord Holdhurst, ya os hemos quitado demasiado tiempo, así que os deseo buena jornada.»

—«Todo el éxito en vuestra investigación, sea quien fuere el criminal», respondió el noble, despidiéndonos con una reverencia al salir por la puerta.

—«Es un gran hombre», dijo Holmes al salir en Whitehall—. «Pero tiene que luchar para mantener su posición. No es rico y tiene muchos compromisos. Por cierto, habéis notado que le han resuelto las suelas a sus botas. Ahora, Watson, no te detendré más de lo justo en tus legítimos quehaceres. No haré nada más hoy, a menos que reciba respuesta de mi anuncio de taxi. Pero te agradecería enormemente que bajaras conmigo a Woking mañana, en el mismo tren que tomamos ayer.»

Me reuní con él a la mañana siguiente y juntos viajamos a Woking. Me dijo que no había obtenido respuesta a su anuncio y que ninguna nueva luz se había arrojado sobre el caso. Cuando lo veía, lucía la inexpresividad total de un indio rojo, y no pude saber a partir de su semblante si estaba satisfecho o no con la situación del caso. Su conversación, recuerdo, versaba sobre el sistema Bertillon de medidas, y expresaba su entusiasta admiración por el sabio francés.

Encontramos a nuestro cliente aún bajo los cuidados de su devota enfermera, pero lucía considerablemente mejor que antes. Se levantó del sofá y nos saludó sin dificultad al entrar.

—«¿Alguna noticia?» —preguntó ansioso.

—«Mi informe, como esperaba, es negativo» —dijo Holmes—. «He visto a Forbes y a tu tío, y he puesto en marcha una o dos pesquisas que puedan conducir a algo.»

—«¿Entonces no has perdido el ánimo?»

—«Para nada.»

—«¡Dios os bendiga por decir eso!» —exclamó la señorita Harrison—. «Si mantenemos el valor y la paciencia, la verdad saldrá a la luz.»

—«Tenemos más que contarte de lo que tú nos has dicho» —dijo Phelps, volviendo a sentarse en el sofá.

—«Esperaba que tuvierais algo.»

—«Sí, anoche tuvimos una aventura, y una que pudo haber sido muy grave.» Su expresión se tornó muy seria y en sus ojos se reflejó un atisbo de temor. «¿Sabéis? Empiezo a creer que soy el centro inconsciente de una monstruosa conspiración, y que mi vida y mi honor están en la mira.»

—«¡Ah!» exclamó Holmes.

—«Parece increíble, pues según tengo entendido no tengo enemigos en el mundo. Sin embargo, por lo sucedido anoche no puedo llegar a otra conclusión.»

—«Cuéntamelo, te ruego.»

—«Debéis saber que anoche fue la primera vez que dormí sin enfermera en la habitación. Me sentía tan bien que pensé que podía prescindir de ella. Tenía, sin embargo, una lámpara nocturna encendida. Bueno, alrededor de las dos de la madrugada me sumí en un sueño ligero cuando, de repente, un leve ruido me despertó. Era parecido al sonido que hace un ratón al roer una tabla, y me quedé escuchándolo durante un rato, bajo la impresión de que provenía de esa causa. Luego se hizo más fuerte, y de repente se oyó por la ventana un chasquido metálico agudo. Me senté atónito. Ya no cabía duda de lo que eran aquellos sonidos. Los primeros se debieron a que alguien forzaba un instrumento por la rendija entre los contraventanas, y el segundo, al ser pulsado el pestillo.

—Hubo una pausa, durante unos diez minutos, como si la persona esperase ver si el ruido me había despertado. Luego oí un suave crujir mientras la ventana se abría muy lentamente. No pude soportarlo más, pues mis nervios ya no eran lo que solían ser. Salté de la cama y abrí de un tirón las contraventanas. Un hombre se agachaba en la ventana. Apenas pude distinguirlo, pues desapareció como un rayo. Iba envuelto en una especie de capa que le cubría la parte inferior del rostro. Una cosa de la que estoy seguro es que llevaba algún arma en la mano. Me pareció ver que era un cuchillo largo. Distintamente percibí su brillo al voltear y huir.

—«Esto es sumamente interesante» —dijo Holmes—. «Dime, ¿qué hiciste entonces?»

—«Habría seguido al hombre por la ventana si hubiera tenido fuerzas; pero, en mi caso, toqué el timbre y desperté a la casa. Me costó un poco, pues el timbre se encuentra en la cocina y todos los sirvientes duermen arriba. Grité, y eso hizo que Joseph bajara, despertando también a los demás. Joseph y el mozo encontraron marcas en la cama frente a la ventana, pero el clima ha estado tan seco últimamente que fue imposible seguir la huella por el césped. Sin embargo, hay un lugar en la cerca de madera que bordea la calle que muestra señales, según me dijeron, de que alguien la cruzó y rompió la parte superior del listón. Aún no he dicho nada a la policía local, pues pensé que era mejor conocer tu opinión primero.»

Esta narración de nuestro cliente pareció tener un efecto extraordinario en Sherlock Holmes. Se levantó del sillón y comenzó a pasear por la habitación con un entusiasmo incontrolable.

—«Las desgracias nunca llegan solas» —dijo Phelps, sonriendo, aunque se notaba que la experiencia le había conmovido.

—«Ciertamente, has tenido tu parte» —dijo Holmes—. «¿Crees que podrías dar una vuelta por la casa conmigo?»

—«¡Oh, sí, me encantaría tomar un poco de sol! Joseph también vendrá.»

—«Y yo también» —dijo la señorita Harrison.

—«Lo siento, pero no» —replicó Holmes, negando con la cabeza—. «Creo que debo pedirte que te quedes exactamente donde estás.»

La joven retomó su asiento con aire de desagrado. Su hermano, sin embargo, se unió a nosotros y los cuatro salimos juntos. Rodeamos el césped hasta llegar al exterior de la ventana del joven diplomático. Había, como él dijo, marcas en la cama, pero eran vagas e imprecisas. Holmes se detuvo un instante sobre ellas y luego se incorporó, encogiéndose de hombros.

—«No creo que alguien pueda sacar mucho provecho de esto» —comentó—. «Demos una vuelta por la casa y veamos por qué el ladrón eligió precisamente esta habitación. Pensé que las ventanas más grandes del salón y del comedor habrían atraído más su atención.»

—«Son más visibles desde la calle», sugirió el señor Joseph Harrison.

—«Ah, sí, por supuesto. Hay una puerta aquí que pudo haber intentado abrir. ¿Para qué sirve?»

—«Es la entrada lateral para los trabajadores. Naturalmente, está cerrada por la noche.»

—«¿Alguna vez has tenido una alarma así antes?»

—«Nunca», dijo nuestro cliente.

—«¿Guardáis objetos valiosos o algo que atraiga a los ladrones?»

—«Nada de valor.»

Holmes paseó por la casa con las manos en los bolsillos y un aire despreocupado, algo inusual en él.

—«Por cierto» —dijo a Joseph Harrison—, «encontraste un sitio, según tengo entendido, por donde el hombre trepó la cerca. ¡Vamos a verlo!»

El robusto joven nos condujo hasta el lugar donde uno de los listones de madera estaba rajado, con un pequeño fragmento colgando. Holmes lo arrancó y lo examinó críticamente.

—«¿Crees que esto fue hecho anoche? Se ve algo viejo, ¿no crees?»

—«Bueno, posiblemente sí.»

—«No hay marcas de que alguien haya saltado al otro lado. No, me temo que no obtendremos ayuda de aquí. Regresemos al dormitorio y discutamos el asunto.»

Percy Phelps caminaba muy despacio, apoyándose en el brazo de su futuro cuñado. Holmes cruzó rápidamente el césped, y llegamos a la ventana abierta del dormitorio mucho antes de que los demás se acercaran.

—«Señorita Harrison» —dijo Holmes, con la máxima intensidad—, «debes permanecer en este lugar durante todo el día. No permitas que nada te impida quedarte exactamente aquí. Es de suma importancia.»

—«Claro, si así lo desea, señor Holmes» —respondió la joven, asombrada.

—«Cuando te vayas a la cama, cierra la puerta con llave por fuera y conserva la llave. Promételo.»

—«¿Pero Percy?»

—«Él nos acompañará a Londres.»

—«¿Y yo debo quedarme aquí?»

—«Es por su bien. Puedes servirle. ¡Rápido! ¡Promete!»

Ella asintió brevemente justo cuando los otros dos se acercaban.

—«¿Por qué te quedas ahí, Annie?» —clamó su hermano—. «¡Ven a tomar el sol!»

—«No, gracias, Joseph. Tengo un leve dolor de cabeza y esta habitación es deliciosamente fresca y reconfortante.»

—«¿Qué propones ahora, señor Holmes?» —preguntó nuestro cliente.

—«Bueno, en la investigación de este asunto menor no debemos perder de vista nuestra pesquisa principal. Me sería de gran ayuda que vinieras a

Londres con nosotros.»

—«¿En seguida?»

—«Pues tan pronto como te sea posible. Dime, ¿en una hora?»

—«Me siento bastante fuerte, si es que realmente puedo ser de ayuda.»

—«La mayor ayuda posible.»

—«¿Quizá queráis que me quede allí esta noche?»

—«Iba justamente a proponerlo.»

—«Entonces, si mi amigo de la noche viene a visitarme, se encontrará con que el pájaro se ha escapado. Todos estamos en tus manos, señor Holmes, y debes decirnos exactamente qué deseas que hagamos. ¿Quizá prefieras que Joseph nos acompañe para cuidar de mí?»

—«Oh, no; mi amigo Watson es médico, ya sabes, y se encargará de ti. Almorzaremos aquí, si nos lo permites, y luego los tres partiremos hacia la ciudad.»

Se arregló tal como él sugirió, aunque la señorita Harrison se excusó de abandonar el dormitorio, en conformidad con la sugerencia de Holmes. No pude imaginar cuál era el objetivo de las maniobras de mi amigo, salvo que pretendía mantener a la dama alejada de Phelps, quien, regocijado por su recuperación y la perspectiva de acción, almorzó con nosotros en el comedor. Sin embargo, Holmes nos tenía preparada otra sorpresa impactante, pues, después de acompañarnos hasta la estación y despedirnos en el coche, anunció con total tranquilidad que no tenía intención de abandonar Woking.

—«Hay uno o dos puntos pequeños que desearía aclarar antes de irme», dijo—. «Tu ausencia, señor Phelps, me será de ayuda en ciertos aspectos. Watson, cuando llegues a Londres, te agradeceré que vayas de inmediato a Baker Street con nuestro amigo y te quedes con él hasta que nos volvamos a ver. Es ventajoso que seáis antiguos compañeros de escuela, pues tendréis mucho de qué conversar. El señor Phelps puede ocupar el dormitorio de invitados esta noche, y yo estaré contigo a tiempo para el desayuno, ya que hay un tren que me llevará a Waterloo a las ocho.»

—«¿Pero qué hay de nuestra investigación en Londres?» —preguntó Phelps, con tono resignado.

—«Eso lo haremos mañana. Creo que, por ahora, puedo ser de más inmediata utilidad aquí.»

—«Deberías decirles en Briarbrae que espero volver esta misma noche», exclamó Phelps mientras nos alejábamos de la plataforma.

—«Difícilmente espero volver a Briarbrae» —respondió Holmes, despidiéndonos con un gesto alegre mientras salíamos a toda prisa de la estación.

Phelps y yo comentamos el asunto en el trayecto, pero ninguno pudo idear una razón satisfactoria para tan nuevo desarrollo.

—«Supongo que quiere descubrir alguna pista sobre el robo de anoche, si es que fue un ladrón. En lo que a mí respecta, no creo que se tratara de un simple ratero.»

—«¿Y cuál es tu teoría, entonces?»

—«Por mi honor, puedas atribuirlo a mis nervios débiles o no, pero creo que hay una intriga política profunda a mi alrededor, y que, por alguna razón que se me escapa, mi vida y mi honor están en la mira de los conspiradores. Suena pomposo y absurdo, pero ¡considera los hechos! ¿Por qué un ladrón intentaría irrumpir por una ventana del dormitorio, donde no podría robar nada, y por qué vendría armado con un cuchillo largo en la mano?»

—«¿Estás seguro de que no fue simplemente un ganzúa de un ladrón de casas?»

—«Oh, no; fue un cuchillo. Vi claramente el destello de la hoja.»

—«¿Pero por qué motivo te perseguirían con tanta animosidad?»

—«Ah, esa es la cuestión.»

—«Pues, si Holmes comparte tu opinión, eso explicaría sus acciones, ¿no? Suponiendo que tu teoría sea correcta, si logra detener al hombre que te amenazó anoche, habrá avanzado mucho en descubrir quién robó el tratado naval. Es absurdo suponer que tengas dos enemigos, uno que te despoja y otro que amenaza tu vida.»

—«Pero Holmes dijo que no se dirigía a Briarbrae.»

—«Lo conozco desde hace tiempo», dije, «pero nunca le he visto actuar sin una muy buena razón», y con eso nuestra conversación se desvió a otros

temas.

Pero fue un día agotador para mí. Phelps seguía débil tras su larga enfermedad, y su infortunio le volvía irritable y nervioso. En vano traté de interesarlo en Afganistán, en la India, en cuestiones sociales, en cualquier cosa que pudiera sacarlo de ese abismo. Siempre volvía al tratado perdido, preguntándose, adivinando, especulando, acerca de qué hacía Holmes, qué medidas tomaba Lord Holdhurst, qué noticias tendríamos en la mañana. A medida que avanzaba la tarde, su excitación se volvió casi insoportable.

—«¿Tienes fe absoluta en Holmes?» —preguntó.

—«Lo he visto hacer cosas extraordinarias.»

—«¿Pero jamás ha iluminado algo tan oscuro como esto?»

—«No lo sé; lo único que sé es que ha actuado en representación de tres de las casas reinantes de Europa en asuntos vitales.»

—«Pero lo conoces bien, Watson. Es un hombre tan inescrutable que nunca sé qué pensar de él. ¿Crees que tiene esperanza? ¿Crees que logrará tener éxito?»

—«No ha dicho nada.»

—«Eso es mala señal.»

—«Al contrario; he notado que cuando está fuera de pista generalmente lo dice. Es cuando sigue una pista y no tiene absoluta seguridad de que sea la correcta que es más lacónico. Ahora, querido amigo, no podemos empeorar las cosas poniéndonos nerviosos, así que te imploro que te acuestes y estés fresco para lo que nos depare mañana.»

Finalmente logré persuadir a mi compañero de seguir mi consejo, aunque su agitado estado hacía ver que dormir no sería fácil para él. De hecho, su humor se contagió, pues pasé la mitad de la noche dando vueltas, meditando sobre ese extraño problema e inventando cien teorías, cada una más inverosímil que la anterior. ¿Por qué se había quedado Holmes en Woking? ¿Por qué pidió a la señorita Harrison permanecer en la enfermería todo el día? ¿Por qué fue tan cuidadoso de no informar a la gente en Briarbrae de que pretendía quedarse cerca? Me golpeé las sienes hasta quedarme dormido en el intento de hallar alguna explicación que abarcara todos esos hechos.

Eran las siete cuando desperté, y me dirigí enseguida a la habitación de Phelps, para encontrarlo demacrado y agotado tras una noche sin sueño. Su primera pregunta fue si Holmes ya había llegado.

—«Estará aquí cuando prometió», dije—. «Ni un instante antes ni después.»

Y mis palabras fueron ciertas, pues poco después de las ocho un taxi se detuvo en la puerta y nuestro amigo salió. Al verlo desde la ventana, notamos que su mano izquierda estaba vendada y que su rostro lucía sombrío y pálido. Entró en la casa, pero pasó un buen tiempo antes de subir.

—«Parece un hombre derrotado», exclamó Phelps.

Tuve que admitir que tenía razón.

—«Al fin y al cabo», dije—, «la pista del asunto probablemente se encuentre aquí en la ciudad.»

Phelps dejó escapar un gemido.

—«No sé cómo es», dijo, «pero esperaba tanto de su regreso. Sin embargo, sus manos no estaban vendadas así ayer. ¿Qué habrá pasado?»

—«¿No te has herido, Holmes?» —pregunté al ver entrar a mi amigo.

—«¡Bah! Es sólo un rasguño por mi propia torpeza», respondió, saludándonos con un leve asentimiento.

—«Este caso tuyo, señor Phelps, es sin duda uno de los más oscuros que he investigado.»

—«Temía que no pudieras con él.»

—«Ha sido una experiencia verdaderamente notable.»

—«Esa venda en tu mano dice que has vivido aventuras», dije—. «¿No nos contarás cómo la conseguiste y dónde estaba?»

Holmes tragó un sorbo de café, dirigió su atención al jamón con huevos y luego se levantó, encendió su pipa y se acomodó de nuevo en su sillón.

—«Os contaré lo que hice primero y cómo procedí después», dijo—.

—Después de despedirme en la estación, salí a dar un encantador paseo por unos admirables parajes de Surrey hasta llegar a un pueblito llamado Riple, donde tomé el té en una posada, llené mi cantimplora y guardé unos

sándwiches en el bolsillo. Permanecí allí hasta la tarde, cuando volví a dirigirme a Woking y me encontré en la carretera principal frente a Briarbrae justo después del atardecer.

—«Esperé hasta que la carretera quedó despejada—nunca es muy transitada, creo—, y entonces trepé la cerca hasta los terrenos.»

—«¡Seguramente la reja estaba abierta!» —exclamó Phelps.

—«Sí, pero tengo un gusto peculiar en estos asuntos. Escogí el lugar donde se alzan tres abetos, y detrás de su pantalla logré pasar sin que nadie en la casa pudiera verme. Me agaché entre los arbustos al otro lado y me arrastré de uno a otro—¡mirad el estado deplorable de las rodillas de mis pantalones!— hasta alcanzar el grupo de rododendros justo frente a vuestra ventana del dormitorio. Allí me agaché y esperé a que sucediera algo.»

—«La persiana no estaba baja en vuestra habitación, y pude ver a la señorita Harrison sentada allí leyendo sobre la mesa. Eran las diez y cinco cuando cerró el libro, bajó las contraventanas y se retiró.»

—«Oí el cierre de la puerta y me aseguré de que hubiera girado la llave en el cerrojo.»

—«¡La llave!» exclamó Phelps.

—«Sí; le había dado instrucciones a la señorita Harrison para que cerrara la puerta por fuera al irse a la cama y se quedara con la llave. Ella cumplió mis órdenes a la letra, y sin su colaboración no tendríais ese papel en el bolsillo de vuestro abrigo. Partió, se apagaron las luces, y me quedé solo agachado entre los rododendros.

«La noche era agradable, pero fue una vigilia muy agotadora. Claro que tenía la emoción de la caza que siente un deportista al acostarse junto al arroyo esperando al gran trofeo. Fue muy larga, casi tanto como aquella vez, Watson, cuando esperábamos en aquella habitación mortal mientras resolvíamos el pequeño problema de la Banda Manchada. Había un reloj de iglesia en Woking que daba las horas, y pensé más de una vez que se había parado. Al fin, alrededor de las dos de la madrugada, oí de repente el suave sonido de un cerrojo siendo pulsado y el crujido de una llave. Unos instantes después, la puerta de servicio se abrió, y el señor Joseph Harrison salió al resplandor de la luna.»

—«¡Joseph!» exclamó Phelps.

—«Iba sin sombrero, pero llevaba un abrigo negro echado sobre el hombro, de modo que podría ocultar su rostro en un instante si hubiera peligro. Caminó de puntillas bajo la sombra del muro, y cuando llegó a la ventana, forzó un cuchillo de hoja larga por la rendija del marco y pulsó el pestillo. Luego, abrió de par en par la ventana y, introduciendo su cuchillo por la hendidura en las contraventanas, levantó la barra y las abrió.

«Desde mi escondrijo tenía una vista perfecta del interior de la habitación y de cada uno de sus movimientos. Encendió las dos velas que descansaban sobre la repisa de la chimenea, y procedió a levantar la esquina de la alfombra cerca de la puerta. Después se detuvo y sacó un cuadrado de tabla, como suelen dejar los fontaneros para acceder a las juntas de las tuberías de gas. Este, de hecho, cubría la unión en forma de T por donde salía la tubería que suministraba la cocina de abajo. Desde ese escondrijo, sacó el pequeño cilindro de papel, volvió a colocar la tabla, reorganizó la alfombra, apagó las velas y corrió directamente a mis brazos, mientras yo me encontraba esperando fuera de la ventana.

«Bueno, tiene más agresividad de la que le había atribuido, ¿no es así, señor Joseph? Se lanzó contra mí con su cuchillo, y tuve que sujetarlo dos veces, recibiendo un corte en los nudillos, hasta poder dominarle. Cuando terminamos, él me miró con la única determinación de matar que se pudo ver en su único ojo funcional, pero razonó y entregó los papeles. Una vez en mi poder, dejé libre a mi hombre y esta mañana envié un telegrama con todos los detalles a Forbes. Si es lo suficientemente rápido para atrapar a su pájaro, bien; pero si, como sospecho astutamente, encuentra el nido vacío antes de llegar, mejor para el gobierno. Imagino que, por lo menos, Lord Holdhurst y el señor Percy Phelps preferirían de lejos que el asunto nunca llegase a un tribunal de policía.»

Percy Phelps se hundió en su sillón.

—«Mi cabeza da vueltas», dijo—. «Tus palabras me han aturdido.»

—«La dificultad principal en tu caso», comentó Holmes con su habitual tono didáctico, «radica en que había demasiada evidencia. Lo vital estaba sobrecargado y oculto por lo irrelevante. De entre todos los hechos presentados tuvimos que elegir sólo aquellos que considerábamos esenciales y

luego encajarlos en orden para reconstruir esta cadena de sucesos tan extraordinaria. Ya había comenzado a sospechar de Joseph, pues habías pretendido viajar a casa con él aquella noche, lo que hacía probable que se presentara, conociendo bien el Ministerio de Asuntos Exteriores, en su camino. Cuando oí que alguien había estado tan ansioso por entrar en la habitación —nos contaste en tu narración que expulsaste a Joseph cuando llegamos con el doctor—, mis sospechas se convirtieron en certezas, sobre todo por el intento realizado en la primera noche en que la enfermera estuvo ausente, lo que demuestra que el intruso conocía a la perfección la disposición de la casa.»

—«¡Qué ciego he sido!»

—«Los hechos del caso, tal como los he ido armando, son estos: este Joseph Harrison entró en la oficina por la puerta de Charles Street y, conociendo el lugar, se dirigió directamente a tu habitación justo después de que tú la abandonaras. Al encontrarla vacía, sonó la campana, y en ese mismo instante sus ojos captaron el papel sobre la mesa. Una ojeada le demostró que el azar le había puesto en el camino un documento de Estado de inmenso valor, y en un instante lo metió en el bolsillo y se marchó. Pasaron unos minutos, como recordarás, antes de que el dependiente te alertara con el timbre, y esos minutos fueron suficientes para que el ladrón lograra escapar.

«Salió en el primer tren hacia Woking, y tras examinar su botín y asegurarse de que efectivamente era de gran valor, lo ocultó en lo que consideró un lugar muy seguro, con la intención de sacarlo en uno o dos días y llevarlo a la embajada francesa, o donde pensara que se podía obtener un buen precio. Luego apareciste de repente. Sin previo aviso, te arrebató de la habitación, y a partir de ese momento siempre hubo al menos dos de vosotros impidiendo que recuperase su tesoro. Para él, la situación debía haber sido enloquecedora. Pero al fin creyó que veía su oportunidad. Intentó irrumpir nuevamente, pero fue frustrado por tu vigilia. Recuerdas que no tomaste tu habitual bebida aquella noche.»

—«Recuerdo bien.»

—«Imagino que había tomado precauciones para que esa bebida hiciera efecto, confiando plenamente en que estarías inconsciente. Por supuesto, entendí que repetiría el intento siempre que se le presentase la ocasión. Al salir de la habitación, le di a entender que la costa estaba despejada. Enton-

ces, mantuve a la señorita Harrison dentro todo el día para que él no se anticipase. Después, al darle la idea de que todo estaba en orden, me mantuve vigilante, tal como describí. Ya sabía que probablemente los papeles estaban en la habitación, pero no deseaba levantar toda la carpintería y los zócalos en busca de ellos. Así que, permití que se los llevara, ahorrándome una infinidad de molestias. ¿Queda alguna otra duda?»

—«¿Por qué intentó entrar por la ventana en el primer intento, cuando podría haberlo hecho por la puerta?»

—«Si entraba por la puerta, tendría que pasar por siete dormitorios. En cambio, por la ventana podría salir al césped sin problema. ¿Algo más?»

—«No crees, ¿verdad?, que tuvo alguna intención asesina. El cuchillo sólo era una herramienta.»

—«Puede ser», respondió Holmes, encogiéndose de hombros—. «Sólo puedo decir que el señor Joseph Harrison es un caballero en quien me negaría a confiar, ni bajo ninguna circunstancia.»

Percy Phelps se quedó perplejo.

—«La principal dificultad en tu caso radicaba en que había demasiadas pruebas. Lo vital se encontraba sobrecargado y oculto entre lo irrelevante. De entre todos los hechos presentados tuvimos que escoger sólo los esenciales y luego unirlos en orden para reconstruir esta cadena de sucesos tan extraordinaria. Ya sospechaba de Joseph, pues habías querido viajar a casa con él esa noche, lo que hacía muy probable que se presentara, conociendo bien el Ministerio de Asuntos Exteriores, en su camino. Cuando oí que alguien había estado tan ansioso por entrar en el dormitorio —nos contaste cómo expulsaste a Joseph al llegar con el doctor—, mis sospechas se convirtieron en certezas, especialmente porque el intento se hizo en la primera noche en que la enfermera estuvo ausente, lo que demuestra que el intruso conocía la casa a la perfección.»

—«¡Qué ciego he sido!»

«Los hechos del caso, tal como los he ido armando, son éstos: este Joseph Harrison entró en la oficina por la puerta de Charles Street y, conociendo el lugar, se dirigió directamente a tu habitación en el instante en que la abandonaste. Al no encontrar a nadie, sonó la campana de inmediato, y

en ese mismo instante sus ojos se posaron sobre el papel que reposaba en la mesa. Una sola mirada le mostró que el azar le había puesto en el camino un documento de Estado de inmenso valor, y en un instante lo metió en el bolsillo y se marchó. Pasaron unos minutos —como recordarás— antes de que el somnoliento dependiente te llamara la atención con el timbre, y esos minutos fueron justo el tiempo suficiente para que el ladrón pudiera escapar.

«Se dirigió a Woking en el primer tren, y, tras examinar su botín y asegurarse de que realmente tenía un valor inmenso, lo ocultó en lo que él consideraba un lugar muy seguro, con la intención de sacarlo de nuevo en uno o dos días y llevarlo a la embajada francesa, o a donde creyera que se podría obtener un buen precio. Entonces llegaste tú de repente. Sin el menor aviso, te sacaron de tu habitación, y a partir de ese momento siempre hubo al menos dos de vosotros allí para impedir que recuperara su tesoro. La situación para él debió haber sido enloquecedora. Pero al final creyó ver su oportunidad. Intentó irrumpir de nuevo, pero fue frustrado por tu vigilia. Recuerdas que esa noche no tomaste tu trago habitual.

«Creo que había tomado medidas para que ese trago hiciera efecto, y que confiaba plenamente en que estabas inconsciente. Por supuesto, comprendí que repetiría el intento siempre que pudiera hacerlo con seguridad. Tu abandono de la habitación le dio la oportunidad que deseaba. Mantuve a la señora Harrison dentro todo el día para que no pudiera adelantarse. Luego, al darle la idea de que la costa estaba despejada, me puse a vigilar, tal como he descrito. Ya sabía que los papeles probablemente estaban en la habitación, pero no deseaba destrozar todas las tablas y zócalos en busca de ellos. Así que le permití tomarlos de su escondite y me ahorré una infinidad de problemas. ¿Queda algún otro punto que deba aclarar?

—¿Por qué intentó entrar por la ventana en la primera ocasión? —pregunté—, «cuando podría haber entrado por la puerta».

«Al llegar a la puerta tendría que pasar por siete dormitorios. Por otro lado, por la ventana podía salir al césped con facilidad. ¿Algo más?»

—«No crees, ¿verdad?, que tenía alguna intención asesina. El cuchillo solo era una herramienta» —preguntó Phelps.

«Puede ser», respondió Holmes, encogiéndose de hombros, «pero lo único que puedo decir con certeza es que el señor Joseph Harrison es un caba-

llo en quien me negaría a confiar, bajo ninguna circunstancia.»

EL PROBLEMA FINAL

Es con el corazón encogido que tomo la pluma para escribir estas últimas palabras en las que registraré, por última vez, los singulares dotes que distinguían a mi amigo el señor Sherlock Holmes. De manera incoherente y, según lo siento profundamente, de modo totalmente insuficiente, he procurado dar cuenta de mis extrañas experiencias en su compañía, desde el azar que nos unió por primera vez en el período de "Estudio en Escarlata", hasta el momento de su intervención en el asunto del "Tratado Naval" —una intervención que tuvo, sin lugar a dudas, el efecto de evitar una seria complicación internacional. Mi intención había sido detenerme allí y no decir nada del hecho que ha creado un vacío en mi vida que el transcurso de dos años ha hecho poco por llenar. Sin embargo, mi mano se ha visto forzada por las recientes cartas en las que el coronel James Moriarty defiende la memoria de su hermano, y no me queda otra que exponer los hechos al público tal como sucedieron. Solo yo conozco la verdad absoluta del asunto, y estoy convencido de que ha llegado el momento en que no sirve de nada suprimirla. Hasta donde sé, han existido únicamente tres relatos en la prensa: el del Journal de Genève del 6 de mayo de 1891, el telegrama de Reuters en los periódicos ingleses del 7 de mayo, y, finalmente, la reciente carta a la que he aludido. De estos, el primero y el segundo fueron extremadamente condensados, mientras que el último es, como demostraré a continuación, una absoluta perversión de los hechos. Me corresponde a mí relatar por primera vez lo que realmente tuvo lugar entre el profesor Moriarty y el señor Sherlock Holmes.

Quizá recordéis que, tras mi matrimonio y mi posterior comienzo en la práctica privada, la relación tan íntima que existía entre Holmes y yo se fue modificando en cierta medida. Él aún venía de vez en cuando cuando deseaba compañía en sus investigaciones, pero estas ocasiones se hicieron cada vez más raras, hasta que hallé que en el año 1890 sólo conservaba registro de tres casos. Durante el invierno de ese año y la temprana primavera de 1891 vi en los periódicos que había sido contratado por el gobierno francés para un asunto de suprema importancia, y recibí dos notas de Holmes, fechadas en Narbona y en Nimes, de las cuales deduje que su estancia en Francia iba a ser prolongada. Por ello, me sorprendió bastante verle entrar en mi consulta en la tarde del 24 de abril. Me llamó la atención que parecía aún más pálido y demacrado de lo habitual.

—Sí, me he estado consumiendo un poco demasiado —comentó, respondiendo a mi mirada más que a mis palabras—. Últimamente he tenido un poco de apuro. ¿Te importaría que cerrara tus persianas?

La única luz en la habitación provenía de la lámpara sobre la mesa en la que estaba leyendo. Holmes se deslizó por el muro y, echando las persianas, las trabó de forma segura.

—¿Tienes miedo de algo? —pregunté.

—Pues sí, lo tengo.

—¿De qué?

—De las armas de aire.

—Querido Holmes, ¿a qué te refieres?

—Creo que me conoces lo suficiente, Watson, para entender que no soy de los nerviosos. Al mismo tiempo, es una tontería, más que valentía, negarse a reconocer el peligro cuando está cerca. ¿Podrías hacerme el favor de encender un cigarrillo?

Atrayendo el humo de su cigarrillo, como si aquella influencia calmante le fuera grata, añadió:

—Debo disculparme por llamar tan tarde, y además te ruego que seas tan poco convencional como para permitirme salir de tu casa en este instante, trepando por el muro de tu jardín trasero.

—¿Pero qué significa todo esto? —pregunté.

Extendió la mano y, a la luz de la lámpara, vi que dos de sus nudillos estaban rotos y sangrando.

—No se trata de una nimiedad, ¿ves? —dijo sonriendo—. Al contrario, es lo bastante sólido como para que un hombre se rompa la mano.

—¿Está la señora Watson?

—Se fue de visita.

—¿En serio? ¿Y estás solo?

—Exactamente.

—Entonces, se me ocurre proponerte que te acompañe durante una semana al continente.

—¿Adónde?

—Oh, a cualquier parte. Para mí es lo mismo.

Había algo muy extraño en todo esto. No era de la naturaleza de Holmes tomarse unas vacaciones sin rumbo, y algo en su rostro pálido y demacrado me decía que sus nervios estaban al límite. Percibió la pregunta en mis ojos y, juntando las puntas de los dedos y apoyando los codos sobre las rodillas, explicó la situación.

—¿Acaso no has oído hablar del profesor Moriarty? —dijo.

—Nunca.

—¡Ahí radica el genio y la maravilla de todo esto! —exclamó—. El hombre se extiende por Londres y nadie ha oído de él. Eso es lo que lo coloca en la cúspide de los registros del crimen. Te digo, Watson, en serio, que si pudiera vencer a ese hombre, si pudiera liberar a la sociedad de él, sentiría que mi propia carrera había alcanzado su cenit, y estaría dispuesto a dedicarme a una línea de vida más apacible. Entre nosotros, los recientes casos en los que he asistido a la familia real de Escandinavia y a la república francesa me han dejado en una posición tal que podría vivir de forma tranquila, concentrándome en mis investigaciones químicas. Pero no podría descansar, Watson, no podría sentarme quieto en mi silla, si pensara que un hombre

como el profesor Moriarty deambula por las calles de Londres sin ser desafiado.

—¿Qué ha hecho, entonces?

—Su carrera ha sido extraordinaria. Es un hombre de buena cuna y excelente educación, dotado por la naturaleza de una facultad matemática fenomenal. A los veintiún escribió un tratado sobre el teorema binomial, que gozó de fama en Europa. Gracias a ello ganó la Cátedra de Matemáticas en una de nuestras universidades menores, y parecía tener, a todas luces, una carrera brillante por delante. Pero el hombre tenía tendencias hereditarias de la más diabólica clase. Una vena criminal corría por su sangre que, lejos de moderarse, se intensificó y se volvió infinitamente más peligrosa por sus extraordinarias facultades mentales. Rumores oscuros se reunían a su alrededor en la ciudad universitaria, y finalmente se vio obligado a renunciar a su cátedra y bajar a Londres, donde se instaló como entrenador militar. Eso es lo que se sabe en el mundo, pero lo que te estoy contando ahora es lo que he descubierto yo mismo.

—Como bien sabes, Watson, no hay nadie que conozca el mundo criminal superior de Londres tan bien como yo. Durante años he sido consciente de algún poder que se oculta tras el malhechor, alguna fuerza organizadora profunda que se interpone siempre en el camino de la ley y cubre con su escudo al delincuente. Una y otra vez, en casos de toda clase—casos de falsificación, robos, asesinatos—he sentido la presencia de esa fuerza, y he deducido su acción en muchos de aquellos crímenes aún no descubiertos en los que no fui consultado personalmente. Durante años me he esforzado en derribar el velo que lo cubría, y por fin llegó el momento en que seguí su rastro hasta que, tras mil enrevesados giros, me condujo hasta el ex profesor Moriarty, de renombre matemático.

—Es el Napoleón del crimen, Watson. Es el organizador de la mitad de lo que es maldad y de casi todo lo que permanece oculto en esta gran ciudad. Es un genio, un filósofo, un pensador abstracto. Tiene un cerebro de primera categoría. Permanece inmóvil, como una araña en el centro de su telaraña, pero esa red tiene mil irradiaciones, y él conoce muy bien cada vibración de todas ellas. Él hace poco por sí mismo. Solo planea. Pero sus agentes son numerosos y están espléndidamente organizados. Sea que haya un crimen por cometer, un documento que falsificar, diremos, una casa que re-

gistrar, un hombre que eliminar—se le pasa la palabra al profesor, se organiza el asunto y se ejecuta. El agente puede ser atrapado. En ese caso se encuentra dinero para su fianza o su defensa. Pero el poder central que utiliza al agente nunca es atrapado—ni siquiera sospechado. Esta era la organización que deduje, Watson, y a la que dediqué toda mi energía en exponer y desarticular.

—Pero el profesor estaba rodeado de resguardos tan astutamente ideados que, por más que yo quisiera, parecía imposible obtener pruebas que condenaran en un tribunal. Conoces mis capacidades, querido Watson, y sin embargo, al cabo de tres meses tuve que confesar que al fin me había topado con un adversario que era mi igual intelectual. Mi horror ante sus crímenes se perdía en mi admiración por su habilidad. Pero finalmente realizó un viaje—aunque un viaje muy corto—que resultó ser más de lo que podía permitirse cuando yo estaba tan cerca de él. Se me presentó la ocasión, y a partir de ese momento fui tejiendo mi red a su alrededor hasta que ahora estaba a punto de cerrarse. En tres días—es decir, el próximo lunes—las cosas estarán maduras, y el profesor, junto con todos los miembros principales de su banda, estará en manos de la policía. Vendrá el mayor juicio criminal del siglo, el esclarecimiento de más de cuarenta misterios, y la horca para todos ellos; pero si actuamos prematuramente, comprenderás que podrían escaparse de nuestras manos hasta el último momento.

—Ahora bien, si hubiera podido hacer esto sin que el profesor Moriarty lo supiera, todo habría estado bien. Pero él era demasiado astuto para eso. Vio cada paso que di para tenderle mi trampa. Una y otra vez trató de librarse, pero yo lo impedía cada vez. Te digo, amigo mío, que si se pudiera escribir un relato detallado de ese silencioso combate, ocuparía el lugar como la obra de contrincante más brillante en la historia de la investigación. Jamás me había elevado tanto, y nunca un oponente me había presionado tanto. Él hirió profundamente, y aun así yo le devolvía el golpe. Esta mañana se dieron los últimos pasos, y tan solo se necesitaron tres días para culminar el asunto. Yo estaba sentado en mi habitación meditando, cuando la puerta se abrió y el profesor Moriarty se plantó ante mí.

—Mis nervios resisten bastante, Watson, pero debo confesar que me he sobresaltado al ver al mismísimo hombre que había ocupado mis pensamientos, parado en mi umbral. Su aspecto me resultó muy familiar. Es extremadamente alto y delgado, su frente se abombaba en una curva blanca, y

sus dos ojos estaban hundidos en la cabeza. Está afeitado, pálido y de aspecto ascético, conservando algo del aire de profesor en sus facciones. Sus hombros redondeados por tanto estudio, y su rostro sobresale hacia adelante, oscilando lentamente de un lado a otro de forma curiosamente reptiliana. Me miró con gran curiosidad con sus ojos encogidos.

—Tienes menos desarrollo frontal del que habría esperado —dijo al fin—. Es un peligro cargar con armas apuntadas en el bolsillo de la bata.

El hecho es que, al entrar, reconocí de inmediato el extremo peligro personal en el que me hallaba. La única escapatoria concebible para él consistía en silenciar mi lengua. En un instante, saqué el revólver del cajón y lo metí en el bolsillo, cubriéndolo con un paño. Ante su comentario, saqué el arma y la coloqué, amortiguada, sobre la mesa. Él seguía sonriendo y parpadeando, pero había algo en sus ojos que me hizo sentir muy agradecido de tener el arma allí.

—Evidentemente no me conoces —dijo.

—Al contrario —respondí—. Creo que es bastante obvio que sí. Toma asiento. Te concederé cinco minutos si tienes algo que decir.

—Todo lo que tengo que decir ya ha pasado por tu mente —contestó.

—Quizá, entonces, mi respuesta ya ha pasado por la tuya —réplico.

—¿Te mantienes firme?

—Absolutamente.

Metió la mano en el bolsillo, y yo levanté la pistola de la mesa. Pero él simplemente sacó un libretito en el que había garabateado unas fechas.

—Te cruzaste en mi camino el 4 de enero —dijo—. El día 23 me incorporaste; a mediados de febrero me causaste serios inconvenientes; a finales de marzo se vieron absolutamente truncados mis planes; y ahora, al cierre de abril, me encuentro en tal situación por tu constante persecución que estoy en peligro real de perder la libertad. La situación se ha vuelto insostenible.

—¿Tienes alguna sugerencia? —pregunté.

—Debes dejarlo, señor Holmes —dijo, moviendo la cabeza—. Realmente debes, ya sabes.

—Después del lunes —dije.

—Uf, uf —replicó—. Estoy seguro de que un hombre de tu inteligencia sabrá que sólo puede haber un desenlace en este asunto. Es necesario que te retires. Has dispuesto las cosas de tal forma que nos queda sólo una salida. Ha sido un placer intelectual ver cómo has lidiado con este asunto, y te aseguro, sin afectación, que me dolería tener que recurrir a medidas extremas. Sonríes, señor, pero te aseguro que en realidad lo haría.

—El peligro es parte de mi oficio —comenté.

—Eso no es peligro —dijo—. Es destrucción inevitable. No te interpones solo en contra de un individuo, sino de una poderosa organización, cuya magnitud completa, a pesar de toda tu astucia, no has logrado comprender. Debes alejarte, señor Holmes, o serás pisoteado.

—Temo —dije, levantándome— que, en el placer de esta conversación, descuido asuntos importantes que me esperan en otro lugar.

Él se levantó también y me miró en silencio, negando con la cabeza tristemente.

—Bueno, bueno —dijo al fin—. Parece una lástima, pero he hecho lo que he podido. Conozco cada movimiento de tu juego. No puedes hacer nada antes del lunes. Ha sido un duelo entre tú y yo, señor Holmes. Tú esperas ponerme en el banquillo de los acusados. Te digo que yo jamás lo haré. Tú esperas vencerme. Te digo que nunca me vencerás. Si eres lo suficientemente astuto como para traerme la destrucción, ten por seguro que yo te haré lo mismo.

—Me has hecho varios cumplidos, señor Moriarty —dije—. Permíteme corresponderte diciendo que, si se me asegurara esa eventualidad, en interés del público aceptaría con gusto lo otro.

—Te puedo prometer lo primero, pero no lo segundo —gruñó, girando entonces su espalda rechoncha y saliéndose de la habitación, parpadeando mientras se desvanecía.

Esa fue mi singular entrevista con el profesor Moriarty. Confieso que dejó un efecto desagradable en mi mente. Su modo suave y preciso de hablar deja una convicción de sinceridad que un mero matón no podría producir. Por supuesto, dirás: —¿Por qué no tomar precauciones policiales contra

él? —, pero la razón es que estoy convencido de que será a través de sus agentes a quien caerá el golpe. Tengo las mejores pruebas de que así será.

—¿Ya te han agredido?

—Querido Watson, el profesor Moriarty no es un hombre que deje que se le crezca la hierba bajo los pies. Salí al mediodía para hacer unos negocios en Oxford Street. Al pasar la esquina que conduce de Bentinck Street hacia el cruce de Welbeck Street, una furgoneta de dos caballos, conducida furiosamente, dio la vuelta y se abalanzó sobre mí como un relámpago. Corrí hacia la acera y me salvé por un instante. La furgoneta dobló por Marylebone Lane y se esfumó en un instante. A partir de ahí me mantuve en la acera, Watson, pero al bajar por Vere Street, un ladrillo cayó desde el tejado de una de las casas y se hizo pedazos a mis pies. Llamé a la policía y mandaron examinar el lugar. Había tejas y ladrillos apilados en el tejado en previsión de unas reparaciones, y pretendían hacerme creer que el viento había derribado alguno de ellos. Por supuesto, yo sabía mejor, pero no pude probar nada. Tomé un taxi y llegué a los cuartos de mi hermano en Pall Mall, donde pasé el día. Luego me dirigí hacia ti, y en mi camino fui atacado por un rudo con un garrote. Lo derribé, y la policía lo tiene detenido; pero te aseguro con total certeza que jamás se encontrará la menor conexión entre el caballero a quien he abofeteado con mis nudillos y el retirado entrenador matemático, que me atrevo a decir, estará resolviendo problemas en una pizarra a diez millas de distancia. No te extrañes, Watson, de que mi primer acto al entrar en tus habitaciones haya sido cerrar tus persianas, y de que haya tenido que pedirte permiso para salir de la casa por una vía menos visible que la puerta principal.

Siempre admiré el coraje de mi amigo, pero nunca tanto como ahora, mientras él repasaba tranquilamente una serie de incidentes que debieron haber combinado para conformar un día de horror.

—¿Te quedarás a pasar la noche aquí? —dije.

—No, amigo mío, podrías encontrarme un huésped peligroso. Tengo mis planes ya trazados, y todo saldrá bien. Los asuntos han avanzado tanto que pueden proceder sin mi ayuda hasta el arresto, aunque mi presencia es necesaria para una condena. Es obvio, por lo tanto, que no puedo hacer más que escapar durante los pocos días que quedan antes de que la policía tenga car-

ta blanca para actuar. Me haría gran honor, pues, que me acompañaras al continente.

—La consulta está tranquila —dije—, y tengo un vecino muy colaborador. Me alegraría acompañarte.

—¿Y salir mañana por la mañana?

—Si es preciso.

—Oh, sí, es muy necesario. Entonces, estas son tus instrucciones, y te ruego, querido Watson, que las cumplas al pie de la letra, pues ahora juegas a dos manos conmigo contra el bribón más astuto y la organización criminal más poderosa de Europa. ¡Escucha! Despacha cualquier equipaje que tengas a mano mediante un mensajero de confianza sin dirección, hacia Victoria, esta noche. Por la mañana, pide un hansom, indicando que tu hombre no debe ser ni el primero ni el segundo que se presente. Súbete a ese hansom y conduce hasta el extremo Strand del Lowther Arcade, entregándole al taxista la dirección en un papelito, con la solicitud de que no lo deseche. Ten preparado tu pasaje, y en el momento en que tu taxi se detenga, corre a través del Arcade, calculando llegar al otro lado a las nueve y quince. Allí encontrarás un pequeño coche furgón esperando junto a la acera, conducido por un tipo con un pesado abrigo negro cuyo cuello está rematado de rojo. Súbete a él, y llegarás a Victoria a tiempo para el expreso continental.

—¿Dónde nos encontraremos?

—En la estación. El segundo vagón de primera clase desde el frente estará reservado para nosotros.

—¿El vagón es nuestro punto de encuentro, entonces?

—Sí.

Fue en vano que le pedí a Holmes que se quedara esa noche. Me era evidente que pensaba que podría acarrear problemas en el techo bajo el que se resguardaba, y que ese era el motivo que le impulsaba a marcharse. Con unas pocas palabras apresuradas sobre nuestros planes para el día siguiente, se levantó y salió conmigo al jardín, trepó por el muro que conduce a Mortimer Street y, enseguida, se puso a silbar pidiendo un hansom, en el que lo oí alejarse.

Por la mañana obedecí al pie de la letra las instrucciones de Holmes. Se consiguió un hansom con tal precaución que evitase ser uno de los que ya estaban preparados para nosotros, y salí inmediatamente después del desayuno hacia el Lowther Arcade, atravesándolo a toda prisa. Un coche furgón estaba esperándome, conducido por un chofer corpulento envuelto en un abrigo oscuro, que, en cuanto subí, espoleó al caballo y se lanzó raudo hacia la estación Victoria. Al bajarme, el conductor giró el coche y se fue sin siquiera mirarme.

Hasta ahí todo había transcurrido de forma admirable. Mi equipaje me esperaba, y no tuve dificultad en encontrar el vagón que Holmes había señalado, más aún dado que era el único del tren marcado como “Ocupado”. Mi única fuente de ansiedad ahora era la incomparecencia de Holmes. El reloj de la estación marcaba apenas siete minutos antes de la hora prevista de salida. Busqué en vano entre los grupos de viajeros y despedidas la esbelta figura de mi amigo. No había rastro de él. Pasé unos minutos ayudando a un venerable sacerdote italiano, que trataba de hacer entender a un mal portero, en su destartalado inglés, que su equipaje debía ser facturado hasta París. Luego, tras echar un último vistazo, regresé a mi vagón, donde descubrí que el portero, a pesar del billete, me había asignado como compañero de viaje a mi decrepito amigo italiano. Fue inútil explicarle que su presencia era una intromisión, ya que mi italiano era incluso más limitado que su inglés; simplemente encogí los hombros con resignación y seguí esperando ansiosamente a mi amigo. Un escalofrío de miedo me recorrió, pensando que su ausencia podría significar que durante la noche había ocurrido algún percance. Ya se habían cerrado todas las puertas y sonado el silbato, cuando—

—Querido Watson —dijo una voz—, ni siquiera te has dignado a decir buenos días.

Me volví, atónito. El anciano eclesiástico había girado el rostro hacia mí. Por un instante se suavizaron las arrugas, la nariz se alejó del mentón, el labio inferior dejó de sobresalir y la boca de murmurar, los opacos ojos recorrieron su brillo, y la figura encorvada se enderezó. Al siguiente instante, todo el cuerpo volvió a colapsar, y Holmes se había esfumado tan rápido como había aparecido.

—¡Dios mío! —exclamé—, ¡cómo me has asustado!

—Todas las precauciones siguen siendo necesarias —susurró—. Tengo razones para pensar que nos tienen en la mira. Ah, allí está el mismísimo Moriarty.

El tren ya había comenzado a moverse mientras Holmes hablaba. Al mirar atrás, vi a un hombre alto abriéndose camino furiosamente entre la multitud, agitando la mano como si deseara detener el tren. Sin embargo, era demasiado tarde, pues íbamos ganando velocidad rápidamente, y en un instante ya habíamos dejado la estación.

—Con todas nuestras precauciones, ves que hemos cortado el hilo bastante justo —rió Holmes. Se levantó y, echándose el cassock negro y el sombrero que habían formado su disfraz, los metió en una bolsa de mano.

—¿Has visto el periódico de la mañana, Watson?

—No.

—¿Entonces no has visto lo de Baker Street?

—¿Baker Street?

—Anoche incendiaron nuestras habitaciones. No hubo mayores daños.

—¡Dios mío, Holmes! Esto es intolerable.

—Deben haber perdido por completo mi rastro tras el arresto de su matón. De lo contrario, no habrían imaginado que había regresado a mis cuartos. Evidentemente han tomado la precaución de vigilarte, y eso es lo que ha traído a Moriarty a Victoria. ¿No habrás cometido alguna metedura de pata al venir?

—Hice exactamente lo que me aconsejaste.

—¿Encontraste tu coche furgón?

—Sí, estaba esperándome.

—¿Reconociste a tu cochero?

—No.

—Era mi hermano Mycroft. Es una ventaja arreglárnoslas sin tener que confiar en un mercenario. Pero debemos planear qué haremos con Moriarty ahora.

—Siendo que este es un expreso, y que el barco corre en conexión con él, creo que lo hemos despistado bastante eficazmente.

—Querido Watson, evidentemente no comprendiste mi intención cuando dije que este hombre puede tomarse como alguien en el mismo plano intelectual que yo. ¿Imaginas que, si yo persiguiera, me dejaría burlar por un obstáculo tan insignificante? ¿Por qué, entonces, deberías pensar tan mezquinamente de él?

—¿Qué hará?

—¿Lo que yo haría?

—¿Y qué harías tú, entonces?

—Contrataría a un especialista.

—Pero debe ser tarde.

—En absoluto. Este tren para en Canterbury; y siempre hay al menos un retraso de quince minutos en el barco. Nos atrapará allí.

—Uno pensaría que fuéramos los criminales. Dejémosle arrestado a su llegada.

—Sería arruinar el trabajo de tres meses. Atraparíamos al pez gordo, pero los pequeños se escabullirían por aquí y por allá, fuera de la red. El lunes nos llevaríamos a todos. No, un arresto es inadmisibile.

—¿Y qué haremos, entonces?

—Bajaremos en Canterbury.

—¿Y luego?

—Pues tendremos que emprender un viaje a campo a Newhaven y de allí a Dieppe. Moriarty volverá a hacer lo que yo haría: se subirá a París, marcará nuestro equipaje y esperará dos días en la estación. Mientras tanto, nos daremos el gusto de adquirir un par de maletines, fomentar la producción de los países por los que viajemos, y nos encaminaremos a nuestro ritmo hacia Suiza, pasando por Luxemburgo y Basilea.

En Canterbury, por lo tanto, descendimos, solo para descubrir que tendríamos que esperar una hora antes de poder tomar un tren a Newhaven.

Aún miraba con cierta melancolía el vagón de equipajes que se alejaba rápidamente, cuando Holmes me tiró de la manga y señaló en dirección a las vías.

—Ya, ves —dijo.

A lo lejos, entre los bosques de Kent, se alzaba un delgado hilo de humo. Un minuto después se veía una locomotora y un coche furgón volando por la curva abierta que conduce a la estación. Apenas tuvimos tiempo de ubicarnos detrás de un montón de equipaje cuando pasó, retumbando y rugiendo, lanzando un soplo de aire caliente a nuestras caras.

—Ahí va —dijo Holmes, mientras observábamos cómo el coche furgón giraba y se balanceaba sobre los puntos—. Hay límites, verás, a la inteligencia de nuestro amigo. Habría sido un auténtico golpe de maestro si hubiera deducido lo que yo deduciría y actuado en consecuencia.

—¿Y qué habría hecho si nos hubiera alcanzado?

—No cabe la menor duda de que habría lanzado un ataque asesino contra mí. Sin embargo, es un juego en el que pueden jugar dos. La cuestión ahora es si almorzamos aquí prematuramente o arriesgamos quedarnos sin comer hasta llegar al buffet de Newhaven.

Aquella noche llegamos a Bruselas y pasamos dos días allí, y al tercer día continuamos nuestro viaje hasta Estrasburgo. El lunes por la mañana, Holmes había telegramado a la policía de Londres, y por la tarde encontramos una respuesta esperándonos en nuestro hotel. Holmes la rasgó, y luego, maldiciéndola amargamente, la arrojó al hogar de las brasas.

—¡Habría debido intuirlo! —gemía—. ¡Se ha escapado!

—¿Moriarty?

—Han detenido a toda la banda, a excepción de él. Se les ha escapado. Por supuesto, cuando abandoné el país, no había nadie capaz de enfrentarse a él. Pero pensé que había puesto el asunto en sus manos. Creo que más te conviene volver a Inglaterra, Watson.

—¿Por qué?

—Porque ahora me encontrarás un compañero peligroso. La ocupación de este hombre se ha acabado. Está perdido si regresa a Londres. Si he in-

terpretado bien su carácter, dedicará todas sus energías a vengarse de mí. Así lo dijo en nuestra breve entrevista, y me temo que lo quiso decir en serio. Te recomiendo, sin duda, que regreses a tu consulta.

No fue precisamente un ruego para tener éxito con alguien que era a la vez veterano de campañas y viejo amigo. Nos sentamos en el comedor de Estrasburgo discutiendo el asunto durante media hora, pero esa misma noche reanudamos el viaje y estábamos ya en camino a Ginebra.

Durante una semana encantadora vagamos por el valle del Ródano, y luego, bifurcándonos en Leuk, emprendimos el camino por el paso del Gemmi, aún cubierto de nieve, y así, pasando por Interlaken, llegamos a Meiringen. Fue un viaje precioso, con el delicado verdor de la primavera abajo, el immaculado blanco del invierno arriba; pero me quedó claro que ni por un instante Holmes olvidaba la sombra que lo perseguía. En los pintorescos pueblos alpinos o en los solitarios pasos montañosos, podía ver por el rápido brillo de sus ojos y su aguda observación de cada rostro que se cruzaba con nosotros, que estaba convencido de que, por donde camináramos, no podíamos librarnos del peligro que pisoteaba nuestros pasos.

Recuerdo una vez que, al pasar por el Gemmi y caminar por la linde del melancólico Daubensee, una gran roca que se había desprendido de la cresta a nuestra derecha retumbó y rugió al caer en el lago tras nosotros. En un instante, Holmes corrió hacia la cresta, y, erguido en un alto pináculo, estiró el cuello en todas direcciones. Fue en vano que nuestro guía le asegurase que la caída de piedras era algo habitual en primavera en aquel lugar. No dijo nada, pero me sonrió con el aire de quien contempla el cumplimiento de lo que había anticipado.

Y, sin embargo, a pesar de tanta vigilancia, nunca se mostró abatido. Al contrario, jamás recuerdo haberle visto tan animado. Una y otra vez volvió a mencionar que, si lograra asegurarme de que la sociedad quedaba libre del profesor Moriarty, terminaría mi carrera con alegría.

—Creo, Watson, que podría llegar a decir que no he vivido en vano — comentó —. Si mi historial se cerrara esta noche, aún podría mirarlo con ecuanimidad. El aire de Londres es más dulce por mi presencia. En más de mil casos no creo haber utilizado mis facultades del lado equivocado. Últimamente he sentido la tentación de indagar en los problemas que la naturaleza ofrece en lugar de aquellos tan superficiales por los que nuestra artifi-

cial sociedad es responsable. Tus memorias llegarán a su fin, Watson, el día en que corona mi carrera con la captura o extinción del criminal más peligroso y capaz de Europa.

Seré breve y preciso en lo poco que me queda por contar. No es un tema sobre el que desee detenerme, y sin embargo, soy consciente de mi deber de no omitir ningún detalle.

Fue el 3 de mayo cuando llegamos al pequeño pueblo de Meiringen, donde nos alojamos en el Englischer Hof, entonces regentado por Peter Steiler el mayor. Nuestro casero era un hombre inteligente, y hablaba un inglés excelente, habiendo servido tres años como mozo en el Grosvenor Hotel de Londres. Siguiendo su consejo, aquella tarde del 4 partimos juntos con la intención de cruzar las colinas y pasar la noche en la aldea de Rosenlaui. Sin embargo, teníamos estrictas órdenes de, en ningún caso, pasar las cataratas de Reichenbach, que se encuentran a mitad de la colina, sin hacer un pequeño desvío para verlas. Es, en verdad, un lugar aterrador. El torrente, hinchado por el deshielo, se precipita en un abismo tremendo, del cual la bruma se eleva como el humo de una casa en llamas. El conducto por el que se arroja el río es un inmenso precipicio, revestido de resplandeciente roca negra, y que se estrecha hasta convertirse en un hervidero espumoso de profundidad incalculable, que rebosa y empuja el torrente sobre su borde dentado. El largo chorro de agua verde que ruge sin cesar, y la espesa cortina de rocío que sisea hacia arriba eternamente, hacen que uno se sienta mareado con su constante torbellino y estrépito. Nos plantamos cerca del borde, asomándonos al destello del agua quebrada muy abajo contra las rocas negras, y escuchando el grito medio humano que surgía, retumbante, con la bruma, desde el abismo.

El sendero ha sido cortado a mitad de la caída para ofrecer una vista completa, pero termina bruscamente, obligando al viajero a regresar por donde vino. Ya nos habíamos dado la vuelta para hacerlo, cuando vimos a un muchacho suizo correr por él, portando una carta en la mano. Llevaba el sello del hotel del que acabábamos de salir, y estaba dirigida a mí por el casero. Al parecer, pocos minutos después de nuestra partida, había llegado una dama inglesa en la última etapa de la consumption. Se había pasado el invierno en Davos Platz y se dirigía ahora a reunirse con sus amigas en Lucerna, cuando una repentina hemorragia la alcanzó. Se pensaba que difícilmente viviría unas horas más, pero le habría consolado enormemente ver a

un médico inglés, y, si tan solo regresaba, etc. El buen Steiler me aseguró en un posdata que él mismo consideraría mi regreso como un gran favor, puesto que la dama se negaba rotundamente a ver a un médico suizo, y él no podía evitar sentir que incurría en una gran responsabilidad.

La súplica era imposible de ignorar. Resultaba impensable rechazar la petición de una compatriota moribunda en tierra extraña. Sin embargo, tenía mis escrúpulos acerca de dejar a Holmes. Finalmente se acordó que él se quedaría con el joven mensajero suizo como guía y compañero mientras yo volvía a Meiringen. Mi amigo se quedaría un rato en las cataratas, dijo, y luego descendería despacio la colina hasta Rosenlauri, donde me encontraría con él por la tarde. Al alejarme, vi a Holmes, recostado contra una roca y con los brazos cruzados, mirando fijamente el torrente de las aguas. Esa fue la última vez que llegué a verle en este mundo.

Cuando estuve cerca del final del descenso, miré hacia atrás. Desde esa posición era imposible ver la caída, pero pude distinguir el sendero curvo que serpentea por el hombro de la colina y conduce hasta ella. A lo largo de ese camino, recuerdo que un hombre caminaba muy raudo.

Pude ver claramente su silueta negra perfilada contra el verdor de fondo. Lo observé, así como la energía con la que caminaba, pero pronto se desvaneció de mi mente mientras me apresuraba en mi encargo.

Puede que haya pasado poco más de una hora antes de que llegara a Meiringen. El viejo Steiler me esperaba en el umbral de su hotel.

—Bueno —dije, apresurándome—, espero que ella no esté peor.

Una mirada de sorpresa cruzó su rostro, y al primer temblor de sus cejas, mi corazón se volvió plomo en el pecho.

—¿Tú no escribiste esto? —exclamé, sacando la carta de mi bolsillo—. ¿No hay ninguna enferma inglesa en el hotel?

—¡Por supuesto que no! —exclamó—. ¡Pero lleva el sello del hotel! Ja, debió haber sido escrito por ese inglés alto que entró después de que te fueras. Dijo—

Pero yo no esperé explicaciones del casero. Con un estremecimiento de miedo ya corría por la calle del pueblo, en dirección al sendero que había recorrido hace poco. Me había tomado una hora descender. Por todos mis

esfuerzos, pasaron dos más antes de que me encontrara de nuevo en las cataratas de Reichenbach. Allí estaba el bastón alpino de Holmes, aún apoyado contra la roca junto a la cual lo había dejado. Pero no había señal de él, y fue en vano que grité. La única respuesta fue mi propia voz reverberando en un eco rodante entre los acantilados.

Fue la vista de ese bastón alpino la que me heló y me enfermó. No se había ido a Rosenlaui, entonces. Se había quedado en ese camino de apenas un metro de ancho, con un muro vertical de un lado y un precipicio del otro, hasta que su enemigo lo alcanzó. El joven suizo también se había marchado. Probablemente había sido contratado por Moriarty y había dejado a los dos hombres juntos. ¿Y qué sucedió después? ¿Quién nos contará lo ocurrido entonces?

Me quedé unos minutos tratando de recomponerme, aturdido por el horror de lo sucedido. Luego comencé a pensar en los métodos de Holmes e intenté aplicarlos a la lectura de esta tragedia. Lamentablemente, fue demasiado fácil. Durante nuestra conversación no habíamos llegado hasta el final del sendero, y el bastón alpino marcaba el lugar donde nos habíamos detenido. El suelo, de tonalidad oscura, se mantiene eternamente blando por el incesante rocío, y un ave dejaría su huella en él. Dos hileras de pisadas se marcaban claramente a lo largo del extremo más lejano del sendero, ambas alejándose de mí. No había ninguna que regresara. A pocos metros del final, la tierra estaba transformada en un parche de barro, y las ramas y helechos que bordeaban el precipicio estaban destrozados y desaliñados. Me eché sobre mi rostro y me asomé, mientras el rocío surgía a mi alrededor. Se había oscurecido desde que me fui, y ahora apenas podía ver aquí y allá el brillo de la humedad en las paredes negras, y a lo lejos, al final del abismo, el destello del agua rota. Grité; pero lo único que se devolvió a mis oídos fue el mismo grito medio humano de la catarata.

Pero estaba destinado que, al fin, recibiera una última despedida de mi amigo y camarada. He dicho que el bastón alpino había quedado apoyado contra una roca que sobresalía en el sendero. Desde lo alto de aquella peña, algo brillante llamó mi atención, y al levantar la mano, descubrí que provenía del plateado estuche de cigarrillos que solía llevar. Al recogerlo, un pequeño cuadrado de papel, sobre el que había reposado, se dejó caer flotando hasta el suelo. Al desplegarlo, encontré que consistía en tres páginas arrancadas de su cuaderno y dirigidas a mí. Era característico del hombre que la

dirección fuese precisa y la letra tan firme y clara, como si hubiese sido escrita en su estudio.

—Querido Watson —decía—, escribo estas pocas líneas por cortesía del señor Moriarty, quien aguarda mi conveniencia para la discusión final de aquellas cuestiones que nos separan. Me ha ofrecido un esbozo de los métodos mediante los cuales evadió a la policía inglesa y se mantuvo informado de nuestros movimientos. Sin duda, confirman la altísima opinión que tenía de sus capacidades. Me reconforta pensar que podré liberar a la sociedad de cualquier efecto ulterior de su presencia, aunque temo que ello conlleve un precio que dolerá a mis amigos y, en especial, a ti, querido Watson. Ya te he explicado, sin embargo, que mi carrera había alcanzado ya su crisis, y que ninguna conclusión posible podría ser más acorde a mí que ésta. De hecho, si me permites una confesión total, estaba convencido de que la carta de Meiringen era un engaño, y te dejé partir en aquella misión bajo la persuasión de que algo de tal suerte sucedería. Dile al inspector Patterson que los documentos que necesita para condenar a la banda están en el casillero M, en un sobre azul, con la inscripción “Moriarty”. Hice todas las disposiciones de mi patrimonio antes de abandonar Inglaterra, y se lo entregué a mi hermano Mycroft. Rinde mis saludos a la señora Watson, y créeme, querido amigo,

Muy sinceramente,

«Sherlock Holmes»

Bastan unas pocas palabras para relatar lo poco que queda. Un examen de peritos no deja la menor duda de que el enfrentamiento personal entre los dos hombres terminó, como era de esperarse, en su derrumbe mutuo, abrazados entre sí. Cualquier intento de recuperar los cuerpos fue absolutamente inútil, y allí, en lo profundo de aquel espantoso caldero de agua en remolino y espuma hirviente, yacerá para siempre el criminal más peligroso y el campeón supremo de la ley de su generación. El joven suizo jamás fue vuelto a encontrar, y no cabe duda de que fue uno de los numerosos agentes que Moriarty tenía a su servicio. En cuanto a la banda, quedará en la memoria del público lo completamente que las pruebas acumuladas por Holmes expusieron su organización, y lo pesado que resultó el peso del difunto sobre ellos. Durante los procedimientos salieron a la luz muy pocos detalles de su terrible jefe, y si ahora me he visto obligado a hacer una declaración clara de su

carrera es debido a aquellos imprudentes campeones que han procurado limpiar su memoria con ataques contra él, a quien siempre consideraré el mejor y más sabio hombre que he conocido.